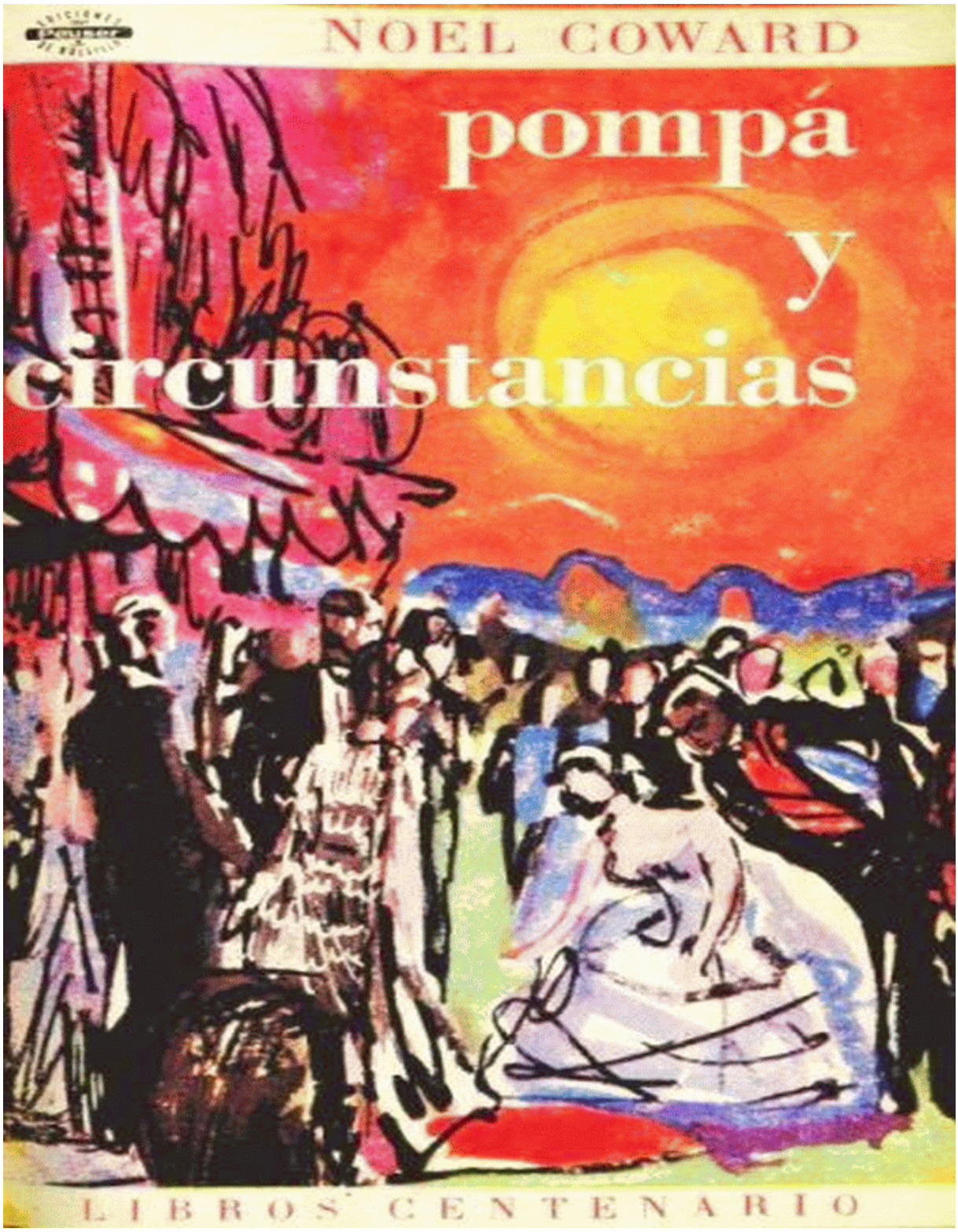
Pompa y circunstancias
Noel Coward



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Nancy Mitford con todo mi cariño

Librodot

CAPÍTULO I

Inútil seria toda pretensión de afirmar que, desde el punto de vista arquitectónico, la Casa Gubernamental posee características recomendables, porque no las tiene; su interior es bastante agradable: hermosas estancias aireadas y galerías amplias; pero por afuera es –de toda evidencia– horrible. Vista desde cualquier ángulo, parece un gigantesco budín color lila. Fue construida a comienzos de siglo, después del incendio del antiguo edificio, y nadie sabe por qué se la pintó de lila en aquellos días ni por qué, a partir de entonces, siempre se la ha vuelto a pintar del mismo color. Tiene cúpulas y torres, contrafuertes y algunas ventanas de estilo pseudonormando; abajo, una serie de gruesas arcadas de piedra forma una especie de catacumba. Cierto es que tal extravagancia ha quedado explicada en forma satisfactoria: es un refugio destinado a que se retiren a él los moradores cuando los amenace cualquier catástrofe de ordenamiento divino, como por ejemplo un tifón o un terremoto; aunque a mí me parece que poca utilidad tendría en caso de inundación. Cuando Lady Alejandra vio asomar por primera vez su mueca por entre los macizos de flores tropicales, se rió de tal manera que acabó por ahogarse y no pudo salir del automóvil cuando éste llegó a la portada, hasta que alguien fue a traerle un vaso de agua. Lady A. es alegre y encantadora y S. E. (Sir Jorge Shotter) no podría ser mejor. Buena estampa, sin ser exageradamente distinguido; algo corpulento, lo adecuado; y un brillo entre irónico e interrogante en los ojos. Lleva algún tiempo el conocerlo bien, porque es tímido, no –como ella– un espíritu alegre y extravertido; pero si uno persevera e insiste un poco, descubre ese fulgor peculiar en la mirada y sabe que ha triunfado.

La verdad es que ella y yo somos antiguas camaradas de armas, pues al comenzar la guerra estuvimos juntas en los cuerpos auxiliares femeninos, nos entrenábamos en la Plaza Lowndes y llamábamos "señora" a nuestras oficiales superiores; más adelante, cuando ya nos considerábamos oficiales y habíamos pagado unos uniformes muy elegantitos, fuimos llamadas a nuestra vez "señora", y condujimos los automóviles en que viajaban a los

aeropuertos y estaciones, y desde ellos, los personajes de alto rango militar; los domingos, los llevábamos al campo o al río, con sus secretarias.

Y luego, durante los bombardeos, nos tocaron tareas mucho más terribles, y debimos apretar los labios y mantener una glacial eficiencia mientras sacábamos a la gente de entre las casas destruidas y la llevábamos a los hospitales. Sandra fue realmente estupenda en todo esto, y solíamos reír juntas muy a menudo; no cuando sacábamos los cadáveres, naturalmente, sino en otras oportunidades. Todavía era, en aquellos días, Lady Alejandra Haven, y no se había casado con nadie, aunque andaba con el simpático Jorge desde mil novecientos treinta y nueve. Él era un político de inclinaciones izquierdistas y estuvo furioso cuando lo de Munich, cosa que hizo que me encariñase con él desde un principio.

Sin embargo, como ella andaba con otros varios pretendientes y salía con ellos por aquel entonces, nadie pensó que se casaría con Jorge, como lo hizo en mil novecientos cuarenta y tres; su luna de miel fue bastante extravagante, pues se la pasaron recorriendo de un lado a otro el Cercano Oriente en busca del regimiento de Jorge, que había sido enviado inopinadamente a esas regiones.

Como es natural, ella había dejado, por entonces, sus actividades militares y yo también, y con gran alivio: debo reconocerlo. Al principio todo era muy hermoso, un fervoroso patriotismo nos sostenía y nos parecía estar consagradas a una causa nobilísima; pero después de un tiempo, la abrumadora femineidad de todo aquello comenzó a hartarnos. Sé que es una confesión vergonzosa; pero las mujeres de uniforme siempre me han parecido ligeramente ridículas. Me consta que los cuerpos auxiliares femeninos fueron estupendos, tanto los de tierra y marina como los de aeronáutica, arrojados y eficaces hasta la última recluta; pero cuando marchan y se entrenan, y las carnes se les zangolotean, entonces me dan risa. Era ésta una de las cosas que nos hacían reír más a Sandra y a mí. A decir verdad, todavía nos reímos cuando tenemos tiempo de charlar juntas, y aquellos extraños días retornan a nosotras, desde el pasado.

Sea de ello lo que fuere, ahora es la esposa de nuestro Gobernador, y es magnífico tenerlos aquí; ahora todo el mundo desea ir de visita a la Casa Gubernamental, cosa que no sucedía cuando estaban los pobres Blaise. No

digo que no fuesen muy agradables y bien dispuestos, ni que dejaran de hacer cuanto debían con la mayor afabilidad y a conciencia, pero ambos eran apagados y un poco momificados; les faltaba vida a punto tal que uno sentía la necesidad de que sirvieran oxígeno después del pescado. La pobre Lady Blaise padecía, sin lamentarse, de una misteriosa dolencia llamada "día-no-sé-qué". No era "betes" ni "rrea"; pero fuese lo que fuere, la apagaba aún más; la pobre daba la impresión de nadar lánguidamente en su propio acuario personal, año tras año.

Él, Sir Hilario, salía directamente del museo de cera de Madame Tussaud; era pálido de pies a cabeza: ojos pálidos, piel pálida y pelo descolorido. Cuando revistaba tropas o subía a las plataformas oficiales, parecía que lo hubieran colocado allí en postura, con una invisible barra de hierro por detrás, para que no cayera boca abajo.

Ahora, todo ha cambiado incluyendo –gracias a Dios– las cretonas. Toda la casa ha adquirido una luminosidad que jamás tuvo anteriormente.

Y no es que Sandra posea mayores virtudes domésticas. De vez en cuando se le ocurren ideas sobre la comida y tiene impulsos de repentino entusiasmo, manda buscar entonces a New York y a París libros de cocina exóticos; pero cuando llegan ya se han olvidado de todo y apenas si prueba postres y *rissolés* sin prestarles la menor atención. Lo que ella ha infundido en los huesos secos de ese pomposo mausoleo viejo de estilo gótico, es personalidad.

A pesar de ello, se escapa siempre que tiene oportunidad de hacerlo, viene a nuestra plantación, se quita los zapatos, que deja tirados, y se recuesta por algún lado. Los chicos la adoran porque los trata sencillamente, como a adultos, sin poner de pronto una voz almibarada e indulgente para preguntarles qué quieren ser cuando sean grandes y si les gusta el colegio. Simón, el mayor, tiene siete años y medio, y las mellizas, Juanita y Coquito, seis. Coqui se llama realmente Sara Elena, pero un día, siendo muy chiquita, mientras estaban ella y Juanita acostadas en su coche, en el jardín, cayó del árbol un coco –felizmente pequeño– y pasando a un centímetro de su cabeza, le hizo un cardenal muy feo en el hombro. Aunque se sobresaltó, ni chilló ni hizo escándalo: se contentó con extender una manecita regordeta y palmearlo con aire de reprobación, diciendo: "¡Malo, coquito!" Y si esto no es

un eco repulsivo de la primera infancia, no sé qué lo será. De cualquier manera, Coquito se quedó, y así termina esta aburrida explicación.

Una tarde radiosa y cálida del pasado mes de marzo, llegó Sandra –inesperadamente, como de costumbre– en la camioneta rural de su marido. Estaba fresca y seductora, con su vestido de lino verde, y en sus ojos lucía un fulgor aventurero. Yo me hallaba recostada en la galería del fondo, tratando de interesarme en una de esas novelas contemporáneas superintrospectivas que sé que debo leer, pero no quisiera. Se trataba de un relato escrito por cierto individuo histérico que, después de pasar una horrorosa niñez en Frankfort, se afilia al Partido y se marcha a Ucrania en compañía de una revolucionaria de alta tensión llamada Irma, moza de cejas rectas y ojos ardientes, dada a repentinas explosiones de fiera sensualidad, durante las cuales atraía la cabeza del autor a su boca, lanzando roncos gritos inarticulados, mientras su mano libre jugaba torpemente con los botones de su chaqueta militar. En ese preciso instante, y con muy buen sentido, a mi entender, él decidió renunciar al comunismo y Sandra hizo su aparición.

Tiró los zapatos a uno y otro lado, como suele hacerlo, se dejó caer en la mecedora, que crujió con estrépito, y dijo:

–¡Gracias a Dios que estás en casa! No podría haber soportado el no encontrarte.

Le pregunté si quería una bebida helada, y contestó que no deseaba bebidas frescas, ni té, ni otra cosa que acostarse largo a largo y sumergirse en la corriente de la conciencia universal, donde el tiempo deja de existir y no es menester concentrarse en nada que tenga los menores visos de especificidad. El almuerzo –continuó diciendo– había sido un horror continuado, desde las paltas y a lo largo del *curry*, hasta llegar a la tarta de limón merengada y el café. Habían ido un obispo anglicano que tosía en forma ensordecedora, un senador americano con su mujer, y un feroz magnate del aluminio, oriundo de Pittsburgh. Súmese a éstos a Cucú Honey, la esposa del Secretario de la Colonia, que había estado en uno de sus peores días –que ya es mucho decir– y había ofendido mortalmente al senador haciendo una disertación completamente superflua sobre el

problema de los negros, del cual, evidentemente, lo ignoraba absolutamente todo.

–Lo más espantoso de Cucú es que la pobre está completamente ajena a su insensata vanidad –Sandra se desperezó, con un quejido–. Se ha examinado a sí misma minuciosamente y desde todos los ángulos, sin encontrar un solo defecto. No es cruel, dura, ni maligna; pero logra dar una y otra vez la impresión de ser las tres cosas. Suelta cualquier idea que por casualidad anda revoloteando por su cabeza de chorlo sin detenerse a pensar ni por espacio de medio segundo qué sentirá su interlocutor. Hasta un chico de tres años en estado de ebriedad hubiera comprendido al instante que el senador era un sureño chapado a la antigua, destetado con *julep* de menta y habituado a concurrir a los linchamientos en el día de su cumpleaños, a manera de premio, y ¡claro está! tenía que elegirlo a él precisamente, para descargar todo el peso de sus conceptos humanitarios, tan mal informados como sensibleros. Naturalmente, todo el ambiente se estremeció, incómodo; el senador se puso como un tomate, yo musité alguna tontería sobre la discriminación racial, tema demasiado complejo para un almuerzo de confianza, donde debía reinar la alegría; pero ella hizo caso omiso de todo y siguió avanzando trabajosamente a través de una selva de frases hechas, con voz cada vez más chillona, hasta que al fin tuve que saltar bruscamente, como un muñeco de sorpresa, y las arrastré a ella y a la señora del senador a la galería, donde se quedaron sentadas en silencio, apretando los labios y lanzándose miradas furibundas.

Sandra exhaló un profundo suspiro y buscó en el bolso un cigarrillo.

–Luego, cuando por fin se fueron todos, y yo me hube lanzado sobre ella y la hube despedido, deshecha en llanto, apareció Jorge temblando como una hoja y me dio con acento sepulcral la "Gran Noticia".

–¿Qué quieres decir? –pregunté, tirándole la caja de cerillas.

–Es un secreto importantísimo –encendió el cigarrillo y me tiró otra vez las cerillas–. Me hizo jurar que no se lo diría a nadie en este mundo, ni siquiera a ti; pero yo le dije que eso era una estupidez, y que siempre te lo cuento todo, de modo que cedió, con la condición de que te obligara a prometer, bajo solemne palabra de honor, que te callarías la boca hasta que se haga el anuncio oficial.

–¿Anuncio oficial de qué?

–Llegan en junio.

–¿Quiénes llegan en junio?

–¡La Reina, naturalmente! –dijo Sandra–. Y el príncipe Felipe. Llegan el 21, en un buque de guerra, y pasarán tres días acá. Tres días enteros, con sus tres noches completas, y mucho, muchísimo antes de esos tres días enteros con sus noches, a mí me llevarán con chaleco de fuerza, como a esa pobre bestia de *Un tranvía llamado deseo*.

–¡Bien! –murmuré yo, inapropiadamente–. ¡Qué emocionante!

–¿Te puedes imaginar –exclamó Sandra, con acento de tragedia– lo que será de todos nosotros entre marzo y junio? ¿Puedes suponer las rencillas, las rivalidades, las comisiones de planeamiento y las comisiones de recepción y festejos, toda la degradante y horrible competencia por escalar posiciones? Será una pesadilla.

–¿Qué ganas con excitarte a ti misma de este modo? –dije, tratando de echar aceite sobre las aguas–. Supongo que buena parte de ello será muy entretenido, y de cualquier manera, será estupendo para la isla. Los samolanos se sentirán orgullosísimos y emocionados.

–Ya lo sé –dijo Sandra–. "Sé" que será estupendo para la isla, y para los queridos samolanos. Sé que es magnífico para Jorge el hecho de que todo esto suceda durante su mandato como Gobernador. Sé que la industria del turismo florecerá como nunca, a raíz de esto, y que será maravilloso para los hoteles todos, y las artes y oficios autóctonos, y para todos los estudiantes de la Universidad, y los niños exploradores y la Federación Femenina. Pero hay una criatura solitaria y temblorosa para la cual no será tan estupendo: la desdichada esposa del Gobernador, sobre cuyos frágiles y agobiados hombros caerá el peso aplastante de todo este ajetreo.

–Alégrate, querida –dije–, disfrutarás de cada minuto de la visita, mandarás a todo el mundo de aquí para allá y lo pasarás magníficamente.

–Tenía la esperanza –repuso Sandra– de que me comprenderías y te condolerías conmigo, de que estarías a mi lado en la hora de la tribulación; pero ahora veo que esas esperanzas estaban construidas sobre arena. Ya veo en tus ojos un brillo de horrendo *snobismo* real suburbano. Probablemente,

tú serás la peor de toda la colonia, y te pasarás el tiempo correteando detrás de ellos, subiendo y bajando como un corcho.

–Es inútil que me eches en cara ser una *snob* real –repliqué–. Es consecuencia de mi educación, y ya es demasiado tarde para cambiarme. Ya siento bullir en mí una agradabilísima emoción sentimental de colegiala. Hasta proyecté –mientras tú te lamentabas y gemías– un precioso vestido de noche nuevo, y pensé si habría tiempo suficiente para que Juana sacara mi tiara del Banco de Barclay y me la remitiese. La verdad es que se trata de una alhajita bastante tristona, herencia de mi tía Cordelia, pero tiene cierta distinción pretenciosa.

Sandra suspiró.

–Me parece que, después de todo, tomaré un poco de té.

Toqué la campanilla para que Tahali trajese té. La esposa del Gobernador se había tendido otra vez largo a largo, cerrando los ojos: de vez en cuando bajaba el pie izquierdo y sacudía la mecedora, y en cada una de esas ocasiones, el mueble gemía quejumbroso y yo me preguntaba si habría aceite en la casa y si sería posible hacerlo llegar a las bisagras sin ensuciar la funda. Nunca he servido ¡pobre de mí! para realizar esas útiles tareas domésticas que son esenciales para el buen funcionamiento da una mansión hospitalaria, y en mi hospitalaria casa siempre hay algo que anda mal por alguna parte. En este mismo momento, mientras escribo, hay dos argollas rotas en la cortina del baño de Robin y hace semanas que me he propuesto hacerlas arreglar, y el asiento del inodoro de la planta baja no se queda levantado cuando uno quiere que lo esté. Esto, naturalmente, no afecta a las señoras que vienen de visita; pero es incómodo para los caballeros, que se ven obligados a tomar una postura forzada, de costado, y a sostenerlo con una rodilla.

Parece que nada se puede hacer sin antes desintegrar el todo y descomponerlo en sus partes constitutivas, lo cual significa mandar llamar al señor Pana-Oti, el plomero, cosa que me hace temblar. Pero, ante la inminencia del Gran Acontecimiento, sería menester poner manos a la obra antes de junio. Y no porque yo anticipara que los reales visitantes pasarían mucho tiempo en el bañito del piso bajo; pero nunca se sabe lo que puede suceder, y a lo mejor, el príncipe Felipe pinchaba una goma mientras se

dirigía al campo de golf, y alguien acertaba a decir: "Alteza, la plantación de los Craigie está a un tiro de piedra, y si Vuestra Alteza quisiera una bebida fresca, o lavarse y darse una cepillada, estoy seguro de que se sentirían honradísimos y encantados. Es muy buena gente, aunque "ella" parece un poco desequilibrada..." Entonces se presentarían todos en casa, y yo oiría ese estruendo horrible y me sentiría mortificada todo el resto de mi vida.

Sandra, abriendo un ojo, me miró.

–Pareces estar en aprietos –dijo–. ¿En qué piensas?

–En el Duque de Edimburgo –repliqué.

–Podría habérmelo imaginado –dijo con fastidio, y cerró el ojo.

Tahali apareció con la bandeja del té, que depositó cuidadosamente sobre la mesita de fibra vegetal, mueble de fabricación nativa, muy bonito y lleno de color local, pero propenso a renquear. Después de dejarla, hizo una elegantísima reverencia a Sandra y regresó a la casa. Tahali es un tesoro y la luz de mi existencia. Cuando Robin me trajo acá, después de nuestra boda, Tahali tenía dieciséis años y era una especie de chiquillo de los mandados y *factótum* de la casa. Un año después, como se destacaba por su eficacia, buen humor y gallardía, lo ascendimos a criado principal, y durante los dos últimos años ha sido mayordomo, camarero y chofer, todo en uno; dirige la casa y yo no podría pasar un solo día sin él. Es alto y bien parecido y, como la mayor parte de los samolanos, parece desprovisto –por dicha– de todo sentido de culpa. En su aldea natal, al otro extremo de la isla, tiene mujer y tres hijos, a quienes visita de mala gana un par de veces al año, y varias amistades íntimas y otros hijos aquí, en Pendarla, a quienes visita con mayor frecuencia. De vez en cuando, tiene un mal día y se emborracha con *kala-kala*; en tales ocasiones regresa a la madrugada, con paso vacilante, y aparece con el desayuno, abotagado, horrible y con aires de víctima.

En estas oportunidades, o bien Robin le da una filípica que lo hace prorrumpir en llanto, o yo le hago solemnes y razonables advertencias que terminan, por lo general, en alegres y francas risotadas. Ello se debe a que él sabe instintivamente que detrás de mis palabras no hay un solo ápice de convicción, y que en el fondo del corazón no me importa nada que se emborrache de vez en cuando, siempre que no lo haga con demasiada

frecuencia, ni permita que perjudique su trabajo o moleste a los demás criados.

Comprendo que este *laissez-faire* mío ante las normas morales reconocidas no resulta muy adecuado para una matrona británica; no se me escapa tampoco que quien, profesando el cristianismo, vive en una isla que sólo en forma parcial ha sido rescatada de un paganismo regocijado, tiene el deber de destruir el mal dondequiera levante su horrorosa cabeza, y de dar ejemplo de rectitud a las razas menores que nos rodean. Pero yo no sirvo para esa clase de cosas, dado que tengo puntos de vista muy personales acerca de lo que es realmente malo y lo que no lo es.

Si sorprendiera a Tahalí tratando con crueldad a un niño, o torturando deliberadamente a un animal, lo echaría de casa a golpes, con mis propias manos; pero si de tanto en tanto se le antoja beber o meterse en cama con alguna de sus "amiguitas", no veo por qué razón de este mundo no lo haría. Es joven, gallardo, lleno de vitalidad, y pienso que se tendría por tonto si no aprovechase cuantas oportunidades de distracción se le presentan.

Claro está que, si mostrara señales de entregarse a la bebida en forma grave y de convertirse en un ebrio perdido, haría cuanto estuviese en mi poder para impedírselo, porque la bebida estropearía su gallarda estampa y le quitaría todo su encanto, volviéndolo tonto e inútil para sí mismo y para todos los demás. Pero no hay mayores probabilidades de que tal cosa suceda, porque es muy raro que los samolanos se conviertan en alcoholistas; la verdad es que no hacen nada con exceso, como nosotros, en nuestro superior nivel de occidentales; supongo que se debe a que ellos no son –como nosotros– neuróticos. En Samolo no hay tomadores de drogas, ni ninfomaníacas, ni dipsomaníacos, ni asesinos patológicos de origen sexual. Hay, sí, mucha vida sexual que se desarrolla ininterrumpidamente, tanto en unos como en otras, pero ocurren escasísimos crímenes de tipo sexual. Sabemos que, en Inglaterra, no hay muchacha que pueda atravesar el prado comunal de Wandsworth después del anochecer sin "ser molestada", mientras que aquí podría corretear todo a lo largo y a lo ancho de la isla a su placer sin que le sucediese cosa más grave que atracarse de guayabas y mangos ofrecidos por los hospitalarios aldeanos, y sufrir una buena indigestión.

Sandra se sentó en la mecedora y se arregló el pelo con unos golpecitos.

–Tienes que hacer algo para que no cruja –dijo–. Estos chirridos son ensordecedores.

–Lo sé; hace meses que me vuelven loca.

–Necesita aceite.

–Bien sé que lo necesita. Siempre tengo la intención de dar orden de que lo hagan, pero nunca me llega el momento.

–Si tienes una alcuza en casa, te lo haré en un par de minutos.

–No harás semejante cosa –dije–. Te pringarás de arriba abajo, te ensuciarás el vestido, y de cualquier manera, no hace falta que me deslumbres con tus habilidades de niña exploradora. Tú eras peor que yo, cuando estábamos en el ejército.

–¡Por cierto que no! –repuso, untando de manteca un bolo de *cassava* y coronándolo con una cucharada de dulce–. Un día, cambié la cubierta del auto en diez minutos, en el atajo de Esher, bajo una lluvia torrencial. El viejo a quien conducía en el coche quedó muy impresionado.

–¿No se ofreció a ayudarte?

–Claro está que sí, pero no se lo permití. Era decrépito, de cualquier modo, y relucía de condecoraciones, y hubiera sido vergonzoso que alguien, al pasar, lo hubiera visto junto a mí, en la calzada, calado hasta los huesos. También podía haberle dado un ataque cardíaco.

–¿Y qué hacía, resplandeciendo de condecoraciones, en el atajo de Esher?

–No sé –Sandra lanzó una mirada distraída, por encima de la quebrada, a las colinas del otro lado; a la luz declinante de la tarde, las hojas de los bananos parecían de un brillante azul verdoso–. Lo había recogido en Portsmouth, y lo tuve que llevar al Dorchester, donde había no sé qué reunión. Oye, ¿han pulverizado esos bananos últimamente, o les pasa algo? Me parecen extrañamente azules.

–Pulverizados –dije–. Todo ese sector fue tratado esta mañana. ¿No es verdad que sería magnífico pintarlos? Solo que nadie lo creería.

–No creo que eso tenga importancia. Mira a Gaugttin, con todas esas montañas rosas, y esas mujeres pardas, de piernas cortas y sin huesos. Nadie creería, ni por un minuto, en tales cosas. ¡Dios mío! –suspiró, y empezó a calzarse–. Me tengo que ir a casa, y no poseo el menor deseo de

hacerlo, porque aquí es todo tan hermoso y tranquilo, a pesar de los espantosos chirridos. Jura que no dirás una sola palabra a nadie sobre la Gran Noticia. Mejor será que mañana vengas a almorzar, así después vamos a mi saloncito y empezamos a preparar listas.

–¿Qué clase de listas?

–Toda clase de listas –dijo con decisión, poniéndose en pie–. No creo que mañana venga a almorzar nadie particularmente insufrible. Al menos, te salvarás de Cucú, porque no pienso invitarla a nada durante dos semanas, para darle una buena lección, y lo más horrible de todo es que lo sentirá de veras. ¿No te parece extraordinario? Si fuese ella, me sentiría aliviadísima – atravesamos la casa, para salir a la galería delantera–. Le encantan las cosas oficiales –prosiguió Sandra–. Se envuelve en ellas como en un abrigo de piel, y se arropa mimosamente. ¿Te imaginas lo que será cuando al pobre Eduardo lo nombren por fin Gobernador de esto o de aquello? Y supongo que, tarde o temprano, ocurrirá. Ella se convertirá en un demonio encarnado, ofenderá a la gente a diestra y siniestra, y dejará exhaustos a todos los empleados de la gobernación, con las mejores intenciones. Tengo entendido que buena parte de esa anémica *folie de grandeur* proviene de haber nacido y haberse criado en ese maldito puesto en las colinas de la India. Debe de haber sido una mocosa insoportable, todo el tiempo galopando, de *jodhpurs*, y retozando con esos oficialitos entusiastas. ¡Santo Dios! – me besó distraídamente, y subió a su camioneta rural.

–Te estás sobrexcitando otra vez –dije– lo cual a nada bueno te llevará, no hará sino revolverte la bilis y, de cualquier modo, tienes problemas mucho más importantes en que pensar que el de Cucú Honey.

–Gracias, querida, por recordármelo –rió entre dientes–. A la una en punto, y te agradezco los bollos de *cassava* que, me consta, me han hecho engrosar un kilo por lo menos.

Agitó la mano en señal de despedida, el coche giró en círculo bajo el eucalipto y desapareció por la avenida de entrada.

Yo volví, pensativa, a la galería y me serví otra taza de té. El Sol tocaba ya el horizonte y la niñera, que había salido en el automóvil para hacer unas compras en la ciudad y traer a los niños del colegio, estaría de regreso de un momento a otro. No había tiempo para iniciar el problema de palabras

Librodot

cruzadas del *Times* ni para aceitar la mecedora, y no podía soportar la idea de volver a ese pobre comunista sin el mínimo sentido del humor y a sus racionalizaciones triviales, erizadas de escrúpulos, de modo que me limité a sentarme, encender un cigarrillo y contemplar el paisaje que, como de costumbre a esta hora del día, se estaba comportando como una exposición de pintura impresionista.

Desde esta galería trasera no se divisa el menor atisbo del mar: solo la plantación en primer plano, en descenso continuo hasta el río que corre por el fondo de la quebrada; luego, las rocas violáceas, los bambúes ligeros como plumas sobre la pendiente opuesta, y detrás, nuevas colinas, irguiéndose una tras otra hasta perderse en la lejanía, donde los altos picachos de las montañas Lailanu se elevan como dedos azules sobre el vivido cielo.

CAPÍTULO II

Puntualmente llegó la niñera con los chicos, y la paz de la tarde se deshizo en un millar de añicos. Salieron del auto como disparados y entraron en la casa dando alaridos; Coqui se cayó inmediatamente, y fue preciso levantarla y consolarla; Simón tenía en la frente un bulto del tamaño de una pelota de *cricket*, resultado de una pelea con Ricardito Chalmers, quien le había pegado con una regla; los perros aparecieron inopinadamente, desde las regiones de la cocina, ladrando con entusiasmo, saltando a todo el mundo, y acabaron por derribar una mesita donde había una fotografía bastante malhumorada de la hermana de Robin, lo cual no me importó mayormente, porque cada vez que la miraba me producía cierta irritación. No es que no quiera a Helena: nos hemos llevado muy bien en las pocas ocasiones en que fue preciso hacerlo; pero tiene un carácter agrio, y siempre me da la impresión de que me está acusando de hacer algo malo. Vive en una casa glacial y gris, en Pertshire, una casa llena de ornamentas de ciervos y pescados embalsamados, y yo siento constante terror de que algún día ella y Hamish resuelvan repentinamente venirse a vivir con nosotros.

Cuando el pandemónium general se hubo calmado, y los chicos y los perros desaparecieron, por misericordia, en el jardín, Manny –la niñera– salió a la galería y tomó asiento con aire resuelto. Se había quitado el som-

brero y, después de esponjarse el pelo, parecía muy dispuesta a una agradable charla íntima. Manny requiere, en mi opinión, una explicación previa. En primer término, no es una niñera en la acepción comúnmente aceptada del vocablo. Su verdadero nombre es Vera Longman, y vino a Samolo con su madre, que por lo visto era una bestia de primera agua, una de esas viudas inglesas trashumantes que juegan al "bridge" y viajan por el mundo con su reducidísima renta, envueltas en nubes de ambiente suburbano, disputando con los gerentes del hotel. Lo cierto es que murió de un ataque cardíaco en la pensión Beach Grove, el año 1950, y dejó a la desdichada Vera –que le había consagrado su vida– sin un céntimo. Todos fueron muy bondadosos y solidarios; Lady Blaise inició una suscripción secreta a la que todas contribuimos en forma anónima, para que Vera no se sintiese humillada cuando se encontrara con nosotros en alguna reunión social, y Siggy Rubia le consiguió un empleo temporario en la agencia de viajes "Real Samolana" que, aunque solo duró lo que la temporada invernal, le dio al menos tiempo para reponerse y hacerse cargo de la situación.

Vino a casa hace dos años, porque aseguraba ser muy eficaz para educar niños, y la verdad es que resultó magnífica. *Es* eficaz con los niños, firme, sensata y muy bondadosa, y aunque no puedo afirmar que la adoren, al menos la aceptan filosóficamente y, por regla general, hacen cuanto les dice.

Robin no puede soportarla: su refinamiento indeleble lo exaspera y dice que es una mujer que anda por el mundo muriéndose de ganas de que la ofendan. Personalmente, yo siento por ella un aprecio un tanto seco; pero a ella no le gustan las intimidades, y aunque en ciertas oportunidades he tratado de penetrar su rectitud de acero y lograr que entre un poco en confianza, jamás lo he conseguido en forma total. En mis momentos más sentimentales, me gusta pensar que un amor desdichado le ha helado el corazón y que algún día encontrará al hombre de sus sueños y florecerá como una rosa, pero no abrigo mayores esperanzas de que esto suceda. Esa vieja espantosa de su madre apretujó su *ego* en forma tal que ha quedado deformado para siempre, y aunque hubiera un nombre en sus sueños –cosa de que dudo– su risita alegre y pulcra y su aptitud única para decir lugares comunes, lo ahuyentarían asustado antes de iniciar la primera escaramuza.

Librodot

Le pregunté si quería té; pero dijo que acababa de tomarlo con la señora de Turling, a quien había encontrado en la tienda de Rodríguez comprando servilletas de lino lisas, sobre las que se ponía a pintar ramilletes de flores. La señora de Turling es una de las personalidades locales. Ella y el Almirante han vivido largo tiempo aquí, y son muy apreciados. Él está siempre coloradísimo, y es una autoridad reconocida en cuanto al estado del tiempo; ella es pálida, bonita e infatigable; nunca cesa de pintar, coser, hacer ganchillo y presentar labores delicadas para las ventas de beneficencia. Él la llama siempre "Princesa", y los dos han pasado largos los setenta.

–La señora de Turling me ha dicho algo interesantísimo –dijo Nanny, bajando la voz e inclinándose hacia adelante, como si sospechase la existencia de un micrófono oculto en el jarrón de *hibiscus* –. Claro está que tal vez no sea sino un rumor, pero parece que el Almirante lo ha oído en el círculo, y volvió a casa presa de gran agitación.

–¿Qué clase de rumor?

–Bien sé que no debería decírselo, porque me hizo prometer que guardaría el secreto, pero no puedo callármelo –Nanny lanzó una de esas risitas suyas que exasperan tanto a Robin, y miró furtivamente por encima de su hombro.

–Vamos, Nanny –dije inclinándome a mi vez, de modo que nuestras cabezas quedaron a no más de sesenta centímetros de distancia–. Ya sabe cuánto me gusta un chismecito de la isla.

–Esto no es precisamente un chisme, es algo mucho más importante, quiero decir que es una noticia que, en caso de ser cierta, resultaría sumamente emocionante.

Se inclinó aún más, hasta que temí que se cayera sobre mi regazo. Naturalmente, yo había adivinado ya lo que iba a decirme; pero hubiera sido una crueldad anticipar su noticia, de manera que lancé un ligero suspiro de agitación contenida.

–Vamos –dije–, hable usted. Me tiene sobre ascuas.

–La Reina –dijo triunfante–. La Reina y el Príncipe Felipe vendrán aquí en junio, en visita oficial.

Yo me dejé caer, como atontada, y la miré con lisonjera incredulidad.

–¡No! –dije–. ¿Es posible?

–El Almirante parece creer que sí. Dijo que todos en el círculo lo sabían.

–Pues ¿por qué no lo han anunciado los diarios?

–Hay que mantenerlo en absoluto secreto –afirmó Nanny–, hasta que se hagan todos los arreglos previos. Al menos, eso fue lo que dijo la señora de Turling. Será maravilloso, ¿no es verdad? Claro, si resulta cierto. Imagínese usted como emocionará a los samolanos el ver a la Reina, tan joven y hermosa, y a su gallardo esposo; quiero decir, que desde todo punto de vista será algo "magnífico", una suerte de recordación de la tierra, de la madre patria, de que todos pertenecemos a una sola y gran familia. Dijo la señora de Turling que no la sorprendería nada si el hecho repercutiese seriamente en las elecciones y hundiese para siempre a los Nacionalsocialistas Samolanos. Al fin y al cabo, no hay cosa más importante que el contacto personal, ¿no es verdad? Quiero decir que el hecho de que los nativos logren ver a la Reina con sus propios ojos no puede menos de tener enorme repercusión, ¿no es así?

–Lástima –dije, sintiendo que la atmósfera se estaba cargando demasiado– que hayan decidido venir en plena estación de las lluvias.

–A Su Majestad no le importará –dijo Nanny con optimismo–. En Inglaterra siempre tiene que hacer toda clase de cosas bajo la lluvia, y nunca le presta la menor atención. Días pasados, justamente, vi una fotografía de ella en el *Reaper*; estaba en no sé qué hipódromo, allí parada, muy sonriente, en medio de un verdadero mar de paraguas. Además, la estación lluviosa es aquí desagradable solo unas horas por día; quiero decir que no es como en Inglaterra, donde llueve sin parar.

En aquel instante nos interrumpió Tahalí, que venía a llevarse la bandeja del té. Nanny hizo retroceder su silla sobresaltada, con aire de delincuente, como si nos hubieran sorprendido en alguna actividad vergonzosa, y se lanzó –con lo que supongo que habrá considerado magnífica presencia de ánimo– a una declamación poco convincente contra la congestión del tránsito en la ciudad.

–Y la policía es un caso perdido –dijo–. Con una mano, la invitan a una a avanzar, y con la otra, la detienen.

–Ahí tiene usted la vida en una frase –dije yo, distraída.

–¿Qué quiere decir? –Nanny, detenida en mitad del vuelo, parecía desconcertada.

–Bien –murmuré cohibida, tratando de reunir mis ideas dispersas, que habían retornado a la tiara de tía Cordelia–. Es uno de los aspectos más fastidiosos de la vida en una democracia, ¿no le parece?

Tahali, que sabía –según lo sospecho– que yo estaba improvisando, me dirigió una mirada rápida que era casi un guiño, y desapareció con la bandeja.

–¿Qué cosa? –insistió Nanny, frunciendo ligeramente su pálida frente.

–Este horrible sistema de que, en un momento, la induzcan a una a hacer algo y en seguida, se lo impidan. Como comprar un automóvil nuevo –agregué, sin saber lo que decía.

–Pero ¿usted no ha comprado coche nuevo; no?

–Por supuesto que no. Sólo lo decía a manera de ejemplo. Nos inducen continuamente a comprar automóviles nuevos porque así conviene a la industria automotriz, y todo el mundo tiene empleo, y cada coche nuevo alcanza velocidades muy superiores a las del anterior, y uno sale como una flecha en uno de ellos, sintiéndose triunfante, y en seguida la arrestan por exceso de velocidad.

–Temo no comprender muy bien.

–No se aflija –dije, ya desesperada–. No tiene la menor importancia. Sólo cuando usted dijo que el policía la hacía avanzar con una mano y la detenía con la otra, y yo comenté: "Ahí tiene la vida resumida en una frase", lo cual no significa nada en especial, y se me escapó casi sin querer, y usted, naturalmente, me preguntó qué había querido decir, y tuve que pensar alguna manera de justificar mi aserto.

–¿Justificar qué?

–"La vida resumida en una frase" –eché la cabeza atrás y cerré los ojos.

–Usted resulta graciosa, a veces, señora, realmente graciosa –dijo Nanny con una risita que era como un relincho–. Una nunca sabe con qué va a salir.

–Yo tampoco –repliqué, sin abrir los ojos.

–No le duele la cabeza ¿verdad?

La solicitud que había en su tono me obligó a mirarla. Se había puesto de pie y me contemplaba ansiosa, con la cabeza un poco ladeada, como si estuviese tratando de leer el diario de alguna otra persona en el tren.

–La verdad –dije– es que me duele un poco la cabeza; la tarde ha sido pesada y cometí la tontería de tomar un poco de jerez antes del almuerzo; en esos casos, siempre va gorgoteando derechito a mi hígado.

–Lo lamento muchísimo. ¿Puedo hacer algo?

–Absolutamente nada. Si usted se encarga de los niños, yo iré arriba y tomaré un par de aspirinas y un baño.

–Muy bien. La dejaré a usted entregada a su tratamiento –empezó a bajar las gradas que llevan al jardín y se volvió–: No dirá usted nada de cuanto acabo de contarle ¿no es cierto? La señora de Turling me hizo jurar que guardaría el secreto.

–Palabra de honor –repuse, y ella se alejó por el césped, exactamente como inventada por Katherine Mansfield.

CAPÍTULO III

Subí la escalera y, distraída, me tomé un par de aspirinas; sólo cuando ya las había tragado recordé que no me dolía la cabeza, sino que había fingido una jaqueca para librarme de Nanny. Me senté entonces en la cama, algo cariacontecida, y miré a mi alrededor resolviendo –como lo hiciera ya cien veces– que estaba harta de todo aquello y que había llegado el momento de hacer pintar la habitación, cambiar los muebles de lugar, y darle a todo un aspecto totalmente diferente. Sabía que Robin patearía como un novillo si llegaba a sugerírselo, porque es una persona rutinaria y le gusta que todo esté bien ordenado e inmutable, familiar y cómodo. Pero ¡ay de mí! yo no soy de esas personas; las mismas cosas vistas durante demasiado tiempo me dan claustrofobia. Demonios irrazonables se adueñan de mí, y soy por temperamento alérgica a dejar las cosas tranquilas. Cierta vez, siendo yo muy niña, tironeé de mi viejo sombrero de paja hasta darle la forma de un bote, y me lo puse con la parte delantera hacia atrás; hubo un drama terrible, me castigaron y no me permitieron ir a tomar el té con las de Vereker.

Nuestro dormitorio nada tiene, en realidad, de malo. Es luminoso y agradable, sin mayores exigencias, pero Maisie Coffrinton me había dado varias revistas norteamericanas muy elegantes, exclusivamente consagradas a la decoración de interiores y llenas de relucientes ilustraciones en colores: patios de California, hospitalarios "salones de estar" de Florida, y exquisitas cabañas de un lujo rústico en los montes Adirondack, con abundancia de piedra natural, alfombras rojas, enormes sillones cuadrados, y fogones de piedra y ladrillo para hacer asados al aire libre por doquier. No es que quisiera tales cosas en mi dormitorio, pero sí acariciaba la idea de pintar las paredes de verde botella obscuro, poner una enorme alfombra blanca y dos mesitas de luz muy alegres, funcionales, proyectadas especialmente con lugares para cada cosa. Reconozco que temblé un poco al pensar en encargar a Tali-Lapa, el carpintero del lugar, dos mesas de luz funcionales. Los artesanos samolanos son todos industriosos y entusiastas; pero no tienen "ojo" y son congénitamente incapaces de hacer dos cosas idénticas entre sí.

Desechando, pues, las mesas funcionales, las paredes verde botella y la alfombra blanca, empezaba a dar forma a una nueva idea: la de dar a todo un delicado color rosa de caracol, con suaves cortinajes gris humo, y tal vez un toquecito de verde manzana por alguna parte, cuando entró Eulalie con el correo vespertino. Eulalie es hermosísima, Gauguin puro, pero no con piernas cortas, las suyas son muy largas y de movimientos lentos. Todo en ella es lánguido y pausado. A veces la he atisbado, mientras ponía en orden la galería, admirada de que alguien pudiera hacer algo a ritmo tan lento sin quedarse dormida profundamente. Se mueve de una cosa a otra como una odalisca fatigada después de una velada particularmente cansadora con los muchachos. De tanto en tanto, cesa en todo movimiento y se queda perfectamente quieta, de pie, mirando hacia adelante. Si lo hiciera por sentirse repentinamente absorta ante la belleza del panorama, o al ver algo extraño que tuviese lugar en el jardín, no me extrañaría, pero suele hacerlo a menudo delante de una pared lisa.

Habiendo bajado la bandejita con las cartas hasta ponerla a mi alcance, aguardó distante a que yo las tomase y luego, con una lánguida sonrisa, salió, ondulando lentamente, de la habitación.

Había dos *Tiempo y Mareas*, dos *Punch*, unas pocas facturas y circulares y una carta de mamá. La letra familiar, perfecta y caligráfica, siempre produce en mí una leve sacudida, mitad de alegría y mitad de aprensión; mamá tiene más de setenta años, y siempre me espanta el pensar que los médicos le hayan encontrado un bulto siniestro por alguna parte, o que se haya caído y roto un hueso. Después de cierta edad, sé que las señoras son propensas a caerse, y aunque Juanita nunca se aleja de su lado y la cuida con cariñoso esmero, no deja de preocuparme. Esta vez, sin embargo, mis temores no tenían fundamento, porque evidentemente estaba de excelente humor y llena de malicia.

"Mi queridísima Grizel:

Hace apenas dos días, recibí carta tuya fechada el 7 de diciembre, lo que significa que ha tardado más de un mes en llegar aquí. No puedo comprender esto, a no ser que la hayas llevado años de un lado a otro antes de echarla en el buzón.

Si no es así, será mejor que te quejes a tu Oficina de Correos y yo enviaré a Juanita, para protestar, a la de aquí. Todo esto resulta ya muy fastidioso y empezaba a preocuparme. No hay noticias de mayor interés, salvo que la mayor de las chicas de Bletchley ha vuelto a fugarse, esta vez nada menos que con uno de esos jovenzuelos del Consejo Británico que andan de un lado a otro organizando exposiciones de arte en Escandinavia, Bélgica y otros lugares ridículos. La pobre Lilian Bletchley, como puedes imaginarte, está "desesperada". El martes pasado vino a almorzar conmigo; parecía completamente "demente" y Juanita tuvo que hacerle un candeal con oporto. Claro está que lo siento por ella; pero la culpa es totalmente suya, por haber educado a esas infelices muchachas de la manera más inadecuada desde el principio. "Nada" era bastante bueno para ellas, las mimó al extremo, y ¡mira el resultado! Puras reyertas y separaciones legales, plebeyos juicios de divorcio por dinero, y ahora "esto". Siempre pensé que Jill, la menor, tenía más sentido común que las otras tres juntas, pero ahora parece que ella también ha echado la capa al toro y está viviendo con un hombre casado en Aixen-Provence. ¡Qué comportamiento más extraordinario el de las gentes de ahora! Juanita sostiene que es el resultado de la guerra, pero yo creo que es

egoísmo puro. No se me ocurre ninguna otra cosa interesante que contarte. Fui con la pobre Gracia Felstead (Juan está en el Sanatorio Londinense) a la *matinée* de una de esas comedias musicales norteamericanas y por poco nos "ensordecemos", querida mía. La mujer que hacía de primera actriz era horrorosa, y tenía una voz de matraca, con la cual cantaba una y otra vez la misma canción, hasta que sentí deseos de estrangularla. Cuando salimos, nos estallaba la cabeza, de modo que en vez de tomar el té en la confitería Gunther la dejé a Gracia en el Club Femenino Imperio para venir directamente a casa y meterme en cama. Cariños a Robin y a los queridísimos niños. ¡"Cuánto" me gustaría verlos, aunque fuese un instante! Las fotografías que me enviaste son preciosas, aunque la que te muestra a ti de pie en la escalinata me preocupó un poco: pareces terriblemente pálida y cansada. Espero que no jaranees demasiado. Ahora tengo que terminar de veras, porque Juanita aguarda para llevar ésta al buzón. Cuídate, mi tesoro. Tu afectísima

Mamá.

P. D. ¡Imagínate que la Reina y el príncipe Felipe irán a Samolo en junio! Supongo que habrá toda clase de jaleos.

Coloqué la carta nuevamente en el sobre, y salí a nuestra pequeña galería privada. Era casi de noche, las luces comenzaban a encenderse en la ciudad y las luciérnagas titilaban en el seto de *hibiscus*. Las cartas de mamá siempre me entristecen un poco. No es una tristeza punzante, sino una especie de suave nostalgia, mezcla de añoranzas del hogar, memorias de cosas pasadas, y la sensación de que el alado carro del Tiempo avanza demasiado veloz, llevándonos a todos hacia la vejez, el reumatismo y una tumba silenciosa.

Veía claramente a mamá, en su cómodo departamentito de la plaza Eaton, sentada a la ventana y mirando, a través del follaje de los árboles, las luces de los vehículos; tal vez, mirando también hacia el pasado, hacia los años lejanos en que era joven y bonita, y el futuro se extendía ante ella, ilimitado, resplandeciente de promesas, sin el menor presagio del crepúsculo definitivo. Y allí estaba ahora, sesenta años después, el atardecer la envolvía

ya, haciéndose imperceptiblemente más obscuro con cada día transcurrido que huía furtivamente hasta que pronto, muy pronto, ya no habría espacio y su historia habría concluido para siempre.

Sabía que mi madre, a diferencia de mí, aún se aferraba débilmente a unas pocas convicciones religiosas. No era, por cierto, una creyente fervorosa, piadosa, frecuentadora de iglesias, pero cuanto le habían inculcado firmemente desde la infancia aún estaba allí, al alcance de su mano, si llegaba la ocasión de recurrir a ello. Estoy segura de que la muerte no encierra terrores para ella; pero no tengo idea de si el motivo es su naturaleza valerosa por temperamento, o sostenida, en lo más recóndito de su corazón, por visiones de una vida futura donde encontrará otra vez a sus viejos amigos y vivirá por toda la eternidad en un grato y misericordioso vacío. Personalmente, yo no acaricio tan ambiguas esperanzas. Tengo ideas muy claras acerca de la vida futura, y todas ellas referidas a la columna de los "débitos". Ya me resulta bastante dificultoso, en esta breve vida, tratar debidamente a los viejos amigos que aparecen repentinamente desde el pasado, tan cambiados que nadie los reconocería, y convencidos de que nuestras relaciones deben reanudarse en los mismos términos de otrora, haciendo caso omiso de los años transcurridos. La sola idea de que, no bien el último suspiro haya salido de mi cuerpo, me veré transportada con armas y bagajes a un innominado plano celestial, y ubicada sin miramientos entre una muchedumbre de viejos camaradas, en quienes no pensaba desde hacía años, me llena de consternación. También creo que, cuando me llegue la hora de la muerte, siempre que no me estrelle en un avión, o me ahogue, o desaparezca en algún accidente repentino, estaré preparada, y reconciliada ya con la idea de morir. Me da cierto placer caprichoso imaginarme a mí misma hecha una anciana decrépita. Haré todo lo posible por no molestar a los demás, aunque estoy cierta de que rezongaré a ratos "para no perder la mano". Espero que seré menos inquieta que ahora. Serena y marfileña, me sentaré en una habitación silenciosa y esperaré con una trémula sonrisa de bienvenida la visita de mis nietos y quizás de mis bisnietos. Cuando se hayan ido y el cuarto, vaciado de su juventud y su vitalidad regocijada, vuelva a su habitual penumbra, desenvolveré con esmero los regalos que me hayan traído –pues espero sinceramente que rara vez me visitarán con las

manos vacías– y menearé la cabeza, con una sonrisa indulgente, (un meneo corriente, no un temblor del mal de Parkinson) me deslizaré en la cama como un duende y aguardaré, sin emoción y sin temor, a que la Parca me dé el golpe de gracia. Naturalmente, comprendo muy bien que tal vez nada de esto suceda. A lo mejor, me convierto en una vieja colérica, sorda como una tapia, habladora e insufrible; o acabo mis días amargada, solitaria y de un humor endemoniado en alguna horrible casa de pensión en Folkestone. Nadie puede saberlo, y de nada vale preocuparse por ello ni hacer proyectos. Cuando venga, habrá que afrontarlo, echar atrás nuestros frágiles y encorvados hombros y tratar de conservar la mayor dignidad posible.

Entré desde la galería, encendí las luces y estudié de mal talante los vestidos que colgaban en el guardarropa. Robin y yo iríamos a cenar con Bimbo y Lucy Chalmers, y no había que hablar de ponerse otra vez el cómodo vestidito negro porque ya me lo había puesto cuando vinieron a comer a casa, la semana pasada, y también cuando los acompañé a la inauguración del nuevo Super-Cinematógrafo en la Avenida Madana. Y mucho que me alegré de haberlo llevado, porque no se arruga en seguida, como mi "Víctor Stiebel" azul, y los asientos tapizados de las mejores localidades del Super-Cinematógrafo son de super-lujo, como profundas bañeras de felpa y una está casi acostada en ellos.

Acabé por descolgar de su percha mi "ordinario" gris, y lo coloqué sobre la cama. Sirve para toda ocasión, tiene buena línea, y aunque Robin dice que con él parezco una carcelera, a mí me agrada. Mientras hacía todo esto, anhelando ser una estupenda estrella cinematográfica con un guardarropa desbordante de conjuntos maravillosos para cada hora del día, entró él con aire preocupado y un vaso de whisky con soda en la mano.

–Ese maldito Ricardito Chalmers golpeó a Simón con una regla.

–Ya lo sé.

–Le ha hecho un chichón descomunal en la frente.

–También lo sé. Simón parecía muy orgulloso de él.

–Es dos años mayor que Simón y mucho más corpulento. Me gustaría darle una paliza en regla.

–¿Por qué no lo haces? –dije–. Si nos apresuramos, llegaremos allá en tres cuartos de hora; en cuanto lleguemos, subes directamente al cuarto de los

niños y lo vapuleas a tu gusto, mientras yo trato de entretener a Lucy y a Bimbo en el patio. Supongo que la cosa no les agradará mayormente, y puede iniciar la noche con una nota poco placentera; pero si tan disgustado estás...

–Me sorprendes, me sorprendes de veras –Robin me miró con aire de reproche–. Me imaginé que, al ver maltratado y lastimado a tu propio hijo, mostrarías al menos un poco del natural resentimiento que...

–No seas tonto, querido –dije–. No ha sido maltratado ni lastimado a tal punto. Sólo que intervino en una pelea y Ricardito le sacudió con una regla. De cualquier modo, supongo que ha sido tal para cual. Simón siempre está interviniendo en peleas, y estoy segura de que tú también lo hacías, a su edad; en vosotros dos hay una tendencia combativa.

–Nada tengo de combativo. Sólo que me gusta el juego limpio, y no considero juego limpio que un grandullón como Ricardito ataque a un chico, que es la mitad de él, con una regla. ¿Por qué no usó los puños?

–No creo que eso hubiera sido mejor; podría haberle hecho saltar los dientes.

En aquel momento, sonó el teléfono. Robin levantó en silencio el receptor y me lo alcanzó. Lo tomé y me senté en la cama. Era Lucy Chalmers, y su voz parecía un poco forzada.

–Oye, querida –me dijo–, acá tenemos un pequeño drama y pensé que sería mejor ponerte sobre aviso antes que lleguéis tú y Robin. Bimbo está en el baño, pero saldrá dentro de un minuto, de modo que no hay mucho tiempo. ¿Dónde está Robin?

–Aquí –repliqué–. A un metro de distancia, aproximadamente, y a punto de sentarse sobre mi vestido gris.

Robin me lanzó una mirada furibunda y salió de mal talante a la galería.

–Entonces hablaré en voz baja –siguió Lucy–. Haz tú cualquier observación que te parezca adecuada sin dar a entender de qué se trata.

–¿Qué demonios ha sucedido?

–Me temo, querida, que tu Orgullo se ha estado portando como un animal. Hoy, él y Ricardito se pelearon durante la hora del almuerzo, en la escuela. La cosa empezó, en apariencia, del modo más alegre: los dos se tiraron pelotitas de plastilina, hasta que subió de tono y Simón se lanzó contra

Ricardito como un ariete y lo tiró de espaldas del banco donde estaba sentado...

–¿Antes o después de que Ricardito le pegase con una regla? –inquirí fríamente.

–Antes –repuso Lucy–. Ricardito se apoderó de la regla en defensa propia porque Simón había perdido todo dominio de sí y se estaba portando como un demente; entonces uno de los otros niños trató de separarlos, Simón se soltó y dio a Ricardito un puntapié entre ambas piernas, con todas sus fuerzas, y ahora el chico está en cama y hemos tenido que llamar al doctor Spears. Tiene los dos testículos hinchados y sufre horriblemente.

–¡Dios mío! –bajé la voz, porque Robin acababa de entrar, desde la galería–. Lo siento muchísimo, te lo aseguro.

–En circunstancias normales, no te habría molestado por una cosa así –prosiguió Lucy–; pero Bimbo está furioso, resoplando fuego y azufre, y mascullando una porción de estupideces de colegial sobre juego limpio y por qué no le habrán enseñado a Simón a usar los puños...

–No sigas –la risa empezó a saltárseme–, hace dos minutos que he oído todo eso.

–No es cosa de risa –dijo Lucy con aire dubitativo; pero advertí en su voz un leve cambio, como si estuviera a punto de quebrarse–. Y advierte, por favor, a Robin que no pierda los estribos y que deje hablar a Bimbo sin encolerizarse, de otro modo, acabaremos con una disputa en toda regla, y todos empezaremos a negarnos el saludo, y será algo infernal.

–Muy bien, haré cuanto pueda. Y de veras siento lo de Ricardito.

–Ahora, tengo que cortar –dijo Lucy–. Bimbo ha salido del baño y ha empezado a rugir otra vez. Cenaremos a eso de las ocho, pero será mejor que vengáis temprano, así pasa lo más grave.

Colgué el receptor pensativa, tomé un cigarrillo de la caja de porcelana que hay sobre la mesa de luz y lo encendí. Mis ganas de reír se habían evaporado y de pronto me sentí deprimida. La actitud de Lucy, al telefonearme, había sido cordial y bondadosa, le estaba agradecida, pero al mismo tiempo su aire de conspiradora me fastidiaba vagamente. Nunca he sostenido con mayor entusiasmo la teoría –por demás manida– de que los hombres no son sino colegiales grandes, crecidos, y que el deber natural de las esposas es

mimarlos, tolerar sus rabietas con infinita comprensión e intuición suprema, y con buenos modos atraerlos nuevamente a un alegre espíritu doméstico. Si Bimbo estaba furibundo y la emprendía con Robin, no veía por qué éste debía mostrarse diplomático y dejarlo hablar en silencio. Evidentemente, Simón se había portado muy mal; pero al fin apenas tenía siete años y medio, mientras que Ricardito estaba cerca de los diez.

Miré a Robin que, del otro lado de la habitación, jugueteaba con las cosas de mi tocador. Tenía una camisa arrugada y transpirada, unos viejos pantalones de montar color "khaki" que no podían estar más sucios, y su aire era todavía enfurruñado; pero sentí un repentino impulso de echarle los brazos al cuello, y experimenté una gratitud inmensa por estar casada con él, y no con Bimbo. Bimbo es bonísimo y lo aprecio mucho; pero es un individuo mucho más expansivo que Robin y, por lo mismo, mucho menos interesante. Su sistema de valores está petrificado e inmutable, mientras que el de Robin, tras su fachada perfectamente normal, es más fluido y menos convencionalmente previsible.

–¿De qué se trata? –dejó de juguetear con los adornos del tocador y se acercó a mí.

–Era Lucy. Está preocupadísima. Parece que Simón no fue tan maltratado como tú suponías, ni víctima de la crueldad de un grandullón.

–¿Qué quieres decir?

–Que Ricardito está en cama, muy dolorido.

–Me alegro –Robin bebió a sorbitos su "whisky" con soda–. Eso le enseñará a pegar a los chicos de su mismo tamaño.

–En lo que respecta al luego limpio, parece que ninguno de los dos se atuvo al reglamento de Queensberry, y me temo que hemos de afrontar el hecho de que Simón procedió –para decirlo del modo más suave posible– en forma poco ética.

–No creo que tú hayas sido excepcionalmente ética a la edad de siete años y medio.

–Estoy segura de que no lo fui; pero hace mucho que yo tuve siete años y medio, y lo que ahora debatimos ha ocurrido hoy.

–¿Qué sucedió? ¿Qué hizo Simón? O mejor dicho, ¿qué dice Lucy que ha hecho Simón?

Librodot

–Pegó a Ricardito con mucha fuerza entre las piernas.

–Bien empleado le está – dijo Robin.

–Dice Lucy que tiene los testículos muy hinchados y que han tenido que llamar al doctor Spears.

–Pelotas.

–Te aseguro que es la verdad.

–No lo dije en ese sentido –dijo Robin–. Es que no puedo soportar la palabra "testículos". Es pretenciosa y refinada como "finiquitar", "caries" y "catarro". Cuando estés en duda, recurre siempre a las buenas y honradas palabras anglosajonas. Si tienes las muelas picadas, dilo claramente.

–Muy bien –repuse–, se lo diré a todo el mundo. Pondré un anuncio en el diario.

–Sería propio de Nanny decir "testículos".

–Lo dudo. No creo que su pensamiento se detenga en tales cosas.

–Y yo apuesto que sí –aseguró Robin, apurando otro trago de "whisky"–. Su subconsciente, por lo menos. Apostaría a que el subconsciente de Nanny es una sentina de frustraciones sexuales y lascivia erótica. Trata de aplicarle un anestésico y verás lo que sucede.

–No tengo la menor intención de anestesiar a Nanny, aunque reconozco que, en determinados momentos, no me faltan ganas de hacerlo.

–De su boca brotaría, como un alud, un torrente de malas palabras –Robin sonrió–. ¡Sería estupendo!

–Si tanto te interesa –dije– puedes disponer que el doctor Bowman le dé un poco de gas mañana, antes del almuerzo. Yo no estaré en casa, porque estoy invitada a la Casa Gubernamental, pero puedes invitar a unos cuantos amigotes, para pasar un rato divertido. Mientras tanto, si no tienes inconveniente, me gustaría volver al tema que nos ocupa.

–Perfectamente –dijo Robin, con aire alegre, pues al parecer sus vuelos imaginativos acerca de Nanny habían disipado la anterior irritación–. Habla.

–La situación es muy desagradable, y tenemos que proceder con el mayor tino posible.

–¿Dijo el médico que la cosa era seria?

Librodot

–No sé, porque aún no había llegado cuando Lucy telefoneó. Debe de ser de alguna gravedad, porque al parecer el pobre Ricardito tenía dolores agudísimos.

–Era de esperarse –Robin meneó la cabeza como quien domina el problema–. Tales cosas suelen ser muy dolorosas. Cierta vez, una pelota de *cricket* me dio en la ingle y estuve tres días en cama. Mientras duró, fue espantoso; pero al fin me curé.

–Ya lo veo, querido. Pero eso no nos ayuda mayormente en el momento actual, ¿no?

–No veo qué podemos hacer nosotros para remediarlo. ¿Qué culpa tenemos de que Ricardito Chalmers se haya lanzado sobre nuestro hijo con una regla, de modo que el pobre se vio obligado a defenderse lo mejor que pudo?

–Podría acusársenos de no haber imbuido a nuestro querido hijito con el debido espíritu de equidad y juego limpio, al menos, eso es lo que va a decir Bimbo. Parece que está furibundo.

–Poco me importa lo que diga Bimbo. De cualquier manera, ha educado a sus hijos como a vagabundos. El varón, siempre pavoneándose con ese maldito disfraz de vaquero, y la chiquilla, siempre moqueando.

–No es que esté "siempre" moqueando, querido. La pobre tiene un resfrío que no se le cura.

–Debe tener una salud pésima si no puede curarse un resfrío en un clima como éste.

–Tal vez la tenga –dije pacientemente–. Quizás tenga una lesión pulmonar, vegetaciones y un apéndice rezongón, que yo sepa; pero tenga lo que tuviere, la cosa nada tiene que ver con lo que estamos discutiendo.

–Ya le mostraré a Bimbo lo que es juego limpio, si empieza a fastidiarme.

–Eso es, precisamente, lo que temía –me acerqué a él, y enlacé mi brazo al suyo con gesto mimoso–. Por favor, te lo ruego, mantente dueño de ti y déjalo hablar, por mucho que te irrite. Al fin y al cabo, el pobre Ricardito salió peor parado, y no nos conviene tener una disputa con los Chalmers, para que todo el mundo tome partido y se comente el caso hasta la saciedad. "Estamos" en una isla chica, y "somos" antiguos amigos. Pórtate bien, muestra que te condueles de ellos y, por muy tentado que estés, no discutas. Y, de

Librodot

paso sea dicho –agregué–, sería mejor que lo reprendieras a Simón. Ha tomado todo el asunto con demasiada superioridad y soltura…

–Está bien, cariño –dijo–, no te preocupes. Seré un modelo de tino y autodominio. Mejor será que te bañes y yo también lo haré; ya son las siete y veinte. Por la mañana, reprenderé a Simón.

Me besó distraídamente, depositó el vaso vacío sobre el tocador y en el momento de salir de la habitación, se volvió:

–Me olvidaba –dijo–, tenía que darte una noticia muy emocionante, pero este asunto la borró completamente de mi memoria.

–¿De qué se trata?

–Ya te lo diré. Ahora no hay tiempo. De cualquier modo, es reservadísima y debe permanecer en secreto una semana o dos. Te lo diré más tarde, si prometes no decir nada a alma viviente.

–Lo prometo – dije, con una risita, y entré en el cuarto de baño.

CAPÍTULO IV

De camino a la casa de Bimbo y Lucy, Robin me dio la noticia de la visita real y yo expresé adecuada sorpresa.

–Será bueno para la isla, en cierto modo –dijo–, pero nuestra vida no valdrá la pena de ser vivida hasta que todo haya pasado.

–Es lo que dijo Sandra –repliqué, sin pensar.

–¿Sandra? ¿Cuándo?

–Vino esta tarde –dije apresuradamente–. Estábamos charlando de todo un poco, y ella decía…

–¿Te dijo que vendrían la Reina y el Príncipe Felipe?

–Sí –repliqué con aire de culpable, comprendiendo que sería imposible seguir fingiendo–. Pero me hizo jurar que guardaría el secreto.

–Y entonces ¿por qué demonios te hiciste la sorprendida cuando te lo dije, hace un instante?

–No quise privarte de un buen rato. No hay cosa más desagradable que dar a alguien una noticia emocionante y descubrir que ya la sabía, y de cualquier modo, ya estabas un tanto enfurruñado por este asunto de Simón y Ricardito, y me pareció…

–¡Testículos! –dijo lacónicamente Robin–. No eres sino una falsa y mentirosa, y deberías avergonzarte de ti misma.

–Lo soy –repuse con humildad– y pido disculpas. ¿Qué más quieres?

–No tenía ningún derecho a decírtelo, si la cosa es tan secreta.

–Ya sé que no, querido, pero al fin y al cabo, tú me lo dijiste.

–Así es, pero tú eres mi mujer, y yo no apruebo a quienes tienen secretos para sus esposas.

–Me encanta oírlo, y espero que te adherirás como una lapa a tan prudente axioma hasta que seas un caballero muy, muy anciano.

–No prometo nada –Robin maniobró, con una imprecación mascullada, en la curva cerradísima que da entrada el camino de los Chalmer–. Si mi mujer se convierte en una mentirosa, una farsante, una aduladora vil, puedo verme obligado a cambiar completamente mi línea de conducta y no decirle jamás la menor cosa.

–Ya dije que lo sentía mucho, de modo que basta de insistencia. De cualquier manera, solo fue una mentirita piadosa, blanca, bien intencionada.

–Sandra también debería de avergonzarse de sí misma. Es la Primera Dama, y las esposas de los gobernadores deben estar por encima de chismorreos con amigas y de revelar secretos de estado.

–Nanny también reveló el secreto de estado –dije–. Lo supo por la Princesa. Y por lo visto, en Inglaterra lo sabe todo el mundo, porque Mamá me lo puso en la posdata. Dijo que esperaba que habría mucho jaleo.

En ese instante llegábamos a la galería delantera de la casa, y Lucy bajó ágilmente la escalinata para saludarnos con un entusiasmo algo exagerado. Bimbo, que la seguía no se mostró tan cordial. Se advertía en la atmósfera una clara tensión; pero no quedaba otra cosa que hacer que superarla, de modo que todos atravesamos la casa en grupo para ir al patio posterior, elegir nuestras bebidas y charlar. Cuando Bimbo nos hubo servido "martinis" y el criado hubo ofrecido una fuente de salchichas pequeñas, muy calientes, atravesadas con un palillo que le quedaba a uno en la mano cuando había comido la salchicha, no pude ya soportar el ambiente general de callado reproche y decidí ir al grano audazmente.

–¿Cómo está Ricardito? –pregunté con firmeza.

–Se ha quedado dormido –repuso Bimbo–. El médico tuvo que darle un sedante. El pobrecito sufría mucho.

–¡Qué cosa tan desagradable! –dije–, no sabes cuánto lo lamento. Los varones son, a veces, unos diablillos sádicos, ¿no es cierto?

–Algunos lo son –dijo intencionadamente Bimbo–. De eso no cabe la menor duda.

–Simón tiene un enorme "chichón" en la frente –dijo Robin–. Tenía aspecto congestionado y febril cuando nos despedimos de él; pero eso, naturalmente, puede ser conmoción.

El aplomo y sinceridad con que soltó mentira tan flagrante me desconcertaron a tal punto que me tragué entera la aceituna de mi "martini" y me atraganté. Felizmente, esto distrajo a todos y Lucy fue a traerme un vaso de agua. Mientras lo bebía a sorbos y las lágrimas me caían por la cara, Bimbo y Robin salieron al jardín.

–¡Dios santo! –dijo Lucy, mirando hacia donde iban con expresión de sobresalto–. ¿Qué hacer ahora?

–Nada –contesté roncamente–. Déjalos que discutan el asunto entre ellos y se saquen de encima lo que les preocupa. No podemos pasarnos toda la noche viéndolos gruñir y mostrar los dientes y dar vueltas el uno en torno del otro como *bull terriers*. Dime ¿está grave Ricardito? ¿Dijo el doctor que la cosa era seria, acaso?

–No, no es nada realmente grave, a Dios gracias; pero naturalmente, es doloroso. El pobrecito tiene los testículos inflamados.

–Pelotas –dije, automáticamente.

–Es muy cruel de tu parte hablar así; especialmente, si consideras que ese animal de tu chiquillo fue el responsable de todo.

–No tuve intención de ser cruel. Solo que Robin me ha estado dando una conferencia sobre las buenas y honradas palabras anglosajonas, y sucede que "pelotas" es justamente una de ellas. Y de cualquier manera, mi Simón no es más animal que tu Ricardito, si vamos a ver. Los dos son unos animalitos, y tú lo sabes. Sería idiota que nos peleásemos por ello. Vamos a hacernos otro "martini" casi sin Noilly Prat, que se nos subirá a la cabeza más alto que la bandera en día 4 de julio, y venga lo que viniere.

–¿Es cierto que Simón tiene conmoción?

–Por supuesto que sí –repliqué alegremente, dirigiéndome a la mesa de las bebidas–. Tenía la cara carmesí, los ojos le brillaban extrañamente, como gemas, y no cesaba de hacer horribles ruiditos inarticulados.

–Esa es la mentira más monumental que he oído.

–¡Claro que lo es! –dije, llenando ruidosamente de hielo la coctelera–. La dije solamente para que te consolaras por los no-sé-qué del pobre Ricardito. Ven, córtame un poco de cáscara de limón y, por amor de Dios, dejemos el tema de una vez.

Lucy suspiró y se aproximó a la mesa.

–¿Qué hacemos si se van a las manos?

–Echarles encima un balde de agua fría, como se hace con los perros cuando se enriedan en uno de esos espantosos "nudos marineros".

–Con nuestros perros, eso jamás dio resultado –comentó Lucy sombríamente–. Lo he probado muchas veces: el único resultado es que yo me empapo hasta los huesos y ellos siguen arrastrándose de un lado a otro sobre el césped.

–Dios procede de maneras misteriosas.

–Eso me parece blasfemo.

–La naturaleza, entonces –dije, sirviendo dos vasos de ginebra casi pura–. El problema está en la naturaleza. Ella se burla de nuestras nobles empresas y nos humilla en toda la línea. Casi todos los instintos naturales que poseemos nos llevan en derechura a las indignidades más degradantes. Supongo que es por eso que todos los severos reformadores religiosos han declamado sobre la sexualidad pecaminosa, y que es necesario aferrarse con uñas y dientes a la vida del espíritu. Probablemente, ello se debió a que su sentido social era tan extremado que se sentían mortificados cada vez que tenían que ir al baño.

–Esto es dinamita pura –dijo Lucy–. Mejor será que nos sentemos otra vez, pero trae la coctelera, no sea que dentro de unos minutos ya no podamos levantarnos para ir a buscarla.

Nos fuimos al otro extremo del patio, y nos instalamos cómodamente en una mecedora mullida que no tenía el menor rastro de crujidos y nos balanceaba suavemente de atrás hacia adelante.

A menudo compruebo con tristeza que las casas de otras personas están mejor dirigidas que la mía. Esto puede ser, naturalmente, una ilusión engendrada por algún profundo e inexplicado complejo de inferioridad, y espero sinceramente que así sea; pero con complejo de inferioridad o sin él, era imposible negar que el patio de Lucy estaba muchísimo más *soigné* y mejor tenido que nuestra galería posterior. No solamente su mecedora no chirriaba y la nuestra sí, sino que toda la atmósfera del lugar lo revelaba. No había exceso de muebles, y los que habían estaban bien colocados, eran cómodos y no llamaban la atención; las esteras de banano eran de buen tamaño y no tenían los bordes raídos, las fundas estaban inmaculadas y la iluminación era discreta. Mentalmente, me propuse liquidar nuestra horrorosa lámpara de madera de *pareando*, el día siguiente a primera hora. Temblequea cuando uno la toca porque no tiene suficiente plomo en la base; la más mínima brisa la derriba, tiene la pantalla deformada y permanentemente torcida, y cada vez que se la enciende, se sufre una descarga eléctrica.

Además está –como es natural– el jardín de Lucy. Siempre que pienso en el jardín de Lucy, el alma se me cae a los pies. Mirando hacia él, bajo la Luna, viéndolo extenderse delante de mis ojos, yo sabía que no había una flor fuera de lugar, que todos los setos de *hibiscus* estaban debidamente recortados y no erizados de ramas en todas direcciones; que la enredadera de *Kalilani* anaranjada de la pérgola, junto a la piscina de natación, estaba verdaderamente "en" la pérgola, y no colgaba en desordenados lazos, lista para estrangular a quien pasara por debajo; y que no había en el césped antiestéticos parches parduscos. Es sabido que Lucy tiene un don especial para las plantas y es una jardinera entusiasta y yo no; pero aun así, no hay excusa en un clima tan propicio como éste, para tener un jardín que a ratos parece una selva estilo Douanier Rousseau, y otras veces, un campo de fútbol abandonado.

Anoté mentalmente la urgencia de hablar seriamente con Jock, después de haber liquidado la lámpara. Hace años que Jock está con nosotros y su verdadero nombre es Pynalu Topoalani, que significa en lengua samolana "el amigo de la montaña", pero Robin decidió que era demasiado nombre para decirlo cada vez que uno necesitara una planta de lechuga fresca, y Jock se ha llamado desde entonces, y muy orgulloso que está. Es simpático e indo-

Librodot

lente; cuando se le interroga sobre cualquier cosa, finge saber mucho de los vientos que soplan comúnmente, y de los fertilizantes, y de lo que podrá crecer o no en diferentes lugares, pero en realidad no creo que sepa más que yo de jardinería.

–¿Qué haces para que tus *poinsetias* se mantengan tan tiesas y ordenadas? –pregunté abruptamente–. Las mías se ponen altísimas y vacilan, cayendo hacia un lado u otro.

–Podarlas, naturalmente –repuso Lucy–. Sin lástima, cortarlas cuando estén en pleno vigor.

–Siempre tengo miedo de que se sequen, si hago tal cosa.

–No se secarán. Crecerán a los costados, y se pondrán hermosas.

–Cuesta creerlo, ¿no es cierto? Yo no creo que crecería a ambos costados y me pondría hermosa si me recortaran pedacitos. Me sentiría totalmente desdichada. Como esa pobre muchacha, en *Tito Andrónico* – añadí.

–¿Qué le ocurrió?

–Le cortaron las manos y la lengua, y la forzaron.

–¡Santo Cielo, qué horrible! –dijo Lucy–. ¿Y por qué?

–No me puedo acordar. Creo que fue para vengarse de alguien por algún motivo. Toda la obra trata de gentes que quieren vengarse unas de otras.

–¡Imagínate! –dijo Lucy cortésmente–. ¿Y quién la escribió?

–Shakespeare, por supuesto. Creí que todo el mundo sabía eso.

–Yo no. La verdad es que no he leído mayormente a Shakespeare. *Romeo y Julieta* y *Julio César* sí, porque las representamos en el colegio. Yo hice de Marco Antonio –Lucy soltó una risita–. Pero no entendí una sola palabra.

–Todavía estoy sorprendida de que no supieras que Shakespeare escribió *Tito Andrónico*.

–No veo por qué. Muy bien podría haberlo escrito uno de esos dramaturgos griegos, que siempre estaban escribiendo sobre horrores, ojos arrancados e incestos.

–Deberías insistir con Shakespeare, querida, te lo aconsejo de veras –le dije con entusiasmo–. Compensa sobradamente el esfuerzo. Sé que tiene partes difíciles, y que uno tiene que volver una y otra vez la hoja para descubrir quién se pelea con quién, pero si sigues adelante, topas de pronto con los trozos más divinos.

Librodot

–Lo que me desanima son todos esos "doquier" y "esotros" y "hola, tú" –dijo Lucy–. Me confunden.

–¿Y qué me dices de los sonetos?

–Por más que te enfades conmigo, te diré que tampoco los he leído.

–¡Pero Lucy!

–Sirve el resto del "martini" y deja de mirarme con aire de desaprobación. No soy una intelectual y lo sé. No leo, como tú, cada libro que aparece, y sería incapaz de hacer el problema de palabras cruzadas del *Times*, aunque me ofrecieran mil libras. Te envidio con toda el alma, te aseguro que sí. Me encantaría citar frases selectas en las cenas y sobresaltar a la gente con alusiones notablemente acertadas, pero no me acuerdo de nada durante más de veinticuatro horas, y de poco me serviría fingir lo contrario. No sirvo más que para dirigir la casa y el jardín y cuidar a Bimbo y a los chicos –suspiró–. La verdad es que soy una zángana y nada más que eso, y en este instante –soltó otra risita– una zángana bastante ebria...

–¡Qué frase maravillosa! –exclamé–. ¡Ni Shakespeare podría decir nada mejor que "zángana ebria"! ¡Oh, querida!... solté la risa a todo trapo y, tratando de alcanzar mi bolso, derribé la coctelera que cayó al suelo con estrépito.

–¡Toma! –dijo Lucy–. Adiós a otro regalo de bodas, y me alegro, porque los "martinis" quedan mucho mejor hechos en una jarra de cristal.

También se puso a reír y ambas fuimos víctimas de uno de esos violentos *fous tires* que es imposible dominar; en ese momento –como es natural– Bimbo y Robin regresaron del jardín y clavaron en nosotras miradas de desaprobación.

–¿Qué fue ese estrépito? –preguntó Bimbo.

–La coctelera –respondió convulsivamente Lucy–. Grizel la ha roto.

–¿Y qué tiene eso de tan chistoso? –Bimbo la levantó y volvió a colocarla sobre la mesa de bebidas, mientras Robin atrapaba la tapa, que había rodado debajo de la mecedora.

–No era eso solo –Lucy hizo un denodado esfuerzo por dominarse–. Se trataba de que soy una zángana, de *Tito Andrónico* y de muchas otras cosas. Dentro de un minuto, estaremos bien. Déjennos solas.

–¿Y quién demonios es Tito Andrónico? –preguntó Bimbo, fastidiado.

–Pregunta a Grizel –dijo su mujer, soltando de nuevo la carcajada–, por lo visto, lo conoce íntimamente.

–Las dos están borrachas perdidas –dijo Robin–, eso es lo que les pasa.

–Si lo estamos, es culpa exclusiva de vosotros –repliqué–. Ambos os mandasteis mudar al jardín, dejándonos abandonadas, y pensamos que ibais a tener una pelea mayúscula acerca de los chicos y a echar a perder toda la noche, y esa tensión nos agitó a punto tal que volamos hacia las botellas. ¿Se ha solucionado todo, o todavía estáis los dos "horriblemente plenos de epítetos guerreros?"

–¿De qué diablos estás hablando?

–Bimbo parecía tan desconcertado, que volví a echarme a reír y sepulté la cara en el pañuelo.

–De Shakespeare –dijo Robin–. La muchacha está del otro lado.

En aquel momento anunciaron que la cena estaba servida, y como era habitual en la casa, fue deliciosa: magníficamente preparada y servida con rapidez y exquisita soltura, por lo cual mi complejo de inferioridad volvió a erguir la cabeza y a atormentarme. Atisbé furtivamente cómo Laina, la mucama de comedor de Lucy, colocaba los platos en la mesa y los retiraba luego con habilidad y ligereza, y pensé melancólicamente en Eulalie, que se mueve de un lado a otro con extrema lentitud, como un acólito atontado en medio de un obscuro e interminable rito religioso, y alcanza a la gente las cosas equivocadas en el momento inoportuno. Parece estar al borde del coma diabético. También me pregunté con tristeza por qué motivo –puesto que el arroz es uno de los elementos básicos y más repetidos de la cocina samolana– el nuestro siempre parece húmedo y coagulado en masas repelentes, en tanto que el ajeno está invariablemente séquito, separado y cocido a punto. Tiene muchas ventajas, pensé, el ser una zángana, ebria o no. Las zánganas, aunque insensibles a los altos vuelos de la poesía clásica, por lo menos son capaces de meterse en su propia cocina siempre y cuando se les antoje, sin temor a que se les marche la cocinera y seguras –es menester reconocerlo– de que saben el asunto que tratan con ella. Mi propia cocinera es, personalmente, simpatiquísima y la aprecio mucho; pero la más leve y velada crítica a sus mediocres realizaciones le produce un estado de

melancolía aguda, se encierra en sus habitaciones bañada en llanto, y hay que administrarle aspirina.

De tarde en tarde, una receta nueva logra despertar en ella un entusiasmo efímero. Entonces, todo se vuelve agitación y movimiento, y Dios está en su cielo, y ella tararea cancioncillas populares samolanas en resoplante voz de contralto. Pero si el nuevo plato no resulta un éxito y yo sugiero diplomáticamente que la próxima vez lo probemos con menos pimienta o un poco más de ajo, ahí naufragamos de nuevo, todo el mundo se ensombrece y hace su aparición la aspirina.

Al terminar la cena, durante la cual la conversación había sido normal, alegre y dichosamente exenta de referencias a nuestra respectiva prole, Bimbo depositó su vaso de vino sobre la mesa con gesto decidido.

–Tengo una noticia bastante importante que daros a los dos –anunció–. Pero tenéis que prometer bajo palabra de honor no decir una palabra a nadie, porque me la dieron en forma estrictamente confidencial. Lucy, naturalmente, sabe, porque se lo dije; pero fuera de nosotros, nadie lo sospecha siquiera.

Dirigí una rápida ojeada a Robin, pero él la eludió y dijo con la mayor naturalidad:

–¿Qué ha sucedido?

–Todavía no ha sucedido nada –replicó Bimbo, disfrutando del misterio–, pero sucederá.

–¿No esperan ustedes otro niño? –Robin también se divertía a ojos vistas.

–¡Sobre mi cadáver! –exclamó Lucy con fervorosa expresión.

–Vamos, entonces, ¿de qué se trata?

–¿Juráis conservar el secreto?

–Ciertamente.

–Porque parece que aún no se ha confirmado oficialmente, y desde todo punto de vista no convendría que se supiera hasta que no se tenga seguridad.

–Bueno, bueno – la impaciencia de Robin era sumamente convincente–. Prometo que nuestros labios estarán herméticamente sellados. ¿De qué se trata?

–Vamos a tener visitantes.

Librodot

–Nosotros también –dijo Robin–. Los Frobisher vendrán la semana próxima en avión, desde Noonaeo, con chicos y todo, lo que nos aterra.

–Robin, no seas fastidioso –dije–. Vamos, Bimbo, nos tienes sobre ascuas desde hace media hora.

–Es la Reina –Bimbo se detuvo–. Y el Príncipe Felipe, y sus secretarios y ayudas de cámara y damas de honor, y todo el séquito.

–¡Santo Cielo! –gritó dramáticamente Robin–. ¿Cuándo?

–En junio; se quedarán tres días enteros.

–¡Qué estupendo! –dije, refrenando el impulso de excederme y aplaudir–. ¡Será emocionante! ¡Y qué magnífico resultará para la isla!

–Bien, en cierto sentido, sí, y en otro, no –el tono de Bimbo era de tal solemnidad que cualquiera diría que estaba al tanto de los más secretos proyectos–. Naturalmente, se acrecentará el turismo y la isla estará invadida de viajeros y periodistas; pero políticamente, podría haber rozamientos.

–Yo no veo por qué –interrumpió Lucy–. Todos esos viejos izquierdistas recalcitrantes del Partido Nacional Socialista Samolano se agitarán como locos y se pondrán furiosos si no los invitan a todos los actos oficiales.

–Yo pensaba en la inflación –dijo Bimbo–. Todos los precios se irán a las nubes; cuando la cosa acabe sobrevendrá el inevitable contragolpe, y estaremos listos.

–Todo eso puede prevenirse muy bien con un poco de previsión y de organización –dijo Robin.

–De cualquier modo, valdrá la pena –rió Lucy–. ¡Pensad en todas las actividades y emociones! Pensad en la anciana señora de Innes Glendower! ¡Estará completamente frenética. Cierta vez hizo una reverencia a la Reina, cuando ésta era la Princesa Elizabeth, y el tacón se le enredó en el dobladillo del vestido. Hace años que vive aferrada a ese vivido recuerdo. Por supuesto que habrá toda clase de reyertas espantosas sobre quién ha sido invitado a la fiesta campestre y quién no. Será un torbellino continuo ¡cuánto me alegro!

–Al que le tengo lástima es al Gobernador –dijo Bimbo–. Y a Lady A. Ellos sí que lo van a pasar mal.

–Son muy capaces de sobrellevarlo –afirmó Robin–. El no pierde la calma así como así, y ella tiene una vitalidad extraordinaria.

–Yo mandaré a buscar mi tiara a Inglaterra –dije.

–¡Santo Dios! –se lamentó Robin –. No sabía que tuvieras tiara. ¿Por qué no me lo dijiste?

–Jamás se me ocurrió que te interesara. Sea como fuere, una no anda diciendo a la gente: "Tengo una tiara"; quedaría ridículo.

–Yo no soy "gente". Yo soy el hombre con quien te has casado.

–Es una tiara muy pequeña –dije con humildad–. La tía Cordelia me la dejó en su testamento, y debe de haber tenido una cabeza como una arveja.

A partir de aquel momento, el debate sobre la visita real prosiguió con idéntico entusiasmo hasta que nos retiramos. A ratos era general, y todos anunciábamos nuestras opiniones a voz en cuello, y a ratos nos separábamos y mientras Robin y Bimbo seguían tratando sobre las derivaciones políticas y comerciales del hecho, Lucy y yo nos ocupábamos de los aspectos sociales más frívolos, que ofrecían, ciertamente, ancho campo a la conjetura.

La sociedad samolana, como sucede en casi todas las comunidades pequeñas y alejadas que florecen bajo el pabellón británico, está dividida en grupos bien definidos y clasificados, los cuales a su vez se subdividen en camarillas que inevitablemente se admiran o desdeñan las unas a las otras, según el caso. Sólo en determinadas ocasiones, como las celebraciones al aire libre que se ofrecen en verano e invierno en el jardín de la Casa Gubernamental, y el cóctel anual de Ralston, ofrecido la víspera de Navidad, todos los grupos y camarillas se mezclan democráticamente y presentan un frente unificado. Aun allí aparecen muchas disputas pendientes que hierven por debajo de la superficie y rara vez hacen erupción en abierta hostilidad; pero no dejan de advertirse, y dan a la reunión cierta atmósfera de drama en potencia que le añade el placentero saborcillo del peligro.

La presencia de tan augustos visitantes en la isla por espacio de tres días, crearía indudablemente tensiones sociales fortísimas; las brasas casi extinguidas de antiguos resentimientos largamente acariciados se inflamarían de nuevo; complejos de inferioridad mucho más profundos y virulentos que el mío engordarían y crecerían, saciados de desaires ávidamente buscados; invitaciones esperadas con ansia se perderían en el Correo; señoras furibundas llegarían a las ceremonias con vestidos

idénticos; el periódico recibiría un diluvio de cartas airadas donde se haría la crítica de todos los preparativos oficiales y se protestaría acremente desde todas las zonas de la isla que no estuviesen incluidas en el itinerario de la Soberana. La verdad es que, si se dejaba libre juego a la imaginación, las posibilidades parecían infinitas.

–¡Qué horrible sería que hubiera un tifón! –dijo Lucy–. Junio es un mes muy variable.

–No lo creo; al fin y al cabo, desde 1929 no ha habido un solo tifón grave.

–Mayor razón para que haya uno este año. Todos tendríamos que tendernos en el suelo y encerrarnos a piedra y lodo, y la pobre Reina y el Duque tendrían que sentarse bajo esas horribles arcadas de la Casa Gubernamental durante horas y horas. ¡De sólo pensarlo me estremezco!

–Pues no lo pienses, entonces –dije–. Piensa sólo en un tiempo magnífico y en que todo saldrá a pedir de boca. La gente que se deja obsesionar por el temor de alguna catástrofe, casi siempre la atrae.

–No me creo capaz de atraer un tifón, por muy obsesionada que esté.

–Tú sola, tal vez no; pero si todo el mundo no pensara sino en tifones día y noche, durante cierto tiempo, tendríamos uno antes de saber qué nos sucede. El poder del pensamiento colectivo tiene proyecciones incalculables.

–¡Qué hermosas palabras utilizas! –dijo Lucy, admirada–. Ni en mil años se me hubiera ocurrido eso de "incalculable".

–Dice Somerset Maugham –interrumpió Robin– que nunca se debe usar palabras largas cuando las cortas son suficientes.

–Entonces, lo mejor será invitarlo –dijo Lucy–. En esta casa se sentiría felicísimo las veinticuatro horas del día.

–Yo también –afirmó galantemente Robin, poniéndose de pie–. Pero lamento decir que tenemos que retirarnos en seguida. Son las once y veinte, y tengo que levantarme al alba. Mañana llega el barco carguero de bananas. Lamento también que mi mujer se haya emborrachado y haya roto la coctelera.

–Os compraré otra mañana por la mañana –dije a Bimbo–. Ayer vi una en la tienda de Rodríguez. Es enorme, tiene forma de campana y en vez de agitarla, uno la toca.

–Si lo haces, nunca volveré a dirigirte la palabra –dijo Lucy–. Como dije antes, cuando estaba ebria, mejor es una jarra de cristal.

–Pues entonces, te compraré una.

–Sería una tontería, porque tenemos cuatro.

Atravesamos la casa y subimos al automóvil. Robin le dio marcha, bajó el vidrio de la ventanilla y saludó a Bimbo y Lucy que estaban en la escalinata de la galería.

–Siento de veras lo de Ricardito –gritó magnánimamente–. Por la mañana, reprenderé a Simón con energía.

–Bien, bien. Demos la cosa por terminada.

Ambos agitaron la mano en señal de despedida y nos alejamos, bajo la luz de la Luna.

CAPÍTULO V

Antes de seguir adelante, supongo que debería explicar ciertas cosas sobre Samolo y su historia. En verdad, mejor hubiera sido hacerlo desde un principio y pasar el mal trago, y lo habría hecho así de no mediar el inconveniente de que no sirvo ni siquiera para leer las cifras comparadas de población, importaciones y exportaciones, longitud y latitud, etc., mucho menos, para escribir sobre ellas. No obstante, lo que ha de ser será, y es inútil suponer que la gente se interesará en la agitación de otras gentes por una visita real a una lejana posesión colonial británica, si no tiene idea de dónde está esa P.C.B. y cómo se convirtió en P.C.B. ante todo, y cómo es su aspecto.

Hay –naturalmente – una guía local, que fue publicada hacía 1920 para utilidad de los visitantes *kaiyeenis* (palabra samolana que significa "extranjeros") y supongo que me ahorraría muchísimo trabajo si la transcribiera, porque sus datos son bastante exactos y su tono moral, impecable; pero resulta espantosamente aburrida y tan árida y poco evocadora que rechazaré la tentación y seguiré adelante con mis propios recursos. A pesar de todo, como casi todos los libros de su especie, tiene momentos de involuntario humorismo, que señalaré ciertamente, si liega la ocasión, aunque sólo sea para probar que la parcialidad ética y un exceso de

pulcritud verbal pueden alterar los hechos históricos más indiscutibles hasta cambiarlos a tal punto que nadie los reconocería.

Samolo es la isla más extensa de un archipiélago de treinta y cuatro, siete de las cuales no están habitadas; unas pocas son de propiedad privada. El grupo fue descubierto en 1786 por el capitán Evangelus Cobb. Son islas de origen volcánico y están situadas en el Pacífico Sudoccidental, a 18 grados de latitud norte, y – si usted todavía tiene interés – a 175 grados de longitud oeste. En 1821 llegaron los primeros misioneros ingleses, un barco lleno de ellos se dirigía a llevar la luz de la doctrina a Fiji y a las islas Tonga; pero el navío, que tenía el nombre de *El buen Samaritano,* halló a su paso una tormenta violentísima y naufragó en los arrecifes, casi sobre el Cabo Bakhua.

Buena parte de ellos pereció ahogada, pero los sobrevivientes decidieron que con la travesía hecha bastaba, y que podrían llevar a cabo su misión aquí tan bien como en las islas Fiji, de modo que aquí permanecieron y se multiplicaron en gran manera.

Los samolanos los recibieron urbanamente y con la mayor bondad; el rey Kefumalani y su mujer, la reina Merolia, les otorgaron tierras y escucharon con cortesía y sin comentarios las explicaciones sobre su doctrina, único camino absolutamente seguro para salvar sus almas de la eterna perdición.

En verdad, aquellos misioneros llegaron oportunamente, pues si hubiesen venido unos años antes, se habrían encontrado con el rey Kopapapua, individuo de muy diversa calaña, que carecía en grado alarmante del tradicional espíritu hospitalario del Sur. Tratábase, al parecer, de uno de esos tiranos a la antigua usanza, al estilo de Heliogábalo, lleno de maldad y de extrañas perversiones y dado a arrojar a sus ex favoritos –tanto varones como mujeres – al cráter del Fuminnaiyo, que es actualmente un volcán extinguido, pero estaba entonces en plena actividad y entraba en erupción copiosa unas cinco veces por año.

El único volcán activo que tenemos ahora es el FumFumBolo, situado en la isla de Nooaneo donde los Frobisher – que ¡ay! vendrán a pasar una temporada con nosotros la semana próxima– tienen una extensa plantación de cacao. Digo ¡ay! porque, aunque son alegres y amabilísimos, y nos reciben con esplendidez siempre que vamos en avión a Nooaneo a pasar un fin de

Librodot

semana, hacen, cada uno de por sí y todos juntos, un estruendo que destroza los nervios.

FumFumBolo me parece una montaña romántica porgue está vinculada con muchas de las arcaicas y subyugantes leyendas samolanas. Desde el punto más elevado de nuestras tierras, por encima de los bananales y cerca del linde de la propiedad de los Stirling, se ve en días muy claros su silueta azulada y cónica, coronada por un plumerillo de humo que sube al cielo formando una nube grisácea.

Muchas antiguas canciones hablan de él, y una de ellas, traducida al inglés a comienzos del siglo xix, merece ser citada. Su primera parte describe a Bolo, dios samolano de las aguas, que cuando agonizaba vio de pronto a su vieja enemiga FumFum, divinidad del fuego, que lloraba. Con un postrer gesto de galantería, extinguió las llamas que la rodeaban y la apretó contra su corazón:

Entonces surgió del mar una montaña
cuya cumbre estaba envuelta en llamas
ésta es la fabulosa historia
de los orígenes del volcán ...

Más adelante, hallamos este precioso fragmento:

Cuando FumFumBolo ilumina el cielo
no charlan los monos ni vuelan los papagayos,
os peces voladores no rozan las aguas del golfo
y todas las aves acuáticas se esconden.
La salamandra sale de entre la arena
y hasta las tortugas comprenden;
cuando el dios está airado,
se alejan, tierra adentro.

Fuminnaiyo, nuestro volcán, está tan extinguido como el Brontosaurio. Por acá lo llaman "el Viejo Tikki" y desde hace más de un siglo no ha dado la menor señal de vida. Es el pico más elevado de los montes Lailanu; domina la isla entera. En estos últimos años, la Oficina de Turismo ha decidido hacerle rendir algo, y organiza expediciones a la cima; son de lo más fatigosas e incómodas, hay que pernoctar en una fonda llena de insectos

insoportables, levantarse antes del amanecer y subir cuatro horas, a lomo de muía, un senderito que da miedo. Robin se empeñó en que yo lo hiciese cuando llegué a la isla, y aunque el espectáculo es realmente imponente desde la cumbre, el descenso se convirtió en una tortura porque mi silla resbalaba continuamente y mi muía se echaba a cada rato, por lo general, al borde mismo del precipicio. Robin sostenía que sólo yo tenía la culpa por mostrarme cobarde y pusilánime y permitir que mí temor se comunicase a la mula. Las muías, dijo, aunque son los animales de más segura marcha que hay en el mundo, son naturalmente nerviosas y cualquier cosita las inquieta y alborota, lo cual, como yo le señalé con bastante energía, es estúpido, porque cualquiera que montara mi muía por espacio de cinco minutos se daría cuenta de que en todo su maldito y flaco cuerpo no había un solo nervio, y que sólo era tozuda, perezosa, y no tenía otro propósito que sacarme a mí de encima de su lomo y arrojarme lo más pronto posible a una garganta inmediata.

De cualquier manera, la cadena Lailanu se extiende desde el promontorio Paiana, al oriente, hasta la colina de Cobb, al sur; en esta costa meridional es donde se encuentran las mejores playas y – desde hace unos años – todos los turistas, y los hoteles más modernos, además de lo que los residentes de la isla llaman "la plebe".

La guía dice:

"La costa meridional, donde abundan playas de la más fina y blanca arena coralina, junto a límpidas lagunas de azul cobalto, ocultas ensenadas, bahías bordeadas de palmeras y vegetación exótica, condensa para el fatigado viajero todos los encantos del trópico, esos atractivos con que nos han seducido desde tiempos inmemoriales los escritores de relatos de aventuras."

Este parrafito barroco resume muy bien cuanto hay que decir; pero fue escrito hace mucho tiempo, antes de que la marcha triunfante del progreso hubiera vulgarizado la vegetación exótica y las bahías bordeadas de palmeras con luz difusa, y llenado las ocultas ensenadas de cuerpos carmesíes y ampollados, botellas de aceite bronceador, carpas de baño, bares donde tomar un almuerzo ligero, lanchas de motor y hasta dos clubes

nocturnos. Toda la zona, desde el extremo oriental de playa Narouchi hasta más allá de la ensenada de Cobb estaba casi deshabitada, salvo cinco o seis casas particulares pertenecientes a los más acaudalados miembros de la aristocracia de plantadores, cuyas posesiones estaban tierra adentro, en las colinas. Pero ahora no tiene menos de nueve hoteles al estilo norteamericano, tres alojamientos para motoristas y sus vehículos, y una erupción de casitas de madera erigidas de cualquier modo, que se alquilan en sumas astronómicas durante la temporada de invierno.

Lo cierto es que la Costa Sur – gústenos o no lo que ha ocurrido en ella –se ha convertido en un factor que hay que tener en cuenta. Las comodidades que ofrece al turismo atraen cada año un número creciente de visitantes y aunque nosotros, los que formamos el estrato social más antiguo, sintiéndonos satisfechos y seguros en nuestras casas, al pie de las colinas y más allá de Pendarla, levantemos desdeñosamente la nariz y recojamos las faldas, no nos queda más remedio que reconocer que la decidida acción oficial, al fomentar el turismo, ha traído a la isla una prosperidad con la cual no soñábamos, y ha dado, base sólida a nuestra economía, antes harto insegura. Ha causado también – como era inevitable – enorme daño a la modalidad samolana en ese distrito. Los naturales son ingenuos, simpáticos y cordiales; a pesar de los desesperados esfuerzos de los misioneros por inculcar en ellos un decoroso sentido del pecado, han permanecido hasta el día de hoy alegremente amorales. Esta amoralidad característica, en sí misma totalmente desprovista de implicaciones viciosas, se está corrompiendo y como es natural, en mi opinión, comercializando. Antes de la llegada de los ricos y heterogéneos turistas venidos del Alegre Mundo Moderno en busca de placeres, jamás se le hubiera ocurrido al samolano medio que sus atributos físicos pudieran ser objeto de venta. Para ellos, la licencia sexual era tan natural y tan exenta de importancia como el comer *mangos.* Como dije, los misioneros trataron sin éxito de convencerlos de lo contrario; empero, donde fracasó la persuasión cristiana, tuvo éxito – por ironía – el Dólar Omnipotente, y hoy no hay casi, al menos en la Costa Sur, una esbelta camarera o musculoso bañero que no esté dispuesto a hacer alegremente el sacrificio supremo a cambio de una remuneración adecuada, a la mayor gloria de la Oficina de Turismo.

Todo esto es, sin duda, deplorable y yo lo desapruebo con la mayor energía; pero, como de costumbre, por motivos erróneos. Los aspectos sexuales de la situación no me escandalizan tanto como Robin opina que deberían hacerlo; más me aflige que esos jóvenes sencillos, regocijados, y antes fundamentalmente inocentes, que en otros tiempos aceptaban sin interrogantes los placeres carnales, sin malsanos excesos y sin necesitar siquiera restricciones, se estén volviendo recelosos y calculadores y adquieran – tal vez sin caer en la cuenta – valores deformados y aun insidiosamente destructivos, en lugar de los que aquellos misioneros ofrecieron, primitivamente, a sus antepasados.

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente de nuestra cena en compañía de Bimbo y Lucy, los cielos se abrieron y llovió como si algún demonio del aire, enloquecido, volcara sobre la tierra un balde gigantesco. Robin y yo nos desayunamos en la galería, como de costumbre, pero aunque tiene sólida techumbre y un buen alero ancho, tuvimos que retirar la mesa hasta adosarla a la pared y enrollar las esteras.

Nanny apareció con los chicos, que estaban de excelente y eufórico humor, vestidos de impermeable. Nanny llevaba también impermeable, con una capucha de gnomo que le colgaba a la espalda y parecía una medusa; estaba malhumorada y sus ojos resignados eran inexpresivos.

–¡Esta lluvia! –dijo sombríamente, haciendo con la lengua un ruidito que hizo dar un respingo a Robin y lo impulsó a entrechocar las hojas del periódico –. ¡Quién lo hubiera dicho! ¡Y en esta época del año, sin una palabra de advertencia por radio! Les aseguro que no sé qué haré si el limpia-parabrisas vuelve a atascarse.

–No se atascará –dije–. Cummings lo arregló la semana pasada.

–Pero no arregló la portezuela; no hay modo de cerrarla bien, y si se la golpea es imposible volver a abrirla.

–Eso – afirmó Robin – es por culpa exclusiva del obrero inglés– y yo adiviné por el tono de su voz que iba a pronunciar una tirada aburrida –. En los buenos tiempos de antes, los automóviles ingleses eran los primeros del

mundo; los millonarios norteamericanos se desesperaban por comprar Bentleys y Rolls Royces, Talbots y Armstrong-Siddeleys, y...

–El nuestro, no – interrumpí –. Ningún millonario norteamericano se desesperó jamás por comprar uno como el nuestro.

–Es la semana de cuarenta horas – prosiguió Robin –. La semana de cuarenta horas nos está robando nuestro prestigio en el extranjero y nuestra integridad en la patria. ¿Se imaginan qué hubiera dicho la reina Isabel de la semana de cuarenta horas?

–Supongo que "¡Diantre!" y "Soy la hija de Harry" – repuse –. Eran cosas que solía decir con frecuencia.

Robin bajó el periódico y dirigió a Nanny una mirada furiosa.

–Hemos vendido nuestro patrimonio – dijo con tono acusador– y traicionado nuestra herencia. También hemos perdido, por culpa de políticos pusilánimes y sindicatos debilitados, nuestro genio nacional para la improvisación.

–Por cierto que necesitarás de él para salir del automóvil, si la portezuela se atasca.

–Lo que realmente me preocupa – dijo Nanny – es el limpia-parabrisas. Si vuelve a trabarse en medio de este aguacero, no sé qué haré. La última vez que sucedió eso, regresaba yo con los niños de la reunión de los Exploradores y allí nos quedamos, en el peor tramo del camino de Paiana, empantanados. La lluvia era tan torrencial que no podía verme la mano delante de la cara.

–¿Y para qué quería verla?

–No es cuestión de bromas, señor Craigie –dijo Nanny con decisión–, sino de conducir en estas carreteras horribles, bajo un diluvio, en medio de un tránsito que va hacia todas direcciones y con el limpia-parabrisas atascado: es muy peligroso, se lo aseguro. Por mí, no importaría, pero... los niños. Al fin y al cabo, soy responsable de ellos ¿no es verdad?

–Completamente –dijo Robin alegremente–. Si un solo cabello de sus maléficas cabecitas sufre daño, responderá usted ante un tribunal de justicia.

–Yo no tengo una cabeza maléfica, papá – dijo Simón.

Librodot

–Por cierto que sí – contestó Robin –. Lo prueba en forma concluyente el bulto que tienes en ella.

–Yo no tengo un bulto en la cabeza – interrumpió Coqui –, y Juanita tampoco.

–Vaya, Nanny –dije–. Haga funcionar el limpia-parabrisas antes de salir y si no marcha, yo llevaré a los niños en la camioneta rural.

–Entonces, ojalá no marche – gritó Simón–. Yo quiero ir con mamita en la camioneta.

–Cállate, Simón, y despídete cariñosamente – dijo Nanny con firmeza.

Simón rió estentóreamente y comenzó a brincar por la galería gritando a voz en cuello: "Me despido cariñosamente"; luego Juanita y Coqui empezaron también a saltar y a gritar: "Nos despedimos cariñosamente", y el estruendo general prosiguió hasta que Nanny consiguió echar mano a los tres y llevárselos.

Robin volvió a su periódico con un gruñido, mientras yo me servía otra taza de café, aguzando el oído para percibir el rumor del automóvil al arrancar. Al cabo de pocos minutos lo oí, y vi cómo avanzaba dificultosamente por la avenida de entrada, en tanto que las gotas de lluvia rebotaban sobre su techo como cuentas de vidrio.

–No debes reírte de Nanny delante de los niños, Robin; socavas su autoridad sobre ellos y la colocas en situación desairada.

–Nanny nació desairada – dijo Robin sin levantar los ojos –. La escasa personalidad que tiene, insignificante en sí, invita a la mofa.

–Quizás sea así, pero no es justo que les dejes ver que tú te ríes de ella. Le pagamos para que los cuide, los mantenga disciplinados, y al fin, cumple bien con su tarea.

–Está bien, está bien; pero sigo pensando que estarían mucho mejor con una buena muchacha samolana que no andaría a pasito corto, de impermeable plástico, llenándoles la cabeza de trivialidades anticuadas.

–Una buena muchacha samolana les permitiría hacer lo que se les viniera en gana todo el santo día, y no tendría la menor autoridad sobre ellos. Nanny, a pesar de sus pasitos, es bastante firme con los niños, y la respetan.

Librodot

–El respeto no basta – afirmó Robin –. Deberían adorarla; todos los chicos adoran a sus niñeras, acuden a ellas con sus minúsculas preocupaciones y se encaraman a su regazo para que les canten canciones de cuna y los hagan dormir. Si cualquiera de nuestros hijos se encaramara al regazo de esta angulosa insignificante, quedaría cruelmente lastimado.

–Tu concepto sobre los deberes de una niñera es más romántico que práctico – repliqué con cierta acritud –. Sea como fuere, no veo por qué habría que cantar continuamente canciones de cuna a nuestros niños, y siempre que sientan urgentes impulsos de referir sus minúsculas preocupaciones, tienen perfecta libertad de subir a mi propio regazo, o al tuyo, aunque preferiría que esto no se convirtiera en una rutina regular y haría lo posible porque no fuera así.

–Lo cual prueba algo que sospechaba desde hace tiempo – Robin se levantó y se desperezó –. Que a ti te falta lamentablemente todo lo que sea tierno instinto maternal – me pasó el periódico, me dio un ligero beso en la frente y entró en la casa.

Yo di una ojeada a la primera página del *Beaper* notando sin particular emoción que la Conferencia de Paz en Ginebra había llegado a un punto muerto; que el Primer Ministro había afirmado en la Cámara de los Comunes que, aunque la situación en el Cercano Oriente había empeorado mucho en el transcurso de los últimos días, aún existían esperanzas de que se llegara a un arreglo amistoso; que el Ministerio de Asuntos Exteriores había emitido un comunicado en el cual afirmaba no tener nada que ver con las dudosas actividades de uno de sus ex agregados en Copenhague; que el Arzobispo de Canterbury estaba en cama, con un resfrío y fiebre; que S.E. el Gobernador había inaugurado una nueva sucursal del Banco de Barclay en la calle del Duque, en Pendarla; que el señor Aneurin Bevan había pronunciado un discurso explosivo en Llandudno, durante el cual tildó al gobierno conservador de "chupasangre"; que el Presidente de los Estados Unidos aseguró que en Indonesia sólo hacía falta una mano firme, y que una señora anciana se cayó de la bicicleta a las puertas del Real Instituto Samolano y fue atendida, en el Hospital Kineua, de una ligera conmoción.

Librodot

La lluvia proseguía cayendo monótona, y yo la contemplaba distraídamente mientras Eulalie iba y venía en lentas curvas, entrando y saliendo mientras se llevaba el servicio de desayuno.

El tema que siempre proporciona el más indigesto pábulo a mis ideas es la fundamental falta de lógica de los esfuerzos humanos. En este mismo instante, reflexioné, hay millones de seres humanos en toda la superficie de la tierra que trabajan como locos buscando una cura para el cáncer, y sueros para esto y aquello, y medicamentos maravillosos para aliviar el dolor y sumirlo a uno en un sueño insensible, sin dañar en forma permanente ninguno de los tejidos complicados del organismo; mientras simultáneamente, millones de otros seres están proyectando los más complicados y modernos explosivos para volar en mil pedazos las curas del cáncer, los sueros y los medicamentos maravillosos.

Hay tensión en el Cercano Oriente, tensión en Indonesia, tensión también en Sudáfrica, y amenaza de otra huelga portuaria en Inglaterra. Hay también millones de personas que se postran en templos budistas, gimen en las mezquitas, se arrodillan en iglesias protestantes y catedrales católicas: todos ruegan pacientemente por la salvación espiritual, la dicha personal, un lugar seguro en la otra vida, victoria en la guerra y perdición para sus circunstanciales enemigos que, probablemente, hace unos pocos años eran sus valerosos aliados.

Y luego, están los niños que, en épocas recientes y más llenas de esperanza, leían cuentos de hadas, historias de Hans Andersen y de los hermanos Grimm, de Dean Farrar y E. Nesbit, *El mundo ilimitado* y las obras de la señora de Molesworth, y hoy están únicamente ocupados en obras de ciencia-ficción, vuelos espaciales y viajes en vehículos cilíndricos de presión controlada a las más remotas estrellas, donde topan con individuos de forma rara y yelmos fantásticos, llenos de intenciones belicosas y de inmensa capacidad para organizar la irrigación.

Los cerebros de estos niños, con todas sus celulitas en incesante expansión y contracción, células que se multiplican en forma continua, según se nos ha explicado, ¿cómo podrán librarse de que los deforme y entorpezca tanto romanticismo árido y mecanizado? ¿Qué es lo que van a soñar, en el nombre del cielo o del infierno, de los dioses o de los demonios,

Librodot

de Krishna, Buda, Mahoma, o Dios, cuando hayan madurado y tiren ya de las riendas, listos para lanzarse hacia adelante?

Después de hacer a un lado – o sin conocer siquiera –los más hermosos sueños: las hadas, geniecillos y gnomos, los bosques encantados y los anillos de hongos mágicos; después de haberse saciado durante los años formativos, aquellos en que más profundas son las impresiones con estas nuevas fantasías adustas, en lugar de las viejas fantasías sentimentales ¿qué formas inarmónicas van a dar al mundo ardoroso? Es un pensamiento realmente sobrecogedor; más aún, un pensamiento tan deprimente y tremendo que nos hace descender con estrépito, quiebra las cúpulas de nuestros placeres y derriba nuestras estúpidas torres de marfil, dejándonos expuestos a la triste intemperie y a los vientos desencadenados. Y, no obstante, supongo que esta idea es más arcaica que las colinas más viejas y que ha golpeado a la puerta del corazón de toda madre de edad madura desde el primer balbuceo de los tiempos conocidos. Ser madre es una continua agitación, desde el principio hasta el fin, y desde cualquier punto de vista. Joven, vieja o madura, la pobre "mamá" lo pasa mal desde el primer instante. Dejando de lado por un momento las tan cacareadas compensaciones: los ligeros pasitos, los cariñosos brazos gordezuelos que la abrazan, el orgullo y la gloria; siempre está el reverso de la medalla, el lado desolado donde florecen como hierba mala los temores razonables e irrazonables. Temor de accidentes, de altas temperaturas febriles y de muertes súbitas; temor de que otros amores roben el joven corazón y lo enfrenten a los ideales familiares, temor éste terrible porque solo existe, por regla general, en el subconsciente, y allí muerde las entrañas y se infla al fin con horrenda bufonada, convirtiéndose en ese monstruo mitad serio mitad cómico, la eterna chanza de *music-hall:* la suegra.

Sé ahora, como lo sabía entonces, sentada allí con los ojos fijos en la lluvia que azotaba con fuerza los cocoteros, que llegará inexorablemente un día en que seré suegra, y estaré obligada a esforzarme mucho, muchísimo, por tener tino y comprensión, y tragarme mis consejos saludables, y esforzarme más todavía para convencerme a mí misma y a los demás de que la boda estuvo "magnífica", y que la novia es deliciosa y "tan sensata", y que yo no podría sentirme más feliz ni aliviada de que Simón haya decidido

Librodot

enamorarse de personita tan eminentemente adecuada, en todos los aspectos. Y todo ese tiempo, bajo mi hábil ficción y detrás de ella, en el fondo del corazón, estaré enferma de celosa repulsión, deseando arrojarme sobre la "deliciosa y sensata personita" para arrancarle el velo y dar una buena bofetada en su tonta carita ñoña.

Deprimida por mis reflexiones y el golpeteo de la lluvia, me paseaba de arriba a abajo por la galería trasera, que estaba hecha un revoltijo, con todos los muebles adosados a la pared. En el rincón más lejano había una gotera, y Tahalí había colocado una tina enlozada por debajo, para recibir las gotas que caían a intervalos de pocos segundos con un resonante "ping".

Robin se fue en el *jeep,* llevándose a Jock y frustrando así aquella charla íntima que, a propósito del jardín, me prometía entablar con él. Pasé el habitual cuarto de hora en la cocina, con Clementina, cuyo estado de ánimo era de total pesimismo, y aceptó cada una de mis sugerencias con aire de abstraída resignación; sintiéndome incapaz de hacer el esfuerzo necesario para ponerla de mejor humor, di sin convicción un par de órdenes y la dejé reclinada contra la pileta del fregadero, haciendo girar los ojos dolorosamente como si, reducida al último bastión de sus defensas morales, comprendiera que no quedaba ya un solo vestigio de esperanza.

A eso de las once, la lluvia cesó repentinamente; las nubes se alejaron, subiendo desde las colinas bajas a las altas montañas y el sol apareció, haciendo resplandecer las hojas del *pareando,* como lentejuelas verdes. Tahalí y Eulalie se presentaron, colocaron los muebles de la galería en sus respectivos lugares, se llevaron el tacho enlozado y, antes de que yo pudiera evitarlo, "Westinghouse" atrapó una lagartija. "Westinghouse" es un exquisito, desdeñoso y rapaz asesino, y aunque le estoy muy agradecida por haber solucionado el problema de las ratas, siempre que lo sorprendo triturando una de esas desdichadas lagartijillas, siento deseos de desollarlo vivo. Ya sé que es la norma de la naturaleza, la ley de la selva y todo eso; que él no hace otra cosa que obedecer a sus instintos y que no es una Caña Pensante, motivo por el cual no es posible hacerlo responsable, como a Torquemada y Calígula, y otros muchos seres humanos que debían haber sabido mejor lo que estaban haciendo. También sé que es inútil pegarle o sacudirle con un diario, porque sería oponerse a Fuerzas Que Están Fuera

Librodot

de mi Dominio, y que mis repentinas rabietas, para él inexplicables, solo conseguirían desconcertarlo y acabarían por impedir que matase las ratas. Tal es, naturalmente, el raciocinio de Robin, y aunque comprendo su lógica, estoy convencida en mi interior de que nada impediría a "Whestinghouse" el ser un asesino. Ha nacido para matar y se goza en ello. En esta ocasión, lo perseguí con el periódico como de costumbre, y como de costumbre también, se me escapó y se internó en el jardín después de bajar los peldaños con el lagarto –que se retorcía– colgado de la boca.

Me había instalado cómodamente y estaba a punto de comenzar una larga e informativa carta a Mamá, cuando oí el rumor de un automóvil que se aproximaba.

El alma se me cayó a los pies, ya que odio y desprecio a los visitantes matutinos; pero volvió a elevarse cuando Tahalí escoltó a Bunny Colville hacia la galería. Bunny Colville es uno de esos hombres cuya presencia no puede menos de agradar, cualesquiera sean las circunstancias. Es alto, moreno, con las sienes ligeramente grises, tiene modales encantadores e irradia vitalidad. Es alegre, ocioso, disoluto y tiene una reputación temible de inescrupuloso donjuanismo. Posee también fortuna personal, y cuando puso término a sus misteriosas actividades "de capa y espada", concluida la guerra, heredó de algún tío lejano una plantación de caña de azúcar situada en el extremo meridional de la Bahía de Paiana.

Cuando llegó a la isla, hace diez años, no sabía absolutamente nada de cultivos y jamás había visto en su vida una caña de azúcar. En este lapso, ha aprendido lo suficiente como para contratar a un administrador competente. Eso es todo. Hizo construir una casita en la playa, incómoda y hecha a la buena de Dios, en un extremo de su plantación, y todos los años pasa en ella dos o tres meses. Sus días transcurren practicando la pesca submarina, con un tanque de oxígeno a la espalda, un arponcito y "patas de rana" de caucho verde en los pies. Una procesión de enamoradas diversas ha ido a vivir con él, unas acompañadas y otras no. Si estas señoras tienen interés en las barracudas, las frondas coralinas y los peces-globo, o en otras maravillas submarinas, tanto mejor para ellas. Si, por el contrario, esto no las atrae y prefieren otras actividades de índole social, están de mala racha, y nosotros también, porque Bunny – con alegre despreocupación– las deja a

nuestro cuidado y vuelve muy satisfecho a los arrecifes. Últimamente hemos tenido un surtido curioso: una estrellita cinematográfica de enorme busto, con su diminuta y resuelta mamá; una poetisa de grandes ojos enloquecidos, muy separados, y revuelto peinado de "golfo"; una masculina señora californiana, muy curtida por el sol y periodista de profesión: se zambullía mejor que Bunny, nadaba como un pez y tuvo un éxito extraordinario hasta que el rasguño de un coral le produjo septicemia y hubo que llevarla de un extremo a otro de la isla para depositarla en el Hospital de Pendarla, donde permaneció por espacio de varias semanas en estado de suma gravedad. Por fin, estuvo la pobre Carola James, que acababa de divorciarse y voló a reunirse con Bunny, persuadida de que se casaría con ella y la mimaría todo el resto de su vida. La mimó durante dos semanas y media, exactamente, pasadas las cuales regresó bastante amargada y cubierta de picaduras de mosquito a la casa de su hermana, en la Plaza Ovington.

En los intervalos de tan malhadados amoríos, Bunny logró participar en varias aventurillas locales que, aparte de dar pábulo a la maledicencia, no tuvieron mayor importancia y en cuanto a nosotros respecta, nos dieron mucho menos trabajo que las importadas.

Últimamente, sin embargo, su habitual despreocupación había sufrido una sacudida por culpa de Eloísa Fowey, a quien conociera casualmente en la Tribuna Oficial de Doncaster, y de quien se había enamorado como un chiquillo. Eloísa Fox-Barron – como se llamó antes de casarse con el pobre Droopy y convertirse en la duquesa de Fowey– había servido con Sandra y conmigo, aunque brevemente, en los cuerpos auxiliares femeninos. Había sido, en tiempo no muy lejano, la más conocida "debutante" del año; era extraordinariamente bonita y completamente idiota. Pero, tonta o no, debíamos reconocer que el efecto que producía en cualquier hombre que le fuera presentado era inmediato y devastador. Carecía de seso, de capacidad, de aptitud para concentrarse en nada, y solo le quedaban leves vestigios de un humorismo de colegiala. Pero en cambio sobreabundaban en ella todos y cada uno de los ingredientes químicos que, combinados, producen la atracción sexual más completamente espontánea. Sandra y yo habíamos tratado una y otra vez de racionalizar este fenómeno cada una de por sí, y

Librodot

ante la otra, pero sin éxito. Comprendíamos sin esfuerzo que su aspecto atrajera a los hombres, pues poseía indudablemente una belleza perfecta; pero lo que no podíamos explicarnos era cómo lograban aguantar su compañía durante más de unas horas. Y no porque no fuese amabilísima y llena de buena voluntad; es que era una tonta tan perfecta que no concebíamos que un hombre razonablemente inteligente, por más enloquecido que estuviera de deseo físico, tuviese ganas de darle siquiera los buenos días después de haber satisfecho su deseo. Sin embargo, la verdad era que la querían, por desconcertante que parezca. Querían casarse con ella, vivir a su lado, ofrecer sus vidas a las plantas de Eloísa. No les inspiraba temor la perspectiva de un futuro pasado junto a ella: por el contrario, resplandecía de anticipadas dichas; y cuando, en mayo de 1946, anunció finalmente que se comprometía con Desmond Fowey – a quien llamaban poco caritativamente *Droopy*[1] – muchos viriles corazones ingleses crujieron y se partieron, desde los clubes más aristocráticos a los medios más modestos.

El hecho de que Bunny, el querido Bunny, el solterón empedernido, inescrupuloso y egocéntrico, cayera ante una carnada tan evidente, sería una ironía sangrienta, de ser verdad, y la maledicencia afirmaba que no cabía un ápice de duda. Él estaba loco por ella, y ella por él; Todo Londres lo sabía, salvo el desdichado Droopy.

Bunny se encaramó sobre la barandilla de la galería y se sentó, dejando colgar sus elegantes piernas. Llevaba pantalones playeros de lino azul, alpargatas rojas y una camisa deportiva que lastimaba la vista: policroma, con dibujos de ananás, palmeras y bailarinas hawaianas con faldas de paja.

–Esa – dije – es una de las camisas más horrorosas que he visto en mi vida.

–¿No es verdad que sí? –replicó alegremente–. La compré en el aeropuerto de Honolulu porque la aeromoza acababa de derramar sobre mí una taza de café.

[1] *Droopy significa lacio, desairado, sin gracia*. (N. de la T.)

–¿Por qué no la regalas?

Librodot

–He tratado de hacerlo, pero nadie la acepta. Hasta mi jardinerito la ha rechazado.

–Envíasela a la Princesa para la próxima "kermesse". Es capaz de preparar un puesto entero en torno de esa camisa.

–Si lo hiciera, me escribiría para agradecerme e invitarme a tomar el té, y si fuera a tomar el té, el Almirante me contaría su discusión con Lord Jellicoe durante la primera guerra mundial, y si el Almirante me cuenta otra vez ese episodio con Lord Jellicoe en la primera guerra mundial, me corto el pescuezo.

–¿Quieres beber una copa?

–Ya está en camino –dijo Bunny–. Le pedí a Tahalí que me hiciera un "Pescuezo de Caballo" fuerte. Encargué otro para ti también.

–Muy amable de tu parte, pero no me gusta beber a media mañana. Me siento malísima durante el resto del día.

–¡Tonterías! –dijo Bunny–. La media mañana está hecha para beber "Pescuezos de Caballo". Te fortalecerá y te suavizará, y quiero que te sientas a la vez fortalecida y suavizada porque tengo algo muy importante que decirte . ..

–No me dirás... – me repantigué cómodamente en nuestra vieja silla de plantadores y coloqué los pies sobre el escabel –. Déjame adivinar.

–Es un secreto profundo –dijo Bunny–. Y tienes que jurar no decir palabra a alma viviente, al menos, por ahora.

–Hasta que se haga el anuncio oficial, supongo.

–¡Anuncio oficial! – Bunny parecía sobresaltado; en ese instante apareció Tahalí con los "Pescuezos de Caballo" en una bandeja, que depositó sobre la mesa.

–Parecen muy obscuros, Tahalí. ¿Les echaste algo de cerveza de jengibre, o nada?

–El Comandante –sonrió Tahalí– dijo que quería bebida muy fuerte. Entonces puse casi todo "brandy" y un poquito de jugo de lima. Pero aquí hay cerveza de jengibre y un abridor listo, y si la señora lo desea, haré un emparedado de manteca de maní.

–No, gracias, Tahalí –dije–. La señora no desea un emparedado de manteca de maní ahora, ni en ningún otro momento, y tú lo sabes muy bien.

–El señor es sumamente afecto a los emparedados de manteca de maní –dijo Tahalí–. Y la señorita Nanny también. Se los preparo cada vez que va con los niños a un almuerzo campestre.

Me miró con aire de reproche, hizo una reverencia y se fue..

–Lo has ofendido – dijo Bunny–. Estás minando poco a poco la iniciativa de ese muchacho. Pronto no será sino un esclavo temeroso.

–No seas tonto y sigue con lo del secreto.

–¿Qué querías decir al hablar de "anuncio oficial"?

–Nada – dije, alcanzándole la bebida –, se me escapó. Dime el gran secreto y te prometo reaccionar debidamente. Ya he adquirido bastante práctica.

–¿Práctica para qué?

–Para fingir – contesté –. Robin me llamó mentirosa y engañadora, y servil sicofante anoche, cuando íbamos a casa de los Chalmer. Y todo porque estaba haciendo justamente lo que hago ahora.

–¿Y qué diablos es eso? –Bunny parecía muy desconcertado.

–Hacer como que no sé algo que sé perfectamente, para no decepcionarte y echar a perder tu buen rato.

–¡Qué conversación más curiosa es ésta! –dijo Bunny, tomando un trago de su bebida–. ¿No te parece que sería mejor desenredar la madeja y volver al punto de partida?

–Muy bien. Dijiste que tenías algo importante que decirme.

–Exacto.

–Luego me encargaste que no dijese palabra a alma viviente, al menos por ahora.

–Exacto.

–Y yo dije entonces: "Hasta que se haga el anuncio oficial, supongo". Y entonces apareció Tahalí con las copas.

–Quieres decir que "sabes" lo que voy a decirte...

–Me temo que sí, querido – dije con bondad –. Muchos otros también lo saben.

–Eso no es posible – Bunny estaba evidentemente inquieto –. Yo mismo lo supe solo esta mañana.

Librodot

–Estamos en una isla pequeña, querido Bunny –dije–. Una gema diminuta en la corona imperial. Aquí nada puede seguir siendo un secreto al cabo de unas pocas horas.

–¿Quién te lo dijo?

–Sandra fue la primera. Ella también me hizo jurar secreto.

–¡Sandra! – Bunny se dio un golpe en la rodilla –. ¡Eso lo aclara todo! Ustedes estuvieron juntas en los cuerpos auxiliares femeninos, ¿no es así?

–Efectivamente. Formábamos de a cuatro en fondo y dábamos media vuelta a la derecha y marchábamos por la Plaza Lowndes durante eternidades; yo me caí cierta vez cuando marchábamos frente a *Derry y Tom's.* –¿Cuándo te lo dijo?

–Ayer por la tarde. Estaba excitadísima por el asunto. –¿Quieres decir que estaba inquieta? –No, inquieta precisamente, no, pero llena de presentimientos.

–¡Oh, Dios mío! –se lamentó Bunny. –Dijo que, probablemente, ella acabaría con chaleco de fuerza, llevada a la rastra.

–No veo por qué tendría que preocuparse ella a tal punto. Al fin y a la postre, no es asunto suyo. A lo sumo, se verá obligada a recibirla una o dos veces, como una especie de cortesía oficial.

–La tendrá tres días y tres noches en la Casa Gubernamental.

–¡Qué estupidez! No es indispensable que resida en la Casa Gubernamental. Y de esto, querida Grizel, venía precisamente a hablarte. Comprenderás que ella no puede vivir en mi casa, ¿no es así? –¿Te has vuelto loco?

Bunny depositó el vaso sobre la barandilla, a su lado, entornó los ojos con esfuerzo, se inclinó y me miró ansiosamente a la cara.

–¿De quién –inquirió– te imaginas que estamos hablando?

–De la Reina, naturalmente. Me hace el efecto de que no he hablado de otra persona durante las últimas veinticuatro horas.

–¡La Reina! ¡Dios Santo! – Bunny soltó la risa. –¿Quieres decir que no sabías que la Reina y el Príncipe Felipe vendrán a la isla? ¿Que no era ése el gravísimo secreto de que estabas hablando?

–¡Pero claro que no! ¡Hablaba de Eloísa! –¿Quieres decir que ella también viene?

Librodot

–Ella no viene "también". Sencillamente, viene. Llega de mañana en quince días.

–Oh, Bunny, eres realmente incorregible –me levanté para traer una caja de cigarrillos que estaba sobre la mesa–. ¿Con quién viene?

–Con nadie – replicó Bunny –. Ahí está la cosa. Viene sola, en avión.

–Ni siquiera Eloísa podría mostrarse tan idiota.

–¿Qué tiene de idiota todo esto? –dijo Bunny, a la defensiva –. Conoces muy bien cuál es la situación. Ella no puede soportar el estar lejos de mí, como yo no puedo soportar el estar lejos de ella.

–Además de ser una duquesa de Inglaterra –dije de mal talante–, es la más notoria y la que mayor publicidad recibe; si a ello agregas que es monótonamente atrayente y deja un tendal dondequiera que vaya... ¿Te imaginas el efecto que causará en la isla el verla llegar sola y vivir contigo en pecado, en esa horrible casita de la playa?

–Está mucho menos horrible desde que la viste por última vez – dijo Bunny pacíficamente –. Hice pintar la habitación grande y cambié el tapizado de todos los muebles.

–Eso no viene al caso, y tú lo sabes.

–Claro está que lo sé, Grizel. Por eso he venido a verte tan inopinadamente esta mañana. Eres una antigua y querida amiga, y una de las pocas personas de este mundo en quienes puedo confiar. Sé tan bien como tú que tendremos que mostrarnos sumamente discretos. También sé perfectamente que no es posible que ella conviva conmigo abiertamente, ni en la horrible casita de la playa, ni en lugar alguno. Pero en algún lugar "tiene" que vivir abiertamente, ¿no es verdad?

–No "tiene" que venir, ante todo. Es una locura.

Bunny bajó de la barandilla y empezó a pasear por la galería con aire de víctima inocente. Yo encendí un cigarrillo y me preparé para lo que vendría en seguida, estaba segura de ello. Bunny se dejó caer en la mecedora, que emitió un sonoro chirrido de protesta.

–A ti no te gusta Eloísa, ¿no?

–No es que me disguste, pero no tenemos nada en común.

–Pues ella te admira mucho, te lo digo sinceramente. Siempre está diciendo que tú eras maravillosa en el ejército, y que fuiste muy buena con ella.

–Debe de tener un carácter dulcísimo – dije –, combinado con una memoria pésima.

–Aseguró que la ayudaste y la estimulaste, y que mil veces la defendiste de diversos peligros.

–También me esforcé con todas mis energías por conseguir que la transfiriesen a otro regimiento, porque me irritaba hasta enloquecerme. Mira, Bunny – me erguí con actitud resuelta y lo miró firmemente en los ojos –, deja de andar por las ramas y ven al grano, no gastes tiempo tratando de convencerme de que Eloísa me admira y me considera una especie de ángel custodio, porque no es verdad. Eloísa no se acuerda de mí en todo el año, ni siquiera nos enviamos tarjetas de Navidad, y la única razón que me habrá hecho reaparecer en su memoria es el saber que soy amiga tuya, que vivo en esta isla y que tal vez le resulte útil.

–¡Dios mío! – dijo Bunny malhumorado –. ¡Qué perversas son las mujeres unas para con otras! Es algo que realmente horroriza.

–No te preocupes demasiado. Es el resultado de siglos de opresión en un mundo plasmado por el hombre.

–Si hubieras nacido diez años antes, habrías sido una de esas arpías que se ataban a las rejas y mordían a los inocentes policías hasta el mismo hueso – Bunny me miró con aire acusador.

–Muy probable – repliqué – y Eloísa no. Por favor, no imagines que estoy ciega a la evidente antítesis que mentalmente estás haciendo entre nosotras.

–No hago antítesis mentales de ninguna especie. Pero sigo esperando contra toda esperanza que te mostrarás comprensiva y buena, y me ayudarás en esta situación tan endiabladamente difícil.

–¿Me permites señalar que esta situación endiabladamente difícil es culpa tuya y solo tuya?

–Quizás lo sea –dijo Bunny–. Pero no por eso es menos endiablada. ¿Cómo puedo evitar el enamorarme?

–Podrías, si te lo propusieras. ¿Por qué no te dedicas exclusivamente a la pesca submarina?

–Ahora te muestras frívola, lo cual es una maldad de tu parte, viendo el estado en que me encuentro.

Librodot

–Antes te dedicabas a la pesca, con resultados triunfales. ¿Por qué no vuelves a lo mismo, y te consagras a amar a Eloísa cuando regreses a Inglaterra? Esperará, es un temperamento poco imaginativo. Podrías llevarle de regalo unas frondosas coralinas y unas caracolas. ¿Para qué –en nombre del Cielo– dejarla venir aquí y complicarlo todo, provocando un escándalo mayúsculo?

–No es necesario que haya escándalo alguno, si tú te muestras una amiga verdadera y colaboras, en vez de darme lecciones de moral como una diaconisa victoriana.

–Y suponiendo que fuera una amiga verdadera y colaborase como loca ¿dónde iría a parar, con toda esa amistad colaboracionista?

Bunny me lanzó repentinamente una sonrisa en la que se mezclaban admirablemente la súplica y la más calculada simpatía.

–La nieve comienza a fundirse – dijo.

–Bonita frase, querido, pero no responde a mi pregunta.

–Ha llegado el momento... – calló, borró la sonrisa y asumió una expresión contrita tan evidentemente falsa que tuve que morderme los labios para contener la risa –. Ha llegado el momento de confesar, abyectamente y sin disimulo, lo que pensaba decirte desde un principio, antes de que nos enredásemos en todo ese asunto de la Reina.

–¿Qué has hecho? –dije con severidad.

–Escribí a Eloísa hace dos semanas, indicándole que dijese a Droopy y a todos sus amigos que vendría aquí en avión a pasar una temporada contigo.

–¡Bunny!

–Y lo completé enviándole un telegrama a nombre tuyo, en el cual la invitabas afectuosamente a pasar unas semanas contigo. El telegrama terminaba así: "Cariñosamente, tu vieja amiga, Grizelda"

Lo miré, helada de espanto.

–¿Cómo te has atrevido a hacer semejante cosa sin pedirme siquiera autorización? Jamás te lo perdonaré.

–Pensaba pedírtela, te lo digo sinceramente; pero después lo pensé mejor.

–¡Oh! –la voz me temblaba de rabia–. ¿Así que lo pensaste mejor, eh?

–Si hubieras dicho que no en aquel momento – dijo con aire razonable– todo el proyecto hubiera fracasado, y yo me vería en situación vidriosa.

–Pues ahora digo que no, y "estás" en situación vidriosa.

–¡Grizel!

–Es la impertinencia más enorme que he oído en mi vida. Deberías avergonzarte de ti mismo.

–Lo estoy –dijo Bunny–. Estoy profundamente avergonzado. Basta que me mires.

–No hace falta que te mire, ni tampoco que te hable de aquí en adelante. Haz el favor de marcharte.

–Todavía no terminé mi "Pescuezo de Caballo".

–El diablo se lleve tu "Pescuezo de Caballo" y no sueñes que puedes salirte con la tuya a fuerza de bromas y chistes. Estoy realmente enojada.

–Ya lo sé – dijo Bunny con tristeza–. Me lo suponía.

Me levanté, me acerqué a la barandilla de la galería y allí permanecí, mirando las colinas lejanas y tratando de dominar mi cólera. En aquel momento, Tahalí salió de la casa con un telegrama en una bandejita. Lo tomé, lo abrí con irritación y lo leí en silencio. "Querida Grizelda: sumamente emocionada, llego el veinticinco B.O.A.C. Vuelo 429, puedo llevarte algo. Cariños. Eloísa"

–Gracias, Tahalí – dije con voz inexpresiva –. No hay respuesta.

Tahali sonrió y se fue; yo alargué el telegrama a Bunny y volví a mi sillón.

–¿Qué vas a hacer? –dijo, después de una larga pausa.

–Yo no voy a hacer nada. Pero tú sí que vas a hacer, y mucho: ante todo, vas a subir a tu automóvil, ir al Correo y enviar un telegrama a Eloísa diciendo que todo lo proyectado ha sido descartado por causas de fuerza mayor. Luego, puedes regresar a tu casa, guardar todo tu equipo de pesca, tomar el primer avión para Inglaterra y explicarle exactamente por qué. – Grizel, por favor, sé razonable.

–¡Razonable! – oí cómo mi propia voz se alzaba –. Sin el menor escrúpulo falsificas mi nombre, me colocas en una situación horriblemente embarazosa, y esperas que sea razonable. ¿Imaginaste seriamente por un instante, por muy loco que te tenga este ridículo amorío, que yo soñaría en tener a Eloísa Fowey en mi casa durante dos meses enteros? Preferiría tirarme en el suelo y que un camión me pasase por encima de la cabeza, antes que tenerla dos días en casa.

–Pero no tendrás que hacerlo. Ahí está el *quid* de la cosa.

–¿Qué quieres decir?

Bunny se levantó de la mecedora y me miró, suplicante:

–Ella no estará en tu casa, vivirá conmigo. Yo solo quería que me suministraras una especie de "pantalla" desde el punto de vista social. Ella lo sabe perfectamente, no te molestará ni por un segundo, te lo aseguro.

–¿Crees realmente que tú y la duquesa de Fowley podéis vivir en una casita de veraneo, en esta isla pequeña, sin que nadie se entere?

–Mi casa está aislada, a millas de la Costa Sur. Nadie se acerca jamás a mi pedacito de playa, y ni siquiera hay vecinos más próximos que los de Banalau, en la zona. Si tú la recibieras en el aeropuerto, le ofrecieras un almuerzo y la invitases de tarde en tarde a comer aquí, nadie sabría nada.

–¿Quieres casarte con ella?

–Sí, si hubiera forma de convencer a Droopy de que se divorciase.

–¡Oh, Bunny!

–Te digo que estoy enamorado de ella, realmente enamorado, y ella también lo está de mí. Hasta ahora, he tenido solo aventuras; pero esta vez es cierto. Nos casaríamos mañana mismo, si fuese posible. Ya sé que a ti no te gusta mayormente; pero Eloísa es una joya, cuando se llega a conocerla bien, y vosotras nunca la conocisteis bien, ¿no es cierto? Tú y Sandra la considerabais una perfecta tontuela, durante la guerra, pero al fin y al cabo era muy joven entonces y, de cualquier modo, esa clase de cosas no era para ella ...

–Durante la guerra, muchísima gente tuvo que desempeñar tareas que "no eran para ella" – dije con severidad–. Ni Sandra ni yo habíamos nacido tampoco para el campo de maniobras.

–Sandra y tú sois dos personas disciplinadas y eficaces. Eloísa es completamente distinta. En su vida se ha mostrado capaz de nada.

–A mi entender, pescarse a uno de los mejores partidos de Inglaterra, un duque, puede ser considerado como prueba de bastante capacidad.

Bunny me volvió la espalda.

–La odias realmente, ¿no?

–No la odio –repliqué enardecida –. No la conozco lo bastante como para odiarla. Si la quieres y ella te corresponde, es asunto vuestro; pero

ciertamente no lo es mío y, por mucho que te aprecie, pienso que te has extralimitado al tratar de comprometerme en una situación que forzosamente va a terminar mal. Tú visitas Samolo unos meses en el año, pero pareces olvidar que yo vivo aquí. Si este estúpido asunto va a parar en un escándalo gigantesco – cosa que casi inevitablemente sucederá – vosotros dos podéis iros y arrastrar vuestras destrozadas reputaciones por los tribunales de divorcio, mientras yo me quedo acá con las ruinas.

–¿De modo que decididamente te niegas a ayudarme?

–¿Cómo podría hacerlo, Bunny? Sé justo.

–Está bien . .. En ese caso, no volvamos a hablar del asunto – sonrió –.. La verdad, no pensé que te mostrarías tan decidida. Tendré que idear alguna otra cosa.

–¿Por qué diablos no puede venir con alguna amiga y alojarse en un hotel?

–Es lo que pensé en primer término; pero alojarse en un hotel, en esta isla, sería una locura si se tuviese algo que ocultar. Tampoco creo que tenga una amiga en quien confiar y que pudiese hacer el viaje con ella.

–¿Y está tan segura de que yo soy persona de fiar?

–Todo el mundo confía en ti, querida. Es una cosa inexplicable – se encogió de hombros –. Esa era, naturalmente, la base de todo mi perverso proyecto. Si Eloísa viniera aquí como invitada tuya, todos los problemas quedarían automáticamente resueltos y nadie sospecharía nada.

Al fin y al cabo, mi casa está a siete millas escasas, en caso de que surgiera alguna situación imprevista o urgente. –Siete millas de pésimo camino.

Bunny debe de haber adivinado que yo empezaba a ceder, porque, con una tierna sonrisa, me tomó ambas manos y empezó a mecerlas de atrás hacia adelante, rítmicamente, como si estuviese jugando.

–Estás seguro de que voy a ablandarme, ¿no es verdad? ¿Seguro de que te saldrás con la tuya?

–Absoluta y totalmente seguro, no – sonrió, como para desarmar mi enojo– ; pero esperanzado.

–¿Jamás se te ha ocurrido que este hechizo tuyo tan devastador, que todo lo arrolla y lo domina, puede fracasar alguna vez?

Librodot

–Por supuesto. Pero hasta ahora, nunca ha fracasado – me dirigió una mirada interrogante–. ¿O ahora sí? –No, no ha fracasado exactamente; pero te advierto que no lo derroches demasiado, al menos conmigo. Empiezo a ver quebraduras en él, señales del tiempo y del uso. Le di nuevamente la espalda.

–Eso sí que fue duro. Y lo peor es que te creo sincera.

–Sí – repuse –, creo haberlo sido. Se me acercó por detrás y colocó suavemente los brazos en torno de mis hombros.

–Quizás no comprendí todo el alcance de lo que pedía – dijo con dulzura–. Si realmente piensas que te es imposible ayudarme en este asunto, te aseguro de corazón que comprenderé. Esta vez, te lo juro, no es una persuasión deliberada. Reconozco que soy un bribón egoísta y sin escrúpulos, dispuesto casi a cualquier cosa con tal de salirme con la mía; pero esta vez la clave la da la palabra "casi". No sacrificaría un ápice de tu verdadero afecto hacia mí ni siquiera por Eloísa, y es mucho decir, porque la quiero realmente. –¡Oh, Bunny!

–Sé que no lo apruebas, y piensas que yo soy un imbécil y ella, otra, pero... ¿qué le vamos a hacer? Imposible explicar el cómo y el porqué se enamoran las gentes unas de otras. La cosa sucede, sencillamente, y te encuentras atrapado, y la razón huye por la ventana. En este caso, naturalmente, yo quedo en ridículo. Estoy en una posición falsa y lo sé. Eloísa, hagámosle justicia, también lo sabe. Está dispuesta a romper en forma definitiva y venir abiertamente a reunirse conmigo, afrontando las consecuencias.

–¿Y qué la detiene?

–Para decir la verdad, yo. No puedo soportar la idea de que sacrifique su posición y su buen nombre, de que pase por la sórdida publicidad de un divorcio, para descubrir al fin, cuando ya es demasiado tarde, que no valía la pena. Lo hemos debatido desde todos los puntos de vista, y hemos resuelto seguir así durante un año por lo menos, antes de dar el campanazo.

–Entre los diversos puntos de vista en que os colocasteis ¿figuró acaso el del desdichado duque? Al fin y al cabo, es su marido.

–Esa nota de sarcasmo que hay en tu tono está de más. ¡Claro que debatimos el punto de vista de Droopy! Es una de las cosas que más la preocupan.

–Sí, me imagino que lo será.

–Puedes creerlo o no, a tu gusto, pero ella lo aprecia mucho. Naturalmente, ya no está enamorada de él, ni él de ella, todo eso terminó hace años; pero son excelentes amigos.

–¿Sospecha él que vosotros sois, para decirlo en términos románticos, enamorados?

–Por cierto que no. Droopy jamás sospecharía nada de nadie. Vive en un mundo aparte.

–Un mundo bastante inseguro, diría yo.

–No le interesa en lo más mínimo nada, que no se refiera a sus propiedades y sus caballos de carrera. A Eloísa no le hace el menor caso, salvo cuando se le mete en la *cabeza,* la idea de ofrecer una gran recepción para Goodwood o algo así, y entonces exige que ella esté presente las veinticuatro horas del día y lo organice todo para él.

–¿Que lo organice para él? ¡Oh, Bunny! –estallé en carcajadas –. ¡Si Eloísa no es capaz ni de organizar un taller de costura de beneficencia!

–Estás equivocada. Es un ama de casa extraordinaria. Hace una eternidad que no la ves y sólo la recuerdas como una chiquilina tonta y sin experiencia.

–Así es, la recuerdo vividamente.

–Bueno, pues ahora ya no lo es –dijo Bunny de mal humor–. Lo verás por ti misma.

–Sí – suspiré yo con cansancio –, supongo que lo veré.

–¿Eso significa que me ayudarás y harás lo que te pido?

–No puedo decir sí o no en forma definitiva mientras no lo haya tratado con Robin.

–Sí, es verdad. Lo comprendo.

–No creo que jamás me haya colocado en el papel de una dama celestinesca, como las del teatro del siglo de Carlos II. Tal vez la idea lo asuste un poco.

–Mi gratitud será eterna, te lo juro.

–Por ahora, no pienses en eso, conténtate con escucharme seriamente. Antes de acceder, o de pedirle a Robin que acceda, debo decirte que todo este asunto lo desaprueba cordialmente. Como te dije antes, Eloísa no me gusta

Librodot

ni me disgusta, nada significa para mí, y creo que jamás podría significarlo. Pero a ti sí te aprecio, y por ese motivo – y nada más que por él – he contemplado por un solo instante la posibilidad de intervenir en esto. Si "logro" convencer a Robin y "asumo" esta responsabilidad bien poco envidiable, en consideración a ti, debes prometerme respetar las normas que yo te diga. –Por supuesto que haré todo lo que quieras. –En primer lugar, ella tendrá que pasar en esta casa un mínimo de tres noches por semana. Las demás, estará a tu disposición y la vendrás a buscar y la traerás de regreso con la discreción más absoluta. En segundo lugar, gústele o no, tendrá que cumplir con sus obligaciones sociales y asistir a la inauguración de kermesses y ventas de beneficencia cuando se lo pidan; nunca, en ninguna circunstancia, debe ser vista en público a solas contigo. En tercer término, es preciso que pase un par de noches en la Casa Gubernamental. Yo lo arreglaré con Sandra, hoy almuerzo allá, de cualquier manera. ¡Lo más probable es que le dé un ataque! Y por fin, querido mío, tienes que prometerme que los dos os conduciréis como es debido y no me dejaréis pasar por una tonta redomada, aunque Dios sabe que lo soy.

Bunny me echó los brazos al cuello y me dio un ruidoso beso.

–¡Eres una delicia, un amor, una muñeca! – gritó exultante–. Jamás; hasta el día de mi muerte, olvidaré tu bondad para conmigo.

–Y, como parece que ya has contraído el hábito de mandar telegramas a Eloísa a nombre mío, envíale otro diciendo que me traiga la *Antología de Citas Textuales de Oxford* y un poco de té "Earl Grey" de la casa Jackson de Piccadilly.

–¡Ni una palabra más, compañera! – me lanzó una rápida y brillante sonrisa –. Lo haré en seguida, sin perder minuto.

Me tiró un beso, desapareció velozmente en la casa y un momento después oí el ruido de su automóvil al ponerse en marcha.

CAPÍTULO VII

No éramos sino cuatro comensales en la Casa Gubernamental: Su Excelencia, Sandra, Chris Mortlock, uno de los altos funcionarios, y yo, de modo que almorzamos en la galería que da al jardín. La temperatura era

relativamente fresca y la atmósfera tenía algo de verdoso, translúcido y submarino, porque las cortinas estaban bajas, casi hasta tocar el suelo, y sólo se entreveían, a los costados, fragmentos del jardín que resplandecía bañado de sol. La comida, como de costumbre, era correcta y nada más, y Sandra – con gran sorpresa mía – se dio cuenta de ello repentinamente.

–Esto no puede seguir así – dijo con firmeza –. No puede seguir así. Estamos en la Casa Gubernamental, no en un hotelucho de mala muerte en Kensington.

–¿Qué sucede, querida? – S. E. levantó los ojos, con aire distraído, de su plato de fideos con queso.

–Muchas cosas – replicó Sandra –. Se tendrá que ir. –¿Quién se tendrá que ir adonde? –La cocinera, por supuesto – Sandra tocó una campanilla de plata –. Debe de haber un poco de jamón, o de lengua, o algún otro fiambre. Esto no es comestible. –A mí me gusta – dijo S. E. mansamente. –Sólo porque tienes la cabeza en otras cosas; si en verdad pensaras seriamente en lo que estás comiendo, aunque sólo fuese por un minuto habrías tirado el plato por encima de tu hombro al primer bocado . . . como Luis de Baviera – añadió.

–La verdad es que me gustan mucho los fideos con queso – S. E. sonrió como quien evoca reminiscencias añejas –. Me retrotraen al colegio, y si Luis de Baviera solía tirar platos de esto por encima de su hombro debe de haber sido más chiflado aún de lo que yo suponía. En aquel instante llegó a la galería Paiano, el mayordomo de la Casa Gubernamental.

–Traiga jamón o lengua, con una ensalada, lo más pronto que pueda, Paiano – dijo Sandra –, y dígale a Telma que venga a verme, en el salón, tan pronto como termine el almuerzo.

Paiano se retiró, con una reverencia. Sandra, suspirando, tomó un trozo de pan tostado que había frente a ella, en un soporte de plata, y lo agitó en dirección a Chris.

–Ni siquiera sabe tostar pan – dijo –. Toque esto. Parece una estera de palma.

Chris rió y apretó cortésmente la tostada.

–La verdad es que parece un tanto dura.

Librodot

–Lo más terrible –dijo Sandra con un nuevo suspiro – es que sé perfectamente bien que es todo culpa mía. No tengo el don de la buena mesa. Es un don que se tiene de nacimiento, como Marjorie Davenant. En su casa, nadie ha comido jamás ni siquiera un huevo pasado por agua que no fuese realmente exquisito; en esta casa, nadie ha comido jamás un huevo al, agua que no fuese, o demasiado duro, o blanduzco, o estuviese bien caliente.

–Cuando estaban los Blaise – interrumpí yo – la comida era todavía peor.

–La frase – dijo S. E. – pudo haber sido más halagüeña.

–Grizel tiene razón al decir la verdad. Lo que nos pasa a nosotros y a quienes, como nosotros, ocupan puestos elevadísimos sin tener condiciones para ello, es que casi todo el tiempo estamos rodeados de aduladores que jamás se atreven a decir audazmente la verdad.

–Cucú no hace otra cosa.

–Cucú no cuenta, es un caso único. Se jacta de decir todo cuanto piensa; pero todavía no se ha dado cuenta de que es completamente incapaz de pensar nada. Telma tiene que irse.

–¿Cuánto tiempo hace que está en casa?

Sandra se volvió, implorante, a Chris.

–¿Cuánto hace que está en casa?

–Seis meses. Vino en octubre, cuando la otra se fue a tener su nene.

–Pero "ella" no parece esperar una criatura, ¿no? Eso solucionaría muy bien la situación.

–Ya estás cediendo –dijo S. E.

–Detesto mostrarme dura con la gente y armarme de valor para asestarles golpes morales, para ver luego la cara que ponen y cómo se les llenan los ojos de lágrimas. No sirvo para esas cosas, y jamás he servido.

–Yo le hablaré – dijo Chris.

–Hágalo, por favor, mi querido Chris, y muéstrese firme. Le he comprado una infinidad de libros de cocina, incluyendo *La Perfecta Ama de Casa* y *Gourmet,* y jamás me canso de recortar recetas de las revistas norte-americanas, para que aprenda a preparar apetitosos platos ligeros, y ¿qué nos sirve? Los eternos fideos con queso – se volvió a mí–. ¿Te parece que se vaya en seguida, o le daré otra oportunidad?

Librodot

–Las buenas cocineras son escasísimas en esta isla, y no creo que sea tan mala como dices; sólo necesita que la estimulen para superarse.

–Estimúlala más – terció S. E. –. Tal vez no confíe en sí misma. Descubre qué es lo que prepara mejor y elógialo exageradamente.

–Hace seis meses que estoy tratando de descubrir qué es lo que prepara bien. Suceda lo que sucediere, tendremos que conseguir otra para la visita de la Reina. ¡Qué vergüenza si pasara algo así!

–Llama a Juanita – sugerí –. Quizás te preste una de las cocineras de la Hostería Kelly; al fin y al cabo, tiene fama de servir la mejor mesa de toda la isla.

–No puedo llamar a Juanita hasta que no quede decidido lo del almuerzo real.

–Ya está decidido – dijo S. E. con aire resuelto.

–No, querido, no lo está. Ya sé que crees haber ganado, pero me reservo todavía una cantidad de argumentos irrefutables. Usted está de acuerdo ¿no es verdad, Chris?

–La cosa no tiene nada que ver con Chris – dijo S. E.– y es injusto de tu parte el tratar de obligarlo a tomar partido.

–Me gustaría saber de qué estáis hablando –dije quejumbrosamente.

–Juanita me telefoneó esta mañana temprano y se ofreció a servir un almuerzo escogido y delicioso a la Reina y al Príncipe Felipe cuando su jira por la isla; como es lógico, acepté en seguida: A) porque quiero a Juanita, y la hostería Kelly es con mucho la más agradable y divertida de la isla, y B) porque en algún sitio tendrán que almorzar. Entonces Jorge se puso furioso y dijo que sería horriblemente antidiplomático, que disgustaría a todos los demás hoteles y que lo mejor sería disponer que el viejo Sir Alberto les ofreciese un almuerzo en la bahía de Bengall. Ahora bien, si hay algo que yo no desearía ni siquiera al peor de mis enemigos, es almorzar en compañía de Sir Alberto, en la bahía de Bengall, o en cualquier otro lugar. Es un viejo insoportablemente aburrido, y su casa es obscura como boca de lobo y está tan llena de muebles enormes que uno tiene toda la impresión de estar recorriendo la casa Maple.

–Obscura o clara, amueblada o no – dijo S. E. –, es muchísimo más adecuada que la hostería Kelly. No tengo la menor intención de permitir que

Librodot

todos esos millonarios norteamericanos en ropa de playa estén abriendo la boca ante la Reina.

–Pues sería mejor que el que lo hagan el viejo Sir Alberto y su horrible parentela. De todos modos, Juanita pensaba ofrecer la reunión en la casa particular que hay en un extremo, junto a la cancha de tenis, que es espaciosa y donde ningún millonario abriría la boca delante de nadie.

–Juanita "no" dará la recepción, ni en una casa particular ni en ningún otro sitio – dijo S.E. –. Juanita no ofrecerá recepción alguna. Esa es mi última palabra.

–Pero yo he aceptado ya.

–Y yo ya he rehusado.

La entrada de Paiano, que traía el jamón y la ensalada, interrumpió la discusión; pero la tensión se sentía en la atmósfera y todos nos servimos en silencio. Mis ojos encontraron los de Chris, quien se encogió levemente de hombros. Sandra siguió hablando, con un tonillo peligroso :

–Todos debemos consagrarnos a meditar –dijo alegremente – diversas maneras de matar de aburrimiento a nuestros reales visitantes. En primer lugar, el coro de la iglesia debe recibirlos en el puerto; esto, dicho sea de paso, ya ha sido propuesto. Además, debe ser una norma estricta la de no invitar al banquete oficial a ninguna persona que no haya cumplido los sesenta y dos años de edad. Alma Peacock, que desborda ya de entusiasmo y desde ayer a la tarde no se ha despegado del teléfono, puede ser *invitada (y* será *fácil persuadirla)* a presentar, en función de gala, algún clásico pesado; su pequeño conjunto de aficionados no sabe lo que significa la palabra "miedo"; ya "han representado Hamlet, El *luto le* sienta *a Electro, El joven Woodley, Espíritu travieso y Antonio y Cleopatra.* Alma en persona hacía de Cleopatra, y no veo por qué, en esta ocasión especial, no abordarían algo realmente imponente como *Las Troyanas* o *Medea*...

–Me encantaría ver a Alma haciendo de Medea – dijo S. E. con serenidad.

–También –prosiguió Sandra– debemos organizar una serie interminable de danzas autóctonas; sé perfectamente que Ivy Poland está dispuesta a estimular a sus discípulas a un frenético esfuerzo. Además ...

–¡Qué manera de charlar, Sandra! –dijo su marido–. Este jamón está todavía peor que los fideos; duro como una piedra.

–Es el aparato de refrigeración –dije–. A los samolanos les encanta poner en la refrigeradora todo lo que cae en sus manos.

–Me parece que me estoy volviendo loca – dijo Sandra.

Más tarde, terminado aquel incómodo almuerzo, Sandra me llevó a su saloncito, cerró la puerta de un golpe, tiró a un rincón sus zapatos, como de costumbre, y se dejó caer en el sofá.

–¿Qué te dije? –exclamó–. La cosa va a ser una tortura desde el principio hasta el fin. Desde que llegó la noticia de que iban a venir, Jorge ha estado como lo viste: terco e inaguantable. Me dan ganas de estrangularlo cuando se planta en sus trece y no quiere admitir otro punto de vista que el suyo.

–Pues tú no lo haces mal, tampoco.

–Yo sólo quiero –dijo, haciendo caso omiso de mi interrupción– hacer que esta visita real sea diferente de todas las otras visitas que los pobres tienen que soportar. Me encantaría pensar que, dentro de muchísimos años, cuando la Reina sea viejecita y lleve una cofia como la de su bisabuela, dirá tal vez, mirando con nostalgia la trayectoria de su largo y triunfal remado: ¡Ah, Samolo!

–Quizás diga: "¡Ah, Samolo! de cualquier manera, todo depende del tono de voz.

–No me has dejado terminar. Me gustaría que dijese: "¡Ah, Samolo, esa isla bellísima donde pasamos los momentos más felices!"

–Y todo gracias a aquella encantadora Lady No-sé-cuántos – dije yo, prosiguiendo con entusiasmo su fantasía – y a su simpatiquísima amiga, que tanto la ayudó; tienes que acordarte, querido, la señora Grizel No-Me-Acuerdo-Qué, la madre de esos tres deliciosos niñitos que nos ofrecieron tan graciosamente sus ramilletes.

–Los monarcas, por viejos que sean, siempre recuerdan los nombres –dijo Sandra con firmeza–. No habría nada de Lady No-sé-cuántos ni de la señora de No-me-acuerdo-qué, y desde este mismo instante te advierto que pienso reducir al mínimo el ofrecimiento de ramilletes, de modo que es inútil que des esperanzas a Simón, Juanita y Coqui en tal sentido.

–Sólo fue una ocurrencia mía.

–Lo que me preocupa de veras es la otra Juanita – Sandra se puso de pie y comenzó a pasear por la habitación–. La quiero mucho y no soporto la idea

de herirla en sus sentimientos. La verdad es que Jorge se está mostrando cada vez más insufriblemente prepotente en todo este asunto.

–Juanita puede afrontar las cosas –dije–; no le faltan agallas.

Y decía verdad. Juanita es una mujer recia, un personaje formidable, dotada de una personalidad de catapulta y con bien adquirida fama de decir cuanto piensa en lenguaje tajante y completamente inequívoco. Nació en la isla y sus antepasados eran piratas auténticos, de los que ha heredado lo que Robin llama "sus condiciones de bucanero". Dirige su hotel a las mil maravillas, y nadie se le impone ni la impresiona, salvo quienes posean talento excepcional, y ésos sólo lo consiguen si se han captado antes su simpatía. Es una amiga estupenda y una enemiga implacable. El que visite su hostería, donde los precios son altísimos, y tenga la temeridad de quejarse de algo o provocar su cólera de alguna manera, se sorprende con el equipaje listo y alejándose a toda velocidad en la camioneta rural antes de darse cuenta de lo acontecido. La pobre Lady Blaise le tenía un miedo cerval y temblaba como una hoja cuando ella asomaba la nariz a la Casa Gubernamental. Sandra, por el contrario, la quiso desde el momento en que la vio; pasa una noche en la hostería cada vez que logra escaparse, y se queda horas sentada en la terraza, después de la cena, mientras Juanita la deleita con espeluznantes relatos de los tiempos viejos. Robin también le profesa gran cariño, porque ella lo trató bien cuando era jovencito, y solía enseñarle a arponear pulpos en la costa, cerca de los acantilados, a la luz de una linterna.

–No he abandonado toda esperanza – Sandra encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana, donde se quedó contemplando el colorido jardín con sus jacarandaes, poncianas y tuliperos que se levantan como llamas contra el brumoso fondo de las montañas violáceas –. Comprenderás que no es el caso de que Juanita lo haya hecho movida por bajas intenciones. No necesita esa publicidad, ni la quiere. Me consta que sólo quiso ayudar, y como es natural, le dará inmenso placer ofrecer a la Reina y al Príncipe Felipe el único alimento comestible que, probablemente, conseguirán en la isla. Tendré que pensar alguna forma de salirme con la mía, a pesar de lo que quiere Jorge.

–Parece que se opone muy decididamente.

–Sí –reflexionó un instante–; es porque perdí la cabeza y abordé la cosa con un criterio equivocado. No debí haber aceptado desde el primer momento, sin consultar con él. Ahora lo veo. El tino no ha sido jamás mi fuerte, en cuanto a Jorge se refiere. Tengo que corregirme, eso es lo cierto.

–¿Por qué no llamas ahora mismo a Juanita, le explicas lo ocurrido diciéndole toda la verdad, y le pides que por el momento quede todo en suspenso?

–Le dije "sí" con seguridad y entusiasmo.

–Comprenderá. Tiene sentido común, no es de las que se ofenden por todo.

–La llamaré más tarde –dijo Sandra, pensativa–. Cuando haya hecho otra tentativa, más atinada, por convencer a Jorge. La verdad es que no le gusta más que a mí el viejo Sir Alberto, y estoy cierta de poder eliminar ese proyecto. Mientras tanto, será mejor que te proveas de lápiz y papel, y empezaremos a separar las ovejas de los cabritos.

–¡Santo Dios! ¿No hay otro remedio?

–No lo hay. Tú prometiste. Laura lo haría mecánicamente, si estuviese aquí, pero está en Honolulu con esa vieja loca de su madre y no regresará hasta el veinticinco. Mejor será empezar por el *garden party,* eso será bastante sencillo. Lo que nos va a atormentar serán las reuniones selectas.

–¡El veinticinco! – el alma se me fue a los pies –. Antes de comenzar a hacer las listas, tengo algo que pedirte.

Sandra me lanzó una mirada de sospecha.

–¿Qué clase de "algo"?

–No es nada espantoso, sólo un poquito raro.

–Pero ¿de qué diablos estás hablando?

–Se trata de Eloísa Fowey – dije, sin tomar aliento–. Viene el veinticinco a pasar una temporada con nosotros.

–¡Eloísa Fowey! –Sandra me miró fijamente, atónita–. ¿Para qué?

–Y … porque se le ha ocurrido – dije, desmañadamente.

–¿Vendrá sola?

–Sí. Droopy no puede ausentarse. Como sabes, hace años que no la veo; pero me envió un telegrama tan cariñoso que…

–Aquí hay gato encerrado – Sandra entornó los ojos y me contempló en forma penetrante–; se nota a la legua.

Librodot

–No veo por qué la pobre Eloísa no puede venir a pasar unos días conmigo si se le antoja, y yo no me opongo.

–Pero no es posible que tú lo quieras. Es una entrometida, y lo sabes perfectamente.

–Tengo entendido que ha mejorado mucho desde que la conocimos, en los viejos tiempos ... Quiero decir, que creo que ya no está tan estúpida como antes.

–Eso no sería difícil. Era virtualmente una atrasada mental.

–Pero bellísima, debes reconocerlo.

–Claro que sí –dijo Sandra, de muy mal modo–. Era tan endiabladamente bonita que revolucionaba todo el ambiente, turbaba la disciplina, echaba a perder el espíritu militar y jamás hacía el más pequeño trabajo.

–Todo eso lo sé, pero en el fondo era muy simpática; quiero decir que no hizo nada que fuese ruin.

–Eres una tonta. Prefiero una persona ruin a una imbécil, y tú también. No me explico qué te sucede, debes de estar demente. En el mismo instante en que ponga los pies en tu casa, Robin caerá postrado a sus pies, largo a largo. ¿Has pensado en eso?

–Claro que lo he pensado – repliqué, sin ceder –. Pero no caerá. Es demasiado sensato. Robin jamás tragaría un anzuelo tan evidente.

–Yo, en tu caso, no estaría tan segura. Al fin, lo único que sabe es cómo atrapar a los señores. La sensatez masculina se desintegra de manera curiosa cuando se enfrenta con esa forma especial de atracción predatoria. ¡Mira a Bunny Colville! Por lo visto, está loco por ella... ¡Bunny Colville! ¡Oh! – se detuvo en seco –. Comienzo a vislumbrar ...

–No sé de qué estás hablando – dije, muy apresurada.

–Sí que lo sabes. Lo sabes perfectamente. Te has dejado engatusar por Bunny ¿no es cierto?

–Sí, supongo que en cierto modo me dejé convencer; pero me defendí valientemente hasta el fin. Planteó las cosas de tal modo que no pude negarme.

–Y ¿qué dice Robin?

–Todavía no sabe nada –confesé, bajando la cabeza.

–¡Pero Grizel! – Sandra soltó la risa a todo trapo –. ¡Eres un caso perdido, deberías avergonzarte de ti misma!

–Lo reconozco – dije con humildad –. Pero el avergonzarme de mí misma no solucionará nada. He dado mi palabra de estar junto a Bunny y ayudarlo en cuanto me sea posible. Y eso era lo que pensaba pedirte: le prometí que trataría de persuadirte de que la tuvieras acá unos pocos días.

–¡Pero Grizel! ¿Cómo se te ocurre eso, cuando sabes todas las preocupaciones que tengo?

–Sólo un par de días; tres, a lo sumo. Al fin y al cabo, es una duquesa de Inglaterra, y estás obligada a hacer algo en su agasajo. ¿Para qué está la Casa Gubernamental, sino para recibir a los visitantes distinguidos que llegan a la isla? Tú misma has dicho a menudo que es como un hotel de estación ferroviaria, un hotel mal administrado.

–No tan mal manejado como todo esto.

–La frase es tuya, no mía; no hago sino citarla.

Sandra apagó su cigarrillo con gesto irritado.

–Sólo puedo decir que es una desconsideración; como si no tuviera yo bastante que hacer, sin tener que ver a Eloísa languideciendo por todos los rincones y haciendo caritas a los funcionarios.

–No hay más que un funcionario, y estoy segura de que a Chris no le importará un bledo que le hagan caritas; de cualquier manera, tienes excusas de sobra para no verla demasiado, salvó a las horas de las comidas.

–¡Las comidas! –lamentóle–Sandra, y volvió a dejarse caer en el sofá–. Bastante tortura son ya las comidas, en esta casa; la vista de Eloísa, al tomar desdeñosamente una cucharada de pastel medio frío, me humillará más de lo que lo estoy.

–¡Tontería! –dije con firmeza–. No estás nada humillada, sólo estás de mal humor y todo te fastidia. Lo que sucede es que no te interesa la comida, ni qué vinos se sirven con cuáles platos, es algo que te falta desde tu nacimiento, algo así como el daltonismo o la falta de oído musical para tocar el piano. No es culpa tuya. Y de cualquier manera, no tiene tanta importancia como crees. Nadie se imagina que la mesa de las Casas Gubernamentales es buena, como nadie supone que lo será la de los

Ferrocarriles Británicos. Es parte de nuestra tradición. Te estás fabricando una especie de complejo con todo esto.

–Gracias, querida –dijo Sandra–, me consuelas mucho.

–Bien. Entonces . .. –Entonces ¿qué?

–¿Te levantarás como un fénix resplandeciente de las cenizas de tu mal humor y recibirás a Eloísa durante tres o cuatro días?

–Acabas de decir que tres días a lo sumo. –Está bien, ¿tres días, entonces?

–Supongo que no tendré otro remedio; pero bajo enérgica protesta, y es necesario que haga constar también que desapruebo todo este turbio asunto. –Muy bien – dije mansamente.

–Y además – añadió Sandra – si has tenido la debilidad de dejarte engatusar por Bunny, eso es cuestión tuya; pero te advierto desde ahora que si te ves envuelta en un escandalete desagradable, como probablemente sucederá, me lavaré las manos de todo esto y no podrás contar conmigo.

–Está bien –dije–. Es justo. Te quedo muy agradecida y eres un encanto.

–Más adelante me dirás cuándo piensa venir esa borrica insoportable, dame al menos una semana de anticipación.

–Te lo prometo.

–Pues bien, ahora –prosiguió Sandra con tono resuelto– será mejor que continuemos con las listas. Comenzaremos eliminando los horrores más espantosos. Lee tú los nombres, y yo haré las señales.

Apoyó sobre sus rodillas un anotador, encendimos sendos cigarrillos, y pusimos manos a la obra. Como Sandra lo previera, la lista para el *garden party* fue bastante fácil, sólo tuvimos que poner una crucecita que indicaba "sí" junto a casi todos los nombres. De cualquier modo, era una asamblea general y en medio de semejante multitud, hasta los más inadecuados tendrían pocas oportunidades de desentonar. Lo que no resultó tan fácil fue la lista de quienes debían ser presentados a la Reina. Hubo que escribirla en otra hoja de papel, discutiéndola y analizándola con escrupuloso cuidado. Por suerte, en la isla había poca gente que estuviera completamente fuera de lo tolerado, pero existían ciertamente algunos casos . .. fronterizos. Habíamos trabajado unas dos horas, escribiendo, borrando y debatiendo sin cesar, cuando estuvo completa la nómina, que sumaba ciento cuarenta y tres personas.

–Es inútil – dijo Sandra –. La cabeza me da vueltas como un trompo y ya no puedo pensar. ¡Por amor de Dios, tomemos una taza de té y descansemos unos minutos! – se levantó y tocó el timbre –. Aquí tenemos ciento cuarenta y tres personas, *egos* vivientes, cada uno de los cuales está perfectamente convencido de que tiene derecho a ser presentado a Su Majestad la Reina. Y, por otra parte, se nos ha indicado con toda claridad que de ninguna manera debe haber más de cincuenta presentaciones. O sea, si mis cálculos son exactos (cosa que muy raramente sucede), que restan noventa y tres importantes moradores de Samolo que quedarán heridos, amargados y mortificados durante el resto de sus días. Lo cual significa, asimismo, cartas furibundas a la redacción del *Reaper;* cartas furibundas a Jorge y a mí, y una caldera hirviente de descontento social cuyos vapores nos asfixiarán cada vez que visitemos un hospital, inauguremos una kermesse o presidamos una reunión de comisión.

–Me gusta esa parte del caldero hirviente de descontento social y su vapor.

–Es fácil reír, pero la cosa es así y tú lo sabes. ¿Qué haremos?

–Cuando hayamos tomado una buena taza de té la releeremos, y suprimiremos sin piedad algunos nombres, sean cuales fueren las consecuencias. Es la única manera. Si la gente quiere sentirse herida y acariciar sus resentimientos, que lo hagan. Quienquiera tenga un poquito de sentido común comprenderá que no es posible presentar a "todos". Si fuese tú, endurecería mi corazón y me elevaría por encima de estas mezquindades.

–Ponte en el caso de la pobre Maisie Coffringtpn, por ejemplo. Si fueras ella, y hubieses pasado aquí tu vida entera, y de pronto descubrieras que no estabas en la nómina de presentados, ¿qué harías?

–Lo que suele hacer Maisie Coffrington: beber hasta quedar insensible.

–Bien, dejemos a Maisie Coffrington, entonces; piensa en otra persona, ¿qué te parece de Dafne Gilpin? Su familia es de las más antiguas de Samolo. ¿Qué harías, de ser tú Dafne Gilpin, al descubrir que no eras de las presentadas?

–Esto es absurdo – dije – y no consigues otra cosa que desesperarte. En primer término, si yo "fuese" Dafne Gilpin, no viviría con Lidia French en el Rincón del Pescador. Y aunque lo hiciera, no le tiraría botellas ni iría a las

carreras con pantalones de pana sucios. Pero, como no soy Dafne Gilpin, toda esta disputa resulta académica y sin sentido.

–¿Crees que es cierto eso de que se tiran botellas una a otra?

–Ciertísimo. Ha sucedido ya varias veces. Lo he oído de muy buena fuente.

–¡Qué extraño es todo esto! –Sandra meneó la cabeza, pensativa –. Supongo que no lo harían si realmente no las divirtiese.

–Diviértanse o no, a mí me parece razón suficiente para borrarlas de la nómina de presentados.

En aquel momento entró Paiano con el té, lo traía en una mesita portátil que parecía una bandeja, pero tenía patas que bajaban al presionar un resorte.

–Esta mesita es de la casa Peter Jones –dijo Sandra – y yo no podría vivir medio segundo sin ella. Tiene el tamaño exactamente apropiado para todo, y una superficie de felpa sobre la cual se pueden hacer solitarios, si retiras la bandeja. Tengo una en mi dormitorio, hay otra en la biblioteca, y he encargado otras más. ¿Te gustaría tener una, cuando lleguen?

–Muchísimo.

–Pues la tendrás, y créeme que jamás te alejarás de ella y me estarás agradecida hasta que exhales el último suspiro. Paiano, haga el favor de recordar que cuando lleguen las otras mesitas, siempre que lleguen, hay que mandar una a la señora de Craigie al instante.

–Muy bien, *milady* – Paiano exhibió muchos y blanquísimos dientes en una sonrisa encantadora, y salió.

–La mujer de Paiano acaba de tener otro bebé – anunció Sandra, mientras servía el té–. No me explico de dónde saca él tiempo.

–Los samolanos siempre hallan tiempo, por eso es tan vigorizante este paraje.

–Me parece que es al revés – dijo Sandra, pasándome una taza–. La torta es buena, yo comí de ella ayer; pero si quieres seguir mi consejo, huye de esos emparedados como de la peste: tienen aire de ser de manteca de maní – tomó uno, lo mordió y volvió a dejarlo con un mohín de repugnancia–. Tenía razón –dijo, lo son.

Habíamos terminado el té y nos disponíamos a emprenderla otra vez con las listas cuando entró S. E. con una carta en la mano.

Librodot

–Mejor será que tú te ocupes de esto, querida –dijo dándosela a Sandra–. Es de Maisie Coffrington; dice que estuvo varias veces con la Reina cuando era una niñita y que aguarda con emoción el momento de verla nuevamente. Supongo que será mejor incluirla en la nómina de presentados.

–Pero acabamos de borrarla...

–Pues pónganla de nuevo – dijo amablemente S. E. y salió, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Salí de la Casa Gubernamental a eso de las seis, en mitad de un atardecer samolano en Vista-Visión de primera categoría. La avenida de *poncianas* que lleva a la entrada lateral y que siempre prefiero a la entrada principal porque me ahorra casi un cuarto de milla, llameaba de rojos, y tras las montañas recortadas sobre él, el cielo se tornasolaba en todas las gamas: del amarillo pálido al rosa, del rosa al lila, y del lila a un azul profundo, como si lo dirigiese desde un tablero celestial un electricista demasiado entusiasta.

En Samolo hay un crepúsculo brevísimo, o no lo hay; ni rastros de esa dulce y larga suavidad de las tardes estivales de Inglaterra, mientras graznan las cornejas en los altos olmos, balan los corderos y la luz cambia lenta, muy lentamente, y se desvanece en penumbras de atardecer. Aquí la cosa es vivida, dramática, y en pocos segundos ha terminado todo; el sol se acerca cada vez más al borde del horizonte y súbitamente se sumerge en el mar y en un instante desaparece; durante pocos minutos, el cielo se tiñe de todos los colores imaginables, y luego ya es de noche, brillan las estrellas y es menester encender los faros del automóvil.

Me acerqué a casa lentamente, porque quería tomar tiempo para pensar cuál sería la mejor manera de anunciar a Robin la inminente llegada de Eloísa. En la mentalidad de Robin hay una veta de sana rectitud escocesa a la antigua usanza, y sale a relucir cuando uno menos lo espera. Y yo, por cierto, lo esperaba en este asunto de Eloísa, estaba preparada para una escena borrascosa que terminaría cuando me anunciara terminantemente que no quería tener nada que ver con ello. No cabía duda al respecto. Sandra había tenido razón al decir que yo era "un caso perdido". Jamás debí haber permitido que Bunny me persuadiera. Él saberme tan débil me llenó de cólera contra mí misma, y cuando llegué a casa estaba decidida – si Robin

mostraba la menor señal de desaprobación– a llamar a Bunny sin pérdida de tiempo y decirle que tendría que buscar otra encubridora.

Cuando hube dejado el coche en el garaje y entré, me recibieron desde arriba gritos de regocijo que me mostraron con claridad meridiana que Robin había vuelto a casa temprano, estaba ayudando a bañar a los chicos y los estaba sobreexcitando a tal punto que no se calmarían ni querrían dormirse en varias horas.

Cuando entré en el cuarto de los niños, encontré a Nanny sentada junto a la ventana, con rígido aire de desaprobación. Sus labios contraídos y su expresión de resignación mezclada de cólera revelaban sin palabras, pero en forma inequívoca, que había hecho cuanto pudo, y nada más podía pedírsele. Se puso de pie al verme entrar y sonrió fríamente.

–El señor Craigie está en el baño con los niños – dijo con voz inexpresiva –. Están jugando a los submarinos.

–¡Qué divertido! – exclamé alegremente –. Pero me parece que ya es hora de que terminen.

–Debían de haberse acostado hace media hora – Nanny mantuvo su sonrisa de mártir–. Le sugerí al señor Craigie que subiera más tarde, cuando estuvieran preparados, pero hizo caso omiso.

En ese instante, la puerta del baño se abrió violentamente y Simón, Juanita y Coqui se precipitaron en la habitación en cueros vivos, perseguidos por Robín, que tenía una gran esponja húmeda. Juanita y Coqui corrían dando alaridos como sirenas de vapor, huyeron por el corredor, mientras Simón se metía bajo la cama.

–Pon esa esponja en el baño, querido, está mojando todo el piso.

Robin me hizo un gigantesco guiño y, sin que Nanny se percatase, esbozó el gesto de tirarle la esponja. Simón, que atisbaba desde su escondite, dio un alarido de deleite.

–Vaya a buscar a las mellizas, Nanny –dije–. Yo me ocuparé de Simón.

–Buenas tardes, querida –dijo Robin–. Hemos estado jugando un poco.

–Ya veo –le tomé la esponja y la llevé al baño. Fue tarea difícil la de sacar a Simón de abajo de la cama, y cuando al fin lo conseguimos, estaba cubierto de polvo y hubo que bañarlo otra vez. Nanny trajo del rellano de la escalera a las niñitas y las obligó a ponerse sus camisones. Entre todo, fue menester

una media hora para que reinase nuevamente el orden. Cuando me inclinaba para besar a Simón y darle las buenas noches, estalló la bomba.

–¿Llevan corona las duquesas?

Lo miré atónita.

–¿Por qué se te ocurrió preguntar eso?

–¿Cómo los reyes y las reinas, y los príncipes y princesas?

–¿Por qué quieres saberlo? ¿Quién te metió esa idea en la cabeza?

–¡Por la que va a venir a vivir con nosotros! – Simón se incorporó en la almohada–. Dice Juanita que la llevan puesta siempre, y yo digo que no.

–¿Quién te dijo que una duquesa vendría a vivir con nosotros?

–Papá – replicó Simón –. Cuando estábamos preparándonos para el baño. Dijo que era una auténtica prójima, de pura cepa, y líneas aerodinámicas, y que tendríamos que inclinarnos y poner la frente en el suelo cada vez que le diésemos los buenos días.

–Papá estaba bromeando –dije. La cabeza me daba vueltas.

–¿Entonces no es cierto? ¿No vendrá?

–No, querido –dije–. Vendrá, efectivamente; pero no es necesario que te inclines ni que pongáis la frente en el suelo. Papá bromeaba.

–¿Y cómo debemos llamarla?

–Tía Eloísa – dije con firmeza –. Todas las veces que podáis.

–Pero no es una verdadera tía, ¿no?

–No, pero estoy segura de que le gustaría que la gente lo creyese.

–Pero ¿es una duquesa de verdad …?

–Sí, querido –me incliné y le di un beso –. Al menos, por ahora.

–¿Quieres decir que podría dejar de serlo, súbitamente?

–Todos tenemos que hacer lo posible para que eso no suceda – me reí nerviosamente –. Ahora, acomódate bien y trata de dormirte como un niño bueno.

–Siento que lo de poner la frente en el suelo haya sido una broma; íbamos a empezar a practicar mañana a primera hora.

–No importa. Dame un beso y duérmete.

Simón me echó los brazos al cuello y me apretó.

–Soy un oso enorme – dijo – y voy a apretarte hasta que estalles en un millón de añicos.

Librodot

–La idea es encantadora, y no tengo palabras para agradecerla; pero te agradecería más todavía si en vez de ser un oso enorme, quisieras ser un muchachito bueno y obediente, y te metieses bajo la cobija para descansar – obligué a su inquieto cuerpecito a tenderse en la cama, y lo cubrí con las sábanas–. Tengo que irme a tomar mi baño y cambiarme de vestido.

Encontré a Robin en la galería del piso bajo; contemplaba beatíficamente las estrellas mientras bebía a sorbitos una ginebra con agua tónica. Me preparé otra y tomé asiento en la mecedora que, como de costumbre, lanzó un chillido de protesta.

–Esa maldita hamaca necesita aceite –dijo– y lo necesita desde hace meses.

–Ya sé. Me he propuesto varias veces hacer algo al respecto, pero siempre me olvido.

–Proponerse hacer algo acerca de algo y no hacerlo revela descuido y falta de decisión – dijo Robin con acento de reprobación–. Debes ser resuelta, no dejar escapar tu atención ni tu memoria, que suelen ser amigas de vagabundeos, y comprar una alcuza. También deberías dominar esa ansia creciente de intrigar que estás demostrando. –No sé de qué hablas.

–Otra vez te has mostrado solapada y llena de disimulo.

–No seas tonto. No soy nada de eso. –Sí, lo eres. Primero, todo ese misterio innecesario, todo ese ocultamiento cuando se trató de la visita real, y ahora, esta vergonzosa conspiración en torno de Bunny y su duquesa. No sé qué pasa con tu carácter, está declinando de minuto en minuto. Me imagino que se debe a la influencia de Sandra; es una frívola sin seso, sin fibra moral alguna.

–Tonterías –repliqué–. Sandra está pletórica de fibra moral y es tan frívola como una caja registradora cuando se propone en serio hacer algo; tú la quieres tanto como yo y es inútil que finjas lo contrario. –¿Ella está también en el enredo? –¿Qué enredo?

–El de Bunny y su duquesa, naturalmente. ¿Fue ella quien te lo propuso?

–Por cierto que no; por el contrario: luchó como un novillo cuando le pedí que recibiera a Eloísa durante unos días.

–¿Por qué se lo pediste?

–Porque esta mañana le prometí a Bunny que lo haría. Se presentó aquí de buenas a primeras y empezó a rogar y a tratar de convencerme hasta que

cedí, y lo que es peor, lo estoy lamentando desde entonces. Si no estás de acuerdo, dilo y le telefonearé ahora mismo que todo queda cancelado. Robin apuró su vaso y se acercó luego a la mesa para prepararse una segunda copa.

–Eso es, a grandes rasgos, lo mismo que él me dijo. Me atrapó en el bar del "Royal Samolano" donde estaba con Siggy, bebiendo pacíficamente una copa, se empeñó en invitarme a almorzar y allí me espetó toda la sórdida historia. Dijo que tú habías sido un encanto, que eras una amiga maravillosa y que estaba arrepentido de haber pedido tu ayuda sin antes consultarme a mí. Es evidente que el pobre no tiene salvación, ¿no?

–Entiendo que cediste, lo mismo que yo. –¿Qué otro remedio me quedaba? –Robin volvió a su silla –. El pobre hombre estaba en un estado que . .. –El pobre hombre es un monstruo. –Por supuesto que sí –dijo Robin, muerto de risa–, y todos lo sabemos. En cuanto a mujeres se refiere, siempre ha sido un monstruo; pero esta vez me parece que la cosa va en serio: lo han atrapado.

–Eso es asunto suyo –dije, malhumorada –. Lo he pensado muy detenidamente y he llegado a la conclusión – bajo la fuerte influencia de la frívola Sandra– de que realmente no deberíamos meternos en ese enredo. Dejando de lado las molestias personales y las complicaciones sociales, puede muy fácilmente meternos en toda clase de desagrados. ¡Vamos a telefonearle y salgamos del enredo antes de que sea demasiado tarde!

–No es posible – Robin sorbió su bebida meditabundo –. Los dos hemos aceptado. Sería retirar la palabra empeñada; además... –me miró con una chispita en los ojos– no me desagrada la idea de dar hospitalidad a esta sirena atrayente y aristocrática. Será una verdadera levadura para la colonia.

–Bastante levadura tiene ya la colonia con la visita real.

–¿Es tan fascinadora, atrayente y hermosa como Bunny la considera?

–Todo eso, y más aún –dije con decisión –. Es un verdadero sueño, además de lo cual tiene una inteligencia extraordinaria. Te asombrará su agudo conocimiento de libros, cuadros y actividades internacionales.

–Otra vez te estás mostrando astuta y solapada – dijo Robin –. Se ve a la legua que no puedes verla.

Librodot

–Precisamente, verla es lo único que encuentro tolerable en esa mujer, tendremos que cargar con ella. Pero, de cualquier modo, en recuerdo de los viejos tiempos y en honor a la amistad de Bunny, demostraré modales excelentes y la colmaré de toda clase de atenciones, siempre que tú y yo lleguemos a un entendimiento total antes que pise el umbral de esta casa.

–¿Un entendimiento total? –Robin me miró con aire inocente.

–Sí. Y consistirá en que me jures que te conducirás como es debido.

–No sé qué quieres decir.

–Sabes perfectamente lo que quiero decir. No quiero miradas veladas, ni sugerencias galantes, ni largas cabalgatas en pareja por toda la plantación. En síntesis: no deseo que se repita el episodio de Rosa Cavendish.

–El episodio de Rosa Cavendish – como lo llamas – tuvo lugar únicamente en tu tonta fantasía y, si mal no recuerdo, me prometiste solemnemente no volver a mencionarlo jamás.

–Bien, pues lo he mencionado, de modo que no hay nada que hacerle, y lo que es más: seguiré mencionándolo incesantemente si sorprendo en tus ojos, aunque solo sea por un segundo, esa mirada estúpida y lasciva.

–Estúpido y lascivo parecen dos adjetivos que no combinan entre sí.

–No te preocupes por eso. Prometerás, ¿no es cierto?

–¿Y qué pasará si me enamoro de ella loca, apasionadamente?

–Pues cuídate de que no suceda.

–¿Cómo puedo garantirte que no sucederá? Acá me tienes: un hombre sano, en la plenitud de la vida, casado con una mujer celosa y dominante, que tiene un año y medio entero más que yo. ¿Cómo puedo prometer, si he de enfrentarme con una dama bellísima, seductora y de alto rango, que dominaré la ardiente sangre que corre por mis venas, y jurar por adelantado que aplastaré sin piedad mis impulsos naturales y primarios?

–No te hagas el gracioso. Hablo en serio.

–En ese caso – dijo Robin – no sólo eres astuta, solapada, reservada, celosa y sin la menor organización ni sentido del orden; sino que eres, a mayor abundamiento, una tonta.

CAPÍTULO VIII

Hay, acerca de los *cocktail-parties,* dos escuelas o posiciones ideológicas: unos dicen que son infernales, una de las catástrofes de la civilización moderna; mientras otros sostienen que son un hallazgo y una bendición para el género humano, y permiten a la gente conocerse y hacer sociedad con un mínimo de molestias.

Personalmente, yo suelo vacilar entre ambos puntos de vista. A veces son un verdadero infierno, dan dolor de cabeza y de pies, nos enredan en un fárrago de conversaciones triviales, nos hacen perder el tiempo y llenarnos el estómago de canapés indigestos y muy condimentados, de modo que cuando regresamos a casa para cenar, no tiene una el menos apetito y sólo desea estar tendida en la cama blanca y fresca de algún sanatorio, bebiendo a sorbitos un tazón de caldo. Por otra parte, son mucho menos fatigosos que las cenas o los almuerzos, y siempre queda la posibilidad de escabullirse cuando se vuelvan ya intolerables.

No obstante, gústenos o no este tipo de reuniones, no cabe duda de que se han arraigado definitivamente en las pequeñas comunidades coloniales.

En Samolo, suele haber tres o cuatro por semana; a menudo, más; los mismos grupos se congregan, llevando la misma ropa, y debaten sobre los mismos tópicos. Las mismas bebidas e idénticos canapés son servidos, con ligeras variantes cuando un ama de casa enérgica ha descubierto alguna receta nueva en una revista norteamericana.

Nosotros ofrecemos un *cocktail-party* cada dos meses, término medio, y no son peores que los que dan los demás; todos parecen disfrutar mucho y dicen que han pasado un rato muy agradable. Cuando se han ido, Robin y yo vagamos entre los escombros, mordisqueando lo que ha quedado, y acabamos por cenar un plato de huevos revueltos, servido en una mesa de *bridge,* en la galería posterior.

La tarde que siguió a nuestra trascendental decisión en el asunto de Bunny y Eloísa, fuimos los dos – cortés, pero algo tristemente– a visitar a la señora de Innes-Glendower. Sabíamos lo que nos esperaba, pues la noticia de la visita real había aparecido en el periódico de la mañana. Una de las características más aburridas de esta dama es su infinita capacidad para hilvanar reminiscencias. En el fondo, la pobre no es mala; pero la verdad es que vive en el pasado, a tal punto que Robin dice que no puede imaginarse

Librodot

por qué juzga que vale la pena molestarse en bajar a tomar el desayuno. Ese pasado que tan entusiastamente revive, está pletórico de magnificencia. Es viuda de un general que, en algún momento de su carrera tesoneramente mediocre, estuvo adscripto a la Casa Real en un cargo de escasa importancia. Desde entonces, la señora de Innes-Glendower vive circundada por esas nubes de gloria efímera. Se acuerda vividamente y con el menor pretexto de mil pequeñas y encantadoras anécdotas reales, casi todas desprovistas de gracia, y cuyo único fin es mostrar que ella estuvo presente: punto éste muy importante. Todos los de Samolo las hemos oído con tal frecuencia que, cuando aparece en la isla alguna persona nueva, como pasó con Pug y Connie Bright o el pobre Emler James, y Bruce Wheeler, se nos cae el alma a los pies y debemos permanecer sentados, mudos y resignados, mientras la inundación nos anega a ellos y a nosotros.

Un poco de *snobismo* real no es cosa mala, y yo lo aplaudo de corazón. La corona es un símbolo y, como tal, o como debería de ser, tiene enorme importancia. Estamos hechos a una tradición de realeza y nuestra educación nos hace creer en ella, respetarla y quererla. Yo, inglesa hasta la médula y sentimental además, detestaría vivir en un país en que no hubiese pompas reales ni posibilidad alguna de ver pasar de pronto a la Reina, en su automóvil. Bien sé que esto puede ser considerado como una sensiblería reaccionaria, y quizás lo sea; pero reaccionaria o no, me conmueve hondamente, y cuando los diaruchos se refieren a nuestros personajes de rango real llamándolos por sus nombres de pila y ensucian sus asuntos personales con sus míseras frasecitas hechas, siento una honda indignación y cierta vergüenza. Quisiera que el símbolo continuase brillando, siempre fuera de nuestro alcance, y me alegra decir que en nuestro país y sus colonias y dominios continúa así, a pesar de cuantos esfuerzos se hacen por disminuirlo. Todo esto no significa, sin embargo, que sienta en todo como la señora de Innes-Glendower. Lleva a tal extremo su adoración de la realeza, que me dan ganas de treparme a la mesa más próxima y cantar "La bandera roja", aunque sólo sea para hacerla callar.

Al llegar, estacionamos el automóvil junto a una larga fila de otros coches, y caminamos por un sendero hasta la casa. Esta es realmente horrorosa; pero el jardín es bellísimo y la larga hilera de casuarinas bajas cantaba, en

Librodot

medio de la brisa, a nuestro paso. Más allá de su rumor, muy, muy lejos, oíamos el sordo ruido de la rompiente en los arrecifes de Narouchi.

La señora de Innes-Glendower nos recibió en lo alto de las gradas de la galería. El timbre de su voz nos reveló al instante que era presa de gran agitación.

–¡Qué magnífica noticia! –dijo, mientras nos acompañaba por la sala atestada de muebles hasta el patio posterior, donde se efectuaba la reunión– . Naturalmente, yo había oído los rumores, hace días que no se hablaba de otra cosa; pero no lo creí del todo hasta que vi el anuncio oficial en el *Reaper* esta mañana. Aparte de todas las demás consideraciones, será estupendo para la isla. Para mí, personalmente, es más emocionante aún, puesto que conozco a la Reina desde que era una niñita. ¡Y qué niñita extraordinaria era! Encantadora para con todos, y sin embargo ... ¿cómo decirlo? tan auténticamente regia. Recuerdo cierta ocasión, siendo ella muy chiquita, creo que fue en uno de los *garden-parties,* una mujer espantosa se abalanzó hacia ella y le apretó la mano como si estuviera bombeando, sin hacerle una reverencia ni nada. ¡Querida! ¡La chiquilla la dejó helada!

–¿Cómo? –inquirió Robin.

–Se quedó allí – la dama bajó la voz, dramáticamente – inmóvil y miró a través de la mujer, como si no existiera. Fue extraordinario. La mujer literalmente "se arrastró" lejos de allí. Recuerdo a la Reina Madre, en aquel tiempo era Duquesa de York, naturalmente; nuestros ojos se encontraron y casi nos echamos a reír las dos. ¡Palabra de honor! Fue un incidente trivial, pero en cierto modo significativo. Se advertía que la niña, aun en edad tan tierna, comprendía cuál era su linaje y se preparaba ya a afrontar BU destino... ¿Me comprenden ustedes?

Robin abrió la boca para replicar; pero yo adiviné por el brillo de sus ojos que iba a decir algún chiste, de modo que salté sin darle oportunidad de hablar.

–Por cierto que la comprendo –dije– y estoy completamente de acuerdo. No he tenido el honor de conocerla personalmente, como usted, pero he notado siempre, hasta en las fotografías y en los noticieros cinematográficos, que tiene un continente dignísimo, cierto *je ne sais quoi* – añadí débilmente.

Librodot

–¡Precisamente, eso es lo que digo! – exclamó con entusiasmo la señora –. Robin me lanzó una mirada burlona, a la que no hice caso, y salimos al patio.

Las fiestas de la señora de Innes-Glendower, si bien no son extraordinariamente divertidas, están siempre bien organizadas y su marco es encantador. Tras el patio, hermosamente iluminado y en el cual unas cincuenta personas charlaban a voz en cuello, el jardín se perdía en las sombras. En mitad del césped, un gigantesco árbol de *banyan* tenía, pendientes de sus ramas inferiores, algunas luces policromas, y a la derecha, en un círculo de vividas antorchas nativas, un grupo de jóvenes músicos samolanos vestidos de coloridos *sarongs* cantaba discreta y quejumbrosamente. Todas las viejas canciones de la isla tienen algo de melancólico, porque por lo común versan sobre amores desdichados, adioses y dulces tristezas arcaicas. Hay unas pocas más regocijadas y de ritmo más veloz; pero aun ellas terminan, armónicamente, con una caída en lo melancólico. Por norma general, las orquestas de los hoteles de la Costa Sur desdeñan la música tradicional y se consagran al *jazz* moderno con un celo – a mi parecer – excesivo.

Es un caso –bastante natural, por otra parte– de cómo la demanda crea la oferta. La mayoría de los turistas se contenta con oír una o dos veces lo "auténtico", pero sus corazones volubles ansían otra vez melodías más familiares, con el resultado de que se les ofrecen las últimas canciones de las comedias musicales norteamericanas, bastante mal interpretadas y con sonoridad atronadora.

Felizmente, la dueña de casa tenía suficiente buen sentido y gusto como para comprender que, en un *cocktail-party,* la música ha de suministrar un suave telón de fondo antes que una ruidosa ejecución, y las antiguas melodías, acompañadas por rasgueos de *ukelele* y cantadas a media voz por un coro masculino, flotaban sobre el jardín en sombras y se confundían agradablemente con el croar de las ranas arbóreas.

La señora de Innes-Glendower nos dejó para ir a saludar al Almirante y la Princesa que habían subido la colina entre los convulsivos barquinazos y el estrépito metálico de su Morris Minor y que ahora, a juzgar por el ruido, estaban tratando de estacionarlo. Nos acercamos al bar, pedimos ginebra

Librodot

con agua tónica, y trabamos conversación con Buda y Dusty Grindling y con Maisie Coffrington, quien empezaba ya a mostrar señales de sus anteriores libaciones. Buda y Dusty son grandes amigos nuestros: su verdadero nombre es Terencio; pero lo llaman Buda porque, siempre que hay alguna discusión y ha tomado unas copas, afirma con aire de desafío que considera que la cristiandad ha fracasado completamente, en tanto que el budismo permanece aún puro y sin mancha e irradia tolerancia, religiosa y de todas las demás especies. Todos estamos ya habituados a esto, y nadie le hace el menor caso. Es un hombre muy simpático, pequeño y de ojos relucientes, de clara inteligencia. Dusty, su mujer (que se llama realmente Hermione), es alta y de aspecto imponente, grandes ojos grises y una capacidad especial para mostrarse serena, dueña de sí e impecablemente ataviada en todos los tiempos y circunstancias. Por el ademán de Buda, comprendí que estaba en uno de sus momentos de querer *épater le bourgeois.* Su esposa sorbía tranquilamente su cóctel y miraba hacia las montañas, por encima de la cabeza del menudo señor.

–Me alegra que hayan venido – dijo, besándome distraídamente – porque ustedes, a diferencia de muchos otros a quienes podría nombrar, llegan a entender a veces de qué estoy hablando. La dureza de entendederas de algunos amigos míos, en asuntos de vital importancia para todos nosotros, es para mí un misterio grave y casi fabuloso.

–¿Qué pasa? –preguntó Robin–. ¿Por qué está despotricando ahora?

–No despotrico todavía – Buda clavó en él sus brillantes ojuelos pardos, y añadió–: Pero si tengo que seguir oyendo estupideces histéricas acerca de la visita real, como he tenido que hacerlo todo el santo día, entonces sí que despotricaré. No sólo despotricaré, en tal forma que ruborizaría al extinto Sir Henry Irving, sino que además gritaré, rugiré y me golpearé la cabeza contra la pared más cercana.

–Si empezaras por ahí –interrumpió Dusty con dulzura – quedarías sin sentido y nos ahorrarías todo lo demás.

–Mi mujer, como de costumbre, trata de socavar mi moral. Hace diecisiete dolorosos años que hace lo mismo. Es mucho más corpulenta que yo, de otro modo jamás podría haberme arrastrado hasta el altar, en primer término.

–No fue un altar, querido – dijo Dusty –, sino el Registro Civil de Caxton Hall, Westminster.

–Me han dicho por lo menos un centenar de veces – continuó Buda, sin hacerle caso – que la inminente visita de Su Majestad la Reina y de Su Alteza Real el Duque de Edimburgo será "buena" para la isla.

–Por supuesto que sí –dijo Robin–, eso lo sabe cualquier asno.

–Exactamente. Cualquier asno lo sabe; pero lo que no cualquier asno ha tenido en cuenta es si ese aserto es algo más que una falacia sentimental, expresión de nuestros deseos, no de la realidad. Recuerden mis palabras: de hecho, sucederá precisamente lo contrario.

–¡Tonteras! –dijo Robin sin alterarse–. Está en el equipo perdedor, viejo, como de costumbre.

–Esta fraseología de "los campos de deportes de Eton" me enferma, pero dejémoslo pasar por el momento. Seguiré desarrollando mi tema ...

–Maisie quiere otra copita –Maisie Coffrington pasó su brazo afectuosamente por el de Buda–. Maisie quiere otra copita, prontito.

–Puede ser que Maisie quiera otra copita y la necesite de veras – dijo Buda, soltándose de su brazo –, pero si Maisie toma otra copita, lo más probable es que se caiga de carita. ¿Por dónde iba?

–Por ninguna parte especial – dijo su mujer.

Buda le lanzó una ojeada furibunda y prosiguió:

–Antes que nada, deseo dejar perfectamente aclarado que, cuando digo que la visita real, lejos de ser beneficiosa para la isla, será pésima para la isla, no deseo de ninguna manera dar a entender que esto signifique una censura a los reales visitantes en persona.

–Muy generoso de su parte – dijo Robin.

–Son gallardos, gentiles y encantadores, y harán su tarea con tanta eficacia e inteligencia como efectúan todas las demás; pero (y éste es un pero muy grande) el hecho mismo de su llegada producirá una imprevisible confusión social, moral, económica, industrial y política...

–¿Y por qué?

–En primer lugar, hará subir el *snobismo* social a un grado aún más alto que el que ya tiene. Ciudadanos corrientes, que hasta el día de hoy habían estado razonablemente satisfechos de su suerte, su sumirán pronto –

estimulados por sus esposas –en delirios de grandezas, adquirirán conciencia de lo que es el poder, se volverán ambiciosos y empezarán a rivalizar para lograr honores y a conspirar para obtener presentaciones y homenajes, y si todo esto no es moralmente malo, no se lo qué será. En segundo término, los hoteles y tiendas duplicarán o triplicarán sus precios, que ya son astronómicos, dando así al traste con el *status* económico que, como Dios sabe, está de por sí bastante inseguro. En tercer lugar, las industrias manuales autóctonas se volverán locas, y en vez de limitarse a sus felpudos, bambúes y techumbres de palma, nos enviarán un diluvio de horrorosos bolsos de rafia, carpetitas, biombos y vaya a saber qué otras cosas, con aplicaciones de coronas y escudos heráldicos y unas letras desiguales: "E.R.", hábilmente bordadas con pajas de colores y lentejuelas.

Desde el punto de vista político, como es natural, todo este asunto tendrá repercusiones amplísimas y desastrosas. Todos los nacionalistas samolanos, que hasta el momento se habían sentido perfectamente felices gritando injurias contra el gobierno y garrapateando lemas comunistas en los edificios públicos, estimulados también por sus esposas, doblarán ahora la rodilla, harán genuflexiones y se dejarán halagar y persuadir, anulando así por completo su capacidad de oposición saludable. Pero, además de todos estos dilemas graves, y por encima de ellos, hay uno que es peor que todos los otros sumados, uno que nadie hasta ahora parece haber contemplado...

–Hable –dijo Robin–. No nos tenga en suspenso: yo estoy ya al borde de las lágrimas.

–¡La prensa! – Buda se detuvo, en una pausa dramática –. Toda la prensa del mundo convergirá sobre este pequeño y desdichado paraíso del Pacífico, y lo dejará como un prado al día siguiente de un paseo campestre. Harán que el día más hermoso parezca turbio. Se congregarán en grupitos impregnados de frases hechas junto a los bares de los mejores hoteles. Habrá zanguangos pálidos y vanidosos de Fleet Street[1] y corresponsales políticos pseudointelectuales, con pantalones de pana y nueces protuberantes en el cuello; vivaces periodistas femeninas, de ésas que buscan emocionar a las lectoras, describirán a los personajes de la realeza con los mismos términos con que describirían a las "estrellas" de Hollywood; cronistas sociales norteamericanas; mujeres elegantes, bien vestidas, de

Librodot

modales afables y corazones de piedra; de Inglaterra vendrá un par de jóvenes lores arruinados, y una o dos cronistas de modas, ataviadas con vestidos estampados de mala confección. Todo este sórdido y repelente grupo, bajando en montón de los aviones, vendrá a caer a nuestros pies; y, lo que es peor, tendremos que ser cordiales con ellos y, si las autoridades nos lo piden, invitarlos a nuestras casas, porque todavía está en auge la falacia del poder de la prensa en este mundo decadente y estúpido.

–Yo tengo una amiga íntima que es periodista –dije–. Es de lo más agradable.

–Entonces, debe de ser una pésima periodista – dijo Buda en forma cortante –. Ninguna buena periodista debe continuar siendo agradable, aunque haya comenzado siéndolo.

En ese instante llegó Miguel Tremlett, y miró ansiosamente a Maisie, que vacilaba un poco sobre sus pies y trataba de adaptar su visual hasta distinguir las luces del árbol de *banyan.* Miguel es un buen muchacho. Robin dice que es un tonto, y supongo que algo de eso hay; pero le tiene cariño a la pobre Maisie y vela por ella con lealtad; tiene, asimismo, condiciones auténticas para la decoración de interiores.

–¡Hora de irnos, querida! –dijo en voz algo sibilante–. Prometimos estar en casa de Juana a las seis y media, y ya son.

–No quiero ir a casa de Juana – dijo Maisie –. No la puedo aguantar.

[1] Fleet Street, en Londres, es la calle donde están las redacciones de los principales periódicos, la calle de los periodistas. (N. de la T.)

–¡Pero, si la quieres! –dijo Miguel con suave firmeza–. Bien sabes que sí. Todos quieren a la buena de Juana.

–Yo no quiero a la buena de Juana, – la voz de Maisie se elevó, belicosa –. La buena de Juana es aburridísima, y peor aún: se emborracha más que yo.

–¡Eres una maravilla, Maisie! –rió Miguel con voz estridente.

–La última vez que cené aquí – siguió ella, evocando recuerdos – se sentó en la fuente de la ensalada de fruta.

–Tal vez lo haga otra vez, si nos damos prisa –Miguel la tomó del brazo con energía – ¡Vamos!

Librodot

Vimos cómo se la llevaba, orientándola con una destreza que era fruto de larga práctica, entre los grupos de invitados, y cómo se internaban en la casa, después de subir dos anchas gradas de mármol.

–Ese muchacho se gana la vida en buena ley – dijo Buda –, pero supongo que no lo haría si no se divirtiera. Hay cierta magnificencia extraña y decadente en el espectáculo de la juventud masculina de Inglaterra, que consagra su inmortal energía a cuidar a una vieja borracha y neurótica que podría ser su madre.

–Quizás la estime de veras – sugerí –. Ella es una persona solitaria, y sospecho que él también lo es. Además, aparte de su vicio de beber – que es fastidioso, lo reconozco – Maisie tiene muchas cualidades excelentes.

–La nobleza de tu carácter, Grizel, me abochorna – dijo Buda–. Siempre has dicho una buena palabra por todos, cosa en sí misma admirable, pero mortífera para la conversación. Estás fuera de lugar en este siglo cruel, deberías vivir tu vida en una aldea victoriana y dedicarte a obras de beneficencia de poca envergadura.

–Me juzgas mal – dije vivamente – y si comienzas a atacarme con tus frases de *Selecciones Literarias,* tendré el mayor placer en demostrarte que, si hay algo que ciertamente *no* tengo, es una palabra bondadosa para cada cual. De modo que ... aguántatela.

–¡Adelante, muchacha! –dijo Robin.

–Ese "aguántatela" – suspiró Buda – hizo descender el tono de toda la peroración.

En aquel momento se acercó muy apurada la señora de Innes-Glendower, en Hali Alani. Hali Alani es el más decorativo de los prohombres de la isla. Es muy bien parecido, tiene treinta y dos años y ocupa el cargo de Primer Ministro, dirigente del Partido Imperial Popular, actualmente en el poder. La mayor parte de los personajes respetables de la comunidad lo consideran un tanto frívolo, y se sobreentiende que todas las decisiones importantes y las orientaciones fundamentales las dirige, entre bastidores, su padre Púnalo Alani, anciano prudente que se educó en Inglaterra y tiene el aspecto de una nuez esmirriada y seca. A pesar de la aparente frivolidad de Hali –que socialmente es una gran ventaja– no tiene nada de tonto, y posee además una atracción personal notable. S.E. sospecha un poco de él, pero Sandra le

Librodot

tiene gran simpatía; la verdad es que casi toda la colonia le profesa gran simpatía, salvo – como es natural – los partidarios del P.N.S.S. (Partido Nacional Socialista Samolano), de marcada tendencia izquierdista, que siempre atiza el fuego, cuando puede, promoviendo agitaciones, huelgas y protestas. Sin embargo, los samolanos son felizmente gentes apacibles y alegres por temperamento, la política no les interesa y tienen el suficiente sentido común para comprender que son perfectamente felices bajo la égida británica. Si hubiera suma pobreza y desórdenes obreros, el P.N.S.S. tendría oportunidad de exacerbarlos, recordándoles las injusticias sufridas, y el lema de "Samolo para los samolanos" –que nada tiene de sencillo – lograría mayor efecto. Pero, tal como están las cosas, no creen haber sido víctima de injusticia alguna y jamás se les ha ocurrido la idea de que Samolo sea para otros que los samolanos. Esta actitud sumisa se opone a todo el moderno pensamiento político, que se basa sobre el postulado de que el imperialismo británico ha sido, en el mejor de los casos, malo, capitalista y codicioso y que ahora está ya muerto y enterrado. La verdad es que los samolanos no saben nada acerca del imperialismo británico. A mediados del siglo pasado, el rey Kefumalani entregó la isla a los ingleses, considerando – como efectivamente sucedió – que eran capaces de administrarla y dirigirla mejor que él. No hubo derramamiento de sangre; ni una sola aldea nativa fue aplastada por el férreo talón de un invasor; la verdad es que nadie resultó aplastado, salvo unos pocos piratas que fue necesario exterminar por el bien común. La agitación actual, promovida en Inglaterra por el Partido Laborista, en Moscú por los rusos, en Washington por los estadounidenses y aquí por el P.N.S.S., y tendiente a liberar a Samolo del yugo británico y alcanzar la condición de Dominio, tiene pocos partidarios en todo el archipiélago samolano. Un cambio tan drástico implicaría, en primer término, graves responsabilidades; los samolanos son fundamentalmente irresponsables y lo saben. En segundo lugar, se consideran tratados con equidad, y aunque haya motivos aislados de descontento, prefieren instintivamente "el mal conocido" a los imprevisibles males con que podrían toparse si, de pronto, se vieran librados a sus propias fuerzas sin tener su vieja gobernanta inglesa a quien recurrir.

S.E., que desciende de una destacada familia socialista, quedó francamente desconcertado ante este *laissez-faire* samolano cuando llegó a

la isla; pero ahora ya se ha acostumbrado a él y sospecho que, en secreto, le agrada. Sea de ello lo que fuere, Hali Alani y su padre, Púnalo, son decididos reaccionarios y, hablando personalmente, espero y ruego a Dios que sigan en el poder durante largos años.

–Hali – exclamó con entusiasmo la señora de Innes-Glendower– almorzó hoy en la Casa Gubernamental, y nos trae noticias interesantísimas.

–¿Sobre qué? –inquirió Buda, y adiviné por el tono de su voz que tendríamos altercados.

–Sobre la visita real, naturalmente – se volvió hacia Hali–: háblele usted de su idea de presentar la antigua danza ritual de FumFumBolo a la luz de la luna. Sería un espectáculo bellísimo, y estoy segura de que es algo único, distinto de todo cuanto han visto hasta el presente.

–Tengo la sospecha de que, a esta fecha, la Reina y el Duque de Edimburgo han visto tantas danzas autóctonas únicas que los dos se caerían redondos ante la sola idea de tener que soportar otra.

Hali sonrió amablemente.

–Veo que nuestro querido Budita está esta noche de mal talante –dijo –. Será suelo pétreo para cualquier idea que yo proponga para agasajar a Su Majestad.

–Nuestro querido Budita –dijo Robin – se opone a todo el proyecto, desde un principio. Ha estado vociferando como uno de esos tribunos que declaman en las tardes domingueras frente a Marble Arch.

–Nunca he estado en Londres, cosa para mí lamentable – dijo Hali–. ¿Por qué tantas vociferaciones frente a Marble Arch?

–Para probar a los extranjeros que nos visitan que somos un país libre – afirmó Buda –. En Inglaterra, estamos dispuestos a cualquier cosa con tal de probar alguna falacia a los extranjeros.

–Temo no entender gran cosa – dijo Hali.

–Mi querido Hali – dije, tomándole del brazo – no se preocupe usted por eso. Sus intuiciones son rápidas, y tiene muchísima razón cuando dice que Buda está de mal talante. Ha estado insoportable durante toda la última media hora; pero él no tiene mala intención: lo que le pasa es que su "ego" – por estar más desarrollado que el del resto de la gente – lo impulsa a defender el punto de vista opuesto al de los demás ...

–Vamos a ver, Pollyanna Borgia ... – comenzó Buda, pero lo hice callar.

–Cállate un momento, querido. Estoy tratando de explicarle a Hali tu fastidiosa y complejísima idiosincrasia porque, como bien lo sabes, siempre tengo una buena palabra para todos –otra vez me dirigí a Hali–: Está tan entusiasmado como nosotros por la visita real, pero por algún motivo que él sabrá, quiere demostrarnos que está por encima de estos *snobismos* sensibleros. Es su modalidad, y no hay más remedio que aceptarla y reírnos de él, como siempre lo hacemos.

–Vamos, amor mío –dijo su mujer, tomándolo del brazo – Grizel te ha derrotado y debes aprender a soportar la adversidad como un hombre ...

Todo hubiera terminado bien si en aquel preciso instante la pobre señora de Innes-Glendower no se hubiera lanzado con entusiasmo en la brecha:

–No puedo comprender como hay quienes no están desbordantes de alegría ante la visita real – exclamó –. Es lo más estupendo que le ha sucedido jamás a esta isla y, sin hablar de los buenos ratos que proporcionará, ¡hará un "bien" tan grande!

Esto fue demasiado para Buda, quien se desprendió de la mano de su esposa y se volvió contra la dueña de casa.

–Mujer, piense usted un poco –dijo con tono amenazante– antes de hacer asertos tan completamente huecos. Usted, amamantada y criada en medio de una espectable clase media; usted, cuyo hogar espiritual está en Cheltenham, no tiene ni podría tener jamás la más leve idea de las peligrosas consecuencias que implica este inoportuno descenso de personajes de la realeza, que nadie ha provocado, sobre nuestra pequeña y hasta ahora apacible comunidad. Nuestra existencia inofensiva y pacífica se hará un millar de añicos, nuestra fibra moral quedará debilitada y corrompida por un horrible patrioterismo prostituido e histérico; ciudadanos distinguidos, cuya integridad había permanecido hasta hoy inmaculada, se rebajarán y harán genuflexiones, y por fin, cuando hayan partido los reales huéspedes y hayan cesado de agitarse las banderas y de resonar clamores histéricos, nadie dirigirá la palabra a nadie.

–En ese caso – dijo la señora de Innes-Glandower con admirable dignidad – me gustaría comenzar desde ahora, no dirigiéndole la palabra a usted. Por favor, Dusty, llévate de aquí a tu marido; es evidente que ha bebido

demasiado y no me agrada que me hablen en ese tono, en mi propia casa – dicho esto, se alejó.

–¡Ahora sí que la ha hecho buena! –dijo Robin.

–¡Esa mujer es una reliquia! Tiene la mentalidad de un recipiente de cabellos, de ésos del 900...

–Sea o no una reliquia – terció Dusty – nos acaban de echar de la casa, de modo que será mejor irnos buenamente. Vamos, mañana a la mañana le puedes mandar unas flores y una esquela en que le presentes tus excusas.

–¡Excusas! ¿Y por qué? –la voz del pobre Buda era desafiante, pero por debajo de su jactancia, adiviné el despuntar de un remordimiento.

–Por muchas cosas – dijo pacientemente su esposa – pero principalmente por haberle dicho a tu anfitriona que fue amamantada en medio de una espectable clase media y que su hogar espiritual estaba en Cheltenham.

–¿Qué es eso de Cheltenham? –inquirió Hali.

–Es una pequeña ciudad inglesa muy bonita – repliqué– donde viven coroneles y almirantes retirados, y ex embajadores con sus mujeres. Juegan al *golf* y al *bridge,* pasean en automóvil y viven de los recuerdos de su pasado esplendor.

–¿Y qué es – si me permite usted una pregunta más, en pro de mi dominio de los giros populares del inglés – un recipiente de cabellos?

–Eso ya es un poco más difícil de explicar – contestó Robin –. Es un desagradable cuerno de la abundancia, donde las damas de los tiempos de Eduardo VII depositaban los cabellos que les habían salido en el peine; un cuerno de la abundancia – continuó de prisa, anticipándose a la próxima pregunta de Hali– es una cosa en figura de trompeta por la cual Ceres, la diosa de la Abundancia, solía derramar sus frutas y verduras.

–Gracias – dijo Hali –. Lo han aclarado ustedes perfectamente.

–Vamos a casa, Buda – en la voz habitualmente perezosa de Dusty había un acento de gran autoridad –, vamos en seguida a casa.

Lo aferró firmemente del brazo y se lo llevó. La señora de Innes-Glendower, que hablaba con los Turling en el otro extremo del patio, se volvió para verlos salir.

–Tal vez esto llegue a convertirse en una de esas enemistades isleñas – dijo Robin – que terminarán por hacer las cosas muy desagradables para todo el

mundo. Mejor será que nos quedemos hasta que se presente la ocasión de verter aceite sobre las aguas agitadas.

–Entonces, los dejo –dijo Hali–. Ceno con papá, y si llego tarde se pone furioso. No puedo expresarles cuánto lamento haber presenciado este doloroso pequeño drama social. Budita es muy travieso cuando se empeña en subirse a la tribuna; pero en el fondo es un hombre buenísimo y amable.

Hali hizo una inclinación, sonrió afablemente y fue a despedirse de la dueña de casa. Robin y yo paseamos por el césped y acabamos por sentarnos en un banco, bajo el árbol de *banyan.* Me sentí repentinamente oprimida por una vaga sensación de la futilidad de todo, cosa que me ocurre a menudo en los *cocktail-parties.* Allí estaban todos los seres con quienes compartimos nuestra vida: los caballeros con sus blancos *smokings,* las damas con sus ligeros vestidos de colores. Algunos eran amigos verdaderos y muy queridos; otros, conocidos que nos gustaban; otros, relaciones a quienes encontrábamos de vez en cuando y con las que no teníamos mayor intimidad; pero a todos los conocíamos. Sabíamos sus nombres; sus rostros y sus casas nos eran familiares, sabíamos en qué se ocupaban, y ellos, por supuesto, nos conocían a su vez, hasta cierto punto y nada más. Mes tras mes y año tras año nos congregábamos y volvíamos a reunimos en oportunidades como ésta, bebíamos juntos ginebra o ron, conversábamos de esto o de aquello, mientras el tiempo huía sin cesar, y cuando cayésemos en la cuenta, nuestros hijos habrían crecido y se habrían casado y divorciado, y seríamos abuelos –o no, según el caso– y luego nos volveríamos viejos, maniáticos y comenzaríamos a morir. Ahora, como era natural, compartíamos un motivo de interés y excitación que nos unía: la visita real. Pero cuando terminase y volviésemos otra vez a la serenidad de nuestra vida –laguna hermosa, pero de aguas estancadas – todo continuaría exactamente como antes, y esta idea me pareció de pronto intolerable. Todas las minúsculas tonterías y trivialidades sociales; Buda y la señora de Innes-Glendower no se dirigirían la palabra durante unas semanas; después, las cosas se arreglarían, todo quedaría olvidado y perdonado; luego, alguien tendría un altercado con otra persona y "ellos" se negarían el saludo por espacio de unas semanas, y todos tomarían partido y discutirían el asunto,

refocilándose en él, hasta que eso también se solucionaría, y todo quedaría olvidado y perdonado a su vez.

Robin, que fumaba tranquilamente y miraba las ramas del árbol, debe de haber intuido la depresión que fluía de mí, porque me palmeó la mano afectuosamente.

–Los pensamientos de la juventud son largos, muy largos.

–Los míos – suspiré– estaban bien lejos de ser pensamientos juveniles. Eran más bien los de una inminente ancianidad.

–Vamos, alégrate –dijo–. No representas un año más de cincuenta.

–Lo que me deprime es el desperdicio –dije–. El lastimoso desperdicio. Siendo muy chiquita, tuve una niñera que, siempre que dejaba en el plato un poco de tapioca con leche –que detestaba– me decía: "¡Qué lastimoso desperdicio!" Ahora siento como si toda la tapioca que dejé de comer se hubiera amontonado en una nube enorme que me sofoca.

–Un pensamiento digno de Chéjov.

–¿Sueles tener alguna vez la impresión de que nada importa un bledo, y que cada minuto de nuestra vida – que debería tener un valor inmenso – es en realidad insignificante, y que todos vagamos a lo largo de los años en una especie de lúgubre vacío?

–Por supuesto, soy un verdadero mártir de esa clase de reflexiones. A menudo detengo el automóvil en mitad del camino cuando me dirijo a toda velocidad a ver a alguien, y me digo: "¿Para qué todo esto?"

–No te rías de mí; hablo seriamente.

–Eso sí que no lo creo –dijo Robin–. Lo que pasa es que te sientes fatigada, vacía y aburrida y tienes ganas de descansar los pies en un escabel alto.

–No creo que ni siquiera el levantar los pies aleje por completo esta sensación de inutilidad cósmica.

–¡Qué palabras tan solemnes para usarlas en un *cocktail-party*!

–No estamos *en* el *cocktail-party.* Estamos fuera de él; yo, al menos, lo estoy. No sólo me siento extraña a la reunión, sino que me siento fuera de todo el ámbito de la existencia, sólo la contemplo con cierta tristeza, como esos psíquicos que abandonan sus cuerpos en mitad de la noche y se contemplan a sí mismos dormidos en sus camas.

Librodot

–Yo no tengo tratos con esa clase de gente – dijo Robin –. Como sabes, en mi situación, toda precaución es poca.

–Te quiero mucho – le dije.

–¡Aja! – Robín se puso de pie–. Ahora lo comprendo todo. Sexualidad, nada más que sexualidad. Vamos a casa, y al diablo con todo intento de acariciar el erizado plumaje de la señora de Innes-Glendower.

–Los hombres son todos iguales – murmuré, marchando tras él por el césped –. Ni el más mínimo sentido de lo espiritual.

A menudo me entristece apreciar lo inmenso del abismo que me separa de las heroínas de esas modernas novelas psicológicas escritas por nuestras novelistas más destacadas. Tales heroínas (aunque quizás no sea éste el término que mejor les conviene) poseen una sensibilidad, un don de captación, una suerte de percepción agradablemente neurótica de los mil matices de la vida cotidiana de que yo carezco por temperamento. ¡Parecen capaces de atrapar un instante de irritación, o de arrobo, o de nostálgica tristeza con exactitud tan satisfactoria! Cada minuto del día está, para ellas, colmado de vitales contenidos. Estoy cierta de que esta acuidad sensorial tiene sus desventajas; que las vuelve más vulnerables al impacto de las trivialidades fastidiosas, más hondamente heridas por un alfilerazo; pero a pesar de todo, las envidio. No porque no sea yo perfectamente feliz tal como soy, sino porque de ser como ellas, sería una compañera más interesante para Robin.

¡Sería tan hermoso analizar con rapidez e instantánea exactitud los motivos que subyacen en la conducta de los demás; la atmósfera emocional que predomina en una habitación llena de gente! También sería hermoso, en uno de esos momentos de tranquilidad que compartimos a solas, jugar con abstracciones y aplicar alusiones literarias sutilmente ingeniosas a los acontecimientos del día. He ensayado esto una o dos veces, cuando después de cenar nos sentábamos en la galería del fondo a contemplar las estrellas; pero jamás logré un éxito verdadero. Cierta vez, acababa yo de leer un libro infinitamente sutil de Rosamunda Lehmann, y estimulada por ese alimento intelectual, me lancé a lo que –según esperaba – resultaría una conversación profunda y provechosa sobre nuestra relación personal. La situé diestramente en una serie de planos emocionales diversos: el físico, el

Librodot

espiritual, el doméstico, etc. La tarde era bellísima y las luciérnagas revoloteaban sobre el césped del jardín, mientras muy lejos, en una aldea remota, se desarrollaba no sé qué fiesta y el sonido de los tambores, atenuado por la distancia, llegaba a nosotros en las leves rachas de una brisa suave. Iba yo a las mil maravillas y empezaba a entusiasmarme con mi obra cuando Robin estornudó de pronto y se preguntó si tal vez estaba a punto de resfriarse. Cuando hube volado escaleras arriba y revuelto el botiquín del baño en busca de *Phensic,* y una vez hallado, se lo hube administrado en una buena copa de *whisky* bien fuerte con soda, y otra vez instalada, traté de capturar nuevamente mi estado de ánimo, éste se había desvanecido irrevocablemente y no logré que mis ideas ascendiesen de nuevo al debido nivel de introspección nostálgica. Hice un esfuerzo fallido, diciendo que la felicidad humana depende de nuestra capacidad para adaptarnos a las variables circunstancias y los cambios físicos del ir envejeciendo, y, sobre todo, al tiempo. El tiempo, afirmé, aunque considerado como el Remedio Supremo, frecuentemente no lo era. Ayudado por la aburrida rutina y la diaria familiaridad, el tiempo tenía la culpa de la ruptura de más relaciones felices de las que se le atribuían, y si un número mayor de gentes se percatara de esto (lo que sucedería si tuvieran un poco más de sentido común) se tomarían el trabajo de romper la rutina, reducir al mínimo las familiaridades, y estar siempre alerta para ser de alguna manera diferentes y prepararse recíprocamente pequeñas sorpresas. Empezaba a recobrar el ímpetu perdido cuando Robin se echó al coleto el resto del *whisky* y dijo que, hablando del tiempo, tenía, una pequeña sorpresa para mí: eran las once menos diez y él, por su parte, se iba a la cama.

Fracasé, como de costumbre, por elegir el momento inoportuno; en tanto que ellas no fracasaban nunca: Rosamunda Lehmann, Virginia Woolf o la señorita Bowen –esas criaturas atrayentes, brillantes, cerebrales– en juzgar el momento, reconocer claramente su sentido y analizarlo hasta la más recóndita y pequeña sutileza. Tengo que reconocer, sin embargo, para ser justa conmigo misma, que ellas fracasan en cosas en que yo triunfo. En primer lugar, por regla general, se sienten bastante desdichadas, mientras yo estoy optimista y alegre como un cascabel durante muchas horas del día. En segundo término, opino que tal vez ellas se torturen innecesariamente

Librodot

percibiendo implicancias psicológicas en palabras o gestos absolutamente ordinarios, que no significan ni más ni menos que lo que expresan. Si hubieran estado en mi lugar por un instante, la total falta de interés de Robin por mi conversación y su abrupta despedida las hubiera sumergido al punto en una ciénaga de melancólica introspección. Hubieran sondeado sus palabras para descubrir tras ellas ocultas insatisfacciones subconscientes con la vida en general y con ellas en particular. Sus pobres corazones se hubieran marchitado y muerto ante la sospecha, completamente injustificada, de que la tela de su dicha conyugal empezaba a gastarse; que sus palabras e ideas ya no se comunicaban como antes, cuando la llama de la pasión ardía alta y clara; que esta repentina y dura interferencia de sus longitudes de onda señalaba el principio del fin; que era un presagio del paso de la lírica primavera y el estío del amor, y de la aproximación del húmedo otoño en el que nada podían esperar sino hojas muertas, cenizas, y las prolongadas tareas y las ficciones de una proximidad desencantada.

Lo que no se les hubiera pasado por las mientes quizás, pero que ciertamente pasó por mi pensamiento, fue la posibilidad de que Robin estuviese realmente a punto de resfriarse, y de que en ese caso se sintiese inevitablemente irritable, incómodo y con pocas ganas de oír elevadas disertaciones filosóficas, pronunciadas por mí o por cualquier otra persona.

La noche en que regresamos juntos del *cocktail-party* de la señora de Innes-Glendower, no nos fastidiaron sentidos ocultos ni tácitas intuiciones psicológicas que nos hicieran desconfiar el uno del otro ni estropeasen el sereno placer del paseo. La casa de nuestra anfitriona se levanta a buena altura, al pie de las colinas de la playa Narouchi, y la ruta que desde allí desciende, si bien tortuosa, está llena de encanto. Primeramente, serpea entre bananales que pertenecen a la familia Stirling, dueña de una de las casas más antiguas y pintorescas de la isla. Al pasar, vimos las ventanas iluminadas. Luego la ruta se estrecha y corre en línea recta a través de un bosquecillo de "palos-hacha" y sobre un puentecito blanco. Los árboles se agolpan densamente a ambos lados, y aunque se oye el mar y se lo huele, es imposible verlo hasta que de pronto el camino vira bruscamente a la izquierda y allí está, a los pies de uno, tras la arena en que dibujan sus altas sombras afiladas hileras de cocoteros. Aquí, el arrecife está a unas tres

Librodot

millas de la costa y los oleajes que rompen incesantemente contra él producen una prolongada línea de espumas que resplandece a la luz de la luna con fosforescente fulgor.

Robin cruzó el camino y pasó a un pequeño promontorio cubierto de pastizales y plantas acuáticas, allí apagó los faros y detuvo el motor. Yo, esclava como siempre de la tradición, busqué en mi bolso hasta dar con los cigarrillos y encendí uno para cada uno de nosotros. El tomó el suyo automáticamente, en silencio, y allí permanecimos durante unos minutos, inmóviles, sin pronunciar palabra, y el mero hecho de estar allí juntos, contemplando silenciosos la línea de la rompiente y las estrellas, y el follaje de los cocoteros, que al mover suavemente sus plumeros hacían un rumor como el lejano ruido de batir de palmas, todo me hizo comprender que, con aguda percepción psicológica o sin ella, yo era muy afortunada y muy dichosa.

CAPÍTULO IX

Las dos semanas que transcurrieron entre el *cocktail-party* de la señora de Innes-Glendower y la llegada de Eloísa Fowey fueron de enorme y creciente ajetreo. En primer lugar, Sandra me telefoneó y logró imponérseme y obligarme a aceptar un cargo en la Comisión Organizadora de Agasajos para la visita de los reyes. Esto implicaba reuniones con Ivy Poland, Alma Peacock y el resto del elenco local del teatro de aficionados, todos ellos pletóricos de entusiasmo y de ideas grandiosas, pero – por desdicha – carentes de experiencia profesional y técnica suficiente como para ponerlas en práctica. Además, tuve que soportar varias conversaciones íntimas con Bunny Colville, quien estaba llegando a un paroxismo de inquietud con motivo de la inminente llegada de Eloísa; y para colmo, los Frobisher llegaron desde Nooneo para pasar diez días en casa.

Los Frobisher son una pareja simpatiquísima y yo les profeso gran afecto. Tienen buen corazón, son alegres y nos han recibido varias veces con la más cordial hospitalidad en su inmensa plantación de cacao; pero ¡ay! separadamente o en conjunto, hacen un ruido tal que destroza los nervios. Son, en total, cinco. Bob, Molly y tres niños: dos varones y una mujercita,

que tienen aproximadamente la misma edad de los míos y voces particularmente estridentes y penetrantes. Molly, además, posee una risa que puede oírse de un extremo de la casa al otro; más que risa, es un rebuzno, hablando con verdad, y cada vez que la suelta, uno mira instintivamente el cielo, a ver si está a punto de llover. Los chicos se ríen a gritos en una nota más alta y sostenida que ningún otro niño que yo haya conocido jamás, y como es natural, los míos la imitan inconscientemente y el resultado es un pandemónium. Bob, que es alto y gallardo, y se la pasaba ganando copas por sus triunfos atléticos cuando era joven, tiene la manía de referir historias chistosas. Le brotan una tras otra, y tan pronto como hace una pausa para recobrar aliento, Molly está preparada para estimularlo con uno de sus estentóreos rebuznos. Hay gentes que tienen un don particular para relatar anécdotas, una habilidad única para elegir vocablos inesperados que sorprenden y provocan la risa, sin tener en cuenta la comicidad intrínseca de la historia, que puede existir o no; pero el pobre Bob no es, ciertamente, uno de ellos. Avanza con empeñoso tesón hasta el inevitable desenlace, desdeñando ornatos accesorios, hasta que llega el espantoso instante en que descubrimos, sin el menor género de duda, que estamos obligados a soltar una alegre y espontánea carcajada. A decir verdad, Robin lo hace mejor que yo, y por lo común responde en el momento oportuno, mientras que yo me vuelvo insensible después de cierto tiempo, mi mente divaga, y a menudo me sorprenden mirando al vacío, sin sospechar siquiera qué es lo que estaban relatando.

Es cosa patética ver a gente a quien apreciamos y respetamos, urgida por su propia vanidad a retener a toda costa la atención general, verlos contoneándose bajo la pasajera luz de ese foco, tratando de lucirse, y todo para lisonjearse a sí mismos con la ilusión de que han sido el alma de la fiesta. Yo imaginaba a los pobres y simpáticos Frobisher, lanzándose a la cama juntos después de una de sus acostumbradas orgías anecdóticas; Bob diría con cierta esperanzada complacencia, como la del niño que silba en la obscuridad para acallar sus temores: "Bien, me parece que la velada resultó muy entretenida ¿y a ti?" Y Molly, cuyos instintos femeninos acudirían en masa para tranquilizarlo, murmuraría: "Gracias a ti, querido, solamente a ti; pero me gustaría que les hubieras contado la historia de los dos loros."

Librodot

Recuerdo que cierta vez, mientras pasábamos una temporada con los Frobisher, le pregunté a Robin –después que a nuestra vez nos dejamos caer en cama, exhaustos después de varias horas de ininterrumpido regocijo – por qué no llamaba aparte a Bob y, de hombre a hombre, le explicaba diplomáticamente que a nosotros no nos gustaba tanto oír chistes como tratábamos de aparentar, y que todos lo pasaríamos mucho mejor si conversáramos tranquilamente de temas generales, del tiempo y de las cosechas. Pero me contestó que le faltaba valor para ello; que el pobre Bob se sentiría mortalmente ofendido y que no cabía otro remedio que soportarlo con una sonrisa. Yo repliqué, fatigada, que estaba muy dispuesta a soportar cualquier cosa razonable, pero que la continua sonrisa era lo que me estaba aniquilando, coyuntura que aprovechó Robin para decir algunos edificantes lugares comunes sobre la tolerancia, y la conveniencia de aceptar a las gentes tales como son, después de lo cual se durmió.

De cualquier modo, ya los teníamos allí, con niños, chistes y todo, y como de costumbre, la casa resonaba con su algarabía. Se producían también las habituales reyertas, disputas y dramas entre los niños. Timmy y Mickey Frobisher, el primero unos meses mayor que Simón, y el otro, un año mayor, tendían a dominarlo y a darle multitud de órdenes, lo cual conducía frecuentemente al desastre. Silvia, la nena, Juanita y Coqui se llevaban muy bien, pero no había entre ellas una auténtica base de cariño mutuo.

Los diez días de la estada pasaron ruidosamente, pero sin mayores alternativas, salvo una oportunidad en que Bunny nos invitó a un almuerzo en la playa de su casa, y aun este hecho hubiera pasado sin pena ni gloria a no ser por un incidente que – aunque a la sazón no lo sospechábamos – estaba destinado a tener repercusiones alarmantes en el porvenir. Los niños, que gritaban todos a voz en cuello, se metieron en un botecito de goma y Bunny los llevó a remo hasta la rompiente, en los arrecifes. Bob, Molly, Robin y yo permanecimos en la playa, reuniendo perezosamente en envoltorios los restos del almuerzo, que había sido enviado desde la casa en un gran cesto. De pronto oímos unos alaridos más fuertes aún que los de costumbre y al levantar los ojos, advertimos que el bote se había dado vuelta. Esto no nos preocupó mayormente, porque los niños nadan como peces. Sin embargo, Bob y Robin se lanzaron al mar y nadaron hasta donde

se encontraban para ayudar a Bunny a enderezar nuevamente el bote. Molly y yo contemplábamos, sin mayor agitación maternal, todo aquel revuelo. Cuando los hombres hubieron enderezado la embarcación, Timmy Frobisher y Simón llegaron a la playa, algo fatigados porque era un trecho bastante largo para las fuerzas de dos niñitos. Se dejaron caer en la arena, pidieron bananas y yo, después de revolver el contenido del cesto, hallé unas cuantas. Entonces Simón, sin dar mayor importancia al asunto, anunció que Mickey se había lastimado.

Molly se puso en pie de un brinco.

–¿Se ha lastimado? ¿Y cómo?

–No fue gran cosa – dijo Timmy –. Cuando el bote se dio vuelta, él cayó sobre un coral filoso y se hizo un corte en la pierna.

–¿Grande? ¿Se lastimó mucho?

–No mucho –dijo Simón, indiferente–, pero armó un escándalo terrible.

–Como lo harías tú –dijo Timmy, acalorándose–, si casi te hubieras rebanado el pie.

–¡Rebanado el pie! – chilló Molly, y corrió por la playa hasta sumergirse en el agua; luego, nadó con rapidez frenética hacia el bote que se aproximaba. Yo sacudí a Timmy.

–¿Fue realmente grave, o estás inventando? –Sangró muchísimo... toda el agua estaba rosada. –Siempre está así –dijo Simón, masticando su banana –, cuando uno sangra adentro.

Los dejé, y caminé hasta el borde del mar; luego me interné en las aguas poco profundas. Molly había llegado al bote, y estaba ayudando a Robin y Bob a empujarlo. Dentro estaban los demás niños y Bunny, que llevaba a Mickey sentado en sus rodillas. Este, demás está decirlo, berreaba como un marrano. Cuando la embarcación estuvo en aguas poco profundas, Bunny le alcanzó el niño a Molly, quien lo llevó hasta la playa. Los demás, algo apaciguados, bajaron del bote y permanecieron mirando mientras examinábamos la herida de Mickey. Era un tajo profundo, debajo de la rodilla, y sangraba aún. Bunny corrió a la casa en busca de algún desinfectante y vendas. Mientras tanto, Molly se esforzaba sin éxito por acallar los sollozos del pequeño. Cuando volvió Bunny, pusimos "Milton" en la herida, la vendamos, y por fin Bob y Molly metieron a su hijito en el auto y

Librodot

fueron a la casa del Dr. Bowman, que vive a pocas millas del lugar. Cuando se hubieron ido y el drama terminó, los chicos abandonaron su actitud tranquila y empezaron a vociferar otra vez en coro, de manera que Bunny y yo –dejando a Robin que se las compusiese con ellos– nos alejamos paseando hasta el extremo más lejano de la playa.

–Suerte que fue de este lado del arrecife, y no del otro – dijo Bunny –. El chico se desangraba como un cerdo. Sí hubiera ocurrido un poco más lejos, habríamos tenido a todos los tiburones de la zona abriendo las fauces en el agua.

–Calla– dije, estremeciéndome.

Los tiburones y barracudas son mi pesadilla personal, y aunque a través de los años me he habituado a ver a los niños arrojarse al agua cada vez que les viene en gana, nunca estoy completamente tranquila al respecto. Sé que la mayoría de las playas de la costa meridional están bien protegidas por arrecifes, y que no se tiene noticia de ninguna desgracia, salvo el caso de una mujer tonta que se tiró desde un bote, cierta noche de luna, en mitad de la bahía de Pendarla, después de una alegre fiesta en el *Royal Samolano* donde hubo muchas libaciones, y a quien los tiburones le arrancaron las dos piernas. No es prudente bañarse de noche en estas aguas, ni siquiera en las lagunas interiores, a menos que sean muy poco profundas y estén totalmente rodeadas de arrecifes. Aun en estos casos, y dejando de lado la posibilidad de topar con peces grandes, hay otros peligros; como las anguilas eléctricas dormidas o las "aguas vivas" violetas que flotan en la superficie del mar arrastrando largos tentáculos ponzoñosos que se envuelven en torno de una y pueden desfigurarla durante semanas enteras, pues dejan dolorosas quemaduras. Como es natural, Bunny – que es un aficionado a la pesca con arpón – no tiene miedo alguno; pero considérese también que Bunny no es la ansiosa madre de tres chiquillos.

Cuando llegamos al extremo de la playa nos sentamos al borde de un pequeño desembarcadero de madera y agitamos los pies en las transparentes aguas verde-azules.

–Antes que te vayas –dijo Bunny– quiero tu opinión acerca de unas fundas nuevas que he comprado para el salón.

–¿De qué color son?

–Tirando a rojo.

–¡Oh, Bunny! El rojo es un color demasiado cálido para este clima.

–Espera a verlas – dijo con tono persuasivo –. Son realmente muy bonitas y mucho más claras y alegres que las anteriores.

–Eso, querido mío, no es nada difícil. ¿Qué has hecho por mejorar el cuarto de huéspedes?

–Esa es una pregunta capciosa – replicó – y la respuesta es: nada.

–Pues deberías avergonzarte de ti mismo. La cama parece una tabla, la mesa de luz cojea y el postigo se abre y cierra la noche entera porque le falta el cerrojo. Lo sé porque he dormido en ella, o mejor dicho, he tratado de dormir en ella. Eloísa va a sufrir un ataque cuando la vea; al fin y al cabo, está acostumbrada a ambientes bastante lujosos.

–No contaba con que Eloísa usara mayormente el dormitorio de huéspedes – dijo Bunny.

–Eso no es asunto mío –dije, mirándolo con severidad–. Más aún: me niego terminantemente a discutir "ese" aspecto de la cuestión.

–Bueno, fuiste tú quien comenzó a hablar de dormitorios.

–Úselo o no Eloísa, es indispensable renovar ese dormitorio de arriba abajo – dije con firmeza –. No es leal para con tus amistades. El hecho de que tengas alergia a toda forma de comodidad material, y te sientas perfectamente feliz durmiendo en jergones de paja y comiendo de un envase de hojalata, no obliga a los demás a compartir tus gustos. Y ya que hablamos de renovaciones domésticas –proseguí– ¿te has preocupado de las ratas?

–¿Ratas? ¿Qué ratas? –preguntó inocentemente Bunny.

–Oye, querido mío – dije suavemente –. Pareces olvidar que el verano pasado ocupé esa casa un mes íntegro. No se me oculta nada de lo que con ella se relacione. Y una de las cosas más importantes que sé es que una simpática familia de ratas habita esa piececita húmeda que separa el comedor de la cocina. Y esto no lo sé por rumores o comentarios ociosos: me consta porque he visto una y otra vez con mis propios ojos a esos repugnantes animalejos. También los he oído corretear a altas horas de la noche entre los polvorientos caracoles de tu colección. –Exageras –dijo Bunny–. Habrá uno o dos ratoncillos de campo, inofensivos.

–Los que vi no eran ratoncillos de campo, sino ratas. –No vayas ahora a calentarle la cabeza a Eloísa con todos esos inventos espeluznantes. Prométeme que no lo harás.

–Ya he prometido bastante.

–Eres un encanto, y Robin es otro; no olvidaré lo que habéis hecho mientras viva –me ofreció un cigarrillo de un paquete bastante arrugado–. Y si quieres mostrarte un poquitito más noble todavía, haz que Robin y los demás regresen a casa cuando hayan traído al chico de casa del médico, y quédate un rato conmigo: te prepararé un *martini* delicioso y recorreremos juntos la casa de proa a popa; haré todo cuanto me digas.

–No puedo quedarme mucho tiempo. Hemos invitado a Molly y Bob a cenar con Juanita en la "Taberna".

–Una media hora, a lo sumo. Te llevaré a casa en un vuelo.

–No, por ese camino, no – suspiré –. ¡Pobre Eloísa! –¿Por qué dices eso?

–Estaba pensando en las veces que la traerás y llevarás por sobre esos baches espantosos.

–¿Te parece que le desagradará estar aquí? –No tengo la más remota idea. Como ya te he explicado, la verdad es que no la conozco muy bien y hace años que no la veo.

Bunny lanzó un caracol al mar y se quedó contemplando cómo volaba, rozando la superficie rizada de las aguas.

–Supongo que Robin y tú me consideraréis un perfecto estúpido a raíz de todo este asunto.

–De lo que piensa Robin, nada sé, pero por mi parte, sí. Creo que los dos os habéis conducido como idiotas; pero esto ya lo hemos debatido antes, ¿no es verdad? Y de nada sirve volver al tema. Llega el lunes próximo, y nada más.

–¿Sigues pensando que es más prudente que no vaya al aeropuerto?

–¡Pero Bunny! Te estás portando como un colegial enamorado!

–¡Qué comparación más desagradable!

–Muy desagradable, ciertamente. Por amor del cielo, repórtate. De ninguna manera debes ir al aeropuerto, y lo sabes perfectamente. Vendrás a cenar con nosotros, como lo hemos convenido, y solo allá – ni un momento antes – verás a Eloísa por primera vez.

Librodot

–¿Y cuándo podrá ella venir aquí? –preguntó con humildad.

–Eso lo decidiremos cuando hayamos conversado con ella. Mientras tanto, sugiero que elimines esas ratas.

–Ratoncillos de campo –dijo Bunny–. ¿Y harás lo que te he pedido sobre quedarte a recorrer la casa conmigo, no?

–No puedo quedarme más de media hora.

Volvimos, caminando por la playa, y encontramos a los niños excitadísimos porque Robin había descubierto un pez-globo de buen tamaño. El pobre animal estaba tendido en la arena, inflándose y achatándose otra vez cuando Coqui y Juanita lo tocaban con un palito. Silvia, que parecía asustada, permanecía a prudente distancia, y Timmy y Simón brincaban por el lugar dando gritos de guerra.

–Una de dos –dije a Robin–, mátalo o devuélvelo al mar. No puedo soportar verlo de ese modo.

–No tiene sensibilidad – replicó –. Todos esos resoplidos son puramente musculares.

–Musculares o no, es evidente que se siente muy desdichado –dije–. ¡Por amor de Dios, haz algo con él!

–Mamita, si lo lleváramos a casa, podríamos tenerlo en una pecera – dijo Simón.

–No tenemos pecera, y no lo llevarás a casa –me volví a Robin–. Por favor, querido, haz lo que te pido; los chicos se han entretenido ya; termina de una vez la agonía de este animal.

Robin se internó en el mar, depositó el pez y volvió con Simón y Timmy. Bunny cargó con la cesta del almuerzo, las tres niñas recogieron las toallas y subimos los escalones que llevan a la casa.

Para ser justa con Bunny, debo reconocer que ésta – aunque desde el punto de vista arquitectónico deje mucho que desear – es ideal para la clase de vida que a él le gusta llevar cuando vive aquí. En primer lugar, está la playa: un semicírculo perfecto de arena coralina, completamente aislada, y cerrada a ambos lados por pequeños promontorios. La casa está edificada sobre un altozano, a unos quince metros sobre el nivel del mar, y por tres lados la rodean bosquecillos de casuarinas y almendros silvestres. Los almendros silvestres tienen copas chatas, como sombrillas, y cuando más se

los poda, más se extienden a ambos costados, de manera que hay abundante sombra.

Bunny *se* había tomado bastante trabajo para lograr que pasáramos a gusto ese día junto al mar. Cuando subimos la escalinata de peldaños de cemento y los adultos tomamos una ducha para quitarnos la arena y la sal, salimos de la casa para encontrar la mesa del té puesta bajo los árboles. Cinthia, su ama de llaves, una mujer de color café, desaliñada y cuarentona, cuyo cabello estaba siempre cayéndole por los hombros, había realizado prodigios de esfuerzo. Había dos tortas grandes, recubiertas de *fondant,* pilas de gruesos emparedados de tomate y pepino; hasta había una fuente con tapa que contenía tostadas calientes enmantecadas, pero esto último resultó un fracaso porque las tostadas estaban tibias y sospecho que habían sido hechas por la mañana. Sin embargo, cuando hubimos reunido a los niños que andaban dispersos por el jardín, se precipitaron sobre los víveres como una nube de langostas y devoraron por lo menos las tres cuartas partes.

Bob y Molly llegaron con Mickey, que todavía lloriqueaba a intervalos, pero lucía un vendaje profesional, y todos lo festejamos mucho porque al parecer se había mostrado muy valiente y había soportado la cauterización de su herida – hecha por el doctor Bowman – con varonil heroísmo. Nadie quedó muy convencido de esto, porque el chiquillo no había mostrado mayores señales de heroísmo durante el accidente, ni después de él; pero aceptamos el relato sin comentario y lo atiborramos de torta, de chocolate.

Le expliqué a Robin que había prometido quedarme media hora más con Bunny para darle algunos consejos acerca de la casa, ante lo cual se contentó con mirar inocentemente al horizonte y canturrear en voz baja "Un nidito de amor, cómodo y tibio", hasta que lo hice callar con un vigoroso puntapié en la canilla.

Por fin todos se amontonaron en nuestra camioneta rural. Los chicos de Frobisher, naturalmente, vociferaron porque no hubiera sido propio de ellos subir a un automóvil o bajar de él sin vociferar, pero habían comido en tal forma que el ruido resultó menos estridente, y desaparecieron en el camino – surcado de profundas huellas – en medio de una nube de polvo.

Librodot

–Ha sido realmente amabilísimo, Bunny – dije cuando entramos otra vez en la casa –¡Te has tomado tanto trabajo y nos has proporcionado un día tan hermoso! Espero que no te hayas aburrido demasiado.

–De ningún modo. La verdad es que me gustan mucho los niños.

–Gustarle a uno los niños es una cosa – dije –, pero gustarte los niños de Frobisher demuestra que tienes una capacidad de compasión y santa paciencia que nunca hubiera sospechado en ti, te lo digo con franqueza.

–La verdad es que son unos chiquilines muy ruidosos, pero al fin y al cabo, ¡mira a los padres! Cualquier criatura educada en incesante contacto con el humorismo de Bob y los rebuznos de Molly se vería obligada a gritar a voz en cuello en mera defensa propia.

–Tal vez sea un buen entrenamiento para ellos. Cada día, el mundo se vuelve más ruidoso. Ya ni se puede encargar los artículos de almacén en la tienda de la señora Ching-Loo sin quedar ensordecido por esa radio chillona,

–Eso es totalmente premeditado – dijo Bunny –. La señora Ching-Loo es una individua muy astuta. Cuanto más estrépito hay, más mareado queda uno, y en medio de ese estado demencial, encarga toneladas de productos que no le hacen la menor falta. En el fondo, es la misma técnica de las concentraciones multitudinarias de esos predicadores que llaman en Estados Unidos *revivalists:* el impacto de un ruido cada vez mayor sobre sistemas nerviosos vulnerables. Si uno es sometido a suficiente volumen de estruendo concentrado, a la larga ve la Luz, o compra veinte latas de sopa de hongos "Campbell" en lugar de dos.

Entramos en la casa y Bunny me instaló en una silla con un ejemplar de la revista *Life,* mientras él mezclaba un *martini.* Cinthia entró con un baldecito amarillo de material plástico, lleno de hielo, y salió otra vez. Yo me eché a reír.

–¿Qué pasa? –preguntó Bunny por encima de su hombro.

–Me estaba preguntando qué pensará Eloísa de Cinthia – dije –. Probablemente, a estas horas ya se ha habituado a compactas hileras de lacayos. El simpático abandono de Cinthia puede chocarle un poco.

–Cinthia es un tesoro – replicó Bunny –. Reconozco que su aspecto la perjudica y que su cocina es letal, pero me cuida como una madre y dirige la casa maravillosamente.

–Bunny –dije con firmeza–, es posible que Cinthia sea un tesoro y te cuide como una madre, pero te aseguro formalmente que no dirige la casa maravillosamente. La verdad es que ni se ocupa de ella. ¿Me imagino que Eloísa no vendrá con su doncella? –Claro está que no.

–¿Has pensado que tal vez necesite que le laven y planchen algunas prendas? Cinthia no es capaz de planchar ni un pañuelo de mano.

–Eloísa está muy dispuesta a llevar una vida primitiva – me alcanzó un vaso y lo llenó de *martini* –. Ya le advertí que la existencia, en estas regiones, no era refinada. ¿Para qué pedir que le laven y planchen prendas? Se pasará casi todo el tiempo en traje de baño.

–Es posible que, de tanto en tanto, le guste ponerse un vestido planchado cuando se saque el traje de baño. –¿Qué sugieres tú?

–Que tomes otra persona, auque solo sea por horas; una especie de doncella personal.

–Como te parezca –dijo mansamente Bunny–. Creo que es una sarta de tonterías, y que subestimas a Eloísa si la tienes por una muñeca mimada y nada más; pero prometí hacer todo cuanto dijeras y trataré de cumplir mi palabra. ¿Cómo conseguir una doncella?

–Yo te la buscaré. Hablaré con Clementine. Creo que tiene una hermana que podría servir para el caso. –Eres una delicia.

–Ni una palabra más. Recorramos ahora la casa. Vimos toda la casa. La cama del dormitorio de huéspedes estaba todavía dura como una piedra, la mesa de luz cojeaba aún y el postigo se encontraba en el mismo estado en que lo hallé seis meses antes, cuando ocupé la casa. El dormitorio de Bunny estaba un poquito mejor, pero era de una desnudez ascética, además de lo cual, las paredes mostraban una serie de grabados en colores, tan valiosos como repugnantes, sobre aspectos de la vida de los insectos y reptiles. Había allí serpientes enroscadas, tarántulas de aspecto maléfico, y un cuadro aterrador que representaba la lucha a muerte de un escorpión negro con una araña. –Estos –dije– deben ser escondidos inmediatamente en alguna alacena.

–Son fascinadores, y a su modo, hermosísimos. –Pues te adelanto desde ahora que su modo de belleza no será apreciado por Eloísa más de lo que lo aprecio yo. Son perfectamente repugnantes. Prométeme que los sacarás.

–Como queráis, señora. Pero tengo que poner algo en las paredes. ¡Esto va a parecer un hospital!

–Mejor que parezca un hospital, y no la jaula de los reptiles. Te buscaré unos ramos de flores o algo así.

Recorrimos la casa minuciosamente, e hice todas las advertencias que se me ocurrieron; pero mientras las hacía, no dejaba de reconocer en mi fuero interno que yo – con mi probada falta de competencia como dueña de casa– era la última persona del mundo a quien Bunny debió haber recurrido en procura de consejo. Me imaginaba claramente las regocijadas burlas de Robin, si hubiese estado presente, al oírme dictar normas con aplomo y autoridad. Tras mi apariencia de ama de casa autoritaria, tras mi fingida superioridad de matrona sobre el pobre Bunny, mi conciencia me echaba en cara las argollas rotas de la ducha de Robin, la lámpara insegura de la galería, el eterno chirrido de la mecedora e infinitas imperfecciones más, todas ellas humillantes. Era dolorosamente evidente para mí que cualquier otra mujer casada de la isla hubiera estado en mejores condiciones para dar a Bunny la ayuda que necesitaba. Lucy Chalmers, por ejemplo, hubiese sabido en medio segundo cómo disponer los muebles del salón de estar, en tanto que yo no hacía sino mirarlos cariacontecida y admirar – con ruin deseo de mostrarme agradable – las fundas nuevas que, a decir verdad, eran horrorosas. Al menos, me quedaba el consuelo de pensar que, en comparación con este cuartel desnudo y super-masculino, mi propia casa, con todos sus defectos, era un palacio de lujo sibarítico.

Es un hecho curioso que los hombres del tipo de Bunny, que dedican su vida a fascinar mujeres de toda especie y categoría, o a dejarse fascinar por ellas, tengan tan poco sentido de esos menudos atractivos de la vida que se han vuelto esenciales para toda mujer de gusto. En la época actual, tan llena de males en potencia; edad decadente, según se dice, hay mayor número de pequeñas ventajas materiales al alcance del sexo femenino de las que ha habido jamás. Entre ellas, para mencionar tan solo dos, están las toallitas de papel de seda y el papel higiénico suave. No es menester que diga que en ninguno de los dos baños de Bunny existían tales refinamientos. Había, por supuesto, papel higiénico: grandes rollos macizos, de una calidad y tesitura que solo podía resultar útil para limarse las uñas. Las toallas de mano eran

recias e inflexibles, y los toallones de baño tan míseros de tamaño y tela que ningún ser humano – varón o mujer –hubiera podido secarse con ellos en menos de un cuarto de hora. Luego, estaba el problema del jabón. Hasta en los más remotos rincones de las vastas colonias de la Comunidad Británica de Naciones es posible conseguir jabón fino. ¿Por qué entonces Bunny, el fascinador, el mimado, el gran enamorado, suministraba a sus amadas enormes trozos durísimos de algo que parecía queso de Cheddar? Cuando lo interrogué pacientemente sobre el asunto, se contentó con lanzar una risita y encogerse de hombros diciendo que él, personalmente, no estaba de acuerdo con los jabones muy perfumados por dos razones:

A) porque destruían los olores naturales del cuerpo, y B) porque le hacían estornudar. Y cuando le repliqué que yo prefería la alergia y el c*roup* a los olores naturales del cuerpo, dijo que era una tonta llena de puntos y comas, y que la maldición de nuestra época era el exceso de civilización.

Bebimos los restos del *martini y* salimos un instante a contemplar el reflejo del crepúsculo. La casa de Bunny mira al Este, y aunque tiene el placer de ver salir el sol sobre el océano mientras toma su desayuno, no puede en cambio ver su puesta, porque se lo impiden los montes Lailanu. Permanecimos un rato silenciosos, viendo cómo el mar pasaba de un azul profundo a un tono de lavanda, y luego a un gris apacible. En el horizonte se veía una línea de nubéculas obscuras que parecían cabecitas de perros *caniche* contra el cielo color verde manzana. Bunny me señaló todo con un ademán principesco.

–¿Quién podría preocuparse de jabones finos y papel higiénico, cuando puede contemplar todo esto? –preguntó.

–Yo – contesté –, si tuviese urgente necesidad de cualquiera de esas cosas.

–Las mujeres son un ganado rarísimo. Se la pasan lamentándose, y declamando sobre el romance y la belleza, y cuando se lo extienden por delante como un magnífico tapiz de Oriente, no piensan sino en el papel higiénico.

–Eso es injusto, retórico y completamente inconsecuente – dije, de mal talante –. En primer lugar, yo no soy muy dada a lamentos y declamaciones sobre el romance y la belleza, y en segundo término, no estaba pensando en papel higiénico. Fuiste tú quien lo mencionó. Y en tercer lugar, no cae bien –

en tu actual y equívoca situación – que hables de las mujeres llamándolas "ganado".

–No era sino un giro de lenguaje – dijo Bunny –. A decir verdad, me gustan mucho los animales.

–Si eso fuera cierto, y te hubieras contentado con invitar a una plácida y rumiadora ternera a visitarte, todos nos habríamos ahorrado muchas molestias.

–*Touché* – dijo Bunny, y pasando su brazo afectuosamente por el mío, me condujo al automóvil.

CAPÍTULO X

La mañana señalada para la partida de los Frobisher me desperté más temprano que de costumbre y me quedé mirando, soñolienta y feliz, el cielo raso sobre el cual el sol –filtrándose a través de las persianas– dibujaba estrías simétricas como las líneas de un pentagrama. Sentí una ligereza interior, un resurgimiento del ánimo. Durante unos días al menos, hasta que llegase Eloísa, la casa sería nuestra. Y no es que me disguste recibir huéspedes; por el contrario, me agrada muchísimo, al menos en un principio. Me encanta la llegada, mostrar la casa y el jardín, el intercambio de chismes y relatos, la íntima y entusiasta sensación de amistad. Pero este tipo de placer rara vez dura más de un día o dos. La novedad de tener invitados en la casa, la diversión de proyectar cómo distraerlos, comienza a amortiguarse y se insinúa un débil, pero inconfundible aburrimiento; no tardarán en surgir las pequeñas irritaciones y resentimientos odiosos. Los huéspedes – quienesquiera que sean – parecen omnipresentes y resulta imposible sacárselos de encima. Allí están, diseminados por el salón, o en la galería, cuando queremos hablar con la cocinera acerca de las comidas, o con el jardinero, sobre las verduras. Allí están, alegres, locuaces y prontos para cualquier diversión, en el preciso instante en que desearíamos sentarnos tranquilas ante el escritorio y estudiar el catálogo del almacenero para redactar una lista de las compras que Nanny deberá hacer en la ciudad. Y luego ¡Dios eterno! viene el ir de compras, pasarse horas de pie, en la tienda de objetos autóctonos, mientras ellos discuten sobre mantelitos individuales de rafia,

Librodot

bufandas nativas de colores, ceniceros y otras adecuadas novedades, susceptibles de ser metidas en una maleta y llevadas como regalo a los seres queridos. Estas expediciones son la peor de las pruebas, porque una empieza, invariablemente, muy esperanzada y con cierta complacencia y orgullo por haberlos llevado a la tienda más indicada, donde encontrarán precisamente lo que desean; luego, a medida que el orgullo y las esperanzas empiezan a marchitarse, comienza una a maldecir su propia estupidez por no haberles prestado el automóvil y dejado que hicieran las compras a su antojo. Y allí estamos, de pie, manoseando tontamente los objetos dispersos sobre el mostrador, y deseando con creciente exasperación, que se apresuren, que acaben de una vez, compren lo que querían y salgan.

Todo esto lo soporté – era inevitable – con los Frobisher; pero con la añadidura de que se empeñaron en llevar también a los niños. Una mañana en especial quedó vividamente impresa en mi memoria, pues señalaba el nadir de la visita de los Frobisher. Fue un ininterrumpido *crescendo* de horror desde el instante en que nos alejamos de casa en el coche hasta el último y espantoso incidente, cuando, cargados de envoltorios, sofocados y exhaustos, nos sentamos a tomar unos helados en la nueva terraza de las tiendas Rodríguez, y Silvia trató de acariciar al perrito de Blanca Worthing, que estaba atado a la pata de una mesa próxima. Si hubiera visto a tiempo lo que acontecía, habría evitado la catástrofe, porque es bien sabido que los dos *terriers* de Blanca son sumamente neuróticos y sufren de toda clase de complejos caninos. Por desgracia, Bob acababa de iniciar una de sus anécdotas, y yo lo estaba contemplando fijamente, como un conejo a un pitón. Se oyó un repentino gruñido, un chillido agudo, y luego solo hubo pandemónium. En realidad, la mordedura era tan diminuta y superficial que apenas podíamos distinguirla, pero los Frobisher en masa armaron tal escándalo que cualquiera habría pensado que la mano de la nena había sido seccionada desde la muñeca. Nos levantamos y con paquetes y todo nos abrimos paso a través de la creciente multitud y fuimos hasta el hospital, donde el simpático doctor Aluna se hizo cargo de Bob, Molly y Silvia – que lloraba a grito herido – mientras Mickey, Timmy y yo aguardábamos en la sala de espera de pacientes externos. Según dijo el doctor, por ser poco más que un rasguño, no era preciso inyectar suero antitetánico, de modo que lo

Librodot

desinfectó, lo vendó y asunto terminado. La pobre Blanca, naturalmente, telefoneaba a cada momento para saber si la niña seguía bien, y mandó una enorme caja de bombones que apaciguó un tanto a los Frobisher, quienes habían estado mascullando amenazas sobre demandas judiciales y gentes que tenían perros furibundos que constituían un peligro para la comunidad.

Ahora ¡por fin! se irían, volarían de regreso a su inmensa casona de campo, en la plantación de Nooneo, donde todos podrían vociferar a gusto.

Robin roncaba en la cama vecina; un ronquidito suave, rítmico, tranquilo. Lo miré, en la penumbra. Estaba tendido de espaldas, con una rodilla levantada bajo la sábana, y la chaqueta del pijama entreabierta. Noté afligida que le faltaban dos botones. Ambos habíamos resuelto, años atrás, que el dormir en la misma cama, aunque tenía su lado bueno, era incómodo y antihigiénico. Está muy bien al principio, cuando el aspecto "amoroso" del matrimonio todavía crece y se desarrolla, cuando la promesa del éxtasis carnal está siempre presente y un leve movimiento no premeditado, un simple gesto, puede encender la chispa repentina que se hace llamarada que abrasa el mundo y nos deja aturdidos y hechizados en la más íntima de todas las serenidades. Pero más adelante, cuando la costumbre y la familiaridad atenúan un poco esa magia y se ajustan y equilibran los valores, durante esos años peligrosos en que no hay más remedio que reconocer que el amor ya no es lo que fue antes y aún no es lo que debería ser, ése es el momento de separarse un poco y dar al corazón tiempo para aceptar y comprender los inevitables reajustes. Sin duda, la pasión carnal es la broma más sutil y maligna que la naturaleza hace a la especie humana, porque al fin y al cabo, solo el género humano es su víctima. Mejor dicho: solo el género humano, con su pasión por complicarlo todo, la ha revestido de tal significado, de tanta ilusión, éxtasis y desesperaciones. Los otros mundos que nos rodean: el mundo animal, el de los insectos, el de los peces y las aves, no conocen los complicados engaños que deliberadamente hemos puesto en torno de nuestros instintos básicos. Ningún ciervo macho ha muerto de amor. Ninguna gatita enamorada ha languidecido porque el gato persa del vecino buscó satisfacción en otra parte; y aunque todos hemos oído la espúrea hipótesis del mono y la máquina de escribir, ningún antropoide – por muchos dones que tuviera– ha logrado hasta el presente

escribir un soneto amoroso. Somos solo nosotros, los humanos, quienes nos empeñamos en entretejer lo físico y lo espiritual, y aunque esta insistencia ha inspirado – es innegable – prodigios de literatura, de música y de arte en general desde que empezamos a raspar con aquellos sílex las paredes de nuestras arcaicas cavernas, también ha producido destrozos en nuestros pobres nervios.

Qué suerte, pensé reclinándome sobre un codo y contemplando la dormida humanidad de mi esposo y padre de mis hijos, qué suerte que ninguno de los dos sea de temperamento desigual, ni torturado por insaciables apetitos sexuales, ni dado a deseos terribles e indignos de nosotros. Yo sabía, naturalmente, que esto era exacto en cuanto a mí respecta; pero también sabía sin ningún género de duda y más allá de toda ilusión, que también era exacto en el caso de Robin. Imposible saber si siempre seguiría siéndolo; en algún momento predestinado de un futuro de desdichas, su cuerpo podría alejarse de mí y buscar a otra, pero no puedo ni quiero creer que su corazón pueda dejarme. Como si mi amor por él, todavía ardoroso, pero un tanto complaciente, hubiese punzado repentinamente su sueño, puso fin a los ronquidos con un gruñido violento y se despertó. Se volvió, para acomodarse mejor sobre la almohada, y me sorprendió mirándolo.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó en una voz aún velada de sueño.

–Nada; te estaba mirando solamente.

–Bien, no lo hagas, porque a nada te conducirá, y como estoy muy ocupado en este momento, me distrae.

–¿En qué estás ocupado?

–Estaba en mitad de la tarea de sacar a Mickey Frobisher del vientre de un tiburón, y me interrumpiste.

– Yo no hice el menor ruido.

–Me estabas mirando, y tu fluido me despertó. Mira el techo, o la fotografía de tu madre, o algo, y déjame volver a terminar la tarea.

–Mejor será que lo dejes a Mickey dentro del tiburón. Es hora ya de despertar.

–Todavía no ha entrado a nado Eulalie con el té.

–Pues entrará de un momento a otro – me levanté –. Es una mañana espléndida, y voy a abrir las persianas – hice un movimiento hacia la

Librodot

ventana, pero él me aferró del tobillo, me hizo caer sobre su cama y plantó un sonoro beso, nada romántico por cierto, en mi cuello.

–¿Sabes lo que haría si fuera el héroe de una novela norteamericana? –dijo, aferrándome siempre con fuerza–. Lanzaría un grito ronco, estrangulado, y cubriría con mis fuertes manos musculosas tus senos puntiagudos, de azules venas.

–En tal caso, me alegro de que no lo seas – repliqué, tratando infructuosamente de zafarme de su abrazo –. En primer lugar, ya no son tan puntiagudos como solían serlo antes, y en segundo término, preferiría que Eulalie no nos sorprendiera, al entrar, retorciéndonos como luchadores japoneses. ¡Vamos, suéltame!

–Ningún hombre realmente varonil, ningún norteamericano que se respete, soñaría siquiera en iniciar un nuevo día sin el ejercicio antedicho – Robin me estrechó aún más y en aquel momento, como tenía que suceder, entró Eulalie con la bandeja. Robin sonrió entre dientes y me soltó; yo, con la mayor compostura y dignidad que pude, volví a meterme en mi cama.

Eulalie, con estudiada indiferencia, colocó la bandeja sobre la mesa de luz, se acercó a las ventanas y abrió las celosías, inundando la habitación de brillante sol. Luego, mirando a Robin de soslayo, salió con suma lentitud y cerró la puerta tras sí de un modo que me pareció significativo.

–Un segundo más – dijo Robin – y se hubiera llevado la emoción de su vida.

–Me parece que en esto no la estimas en lo que vale –dije–. Para emocionar a Eulalie haría falta algo más que el espectáculo de una pareja de edad madura, que retoza en la cama.

–Madura serás tú – dijo Robin, bostezando, y después de revolver con los pies en busca de sus zapatillas, fue al baño y comenzó su habitual ataque matutino contra su dentadura. Yo serví el té distraída, pensando por qué será que los hombres hacen tanto más ruido que las mujeres al efectuar sus abluciones.

El desayuno comunitario tuvo lugar en la galería, con los Probisher, nuestros niños, los suyos, y Nanny, y fue tan espantoso como de costumbre. Los Frobisher vociferaban, los chicos reñían, los perros ladraban, Nanny cloqueaba como una gallina en señal de desaprobación; pero yo permanecí

serena e impasible ante aquel tumulto porque todo mi ser se expandía con el dichosísimo y reconfortante pensamiento de que era la última vez. Dentro de unos minutos, mis chicos estarían viajando rumbo a la escuela, y antes de dos horas, los Frobisher volarían en dirección a su hogar, muy alto, por encima del mar resplandeciente.

Como yo tenía que asistir a la reunión de la Sociedad Samolana de Actores Aficionados a las once, Robin, con angelical condescendencia, había prometido llevar a los Frobisher al aeropuerto. El instante de la partida se retrasó porque Timmy comenzó a quejarse súbitamente de fuertes dolores de estómago, y Molly lo llevó a las volandas hasta el baño, mientras los demás conversábamos en el camino. Por fin, cuando me hubo dado tiempo suficiente para torturarme con visiones de lo que pasaría si perdiesen el avión, que solo hace dos viajes por semana, reaparecieron. Vociferamos otra vez los últimos adioses, Bob rugió un par de chistes finales, y por fin se fueron. Yo me dirigí lentamente a la galería posterior y me extendí en la reposera, encendí un cigarrillo y dejé que me envolviese la bienaventurada, la apacible soledad de la casa vacía. "Westinghouse" llegó del jardín y se sentó, para lavarse, en un círculo de sol. Reinaba silencio absoluto, salvo por el rumor de los cocoteros, que parece un lejano batir de palmas, y a lo lejos se oía, de tarde en tarde, la apaciguada bocina de un automóvil que pasaba por la ruta de Nairouchi. Los bambúes del otro lado de ¡a quebrada agitaban su follaje verde pálido, ligero como pluma, con lánguido movimiento bajo la brisa mañanera, como si ellos también agitaran las manos con alivio despidiéndose de los Frobisher.

La reunión de la S.S. de A.A. se realizó en el cuarto posterior del Instituto de Artes. Llegué con unos minutos de retraso, después de tropezar con la habitual dificultad para encontrar dónde estacionar el automóvil. Todos estaban de pie, charlando, y la larga mesa tenía un aire muy importante con sus anotadores, lápices y ceniceros individuales. Saludé a Buda, a Dusty y a Cucú Honey, que llevaba puesto un sombrerito diminuto con un asa en el centro, como la tapa de un jarro de conserva de jengibre. Alma Peacock, imponente con su amplio vestido estampado, con un cegador dibujo de ananás blancos sobre fondo rosa, ocupó la cabecera, y los demás nos sentamos en torno de la mesa. Alma es una personalidad en muchos

Librodot

aspectos admirable. Es bondadosa, decidida, entusiasta e industriosa. Bajo su activa dirección, la S.S. de A.A., que ella hizo surgir de la nada hace ya muchos años, ha logrado presentar algunas obras meritorias, si bien, en ciertos casos, excesivamente ambiciosas. No obstante, hay en su personalidad un incongruo elemento de ingenuidad de colegiala, algo que me da ganas de reír cada vez que la veo. Por otra parte, Ivy Poland, que tiene una escuela dé danzas en la Calle de la Reina y ha conquistado fama local con sus "Danzarinas de Ivy Poland" – sin cuyas modernas actitudes no habría pantomima completa en el año – no conserva esa simpática aureola de añejas representaciones teatrales escolares. Es profesional hasta la médula, aguda como ella sola y tiene fama de dejarse arrebatar por arranques de cólera frenética cuando la irritan. Su boca es un poco caída a los costados y no resulta difícil imaginarla golpeando con su bastón las canillas de las Danzarinas de I.P. cuando no ejecutan debidamente sus *jetees* y *coupées.* Pero en cambio, cuesta imaginarla, viéndola ahora: una mujercita canosa, de cuarenta años largos, en su lejano apogeo como bailarina, flotando graciosamente en el Patio de las Palmeras del Grand Hotel de Folkestone, del brazo de algún ágil compañero de frac; y es aún más difícil evocarla en días todavía más remotos, correteando por el bosque encantado de *Donde acaba el arco-iris,* vestida de fuego fatuo. Sin embargo aquél – según nos ha dado a entender – era su verdadero ambiente, y mal nos cuadraría, en nuestro distante aislamiento colonial, ponerlo en duda. No hace falta añadir que entre ella y Alma hay una hostilidad convenientemente velada y que sólo en muy contadas ocasiones ha logrado manifestarse en forma de guerra declarada. El resto de la Comisión, fuera de Buda, Dusty, Cuc y yo, lo forman Pedro Glades y Esmond Templar – que desembarcaron en la isla, tomados de la mano, en 1949 e instalaron una tienda de antigüedades –, Miguel Tremlett, Brinsley Martin y Keela Alioa. Brinsley Martin es nuestro principal actor de carácter y se distingue principalmente por su pericia para el maquillaje difícil. Rara vez ha aparecido en cualquier producción, de peluca, con arrugas, rellenos o cabellera artificial sin que lo salude al salir a escena una espontánea ovación. Sin embargo, una o dos veces su pasión por las caracterizaciones visuales ha sido ocasión de catástrofes, como aquella célebre noche en que estaba haciendo el papel de Gran Inquisidor, y Leticia

Librodot

Togstone de Santa Juana, cuando se le cayó la nariz íntegra y fue a dar, con suave rumor, en las manos extendidas de la muchacha. Miguel Tremlett, si bien carece de habilidades histriónicas destacadas, es un eficaz director de escena; Pedro Glades y Esmond Templar, como supervisores artísticos, actúan con entusiasmo, aunque en ocasiones se muestren un tanto petulantes, y Keela Alioa, nuestro primerísimo actor, forma parte de la Comisión con carácter honorario, como representante de los intereses samolanos. Tiene unos veinticinco años, es extraordinariamente bien parecido y su actuación en "Hamlet", con indumentaria moderna, fue el comentario de toda la isla. El elenco fue íntegramente samolano, y como su idea del atuendo moderno consiste principalmente en "sarongs" de colores vivos, el efecto visual resultó encantador.

Cuando todos nos hubimos sentado y se acalló el murmullo de las conversaciones y el ruido de las sillas, Alma golpeó la mesa con un martillito y dio comienzo a un largo discurso o pieza oratoria, rebosante de fervor realista y sembrado de frases sonoras tales como "la lealtad a la Corona", "nuestros Imperiales huéspedes" y "hacer flamear la bandera", etc. Cuando terminó y tomó asiento, en medio de algunos gruñidos de aprobación y "bravos" a media voz, todos comenzaron a hablar a un tiempo, y tuvo que golpear otra vez la mesa para imponer silencio.

Hay en las reuniones de Comisiones de aficionados, por muy bien intencionadas que sean, algo que me produce sensación de claustrofobia. Me siento aprisionada, perdida y completamente incapaz de concentrarme o tener pensamiento constructivo alguno, y ésta no fue una excepción a la regla. Duró dos horas enteras, durante las cuales dibujé caras horrendas en el papel que tenía delante y traté de apartar a viva fuerza mi pensamiento de Eloísa y Bunny, y de la idea de si los Frobisher habrían podido partir sin inconveniente. Por entre los barrotes de la celosía se filtraba un sol cálido, y afuera, en la calle, era tal el estrépito de los cambios de velocidades, los bocinazos y los ladridos, que había momentos en que resultaba difícil enterarse de lo que se decía, y todos – como de costumbre– estaban diciendo muchas cosas. Por fin se resolvió, después de oír y rechazar multitud de ideas irrealizables, que una representación teatral corriente, en el teatro local, sería inapropiada, y que era menester organizar algo en escala mucho

Librodot

más ambiciosa. En este instante, Cucú Honey se puso en pie de un salto y pronunció un entusiasta panegírico de cierta exhibición militar que había visto en Darjeeling, cuando era muy pequeña:... "Fue realmente magnífico –dijo, y hasta la nariz se le puso sonrosada de emoción ante aquel recuerdo–. La caballería cargó a través de un desfiladero que había entre las colinas, y toda la gente que había estado sitiada en un fuerte durante largas semanas empezó a vitorear y a llorar; luego la fortaleza entera fue presa de las llamas y todos cantaron *Quédate conmigo.*

–¡Qué momento más curioso eligieron! –dijo Buda en un murmullo claramente discernible, pero Cucú no le hizo caso y siguió:

–Lo que quiero decir es que causó enorme impresión a los nativos y creo de veras que deberíamos de hacer algo en ese estilo. Al fin y al cabo, "somos" una colonia británica, y tenemos el regimiento de los *Royal Shropshires.*

–También tenemos varios desfiladeros en las colinas – dijo Dusty –, pero así y todo, no creo que una exhibición militar sea lo más adecuado.

–Hablando como el único "nativo" aquí presente – dijo Keela con tono agridulce– no puedo esperar que mis hermanos samolanos, en el momento actual, hayan de sentirse muy impresionados por cargas repentinas y llamas, con gran despliegue de belicosidad británica. Les extrañaría, y cuando los samolanos se sienten extrañados, ríen.

–No era sino una idea – Cucú tomó asiento, fastidiada.

–¿Qué les parece un soberbio desfile medieval? –sugirió Esmond Templar–. ¿Caballeros de la Tabla Redonda, todos de armadura, las damas con tocados puntiagudos, y demás?

–Me parece que los samolanos, de puro extrañados, enfermarían de risa – dijo Dusty.

Alma se puso de pie, autoritaria.

–Nuestro principal objetivo – dijo con severidad – no sólo es entretener y divertir a los habitantes de la isla, sino dar placer a nuestros reales visitantes.

–¡Bravo, bravo! – susurró Pedro Glades, y soltó una risita. Alma le lanzó una mirada de desaprobación y prosiguió:

–Como ustedes saben, he pensado largamente sobre esto y comprendo que tenemos muy poco tiempo, pero estoy convencida de que lo que realmente

deberíamos hacer es ofrecer a Su Majestad algo que en ninguna otra parte pueda ver, algo autóctono de la isla y enteramente samolano. Ivy está completamente de acuerdo conmigo en este punto – sonrió a Ivy Poland, quien hizo una grave inclinación de cabeza –. Lo debatimos ayer, después del *cocktail-party* de los Bleeker, y como la idea fue inicialmente suya, me complazco ahora en pedirle que la exponga a esta Comisión.

Alma se sentó y hubo una breve pausa mientras Ivy se sonaba delicadamente la nariz y se ponía en pie.

–Se trata de esto –dijo modestamente–. Un desfile acuático de asunto histórico – se detuvo durante un tiempo que, por desgracia, fue justamente el que necesitó Buda para murmurar "¡Santo Dios!", y luego continuó:

–Se no» ocurrió relatar la historia de la isla, principiando con la leyenda de FumFumBolo, en la cual mis niñas podrían bailar vestidas como divinidades de las aguas. Luego, el desembarco del Capitán Cobb y los misioneros, y así hasta el momento actual. También pensamos – y sonrió a Cucú, como para darle ánimos– en obtener la ayuda de los *Royal Shropshires,* y he telefoneado ya al Coronel Shelton advirtiéndole que tal vez recurramos a él para que colabore con nosotros. Es un magnífico regimiento, y estarían muy bien haciendo de piratas en las escenas iniciales...

–¿Y dónde diantres piensa usted hacer todo eso? – interrumpió Buda.

–En la rada de Cobb –replicó triunfante Ivy–. Sería un marco ideal. Ya lo hemos proyectado todo. Podríamos hacer construir graderías en torno de la playa semicircular, y los dos promontorios serían estupendos, a manera de bambalinas, para las entradas y salidas. La Compañía Eléctrica Samolana y los *Royal Shropshires* podrían, en colaboración, disponer los reflectores. Nos proponemos también pedirle a Kerry Stirling que escriba el libreto – probablemente en verso blanco – y persuadir al simpático Inky Blumenthal de que componga la música, basada en melodías folklóricas samolanas tradicionales, ya saben ustedes que en este tipo de cosas es extraordinario, y pensamos que –a manera de broche de oro– el coro de la iglesia, que será preciso utilizar de cualquier manera, aparezca por mar, sobre una barcaza, cantando, mientras los soldados, que ya habrán vuelto a ponerse sus uniformes, marchan por el sendero que pasa por detrás de la casita de los Turling y, reunidos en la playa, hacen una especie de jura de la bandera.

Librodot

Se detuvo, sonriendo esperanzada, y luego tomó asiento en forma algo abrupta. Hubo un minuto o dos de silencio, roto por Esmond Templar, quien aplaudió y exclamó con entusiasmo que la idea era estupenda.

–No es jura de la bandera – dijo Buda –. Es "jurar la bandera".

–Me acuerdo que me llevaron a verla por primera vez cuando era una niñita –dijo Cucú–. Papá tenía seis meses de licencia y nos alojábamos en el hotel Hyde Park. ¡Lloré tanto!

–¡Vamos, vamos! –dijo Alma con firmeza–. ¡A lo nuestro!

A partir de ese instante, todos empezaron a hablar a un tiempo, y el ruido fue ensordecedor.

Una hora más tarde, aproximadamente, estaba yo sentada en la galería trasera, bebiendo una ginebra con agua tónica, y sintiéndome como si me hubiera arrollado un vehículo, cuando apareció Robin, muy alborozado.

–Dios está en el cielo –dijo– y los Frobisher en el aire, todo va bien en este mundo – golpeó las manos y llamó a gritos a Tahalí–. ¿Cómo estuvo la reunión?

–Ruidosa, pero en general logró éxito, a mi parecer. Se ha decidido ofrecer a la Reina y al Príncipe Felipe un desfile acuático.

–Muy adecuado para la estación de las lluvias. ¿Dónde tendrá lugar?

–En la rada de Cobb.

–¡Mejor que mejor! En esa época del año, es cosa sabida que los mosquitos de la rada de Cobb son más grandes y virulentos que en cualquier otro punto de la isla. Mejor será que dispongáis que todo el mundo lleve velos espesos, y que se sirva quinina en los entreactos. También– continuó, apasionándose con el tema – es casi seguro que soplará viento sudoeste, y en tal caso el mar estará bastante picado.

–¡Tonterías! El mar no está nunca picado en la rada de Cobb, que está protegida por todas partes.

–Todo depende de la dirección en que sople el viento. Me he bañado allí entre olas como montañas.

En aquel instante apareció Tahalí, y Robin le pidió una ginebra rosada. Cuando terminábamos de almorzar, llamó Sandra.

–¿Qué son todas estas estupideces sobre un desfile acuático? –preguntó de mal talante.

–No tengo nada que ver con eso. No hice más que estar sentada allí. Alma e Ivy maquinaron todo entre las dos.

–¡Es una locura! ¿Cómo van a hacerlo y quién va a representar qué papeles?

–Todavía no se ha resuelto nada en firme, solo fue un debate preliminar. Todo cuanto sé es que el coro de la iglesia vendrá desde atrás del promontorio en una barcaza, y que los soldados del regimiento harán de piratas y jurarán la bandera en la playa.

–No pueden jurar la bandera de la calavera y las tibias delante de la Reina; sería delito de lesa-majestad.

–Solo harán de piratas en la primera parte, después volverán a ponerse los uniformes.

–¿Dónde?

–Creo que detrás de la casita de los Turling.

–¡Qué idiotez! – resopló Sandra –. Debes idear alguna otra cosa.

–Ya te he explicado que no tengo nada que ver con ello. Yo estuve sentada allí y nada más.

–Deberías haberte opuesto a la idea desde un principio. ¿Para qué formar parte de una comisión, si nunca abres la boca? Lo que te pasa es que careces de valor moral.

–Pues a decir verdad – contesté resueltamente – creo que podría resultar muy bonito, si se lo ejecuta bien.

–Entonces, es que estás chiflada. ¿Y qué me dices del lugar para estacionar los automóviles? Supongo que nadie se acordó de eso.

–No, no creo que nadie haya pensado en eso; como acabo de decirte, solo fue un debate preliminar.

–No hay lugar ni para estacionar un triciclo en ese tramo de camino que está detrás de la rada de Cobb.

–Hay espacio para mil triciclos y varios autobuses en ese enorme campo de juego que está tras la casa de los Chesley Hutchinson, y que casi nunca se utiliza.

–Está bien, está bien, como tú quieras – en la voz de Sandra había una nota de resignación –. Mejor será que vengas a almorzar pasado mañana y me cuentes qué otras cosas habéis proyectado.

Librodot

–Yo no he proyectado nada. Sería mejor que invitases a almorzar a Ivy y Alma, ellas son las verdaderas culpables.

–¡Antes, la muerte! –dijo Sandra–. Tú, ven de cualquier manera.

Y cortó la comunicación.

CAPÍTULO XI

Los pocos días que mediaron entre la partida de los Frobisher y la llegada de Eloísa transcurrieron demasiado velozmente. No ocurrió nada digno de nota. Fui a almorzar a la Casa Gubernamental, según me lo ordenaran, y descubrí que Sandra había aceptado la idea del desfile acuático.

–Por lo menos, será diferente – dijo – y, como es natural, podría resultar graciosísimo. No veo la hora de ver aparecer al coro de la iglesia en una barcaza, bogando más allá del promontorio, y cantando a pleno pulmón; será mil veces mejor que tenerlos de pie en apretadas filas vociferando en la cara de uno, come ocurre en la Municipalidad. Y los simpáticos *Royal Shropshires* estarán encantados de hacer de piratas y encaramarse por allí con cuchillas entre los dientes; por lo general se divierten tan poco, allá metidos en esos sombríos cuarteles mes tras mes. Claro está que el problema del tiempo me preocupa; pero creo que con un poquito de suerte que tengamos, todo saldrá bien, pues aun en la estación lluviosa solo diluvia unas horas, por la mañana. Lo único que podríamos temer es un fuerte ventarrón del sudoeste. Eso, naturalmente, lo echaría todo a perder.

–Por cierto que sí – repuse.

–De todos modos, siempre tenemos un día de preaviso – siguió alegremente –; pero pienso que deberíamos tener lista una alternativa en lugar techado, para el caso de que suceda lo peor.

–Eso se dice más fácilmente de lo que se hace.

–De nada sirve ser derrotista. Eso es asunto de la Comisión, y si perteneces a ella, tienes que ocuparte de que dispongan algo.

–Pero ¿cómo conseguirlo?

–Tienes que imponerte.

–¿Y qué alternativa sugieres que sugiera yo?

Librodot

–¡Pero, querida! – Sandra me miró con aire de reproche –. No sé qué te sucede últimamente, pareces haber perdido toda tu iniciativa.

–Formo parte de la maldita comisión por pedido tuyo. No tengo la menor autoridad para imponer nada. Tengo, además, otras cosas en qué pensar, como ser un marido, varios hijos, una casa que debo dirigir, y al problema Bunny-Eloísa que debo afrontar.

–Ese es exclusivamente culpa tuya, por tu estupidez al dejarte convencer por él, ante todo. ¿Cuándo liega esa idiota?

–Mañana, a las 10.45. B.O.A.C. Vuelo 429. Supongo que no querrás ir conmigo a recibirla ... aunque solo sea en memoria de otros tiempos ...

–De ninguna manera. Repruebo enérgicamente todo ese enredo sórdido. Creo hacer bastante al consentir en tenerla aquí durante tres días. Y hablando de eso ¿cuándo quieres que venga?

–Dentro de la próxima quincena, cualquier día.

–De nada sirve encarar las cosas de esa manera vaga y descuidada; tienes que decirme con precisión. Posiblemente, la casa esté atestada. Sé que tendremos aquí a dos ministros birmanos con sus esposas los días 3 y 4, y a una señora del Consejo Británico que ha estado haciendo una jira de conferencias por el Japón.

–¿Sobre qué versan sus conferencias?

–No estoy segura, algo referente a los novelistas Victorianos, me parece, y su influjo sobre la literatura moderna.

–¿Crees que eso interesará verdaderamente a los japoneses?

–Claro que sí. Todo interesa a los japoneses; tienen un vivísimo interés en la cultura británica y las progresistas ideas occidentales.

–Yo no llamaría precisamente "progresista" a una conferencia sobre los novelistas Victorianos.

–¿Qué sabes tú? Imagínate un grupo de esas muchachas "geishas" que al hablar parece que silban, inclinadas sobre una traducción realmente buena de *El Molino sobre el Floss.* Quizás alteraría todo su concepto de la vida.

–¿Te convendría que Eloísa viniese el 6 ó el 7?

–Sí, creo que sí – Sandra exhaló un profundo suspiro –. Pero ni medio segundo más de los tres días ¿.. ¡Júralo!

–Está bien. Lo juro.

CAPÍTULO XII

El aeropuerto dista aproximadamente una media hora de automóvil de Pendarla, y es una colmena de gozosa inoperancia. Tampoco se ha omitido esfuerzo alguno para convertirlo en el lugar más horriblemente incómodo para aguardar en él. El salón de viajeros está amueblado con severas sillas de madera, desprovistas de almohadas, y cuyos asientos se inclinan tan bruscamente que es imposible erguirse en ellas sin resbalar hacia atrás, y una vez que hemos resbalado hacia atrás, se incrustan cruelmente detrás de las rodillas. Dan sobre este salón varias cabinas de vidrio que tienen el cartel de "Privado", y en ellas puede verse a los amigos que uno ha venido a recibir, solos y de pie durante horas enteras, aferrando su equipaje de mano y haciéndonos gestos. No está permitido hablarles, ni ellos pueden hablar con uno, hasta después de haber pasado por las oficinas de Inmigración y Aduana. Hay quienes, durante este período, pierden el dominio de sí mismos y hacen señas y gesticulaciones frenéticas; pero yo he decidido desde hace mucho tiempo que esto es un desperdicio de energías, de modo que ahora me limito a enviar uno o dos besos de bienvenida y sentarme otra vez; a leer un libro.

Primeramente, anunciaron que el avión de Eloísa llegaría a horario; pocos minutos después, que venía con tres cuartos de hora de retraso. Cuando hubieron pasado unos veinte minutos más, una nueva voz ronca avisó que no llegaría hasta las 12.25. Esto significaba que no había la menor esperanza de tener a Eloísa en casa antes de las dos, de manera que me encerré en una sofocante cabina telefónica que olía a guiso de carnero, y llamé a Robin.

–Mejor será que tú y Nanny almorcéis por vuestra cuenta, porque el avión ya lleva una hora y media de retraso.

–Esa es una razón muy tonta para obligarme a almorzar a solas con Nanny, la más tonta que he oído hasta ahora –dijo–. Almorzaré en el club.

–Bien, pero trata de estar de regreso a las dos para saludar a Eloísa.

–Si almuerzo en el club, habré bebido demasiado para saludar a nadie.

–Entonces, hazte llevar algo al jardín, en una bandeja.

–Eso sería demasiado hiriente. No quiero mortificar a Nanny; le encanta que la mortifiquen.

–Entonces, almuerza en el club y bebe solamente soda.

–Eso es imposible. Ya sabes que soy muy querido; en cuanto pongo los pies en ese lugar, todo el mundo me convida a beber.

–Querido, no seas fastidioso. En esta cabina hace un calor infernal y me estoy sofocando. Diles a Clementine y Tahalí que estén listos y reserven algo para nosotras, cuando lleguemos.

–Eloísa debería de haber venido por mar. Si hubiera venido por mar, podría haberse enamorado locamente de algún pasajero y nos habría ahorrado a todos una infinidad de molestias. Lo malo del viajar por vía aérea es que no hay tiempo para esas cosas.

–Voy a cortar, querido, porque la transpiración me corre por la nariz y cae dentro de mi bolso.

–Está bien, está bien.

Volví al salón de pasajeros y contemplé de mal talante la exhibición de recuerdos locales que hacía la Tienda de Regalos "Royal Samolan". Había las habituales muñecas vestidas como bailarinas, con faldas de rafia; caracolas delicadamente pintadas; carpetas tejidas con fibra de banano y una cantidad de sombreros de rafia con la palabra "Samolo" bordada con lanas de colores. Un avión de la Pan-American se disponía a despegar y el ruido ensordecía, de modo que salí al sol ardiente y crucé la playa de estacionamiento para dirigirme a la "Hostería Luala", donde es posible beber una copa en paz. Hallé una mesa en el rincón y pedí un *gin fizz.* Ante el bar estaban Dafne Gilpin y Lidia Frenen jugando a los dados y echándose al coleto cócteles de kala-kala. Las dos vestían pantalones y camisas, y Lidia tenía unos anteojos muy obscuros, destinados probablemente a disimular un ojo negro, porque es sabido que Dafne se pone muy violenta cuando ha bebido. Son las lesbianas del lugar, y personalmente, me son simpáticas. Hubo bastantes comentarios cuando se instalaron juntas por primera vez en el Rincón del Pescador, pero después de un año o dos no se habló más del asunto, y ahora se las acepta; los "sofisticados", por lo que son, y los inocentes las toman por excéntricas afables. Se visten aproximadamente del mismo modo, pero sus temperamentos son opuestos. Dafne nació en Samolo, es morena, de rasgos

Librodot

definidos y sumamente capaz. Prestó servicios durante algún tiempo, con Sandra y conmigo, en los cuerpos militares femeninos, y es capaz de sacar todas las piezas del motor de un camión y volverlas a unir con mayor rapidez y eficacia que el mecánico más pintado y de más pelo en el pecho. Lidia es rubia, bonita y un poco aturdida. Gracias a su gusto, la casa está muy bien puesta; Dafne habría estado perfectamente satisfecha con unos sillones forrados de cuero y un par de catres de campaña. Dafne conduce el automóvil y la lancha de motor, y desaparece horas enteras bajo el mar con su pulmón-acuático, mientras Lidia dispone las flores en los jarrones, prepara exquisitos condimentos de ensalada y, de tarde en tarde, pinta delicados motivos al "gouache", de muchachas aborígenes que tejen esteras o duermen en sus hamacas. Dafne maneja asimismo los cordones de la bolsa, y creo que ésta es la razón principal de muchas de sus notorias trifulcas. Dan un *cocktail-party* cada seis meses, y sus reuniones son entretenidas si se tiene la precaución de no quedarse hasta el final, ni dejarse envolver en situaciones dramáticas. Sandra las invita de vez en cuando a la Casa Gubernamental, pero exige que lleven faldas.

Dafne me vio y me saludó con la mano; las dos bajaron de sus banquillos altos frente al bar y se acercaron a mi mesa.

–¿Qué estás haciendo por aquí? –Esperando el avión de B.O.A.C.

–Nosotras también – dijo Dafne –. Viene en él una amiga de Lidia, Úrsula Gannet.

–Es tan amiga tuya como mía – protestó Lidia con dulzura.

–De cualquier modo, no nos la sacaremos de encima en un mes. ¿Qué bebes?

–Un *gin-fizz.* Lo traerán dentro de un instante.

–¿Tienes inconveniente en que nos sentemos contigo, o prefieres estar sola?

–De ninguna manera. Tendré el mayor gusto en que vengáis.

Dafne golpeó las manos con autoridad y ordenó al mozo del bar que trajese sus bebidas a mi mesa.

–¿A quién esperas? –preguntó.

–A Eloísa Fowey – me sentí repentinamente turbada, y deseé vivamente no demostrarlo.

Librodot

–¡Santo Dios! – Dafne pareció sorprenderse mucho –. ¿Y para qué diantres viene?

–A pasar una temporada conmigo – dije, un poco seca –. No ha estado muy bien de salud en estos últimos tiempos – añadí tontamente – y pensó que unas vacaciones en el trópico le sentarían bien.

–Es hermosísima – dijo Lidia –. Vi un retrato de ella en el *Tatler* hace pocas semanas.

–Yo no le he echado el ojo desde los viejos tiempos del ejército – dijo Dafne –. Ya entonces era muy bonita, pero siempre me pareció extremadamente tonta.

–Ha cambiado mucho en los últimos tiempos.

–¿Cuándo la viste por última vez?

–Hace dos años, cuando Robin y yo fuimos a Londres. Almorzamos y cenarnos juntos varias veces, y... y Robin la llevó al *Festival Ballet* – agregué con brusco impulso.

–Nunca hubiera creído que le gustaría eso.

–*Las Sílfides* la deprimió un poco, todas esas muchachas vestidas de blanco que entran y salen sin parar; pero le agradaron muchísimo las danzas más movidas.

–Tráela a casa algún día – dijo cordialmente Dafne–. Tendré gusto en verla, después de tantos años.

En aquel momento llegó el mozo del bar con las bebidas, y para mi mayor alivio, abandonamos el tema de Eloísa. No me niego a decir un par de mentiras bien gordas de vez en cuando, siempre que resulte socialmente necesario; pero me cuesta mucho, y suelo dejarme llevar demasiado lejos. Ya lamentaba haber hablado del *Festival Ballet,* porque ahora tendría que acordarme de advertírselo a Eloísa, cuando llegase, y también a Robin. Preveía que las próximas semanas serían sumamente tortuosas y que me vería obligada a saltar sin cesar de una verdad a una mentira; probablemente me enredaría de tal modo en ellas, que acabaría con un colapso nervioso. Pasamos así tres cuartos de hora charlando de naderías, cuando el altoparlante que está encima del bar emitió súbitos crujidos y una voz asmática nos informó que el B.O.A.C., Vuelo N° 429 llegaría dentro de diez minutos. Se trabó la habitual discusión sobre quién pagaría las copas, y

Librodot

Dafne le puso término golpeando las manos con aire agresivo, y firmando luego el vale que le trajo el mozo del bar. A esas horas, cada una de ellas había bebido ya otros dos cócteles de kala-kala y yo, tres *gin-fizzes,* de modo que me sentía benigna, alegre y dispuesta a todo. Mientras caminábamos de regreso, atravesando la playa de estacionamiento hacia el salón de pasajeros, dijo Dafne:

–He oído decir que la S.S. de A.A. va a ofrecer un desfile acuático a los reyes.

–Así es – repuse –. En la rada de Cobb. Será hermosísimo ¿no te parece?

–Depende del tiempo – dijo lacónicamente Dafne –. ¿Han preparado alguna otra cosa bajo techo, para el caso de que haya viento sudoeste?

–Todavía no, pero vamos a trabajar en ello como locos en la próxima sesión.

–Bien – dijo –. Llámenme, si puedo ayudar en algo. Y si el tiempo está bueno, cederé con gusto el uso de mi *Chris-Craft.*

–¡Magnífico! No es bastante grande para llevar todo el coro de la iglesia, pero podría entrar velozmente con los solistas.

–El coro – gruñó Dafne –. Podría habérmelo imaginado. La vieja Alma debería hacerse examinar la cabeza.

–No es culpa de ella. Tenemos que utilizarlo porque Sandra se opuso a que recibieran a la comitiva real en el muelle, hubo resentimientos, y ...

–Habría que abolir ese condenado coro. Siempre está desafinado y deprime a todo el mundo.

–Para Navidad – dijo Lidia – cantaron muy bien *Hiawatha.*

–Dices eso sólo porque Lua Kaieena tomó parte. Siempre te ha mareado esa Lua Kaieena.

–No me marea en lo más mínimo – replicó enojada Lidia –. Sólo que a mi parecer, canta bien.

–Estabas ahí mirándola con la boca abierta, como una colegiala.

–¡No es verdad! – gritó Lidia con voz un tanto estridente –. Y quisiera con toda mi alma que no hablaras de eso.

–Vamos a la pista y veremos aterrizar el avión – interrumpí apresuradamente–. Va a llegar de un momento a otro.

Librodot

Vi con alivio que Dafne asentía con un gesto y salía a trancos en dirección a la puerta giratoria.

–No debería beber nunca por la mañana – susurró Lidia a mi oído –. Se vuelve muy belicosa.

Salimos a la pista tras Dafne y nos quedamos en fila, mirando cariacontecidas el cielo vacío. Al rato, después que Dafne hubo encendido un cigarrillo y recibido la amonestación de uno de los empleados del aeropuerto, apareció un lápiz blanco de entre las nubes que coronaban los montes violáceos. Miramos en silencio, mientras descendía cada vez más, hasta que desapareció tras los edificios del aeropuerto. Unos minutos después oímos el rugir de sus motores y apareció de nuevo, el sol rebrillaba sobre las hélices. Aterrizó graciosamente en el otro extremo de la pista, luego giró y avanzó lentamente hacia donde estábamos.

–Bien – dijo Dafne –. Vamos a beber otra copa. –Tenemos que esperar hasta que hayan bajado todos – replicó Lidia –. Ya habrá tiempo para otra copa mientras pasan por la Aduana.

–Como quieras – replicó Dafne, de mal talante, y aguardamos nuevamente en silencio.

Por fin, colocada ya la planchada en su sitio, el piloto y otros dos oficiales abandonaron el avión y tras ellos desembarcaron los pasajeros. Los dos primeros eran jóvenes ágiles, de trajes *palm-beach,* y con sendos portafolios. Luego hubo un breve paréntesis, pues fue menester sacar por la portezuela a una señora muy viejecita, en sillón de ruedas, a quien dos aeromozas bajaron por la planchada; a continuación salieron los demás pasajeros, que llevaban maletines, revistas y pesados abrigos y sobretodos. A la luz brillante del mediodía, sus rostros parecían grisáceos.

–¡Allá está! – exclamó Lidia, agitando la mano muy excitada–. Una mujer esbelta, vestida de saco y falda color té con leche y sombrero blanco, agitó a su vez la mano y se unió al grupo que estaba al pie de la planchada, contenido por las camareras de B.O.A.C. Ninguna de las que habían desembarcado hasta el momento se parecía en lo más mínimo a Eloísa, y empecé a sentirme irritada. Si había perdido el avión (cosa que era muy capaz de hacer), tendría que soportar otra vez todo esto dentro de tres días. Cuando estaba a punto de abandonar toda esperanza, apareció, enmarcada

Librodot

en la portezuela y con una brazada de flores; tras ella, un camarero llevaba dos maletines de cuero de chancho –uno de los cuales era a todas luces su alhajero– y un abrigo color pelo de camello. Bajó los escalones lentamente y fue saludada, en tierra, por el fotógrafo del *Daily Reaper.* Amablemente, adoptó una actitud adecuada mientras la fotografiaban, y luego se alejó con los demás viajeros hacia la oficina de inmigración. Agité la mano con violencia, para llamar la atención, pero ella no alcanzó a verme y desapareció de mi vista.

Dafne, Lidia y yo regresamos al salón.

–¿Qué les parece la idea de tomar otra copa? –dijo Dafne.

–Yo, no –respondí con firmeza–. Aguardaré aquí.

–No necesitas otra copa, querida – dijo Lidia –. Y lo sabes perfectamente.

–Ese es tu error –contestó Dafne–. Necesitaré muchas copas para soportar a Úrsula durante el próximo mes, porque me gritará mañana, tarde y noche, con su voz atronadora.

–Estás insoportable, querida, realmente insoportable.

–Vamos – Dafne la tomó firmemente del brazo –. Este manicomio me está cargando demasiado – se alejaron; Lidia iba de mala gana–. ¡Te veré luego, vieja! – gritó Dafne por encima del hombro –. No te olvides de invitar a Eloísa a casa a tomar unas copas, y la *Chris-Craft* es tuya cuando la necesites.

–Me dejé caer en una silla vacía y encendí un cigarrillo. El agradable efecto de los tres cócteles había desaparecido, y comenzaba a sentirme melancólica y un tanto soñolienta. Por fin me levanté y permanecí a la entrada del galpón de la Aduana. Allí estaba Eloísa, delante de todos y siempre escoltada por un camarero. Logré llamar su atención, y me lanzó una sonrisa deslumbrante, antes de volver a la tarea de identificar su equipaje. Parecía más aplomada y segura de sí que en otros tiempos, y estaba aún, más maravillosamente hermosa. Mientras aguardaba, se me acercó el señor Seekala, reportero del *Daily Reaper.* Es un hombrecillo simpático, bizco del ojo derecho, lo cual es desconcertante, porque una nunca sabe con cual de los ojos la está mirando.

–¿Tendrá usted la bondad de presentarme a Su Alteza, señora de Craigie? –dijo.

–Ciertamente. Pero no es Alteza, sólo Gracia.

–¿Es su nombre el de "Gracia"?

Librodot

–No, su nombre es Eloísa. Su título es "Su Gracia".

–¿Su Gracia de Fowey?

–No, duquesa de Fowey. Su Gracia, la duquesa de Fowey.

–¿Lo mismo –preguntó algo desconcertado el señor Seekala– que Loolia, duquesa de Westminster?

–No, lo mismo no, y tampoco se pronuncia ese nombre como Loolia, sino "Leelia". Se llama Loelia, duquesa de Westminster, porque hubo un divorcio y el duque de Westminster volvió a contraer matrimonio.

–Si esta distinguida dama se llamase Gracia, en vez de Eloísa, y el duque de Fowey se divorciara y contrajera nuevo matrimonio, ¿se llamaría en tal caso Su Gracia Gracia, duquesa de Fowey?

–Sí – dije, perdida toda esperanza –, supongo que sí.

–Ya he aprendido algo lluevo – dijo satisfecho el señor Seekala –. ¡Los títulos de las clases elevadas de Inglaterra me resultan tan complicados y desconcertantes para comprender!

–A usted y a todos. Siempre que me hallo en un aprieto, en esta clase de cosas, vuelo a consultar mi Debrett.

–En mi modesta situación –dijo el señor Seekala – no puedo ni soñar con viajes aéreos.

Afortunadamente, en aquel instante apareció Eloísa, siempre escoltada por el camarero, y me abrazó con mucho afecto.

–Todo esto es muy emocionante – dijo –. Y tú eres un ángel de bondad por haber venido a recibirme. ¿Ha venido Bunny?

–Por cierto que no – dije al punto –. Bunny está en la escuela; pero él, Juanita y Coqui estarán en casa a la hora del té, y se mueren de ganas de verte –me volví al señor Seekala–. La duquesa siempre llama a mi hijo mayor con el apodo de Bunny, un sobrenombre cariñoso. Eloísa, éste es el señor Seekala, representante de nuestro periódico local, el *Daily Reaper.*

Eloísa me lanzó una rápida ojeada, y luego volvió sus ojos luminosos al señor Seekala.

–¿Cómo está usted? –dijo afablemente.

–Bienvenida a Samolo, Gracia, – dijo él, con una inclinación –. Espero sinceramente que su estada entre nosotros sea larga, y tan feliz como provechosa.

Librodot

–Gracias – repuso Eloísa –, estoy segura de que lo será.

–Sin duda visitará usted nuestros puntos de interés. En nuestra isla hay mucho que ver y que gustar.

–Ciertamente. Deseo verlo todo.

–Es una lástima para nosotros, los de Samolo, que Su Alteza el esposo de usted no haya podido acompañarla.

–Lo sé –dijo Eloísa–. ¡Qué pena, no? Pero le fue imposible alejarse. No es, en realidad, Alteza, – añadió sonriente – sino Gracia.

El ojo izquierdo del señor Seekala giró alocadamente.

–¿El también es Gracia?

–He estado procurando explicarle todo eso –tercia rápidamente –. Pero no continuemos la discusión, porque el tiempo no lo permite. Tenemos que llevar tu equipaje al automóvil y estoy cierta de que el señor Seekala comprenderá si, ahora, lo dejamos.

El aludido se inclinó una vez más.

–Han sido ustedes amabilísimas –dijo–. Tal vez me permitan ir uno de estos días a su casa, a fin de conversar unos instantes con... – vaciló – nuestra distinguida visitante.

–De mil amores – contesté –. Telefonéeme por la mañana.

El señor Seekala retrocedió, sin dar la espalda, y yo escolté a Eloísa por entre el gentío hasta llegar a la playa de estacionamiento. El camarero nos siguió lealmente, portando las dos maletas y el abrigo.

–Se trata de José –dijo Eloísa mientras caminábamos–. Ha sido de una galantería exquisita conmigo desde que salimos del aeropuerto de Londres, y además de todo lo que ha hecho, en Honolulu me obsequió con estas preciosas flores.

José le lanzó una mirada de estúpida adoración y se ruborizó.

–Ha sido un placer –murmuró roncamente.

–Me extraña que te hayan permitido, en la Aduana, traer estas flores – dije –. Suelen ser sumamente estrictos en lo que se refiere a la importación o entrada de vegetales.

–José lo arregló con ellos – dijo Eloísa con aire de complacencia.

Por fin, cuando hubimos atestado el baúl del auto con la mayor parte del equipaje de Eloísa y depositado el resto en el asiento posterior, y José,

encendido de emoción nos hubo despedido agitando la mano, Eloísa se arrellanó, escrutó su rostro en el espejito del bolso y encendió un cigarrillo.

–Siento mucho haber cometido esa *gaffe* respecto a Bunny – dijo –. No tenía la menor idea de que ese hombrecillo bizco fuera un reportero.

–No tiene mayor importancia – dije, tratando de que mi voz no trasluciera irritación –. Pero bien sabes que debemos tener cuidado.

–Por supuesto. Bunny me lo explicó todo en su última carta. No puedo decirte lo agradecida que estoy. Si no hubieses sido tan buena amiga, accediendo a ayudarnos, ahora no estaría yo aquí.

–Bien, ahora ya estás aquí – dije con cierta severidad –, y todos debemos esforzarnos en ser lo más circunspectos posible. Los únicos que saben la verdad de la situación son Robin y Sandra. Ella te ha invitado a pasar en la Casa Gubernamental tres días de la semana próxima.

–Muy amable de su parte –dijo Eloísa–. ¿Es preciso que vaya?

–Sí, me temo que sí. Sería muy sospechoso que, en tu posición, no pasaras una temporadita en la Casa Gubernamental. Esta es una colonia pequeña, y la murmuración florece con el más mínimo pretexto.

–Nunca me gustó Sandra en los viejos tiempos de vida militar. Siempre me estaba dando órdenes.

–Era su obligación; por ser tu oficial superior.

–Pero no debería de haberme elegido siempre a mí. Recuerdo que cierta vez que regresé un poco tarde, después de llevar a un viejo general de lo más desagradable hasta Uxbridge, se lanzó sobre mí como una tigre.

–Yo también me acuerdo de ese incidente, lo recuerdo con toda claridad – dije–. Regresaste tardísimo: habías demorado tres horas enteras para cenar con Boy Livingstone en Bray. No olvides que yo también era tu oficial superior.

Eloísa rió entre dientes.

–De todos modos, fuiste mucho más amable conmigo que ella.

–Sea de ello lo que fuere – afirmé –, tendrás que ir a la Casa Gubernamental, al menos durante tres días. Y si Sandra te pide que intervengas en actividades sociales, tendrás que hacerlo, y en ninguna circunstancia debes ser vista en público sola en compañía de Bunny.

Librodot

–No deseo ser vista en público con él, como tampoco él desea ser visto en público conmigo. Sólo queremos estar juntos, a solas.

–Y eso – dije – debe ser dispuesto con suma discreción.

–No me vas a dar demasiadas órdenes ¿verdad? – preguntó Eloísa, entre humilde y compungida –. Quiero decir que sé perfectamente que soy una molestia para ti, y demás, y que trataré realmente de portarme bien y hacer todo cuanto digas; pero la verdad es que estoy agitadísima por todo esto y no sé qué hacer ni a quién recurrir. Eso es lo horrible de estar enamorada: todo se confunde y una no ve las cosas en su debida perspectiva.

–¿Estás realmente enamorada de Bunny?

–¡Claro que sí! Y lo que es más: es la primera vez que lo he estado de verdad.

–Vamos, vamos, Eloísa. No pretenderás que crea eso.

–Pues es cierto, te lo juro. Por supuesto que, en mis tiempos, he tenido algunos entusiasmos pasajeros, y en el momento, llegué a pensar que uno o dos de ellos eran el verdadero amor, pero nunca resultó cierto.

–¿Y cómo sabes que éste lo es?

–Porque es total y absolutamente diferente. Hace ya más de un año que dura, y he luchado contra él con uñas y dientes. Estoy completamente loca por él, y de nada me sirve fingir que no es así.

–Hasta que tú, Bunny y Droopy no lleguéis, entre todos, a una resolución definitiva, tendrás que fingirlo, quieras que no quieras.

–Supongo que estás furibunda de tener que soportarme, puesto que te he sido impuesta de este modo – Eloísa resopló levemente –. Y la verdad es que no te lo echo en cara. Te aseguro que detesto todo esto, y lo lamentó.

–Pues no lo lamentes – dije –. Todo saldrá a las mil maravillas, si tenemos mucho cuidado. Reconozco que me encolericé un poco, al principio, cuando Bunny sugirió tu venida; pero eso ya pasó, ahora estás aquí y todos lo pasaremos muy bien.

Seguimos en silencio durante unos minutos. Eloísa encendió otro cigarrillo y miró por la ventanilla, mientras yo luchaba con mi conciencia. Me sentía malhumorada e irritable, y comprendía que había hablado como una gobernanta. ¿De qué sirve –pensé– emprenderla contra Eloísa? Robin y yo hemos aceptado la situación y durante las próximas semanas, ella será – al

menos en apariencia – nuestra invitada. Es evidente que se halla bien dispuesta e inclinada a conducirse con la mayor discreción que las circunstancias permitan; pero el mal profundo está, naturalmente, en que esas circunstancias nunca debieron de haberse producido. Bunny no debería de haber sido tan estúpido como para invitarla en primer término, y en cuanto a ella, debería de haber tenido suficiente sentido común como para rehusarse a venir. El futuro inmediato está erizado de falsedades, engaños y tremendas complicaciones y un solo error bastará para encender la chispa de uno de esos "escándalos aristocráticos" que daría tema para relamerse durante semanas a los ávidos lectores de los pasquines ingleses.

Miré a Eloísa de reojo; contemplaba distraída el paisaje, pero tenía un leve gesto de amargura en la boca y parecía triste; súbitamente, a pesar de mi innato impulso de reprobación hacia todo aquello, sentí verdadera lástima por ella. No me concernía el erigirme en juez de las extravagancias emocionales de los demás, ni el pesarlas. Tenía suerte. Mis propios problemas afectivos eran mínimos, y con la ayuda de Dios esperaba que siguieran siéndolo; pero yo no soy, ni jamás he sido, muy dada a enredos amorosos, por temperamento; ni tampoco – es menester reconocerlo – he poseído nunca esa particular atracción química que hace surgir en los hombres lo que algunos llaman "la bestia". Debe ser difícil, pensé, vivir tranquilamente su vida si cada vez que una pide un cigarrillo o un vaso de agua, el varón más próximo se estremece, respira hondamente por la nariz y demuestra todos los síntomas de una aguda concupiscencia. Por lo visto, tal había sido el problema de Eloísa desde su nacimiento. Allí estaba, en aquel mismo instante, ese indefinible y envidiable atractivo físico, emanaba de cada uno de sus poros mientras estaba sentada a mi lado en el coche, y pensé fastidiada que si yo hubiese nacido con una hormona de más, o de menos, sea lo que fuere lo que vuelve tan imprevisibles nuestros impulsos sexuales, automáticamente me habría arrojado contra ella. Eloísa, feliz sin sospechar cuáles eran mis pensamientos, volvió a mirarse en el espejito de mano y suspiró.

–Estoy horrorosa – dijo –. Bunny no vendrá a almorzar ¿no?

–No. A cenar. Pero vendrá temprano, antes que los otros.

–¿Habrá muchos otros?

–Sólo amigos del lugar. Bimbo y Lucy Chalmers, y Buda y Dusty Grindling. Son muy alegres, te gustarán.

–Estoy segura de que así será –replicó sin mucho entusiasmo –. Pero …¡qué nombres más raros!

–Nunca he sabido por qué Bimbo se llama Bimbo, su verdadero nombre es Enrique; a Buda lo llaman así porque se tiene por un furibundo anticristiano. La verdad es que es la bondad misma y se pasa el tiempo auxiliando a los perros lisiados y dando sus cosas a los demás.

–¡Qué lindo! – comentó distraída Eloísa –. Cierta vez salí de paseo con un muchacho que era anticristiano. Solía oficiar misas negras en Oxford; al menos, así lo decía, pero supongo que sería por jactarse.

–Aunque quisiera, no sabría cómo oficiar una misa negra. ¿Hay que sacrificar una cabra o algo así, ¿no es cierto?

–Creo que sí – volvió a mirar por la ventanilla –. Esos ¿son cocos?

–Sí. Es un sector de la plantación de los Stirling. Tiene millas y millas de extensión.

–¡Qué notable! No sabía que fuesen tan tersos, los únicos que he visto son esos peludos, color té con leche que se encuentran en las kermesses.

–Aquellos árboles corpulentos, de hojas charoladas, verde obscuro, son árboles del pan; sus frutos se llaman así.

–¿Los comen ustedes?

–Oh sí, a menudo. Puedes hacerlos asar, cocer o freír, o también pisarlos como puré, con manteca.

–Me imagino que engordarán muchísimo.

–Sí, me temo que sí.

–¿Está muy lejos de la de ustedes la casa de Bunny?

–Unas siete millas, pero el camino es pésimo.

–¿Es bonita la casa?

–Bien … está muy bien situada – dije con precaución –. Pero no es ningún prodigio de elegancia y lujo.

Eloísa rió entre dientes.

–Tampoco esperaba que lo fuese.

–Él está orgullosísimo de la casa, y debo reconocer que la playa es perfecta. Espero sinceramente que te guste la pesca submarina.

–No sé. Jamás la he practicado.

–Lo harás – dije –. En menos que canta un gallo, estarás en el arrecife con tus "patas de rana" y tu máscara.

–No creo que me desagrade –dijo Eloísa, pensativa –. Claro está que hay un inconveniente: detesto mojarme el pelo. ¿Hay un peinador bueno por aquí?

–Sí, en el Hotel "Royal Samolano". Es bastante pasable, pero suele írsele la mano en los matizadores, de modo que no lo pierdas de vista.

–¿Cuándo iré allá? – Quiero decir ... ¿cómo lo habéis dispuesto?

–Verás. Lo hemos debatido desde todo punto de vista, entre Robin, Bunny y yo, y hemos decidido que el sistema más prudente será que utilices nuestra casa como una especie de cuartel general, y te hagas tus escapadas a la casa de Bunny dos o tres noches a la semana, siempre que no haya moros en la costa. Bunny puede llevarte y traerte de vuelta en su coche, o bien Robin y yo te llevaremos, en caso necesario. Sólo tienes que recordar que deberás volver al punto si ocurre algo imprevisto; quiero decir, si llega alguien inesperadamente y pregunta dónde estás. Arreglaremos una especie de código, de modo que, cuando yo telefonee sabrás que hay peligro y volverás al instante, dejando lo que estuvieres haciendo.

–Eso podría resultar un tanto embarazoso – rió Eloísa –. A lo mejor, estoy en el arrecife – añadió recatadamente.

–Sabes muy bien lo que quiero decir.

Se inclinó y me palmeó afectuosamente la rodilla.

–Sí, querida –dijo–. Sé lo que quieres decir, y pienso que tú y Robin sois buenísimos al daros todo este trabajo, no lo olvidaré hasta el día de mi muerte.

–No te preocupes por eso –dije–. Ya estamos – enfilé el automóvil por el camino de entrada.

–Esto es hermosísimo –dijo Eloísa–. ¡Un paraíso!

Robin salió a la puerta a saludarnos y Eloísa lo subyugó de inmediato, sin el menor esfuerzo. Abrió los ojos un poco más que de costumbre y dijo:

–Aunque no nos conocíamos, tengo la impresión de que ya somos antiguos amigos.

Al oír esto, puso cara de tonto, le dio un entusiasta apretón de manos y la hizo pasar a la casa y seguir hasta la galería trasera, dejándonos a mí y a

Tahalí – que sonreía de oreja a oreja– para que nos hiciéramos cargo del equipaje.

–Hermosísima dama – dijo sin aliento, mientras sacaba de un tirón una de las maletas que estaban en el cajón del coche.

–Sí – asentí, y agregué antes de dominar mi lengua–: He ahí la causa de todos los dilemas, la causa de todo crimen.

–¿Crimen? –Tahalí me miró con cara de asombro.

–Es una frase tomada de una antigua canción popular inglesa, *El señor Cupido.* No recuerdo gran cosa de la letra, pero todos los estribillos terminan diciendo: "Es siempre culpa del señor Cupido".

–Parece una canción muy alegre – dijo Tahalí, contento–. El que comete el crimen ¿es el señor Cupido?

–¡Ya lo creo! Es el dios del amor.

–Si es un dios, quizás esté en la Santa Biblia cristiana.

–La verdad es que no. Ya se dedicaba a sus actividades mucho antes de que se pensara siquiera en la Biblia. Era un mito griego.

–¿Qué es eso?

–Ya te explicaré en otra oportunidad – dije, y seguí a Robín y Eloísa hacia la casa, atónita al comprobar mi innata tendencia a enseñar cosas inútiles, y mi completa incapacidad para hacerlo bien.

CAPÍTULO XIII

Aquella noche, Robín y yo caímos derrengados en nuestras camas a eso de las once y media. El día había sido – al menos para mí – de incesante tensión. Bunny había llegado a las seis en punto; exteriormente parecía muy sereno, pero se veía a las claras que, en su fuero interno experimentaba intensa emoción. Conversé con él, un tanto distraída, en la galería del fondo, hasta que apareció Eloísa, radiante después de una buena siesta, y con un vestido de Balenciaga color azul borraja que hacía que sus ojos parecieran dos lámparas.

Su saludo fue decoroso y urbano, y yo sugerí con mucho tino que tal vez Bunny quisiera acompañarla hasta el bosquecillo de bambúes, que está situado en una pequeña meseta del otro lado de la garganta, a fin de ver la

puesta del sol. Él asintió, sin exagerar su entusiasmo, y después de bajar la escalinata se alejaron por el jardín hasta perderse de vista. Regresaron una hora después, aproximadamente, pocos minutos antes de la llegada de los demás invitados, y no parecían muy despeinados. Eloísa se retiró con la mayor compostura, a arreglarse, mientras Robin, Bunny y yo charlábamos y bebíamos unos *martinis.*

Los tres advertíamos cierta tensión embarazosa en el ambiente, que volvía forzada y trivial cada palabra que pronunciábamos, como si fuéramos desconocidos que luchaban denodadamente para hallar una base cómoda de intereses comunes sobre la cual iniciar una comunicación recíproca. Por fin, yo no pude soportar más tiempo aquello y dije, fastidiada:

–Esto tiene que terminar.

–¿Qué es lo que debe terminar? –dijo Robin, levantando una ceja.

–Esta espantosa tensión – dije –. Me está volviendo loca.

–No había notado ninguna tensión especial – dijo Robin, con exasperante airecillo de superioridad.

–Grizel tiene razón – dijo Bunny con expresión sombría–. Hay una tensión espantosa, y todo por mi culpa.

Le dirigí una mirada de gratitud.

–Bien, pues destrocémosla en un millón de añicos. Dentro de un minuto llegarán los demás, y debemos presentar un frente unido y aparentar al menos cierta calma. Vamos, Bunny, habla de una vez. ¿Qué es lo que causa la tensión? Aparte de la situación en conjunto, quiero decir, debe de haber otro motivo.

–Quiero quebrantar una promesa –dijo Bunny–. Y como soy hombre de palabra, me avergüenzo de quererlo. Sé muy bien que decidimos de común acuerdo que Eloísa no vendría a casa hasta después de pasados algunos días, al menos hasta que se aclimatara un poco, y prometí portarme bien, aguardar con paciencia y no precipitar los acontecimientos. Pero el volver a verla ha dado al traste con mis buenos propósitos. Quiero que me permitan ustedes llevarla a casa esta noche, cuando se hayan ido los demás. Prometo traerla de vuelta al alba. Pero, sinceramente, no me siento capaz de volver solo a casa después de todas estas semanas de expectativa: sería superior a las fuerzas humanas.

Librodot

–¿Lo has discutido con Eloísa?

–Sí. Ella también lo desea, como es natural; pero no moverá un dedo sin el consentimiento de ambos. Tiene terror de Grizel.

–Ella y todos –dijo Robin alegremente–. Los sirvientes, los niños y los perros tiemblan y lloriquean siempre que ella se acerca.

–Calla, querido. Este no es momento para chistes.

–No me refería a ese tipo de terror –prosiguió Bunny –. Es que no quiere que te incomodes.

–Acá no se trata de que yo me incomode – dije sin rodeos–. Lo que importa es no echarlo todo a perder.

–No veo por qué se echaría todo a perder si ella viniese a casa esta noche, y no si lo hiciese dentro de tres noches, particularmente si juro traerla de regreso antes de que se levante la servidumbre.

Miré a Robin sin saber qué hacer. Miraba el cielo raso, arrojando anillos de humo por la boca. Comprendí por su actitud que se estaba divirtiendo en grande, y no pensaba darme el menor apoyo moral. Bunny me contemplaba con aire suplicante, como un faldero que pide que le arrojen una rama para correr a buscarla. Advertí que los ojos le brillaban de un modo extraño y que estaba algo ruborizado. No hay dos opiniones al respecto, pensé; evidentemente, el sexo débil es capaz de hacer destrozos en el corazón humano cuando se propone seriamente lograrlo.

–El hilo se corta por lo más delgado, y ésta es la hebra más fina – dije con resignación –. Haz lo que quieras.

Bunny resplandeció de gozo.

–Eres un ángel – dijo –, auténtico y de gran corazón, y jamás olvidaré tu bondad hasta que el sepulcro me reciba en su seno.

–Recuerdo a muy pocos miembros de la jerarquía angélica que hayan encubierto, sin la menor vergüenza, adulterios y fornicaciones –dije enérgicamente.

–¡Qué delicadamente expresas las cosas, querida! – murmuró Robin.

–Sea como fuere –proseguí– será mejor que te despidas y te vayas antes que los otros, de modo que todos te vean. Luego puedes estacionar el automóvil, con las luces apagadas, naturalmente, en esa callejuela que hay

Librodot

detrás del galpón de bananas; desde allí se ve perfectamente el camino, y regresarás cuando veas que Robin apaga la luz de la puerta principal.

–Amén de tus demás cualidades angelicales –dijo Robin– pareces poseer verdadero talento para conspiraciones y ruines intrigas.

–Eres una caña quebrada – dije con amargura –, no me prestas apoyo ni sostén y me avergüenzo de ti.

En aquel momento se oyó el ruido de un automóvil que se aproximaba. Robin se puso de pie.

–Iré yo – dijo –. Tú quédate, y continúa con tus vergonzosos proyectos.

La cena resultó un éxito. Nadie se trabó en discusiones y la comida salió bien, a excepción del *soufflé* de chocolate que se hundió en el centro y parecía un cráter abandonado. Eloísa, aunque no muy parlanchína, estaba a todas luces de excelente humor y logró cautivar a todo el mundo sin mayores esfuerzos, hasta a Lucy y Dusty, que por lo general suelen sospechar de todo miembro de su propio sexo que se destaque por su encanto y belleza.

Después de comer, nos sentamos todos en la galería posterior y hablamos de gentes de la isla, de la visita real, de lo que se representaba a la sazón en los teatros de Londres y de la pesca con arpón. A una hora conveniente, Bunny se levantó, consultó su reloj de pulsera y dijo que debía irse porque tenía que levantarse "Muy temprano" a la mañana siguiente. Al decirlo me guiñó el ojo descaradamente, pero sólo lo vio Robin, quien se atragantó. Cuando se hubo ido, Bimbo y Lucy, Dusty y Buda se apresuraron a invitar a Eloísa a diversos almuerzos, cenas y excursiones campestres, rivalizando unos con otros. Buda llegó a sugerir una expedición a la cima del "Viejo Tikki", pero yo me opuse. Eloísa, que bordaba despaciosamente una labor de *petit-point,* aceptó todo con una sonrisa y cuando se retiraron todos, dijo que eran unos perfectos ángeles y que desearía beber un vaso de agua. Robin apagó todas las luces y echó llave a la casa; aguardamos a obscuras hasta que Bunny subió los peldaños de la galería. Entonces nos dimos las buenas noches en susurros dignos de conspiradores, y Bunny y Eloísa atravesaron el césped en silencio, tomados de la mano bajo la luz de la Luna.

Cuando por fin nos acostamos Robin y yo, y encendimos nuestro último cigarrillo, rió entre dientes y dijo:

–No hay en la vida nada más dulce que el Sueño Amoroso de los Jóvenes.

–Sea como fuere –repliqué– hay momentos en que resulta sumamente inoportuno.

–Debes luchar contra la costumbre de decir a cada instante "sea como fuere" –dijo con tono de reprobación –. Pareces el abogado de la familia. Cuando acuerdes, dirás "otrosí" y en cuanto respecta a".

–En este momento, me siento una vieja eterna.

–¡Arriba ese ánimo, querida! – en su voz había una inesperada nota de comprensión y afecto–. No fatigues demasiado tus viejos huesos por asuntos ajenos. Deja que se las compongan. Probablemente, a la larga todo será para bien. Si, por azar, son sorprendidos y se produce un escándalo mayúsculo, a nosotros no nos concierne. Lo único que podrían achacarnos es haber ayudado a un viejo amigo en un instante difícil.

–"Instante difícil" es la frase clave –respondí–. Y de nada valdrá negar que me asaltan horribles presentimientos, porque es la verdad.

–No lo permitas, es malo para los jugos gástricos – dijo Robin con voz soñolienta, y apagó la luz.

No tengo ideas muy claras acerca de los sueños. Hay quien dice que una pesadilla entera, por larga que parezca, no dura más que la fracción de segundo que precede al despertar. Otros aseguran que en el momento de colocar la cabeza sobre la almohada, el subconsciente se hace cargo de todo y empieza a revolver los recuerdos de cuanto nos ha sucedido desde el instante de nuestro nacimiento; es ésta una idea desagradable, porque en todas las vidas hay pequeñas maldades y actos turbios que nos gustaría considerar definitivamente muertos y enterrados y que nadie, ni siquiera nosotros mismos, los recordara. No obstante, la cosa es así; gústenos o no, debemos cargar sobre nuestros hombros este depósito interior en continua expansión; esta implacable acumulación, hecha sin gusto, sin criterio selectivo ni tino. Supongo que por eso, aquella noche, con la mente totalmente ocupada por el asunto de Bunny y Eloísa y sus posibles repercusiones, tuve una pesadilla completamente incongruente que giraba en torno de mi tía Cordelia. Era ella quien me había dejado la tiara, y yo la quería mucho. Era una viejecita encantadora, dulce y frágil, desbordante de bondad, y, de joven yo solía pasar algunas temporadas con ella en el "Hotel Palace" de Montreux: me hartaba de chocolate y me llevaba a pasear por el

lago en un bote verde. En mi sueño, sin embargo, no tenía nada de dulce y frágil, sino que aparecía –en forma inexplicable– como una arpía asesina, de ojos inyectados en sangre y flotante cabellera, que trataba de empujarme a un precipicio. Luchábamos, acercándonos cada vez más al borde del abismo, y yo sentía que el pedregullo iba cediendo bajo mis pies; entonces lanzó una loca carcajada y chilló: "Puedes utilizar mi *Chris-Craft* siempre que quieras, pero no para el regimiento del los *Royal Shropshires.".* Con estas palabras, me dio un empujón y me sentí caer en el vacío, con un campanilleo estridente en los oídos. Me desperté estremecida de terror, para hallarme en el suelo, junto a la cama, mientras el teléfono sonaba encima de mi cabeza. Tendí la mano a ciegas para atenderlo, y cayó al suelo con estrépito una cigarrera de porcelana. El ruido despertó a Robin.

–¿Qué diablos haces? –inquirió con voz soñolienta.

–Contesto el teléfono.

–¿Por qué estás en el suelo?

–Ya te lo explicaré después... cállate un minuto. – levanté el auricular, y oí un "clic" y luego la voz de Eloísa.

–¿Grizel... Robin? ¿Quién es? –Habla Grizel.

–¡Gracias a Dios! Hace años que estoy tratando de conseguir tu número. –¿Sucede algo?

–Por favor, es preciso que tú o Robin vengáis en seguida. Bunny está muy grave. Encontré un termómetro en el baño y le tomé la temperatura: tiene más de cuarenta grados y delira – su voz parecía desesperada.

–Conserva la tranquilidad – dije, totalmente despierta ya después del sobresalto –. Envuélvelo en cuanta cobija encuentres; estaremos contigo dentro de media hora. –Necesitaría un médico.

–Ya nos ocuparemos de eso, pero primero tenemos que sacarte de allí. Si hay aspirina en la casa, dale tres tabletas; si no, quédate quieta hasta que lleguemos –me puse de pie con esfuerzo. Robin ya había encendido la luz y estaba sentado en la cama.

–¡Rápido! –dije–. Bunny está enfermo, tiene una fiebre altísima. Tenemos que ir allá al instante.

Librodot

–¡Santo Dios! – exclamó malhumorado Robin, saltando de la cama –. Podría haberme imaginado que algo de esto ocurriría. Mejor será que llamemos en seguida al doctor Bowman.

–No; no lo llamaremos hasta llegar a la casa. Tenemos que sacar de allí a Eloísa, primero. Mejor será que vayamos separados. Lleva tú la camioneta rural y yo te seguiré en el coche.

–Dueña de sí, hasta cuando caen la porcelanas –dijo Robin, levantando la cigarrera.

Minutos después, en zapatillas y con un abrigo puesto sobre el pijama, sacábamos los automóviles del *garaje* y nos zarandeábamos sobre los baches del camino costanero. Se había puesto la Luna, y la noche era tenebrosa; sólo se veían las luciérnagas. Siguiendo las lucecillas titilantes de la camioneta rural, traté de recordar si Bunny había vivido en el Lejano Oriente y había contraído alguna vez paludismo. En caso afirmativo, la cosa se explicaba fácilmente y estaría repuesto al cabo de pocos días; no había motivo de preocupación. Pero el corazón me decía otra cosa. Por lo que sabía, Bunny jamás había estado enfermo en su vida, y una fiebre repentina de más de cuarenta grados era ominosa, por decir lo menos. Recorrí mentalmente una deprimente lista de todas las enfermedades tropicales que pueden atacar al ser humano: poliomielitis, cólera, fiebre tifoidea, peste bubónica, meningitis espinal ... toda clase de horrores. Me asaltaron visiones del pobre Bunny muerto; habría que enterrarlo en seguida, con motivo del clima. Me veía, con Robin, de pie junto a un grupo de amigos selectos, viendo cómo depositaban su féretro en una miserable tumba del cementerio de Pendarla. Cuando llegamos a la casa, poco me faltaba para soltar el llanto. No se veía luz alguna en el frente, de modo que dejamos los vehículos en el camino y fuimos hasta el fondo, allí encontramos a Eloísa que nos esperaba en la galería. Estaba fumando un cigarrillo y haciendo, por lo visto, denodados esfuerzos por conservar la calma.

–Por ahora está tranquilo – dijo, acompañándonos al dormitorio–. Pero hace un rato deliraba.

Por cierto que le había hecho bien lo de las cobijas. Bunny yacía de espaldas bajo una verdadera montaña de mantas. Tenía la cara muy

encendida y respiraba dificultosamente. Cuando entramos en la habitación, abrió los ojos; parecían vidriosos y de un azul exagerado, intenso.

–Por favor, deseo ver a la Caba –dijo roncamente–. Esta comida no se puede pasar. Y les ruego que me envíen a la enfermera bonita.

Volvió a cerrar los ojos, entonces, e hice señas a Robin y Eloísa para que entraran en el salón de estar. Los tres salimos en puntas de píe y Robin cerró la puerta sin ruido.

–Encontré un poco de *cognac* en la alacena de la cocina –dijo Eloísa con voz trémula–. Me ha sostenido mucho. ¿Queréis un trago?

–Yo sí, por cierto –me volví a Robin–. Mejor será que telefonees en seguida al doctor Bowman, querido. Lo encuentro bastante mal.

–Está bien – dijo Robin –. Yo también tomaría un sorbo, ya que estáis en eso – salió al vestíbulo, donde se encontraba el teléfono, mientras Eloísa sacaba dos vasos y la botella de *cognac.*

–¿Lo mezclo con algo, o lo prefieres solo? –preguntó con estudiada cortesía. Noté que le temblaban las manos.

–Solo – repuse con firmeza.

–Bien –dijo–. Porque yo no sé dónde están las cosas.

Me miró con tristeza, llenó con sumo cuidado las tres copitas de *cognac* y luego, súbitamente, se arrojó sobre el sofá y se echó a llorar. Me senté en seguida al lado de ella y le rodeé los hombros con mi brazo.

–Si puedes –dije con dulzura– no te dejes llevar ahora. Robin te conducirá a casa dentro de un instante; yo me quedaré aquí y recibiré al médico.

–¿Te parece que se va a morir?

–Claro está que no – dije, con una alegría que estaba lejos de sentir–. Lo más probable es que tenga un ataque de malaria, y dentro de un día o dos estará perfectamente.

–Pero tenía más de cuarenta grados. Es muchísimo ¿no es cierto?

–En estas regiones, no –mentí–. En Inglaterra, lo sería, pero en este clima no significa mucho. Toma otro sorbo de *cognac* –le alargué la copa que estaba sobre la mesa. Tomó un poco, y buscó en el bolso su pañuelo.

–Lamento tanto haberos sacado de la cama a medianoche, pero estaba verdaderamente desesperada, te lo aseguro.

Librodot

–No te echo la culpa. Hiciste lo único que era posible hacer. De cualquier manera, no habrías podido salir de esto por tus propios medios.

En aquel momento, Robin entró en la habitación.

–Bowman vendrá al instante, estará aquí dentro de un cuarto de hora. Mejor será que te lleves a Eloísa a casa, y yo me quedaré.

–Yo pienso que será mejor que me quede, y tú la llevas a Eloísa.

–¿Por qué no os quedáis los dos, y yo me voy a casa por mi cuenta? –preguntó ella, con un poco más de ánimo.

–Porque está obscuro como boca de lobo y no conoces el camino – dije con firmeza –De cualquier modo, las mujeres tenemos más experiencia que los hombres para afrontar esta clase de situaciones.

–¡Qué afirmaciones más extraordinariamente inexactas haces! –dijo tranquilamente Robin, bebiendo su "cognac"–. Sin embargo, como pareces haberte hecho cargo de la situación en forma tan... oficial, haré cuanto digas. Vamos, Eloísa, ¡largo de aquí!

Salí con ellos al vestíbulo, encendí todas las luces y los vi alejarse en la camioneta rural. Después volví al dormitorio de Bunny. Se movía inquieto bajo las cobijas, musitando entre dientes cosas ininteligibles, y tenía los ojos cerrados.

Estiré las cobijas lo más suavemente que pude, sin molestarlo, y anduve de un lado a otro, poniendo orden en la habitación. Noté que había seguido mi consejo y suprimido todos los cuadros que representaban arañas y serpientes; ahora las paredes estaban desnudas, sólo se veía un cromo bastante manchado del muelle viejo de Brighton. Descubrí, sobre la mesa de tocador, un pequeño reloj de pulsera de esmalte azul; en el reverso tenía una corona ducal y la inicial E formada con diamantitos. Me lo guardé en el bolsillo sin perder un segundo. Busqué por todas partes otros objetos comprometedores, pero no había más. Entonces salí a la galería, encendí un cigarrillo y me senté a esperar al doctor Bowman.

Estaba todavía obscuro, pero empezaba a aclarar por instantes; las ranas arbóreas habían cesado de cantar y no se oía otro ruido que el aislado graznido de un pájaro y el rugir lejano, atenuado, de la rompiente sobre los arrecifes. Apareció de pronto, procedente del jardín, el gato blanco y negro de Bunny, y se sentó a mirarme fijamente. Le dije: "Topsy, Topsy", y "¡Michino!"

para invitarlo a acercarse; pero volvió la cabeza hacia otro lado y comenzó a lamerse el estómago.

Por fin oí, a la distancia, el rumor de un automóvil y vi por el camino costanero el resplandor de unos faros que orlaban de oro las siluetas negras de las hojas de banano. Volví entonces a la casa y aguardé junto a la puerta.

El doctor Bowman es un hombre expeditivo, eficiente, de poco más de cuarenta años; su mujer es más expeditiva todavía, y veterinaria de profesión, lo cual resulta muy cómodo. Se granjeó mucha fama en la región cuando operó al perrito pekinés de la señora de Innes-Glendower y lo restituyó a su ama como nuevo, después que parecía ya un caso perdido. El médico me saludó alegremente y lo acompañé hasta el salón.

–¿Qué ha sucedido?

–No sé. Tiene una fiebre altísima ... más de cuarenta grados.

–¿Se la tomó usted?

–No ... yo no ... – vacilé –. Se la tomó él mismo.

–¿Y les telefoneó después?

–Sí. Entonces, Robin y yo nos levantamos y vinimos tan pronto como nos fue posible.

–Muy bien. ¿Está aquí su marido?

–No, volvió a casa.

–Me pareció que era su coche el que estaba allá, en el camino.

–No. Es el mío. Él regresó en la camioneta rural.

El doctor Bowman parecía intrigado.

–¿Vinieron ustedes cada cual en su automóvil?

–Sí – repuse muy decidida –. Pensamos que en caso de que fuera preciso llevar a Bunny al hospital o algo así, sería mejor que cada uno tuviera su independencia.

–Muy sensato – dijo secamente el médico, con cierta expresión de sospecha en la mirada–. Veamos al paciente.

Entramos en el dormitorio. Bunny ya no estaba tendido de espaldas, sino sentado, muy tieso, recostado contra las almohadas, mirando fijamente hacia adelante.

–Soy hombre de palabra – dijo con voz clara –. Y juro por mi honor como Hombre Rana que ella estará de vuelta en su cama, sana y salva, antes de que se levante la servidumbre.

–¿Qué tal, viejo? –dijo cordialmente el doctor Bowman–. ¿Me dejas que eche una ojeada a tu pecho?

–Si no hay más remedio, hazlo – dijo Bunny, cerrando los ojos como quien está fatigado–. Pero el hilo se corta por lo más delgado.

El médico se inclinó sobre él y desprendió con dedos hábiles la chaqueta del piyama. El pecho de Bunny estaba cubierto de una erupción violenta, en forma de manchas rojas.

–Me lo temía –dijo el doctor–. Viruela Boba.

–¡Santo Cielo! –lo miré boquiabierta–. ¡No puede ser!

–Mire usted por sí misma.

–Pero la viruela boba es una enfermedad infantil... yo la tuve a los siete años. Bunny es demasiado viejo para contraerla, a su edad.

–Nadie es demasiado viejo para tener viruela boba, y cuanto mayor se es, más grave se vuelve. ¿Tiene en la casa alguna persona que lo cuide?

–No, sólo a Cinthia. Viene unas horas por día. Me temo que no sea muy inteligente.

En aquel momento, Bunny abrió otra vez los ojos.

–¡Hola, Grizel! –dijo con su voz normal–. ¿Qué diablos sucede?

–Tienes viruela boba –dije–. Eso es lo que sucede.

–No es posible. Ya no soy ningún pollo para tener viruela boba; ésa es una enfermedad de chiquillos.

–Si la hubieras tenido de niño – dijo el doctor – no la habrías contraído ahora. ¿No recuerdas si la tuviste o no?

–Debo de haberla tenido –repuso Bunny–. De niño, me lo dieron todo a manos llenas, sin reparar en gastos. Mis padres eran inmensamente ricos y un tanto vulgares, según me temo.

–Será mejor que te tome la temperatura – dijo el doctor Bowman.

Después de habérsela tomado, Bunny se volvió de costado y comenzó otra vez a mascullar en voz baja. El médico sacudió el termómetro y me indicó por señas que pasáramos al salón. Me siguió y cerró tras de sí la puerta del dormitorio. Me senté y me quedé mirando, horrorizada, las tres copas de

cognac que, a todas luces, habían sido utilizadas. El médico las vio también, pero no hizo comentario alguno.

–Me parece que será mejor que vaya a su casa y trate de dormir – dijo –. Yo pediré por teléfono una enfermera y esperaré aquí hasta que venga.

–¿No hay algo que pueda hacer?

–Nada. Necesita una enfermera de noche y otra de día durante los días próximos. Está bastante mal. Pero yo me ocuparé de todo eso. El teléfono está en el vestíbulo ¿no?

–Sí –repuse distraídamente, y me levanté.

–Felizmente sus tres chiquitos la pasaron ya –dijo sonriendo el médico–, de otro modo, tendría que haber puesto su casa en cuarentena.

–¿Es una suerte, no? –sonreí débilmente–. ¿Cuánto cree usted que tardará en recuperarse?

–Dentro de diez o quince días estará mucho mejor; pero pasará más tiempo antes de que desaparezcan esas manchas.

–¡Pobre Bunny!

–Sí, ha tenido poca suerte –dijo él, y expeditivo como siempre, me escoltó hasta el vestíbulo y la puerta de calle. Había aclarado ya y regresé a casa pensativa, bajo un cielo intensamente rosado que me traía tristes memorias del pecho de Bunny.

Al llegar a casa, encontré a Robin y Eloísa sentados en la galería posterior, bebiendo café.

–Parecía un poco tonto volver a meterse en cama – dijo Robín–, de modo que se nos ocurrió esperarte y tomar una especie de predesayuno.

–¿Qué dijo el médico? –preguntó Eloísa– estaba pálida y parecía acongojada.

–Viruela boba – respondí lacónicamente.

–Pero es una persona mayor –dijo ella–. ¡Los adultos no tienen viruela boba!

–Por lo visto, sí – tomé unos sorbos de café de la taza de Robin –. Sea como fuere, eso es lo que tiene, y necesita enfermera de día y enfermera de noche; hasta dentro de tres semanas no comenzará su convalecencia y aun entonces, estará algo brotado.

–¡Esto es horrible! – dijo Eloísa –. ¿Qué puedo hacer?

Librodot

–Ninguno de nosotros puede hacer nada. Tendremos que sobreponernos – revolví en el bolsillo del abrigo–. Aquí está tu reloj pulsera –dije entregándoselo–. Lo dejaste sobre la mesa de tocador.

Eloísa lo tomó.

–Gracias –dijo, y se le llenaron los ojos de lágrimas–. Los dos habéis estado magníficos. Jamás podré expresaros mi gratitud.

–Por favor, no te preocupes por eso –dije–. ¿Por qué no me permites que te acompañe a tu habitación y te dé una buena dosis de Seconal? Puedes dormir hasta la hora del almuerzo. Pronto se levantarán los criados y los sorprendería muchísimo encontrarte a las seis de la mañana sollozando, y con un vestido de noche de Balenciaga.

–La verdad es que se trata de una copia – se puso de pie con un hondo suspiro –. Descubrí en la calle Mount a una muchacha estupenda, no tiene talento creador, pero puede copiar cualquier modelo hasta la última puntada. Si quieres, puedo darte su número de teléfono.

–Si aún vive, volaré a buscarla la próxima vez que vayamos a Inglaterra.

–Podríamos pasar por su casa, directamente desde el aeropuerto – sugirió Robin.

Eloísa volvió hacia él sus ojos melancólicos, arrasados en llanto.

–Se ha portado usted como un verdadero ángel al traerme a casa y mostrarse tan amable y comprensivo. Nunca, nunca lo olvidaré.

–Vamos, querida –dije, tomándola firmemente del brazo. La llevé arriba, al cuarto de huéspedes, y me quedé allí hasta que se hubo desnudado y metido en cama. Entonces fui a mi baño en busca del Seconal. Cuando regresé, la encontré sentada, fumando un cigarrillo, exquisitamente melancólica. Llené un vaso de agua y le di una píldora. La contempló pensativa.

–El Seconal tiene un color precioso ¿no es cierto? mucho más bonito que el Nembutal.

–Mucho más – asentí –. Pero el mejor de todos es el Sodio Amytal, con ese azul tan vivo.

–Demasiado fuerte para mí – repuso, tragando el comprimido–. Al despertar, me siento mareada –colocó cuidadosamente el vaso de agua sobre la mesa de luz y dio una chupada al cigarrillo–. Supongo que lo mejor que podría hacer sería volverme …

Librodot

–Ya hablaremos de eso más tarde.

–Pero no veo cómo hacerlo así, de inmediato. Parecería tan tonto.

–Despreocúpate – dije –. Y no pienses en nada hasta después de haber dormido bien.

–¡Cómo me gustaría recordar si la he tenido o no!

–¿Si has tenido qué?

–Viruela boba.

–No quisiera parecer entrometida ni falta de delicadeza – dije–. Pero ¿hasta qué punto llegaron las cosas con Bunny?

–Bastante lejos, a decir verdad. Quiero decir que nos metimos en cama y todo; mas nada sucedió, porque él se empeñaba en decir una serie de cosas extravagantes. Supongo que deliraba, pobrecito.

–¿No te acuerdas de alguien que "sepa" a ciencia cierta si tuviste viruela boba, de niña?

–Mi niñera lo recordaría, por supuesto, pero hace años que se jubiló. Creo que vive en algún lugar de Cumberland.

–A la mañana le cablegrafiaremos, si tienes su dirección.

–No la tengo – dijo Eloísa, desesperanzada –. Ni siquiera sé ya su nombre, porque se casó con alguien.

–Bien; queda, pues, eliminada. Tu madre vive todavía ¿no?

–Por cierto que sí – Eloísa habló con energía –. Tiene una casa de campo horrorosa, en Cap Martin, y se la pasa peleando con todo el mundo. De cualquier manera, jamás se ocupó de mí cuando yo era niña ni me prestó la más mínima atención; si me hubieran amputado las dos piernas, no lo sabría.

–Pues entonces, no queda otro remedio que esperar que todo salga bien, y aguardar a ver qué sucede. Por ahora, duérmete – apagué la veladora y corrí las cortinas para que no entrara la luz.

–Me parece que el Seconal comienza a surtir efecto – dijo soñolienta Eloísa –. Has sido estupenda en todo momento, y jamás podré pagártelo mientras viva.

Salí sin ruido, y cerré la puerta.

–¿Dónde está la duquesa? –preguntó Simón a la hora del desayuno.

–Donde me gustaría estar a mí – repliqué –. En cama, durmiendo.

–¿Por qué está en cama, durmiendo? ¿Está enferma?

–Todavía no – dijo Robin.

–Ha pasado una mala noche –me serví otra taza de café–. Me imagino que es por la nerviosidad del viaje y dormir en una cama extraña.

–Las camas extrañas suelen jugar muy malas pasadas – dijo Robin –. Yo le fruncí el ceño, pero se contentó con sonreír inocentemente.

–Yo también pasé una mala noche – dijo Nanny, con aire de mártir–. No pegué un ojo hasta pasada la medianoche, y cuando por fin me quedé dormida, oí salir los dos coches. Miré mi reloj de viaje, y eran las cuatro y cuarto.

–El señor y yo tuvimos que ir hasta la casa del señor Colville. Se sintió enfermo durante la noche y nos telefoneó.

–¡Qué barbaridad! –dijo Nanny–. Espero que no será nada grave.

–Grave, no, pero molesto – dijo Robin –. Tiene viruela boba.

–Señor Craigie, usted se burla otra vez de mí – Nanny lanzó una risita –. El señor Colville es demasiado crecido para tener viruela boba – se puso de pie, sacudiendo esmeradamente unas migajas de su bata–. ¡Vamos, niños, es hora de irnos y tengo que pasar por la oficina de Correo!

–¿Le darán jalea y crema, como a nosotros, y ese pescado blanco? –inquirió Juanita.

–Supongo que sí, querida, cuando se encuentre un poco mejor.

–Me gustó más el sarampión que la viruela boba – opinó Simón –. No pica tanto.

Cuando por fin desapareció Nanny con los niños, llamé a Tahalí y pedí más café. Robin se había sumergido en el *Reaper.*

–Tu amigo el señor Seekala se ha superado a sí mismo esta mañana – rió –. Oye esto. El encabezamiento reza: "Hermosa y distinguida visitante"; luego prosigue: "Ayer en el aeropuerto de Pendarla, Su Graciosidad la Duquesa de Fowey descendió radiante de un *Stratocruiser* de B.O.A.C. a la plenitud de nuestro célebre sol samolano. Con inefable amabilidad, "posó" para nuestros fotógrafos especiales y fue recibida por la señora de Craigie, con quien pasará unas vacaciones tropicales. Su Graciosidad es bien conocida en Inglaterra, Escocia e Irlanda por sus altos y poderosos agasajos, y nosotros los samolanos, en nuestro remoto y lujuriante paraíso, nos sentimos hon-

radísimos y excitables al darle la bienvenida a nuestra tierra y desearle muy fructíferos y alegres ratos."

–¡Bravo por el señor Seekala!

–Hay algo más – dijo Robin – que no merece tanto aplauso.

–Sigue – dije, sintiendo que se me caía el alma a los pies.

Robin continuó leyendo: "La señora de Craigie y la Duquesa de Fowey son amigas de la infancia de gran intimidad, y lo primero que Su Graciosidad hizo, después de haberla abrazado calurosamente en los oficinas aduaneras, fue preguntar tiernamente por el joven Simón Craigie, a quien ha dado el cariñoso mote de Binny."

–Gracias a Dios que ese hombrecillo idiota tiene, al menos, un oído no demasiado fino.

–De cualquier modo –dijo Robin– Binny está lo bastante cerca del hueso para quien haya entrado ya en sospechas.

–Eso no tiene remedio –dije malhumorada–. Estoy llegando rápidamente a un punto en que ya no me importa si lo sabe todo el mundo o no. Estoy harta de esta situación exasperante, que no hubiera ocurrido jamás si los dos no hubiésemos sido un par de cobardes sin carácter ni voluntad.

–Pues ahora, gústenos o no, estamos en el baile –dijo filosóficamente Robin –. La cosa es ¿por cuánto tiempo, Dios mío, por cuánto tiempo?

–Tendrá que quedarse una temporada, suceda lo que sucediere, para salvar las apariencias. Sandra prometió recibirla la semana próxima durante tres días.

–A mí no me molesta – dijo Robin –. Probablemente, no dará mayor trabajo y es ciertamente muy decorativa. ¡Tal vez podrías asignarle un papel en el desfile acuático! Quedaría despampanante entrando en la rada de Cobb montada sobre un delfín, o algo por el estilo.

–No me cabe la menor duda, pero por el momento no tenemos delfines disponibles.

–Eso es lo malo de la Sociedad Samolana de Actores Aficionados –opinó Robin–. Quizás sean industriosos, pero carecen de imaginación y de previsión.

–Calla, querido – dije –. La cabeza se me parte de dolor.

Librodot

CAPÍTULO XIV

Avanzada ya la mañana, cuando Robin se hubo ido a vigilar la cosecha de bananas, telefoneé a casa de Bunny para pedir noticias. Pensé que atendería Cinthia, pero una voz desconocida contestó: "Soy la enfermera. Me llamo Nahoona Nahooli. Tenga la amabilidad de decirme con quién estoy hablando."

–Con la señora de Craigie. Quería saber cómo está el señor Colville.

–Está durmiendo.

–Bien. ¿Todavía tiene fiebre alta?

–Eso, no me atañe a mí decirlo. Es cosa del médico.

–¿Está allí el médico?

–¡Oh no! Está en el hospital, pero vendrá a la tarde.

–Gracias –dije pacientemente–. Me hubiera agradado saber si el señor Colville ha mostrado alguna señal de mejoría.

–Está durmiendo.

–Quizás tenga usted la bondad de decirle al doctor Bowman que me telefonee cuando haya examinado al señor Colville.

–Quizás lo haga –dijo con cortesía–. Ahora, ¡adiós! – y colgó el tubo.

Salí a la galería posterior, me senté en la mecedora y contemplé el paisaje casi sin verlo. Una mangosta cruzó el césped y desapareció en un bosquecillo de casuarinas. No hay serpientes peligrosas en la isla, a decir verdad, sólo unas pocas soñolientas culebras de pajonal, pero hace unos años alguien tuvo la mala idea de importar una pareja de mangostas; ahora se han multiplicado por millones, roban huevos de los gallineros y constituyen una verdadera plaga. El jardín ondulaba en oleadas de calor y luz cegante y lamenté no tener los anteojos obscuros, pero estaban en mi dormitorio y no tenía energías suficientes para ir a buscarlos. Apareció Tahalí con la correspondencia y le pedí que me preparase un *Pescuezo de caballo;* él sonrió con aire comprensivo y se retiró. Sólo había dos cartas: una de mi madre y otra que era, a todas luces, una esquela de agradecimiento de Molly Frobisher, cuya letra garrapateada y desigual era inconfundible. Abrí primero la de mamá.

Librodot

"Mi queridísima Grizel:

Tu última carta llegó "muy bien" y la hubiese contestado antes, pero he estado en cama con un resfrío realmente espantoso. Afortunadamente, no me bajó al pecho, como suelen hacerlo todos, y ya estoy otra vez en pie.

¡Qué me dices de ese pequeño demonio del chico de Chalmers! ¡Golpear a Simón con una regla! Espero sinceramente que le hayan dado una buena paliza. No sé a dónde van a parar los niños de hoy, sin la menor disciplina. La semana pasada, Jeannie trajo a su sobrinita nieta a tomar el té, tiene siete años y medio, es gordísima y perfectamente horrorosa. Devoró todo cuanto había en la mesa sin decir siquiera "por favor" o "gracias", volcó la jarra de leche (felizmente, no era la de porcelana de Rockingham) y se la pasó lloriqueando todo el tiempo y pidiendo que la llevasen al W.C. Fue tres veces, y no estuvieron aquí más de una hora y media ¡imagínate! Después le dije a Jeannie que la niña debía de tener algo muy serio, pero dijo que no, ¡que sencillamente le gustaba sentarse allí! "Por fin" Eleanor Bartlett va a tener un bebé. Está en el séptimo cielo. Espero que sea para bien, han perseverado durante tanto tiempo y al pobre Walter le tuvieron que dar todas esas horribles inyecciones. El último jueves, por la tarde, Gracia Felds-tead me llevó a una matinée a ver la nueva obra teatral que están dando en el Court. Todos los diarios habían dicho que era estupenda, pero casi no había público. Personalmente, no me gustó mucho. Trataba, naturalmente, sobre la clase trabajadora, como todas las piezas de estos tiempos, y no había más decorados que unas puertas y ventanas, de modo que nadie sabía dónde sucedía la acción y dónde estaban todos. La muchacha no era mala, pero parecía necesitar una buena friega con agua y jabón. Gracia disfrutó de cada instante y lloró al final, cuando se llevaron al hombre a la cárcel. Mucho me temo no haber llorado, porque pensaba que allí era donde debía de haber estado desde un principio. Me parece que no tengo otras noticias. Jeannie tuvo que llevar a Angus al veterinario porque se le quedó en el gaznate un huesecillo de pollo, pero el hombre se lo sacó sin inconveniente. Ahora tengo que terminar, querida, porque ha entrado Jeannie con la bandeja del almuerzo. Cariños a Robin y a los queridos niños. Mil abrazos de tu afectísima

Librodot

Mamá

P.D. Leí días pasados en el *Daily Express* que Eloísa Fowey iba a pasar una temporada "contigo". Me quedé atónita, debo confesarlo. No tenía la menor idea de que fueras tan amiga suya. Pero probablemente no sea cierto, nunca se puede creer en lo que dicen los periódicos."

Volví a guardar la carta en el sobre con un suspiro, pensando tristemente que el *Daily Express* había sido de una veracidad absoluta. La carta de Molly era más breve e iba al grano.

"Querida Grizel:

Lo pasamos muy bien con vosotros y espero sinceramente no haberos causado molestias. El vuelo de regreso fue perfecto y Robin tan amable al llevarnos hasta el aeropuerto, dile que le enviamos cariños y que le agradecemos. Ahora estamos muy afligidos porque ha ocurrido una cosa espantosa. El mismo día de nuestro regreso, créase o no, Miguelito cayó enfermo, con alta temperatura. Yo estaba desesperada, creyendo que habría contraído alguna fiebre tropical grave, pero gracias a Dios no es sino viruela boba. El viejo doctor Akunani ha colocado la casa en cuarentena y ahora estamos esperando ansiosos a ver si caen también Sylvia y Timmy. ¿No te parece desesperante, después de esas vacaciones tan hermosas y descansadas? Ahora debo dejarte, porque tengo que ir a rociar otra vez al pobrecito con loción de Calomina. Gracias otra vez querida y cariños nuestros a todos vosotros. Tu afectísima

Molly.

Cerré los ojos para defenderlos del sol y pensé melancólicamente en el pobre Bunny. Si no nos hubiese invitado a todos a aquel almuerzo en la playa, y si no hubiese sacado del agua a ese desdichado chicuelo para traerlo otra vez a la orilla, estaría ahora probablemente sano y bueno, disfrutando de sus ilícitos amoríos, en vez de estar en cama, sudoroso y cubierto de manchas, mientras una enfermera samolana le hablaba con su vocecita de pájaro. Esto sólo demuestra, reflexioné, que las obras buenas no

implican necesariamente una digna recompensa. Parecía muy injusto que el pobre Bunny, a quien no le gustaban mayormente los niños, en consideración a mí se hubiera tomado todo el trabajo de brindar hospitalidad a los Frobisher y soportar sus alaridos, para ser castigado por ello de manera tan desagradable.

En aquel instante reapareció Tahalí con la bebida en una bandeja y la depositó a mi lado, en una mesita.

–La hice bien fuerte – dijo – porque la señora parece cansadísima.

–La señora está realmente cansadísima – dije agradecida –, pues estuvo en pie la noche entera.

–Eso ya lo sabía –dijo, con una risita.

–¿Cómo lo supiste?

–Al volver de pequeña fiesta en casa de mis amigos, anoche, encontré las puertas del garaje abiertas. Los dos automóviles habían salido. Esta mañana, encentré a mi primo Baiuna en la tienda de la señora Ching-Loo.

–¿Y qué diablos tiene que ver tu primo con todo esto?

–Es pescador –dijo misteriosamente Tahalí.

–No entiendo aún.

Tahalí me hizo un guiño de complicidad.

–Anoche, estaba en los arrecifes frente a la casita del señor Bunny y vio luces que se encendían y apagaban, y coches que entraban y salían de un lado a otro, y se dijo a sí mismo que sin duda ocurría algo de mucha excitación.

–Estaba en lo cierto –dije secamente–. Ocurría.

–Y ahora me dice Clementine, que se lo oyó decir a la misma Nanny, que el señor Bunny tiene una enfermedad boba. ¿Es eso cierto?

–Desgraciadamente, sí.

–¿Es algo que podría causarle la muerte?

–No, por Dios. Pero estará muy molesto durante una buena temporada.

–Es muy triste para él, y lo siento.

–Todos lo sentimos – dije – y estamos afligidos.

–La duquesa también está afligida – dijo Tahali –. Cuando Eulalie le llevó el café, lloraba.

Librodot

–Deben de ser imaginaciones de Eulalie – dije con energía –. La duquesa no tiene motivo alguno para llorar.

–¿No lloraría ella también por el pobre señor Bunny?

–Por cierto que no ¿por qué habría de llorar? Si lo conoció anoche, durante la cena ...

Tahali pareció sorprendido.

–Eso es sumamente raro. Yo pensaba que eran amigos antiguos.

–¿Y por qué pensabas semejante cosa?

–Porque Cinthia, que trabaja para el señor Bunny y es prima hermana de mi amigo, el del valle, ha visto todas las fotografías.

–¿Qué fotografías? No sé de qué estás hablando.

–Las fotografías que guarda el señor Bunny en el escritorio grande. Han sido tomadas a la duquesa en muy bonitas actitudes, en una de ellas luce un sombrerito de brillantes.

–Escúchame, Tahalí – dije, aferrando el espinoso tronco del peligro con toda la energía que me fue posible reunir– tienes que prometerme bajo tu palabra de honor que nunca hablarás de esto a nadie.

–Entonces ¿es verdad? –dijo él, con una simpática sonrisa.

–Sí, en cierto modo – dije –. Pero es un gran secreto y si se descubriese, el señor Robin y yo quedaríamos seriamente comprometidos. Sea lo que fuere lo que te digan Eulalie, o Cinthia, o tus primos, tías y amigos del valle, tienes que jurarme aquí solemnemente, en este mismo instante, que fingirás no saber palabra de ello.

–¿Está usted enojada conmigo? –dijo afligido Tahali.

–No, de ninguna manera; pero lo estaré si no me prometes con juramento hacer lo que te pido.

–No sé muy bien lo que es un juramento; pero lo prometeré con la mejor voluntad. Por nada del mundo quisiera causarles a ustedes el menor disgusto – Tahalí suspiró con tristeza.

–Bien. Queda, pues, convenido –me levanté–. Y nos estrecharemos las manos para confirmarlo – Tahalí, más impresionado aún que antes, tomó mi mano extendida y la estrechó con notable entusiasmo. En aquel preciso instante, Sandra entró sin anunciarse en la galería. Yo había estado tan distraída que no oí el ruido de su automóvil. Tahalí dejó caer mi mano como

si fuese una brasa, hizo una profunda reverencia y desapareció. Sandra me miró extrañada.

–¿Por qué diablos estabas dándole la mano a Tahalí ¿Se va, acaso?

–No –respondí–. Pero tal vez me vaya yo; tal vez me vaya lejos, muy lejos. Esta tensión me está volviendo loca.

Sandra se sentó en la mecedora.

–Estos zapatos son el mismo infierno – dijo, sacándoselos y arrojándolos a un lado –. Me hacen sentir como una concubina china. ¿Dónde está la duquesa de los cascos ligeros?.

–Arriba. Sentada, llorosa, en medio de los trigos ajenos.

–Creo que es "en mitad" –dijo Sandra– pero no lo juraría. ¿Qué es lo que me dicen? ¿Es cierto que Bunny tiene viruela boba?

–¡Dios eterno! –me dejé caer en la silla–. ¿Cómo lo supiste tú?

–En esta isla, todo el mundo lo sabe todo inmediatamente – repuso–. Es demasiado pequeña. La verdad es que me lo dijo la caba del hospital; tuve que ir esta mañana a ver a la pobre Lucy Togstone, que se torció una vértebra. ¿Supongo que es verdad?

–¡Ay, sí, la pura verdad! –dije–. Más aún: está bastante grave. Tiene una fiebre altísima y su pecho parece un mal cuadro de Matisse.

–¿Lo has visto?

–Claro que sí. Robin y yo hemos estado yendo y viniendo por ese camino espantoso toda la noche. Estoy rendida.

–¿Estaba allí Eloísa? ¿En la casa de Bunny?

–Sí. Ella fue la que nos telefoneó. Estaba desesperada.

–No me extraña – Sandra lanzó una risita, sin el menor asomo de piedad–. ¿Estaban, como se dice, "echando una cana al aire"?

–Creo que se preparaban a hacerlo, pero él empezó a delirar y se cubrió de manchas.

–¡Demonios! ¿Te parece que ella será contagiosa?

–Imposible saberlo. No puede acordarse si tuvo o no la enfermedad, cuando era pequeña, y la única persona viviente que podría decírnoslo en este momento es su vieja gobernanta, que está radicada en Cumberland y se ha casado con alguien de cuyo nombre no se acuerda Eloísa.

–Me mareas – dijo Sandra –. De cualquier manera, no puedo recibirla en la Casa Gubernamental hasta que lo averigüemos a ciencia cierta.

–Sí que puedes – dije–. Me lo prometiste.

–Tal vez sea "portadora" de la infección: una de esas personas que andan diseminándola por todos lados, sin contraerla ellas mismas.

–Me imagino que tú la tuviste, a su debido tiempo.

–Oh, sí. Tuve toda la colección. Mi niñez fue una serie interminable de termómetros, comprimidos, calderos de agua hirviente y cataplasmas. Fui una niñita delicada.

–Pues, de entonces aquí, te has repuesto mucho.

–No pienso censurarte tu mal genio – dijo Sandra – pero quisiera recordarte que tú misma te lo has buscado. Sin embargo, cumpliré mi promesa. Puede venir a quedarse durante tres días, con viruela boba o sin ella. Siempre queda la posibilidad de que se la contagie a Cucú, lo cual sería maravilloso.

En aquel momento apareció Eloísa, con pantalones azul zafiro, sandalias plateadas y una blusa lila.

–Hola – dijo Sandra, levantándose afablemente para saludarla –, los años fugitivos han pasado por ti sin dejar huella. Es notable, no has cambiado casi.

–¡Qué angelical de tu parte el decirlo! – Eloísa sonrió, melancólica –. Me siento centenaria – se volvió a mí–. No sabía si habría invitados a almorzar o no, ni tampoco qué ponerme. Si esto es demasiado sencillo, no me cuesta nada ponerme otra cosa.

–Estás encantadora – dije – y nadie vendrá a almorzar, a menos que Sandra quiera quedarse. Hay arroz con "curry", creo, de manera que alcanzará perfectamente.

–Me encantaría, pero no es posible –dijo Sandra, sentándose otra vez en la mecedora –. Vendrán el viejo Sir Alberto y su hija, no la chiflada, gracias a Dios; y un par de diputados norteamericanos que se dirigen a Tokio por motivos que ellos sabrán; almorzaremos a la una en punto, y después debo ir al Instituto a inaugurar una exposición de fotografías artísticas a las dos y media. Las tomó ese sospechoso sobrino de la señora Fumbasi y son muy turbias y sugerentes. Personalmente, no veo en ellas absolutamente nada;

dice Jorge que parecen haber sido "tomadas" en un cuarto obscuro, en vez de haber sido reveladas en él; pero he prometido ir, de modo que la cosa no tiene arreglo. Mientras tanto, no me vendría mal un trago.

Me levanté y toqué la campanilla para llamar a Tahali.

–Espero que vendrás a casa unos días, en la semana próxima – dijo Sandra a Eloísa –Todavía no puedo fijar un día exacto porque están por caer sobre nosotros un señor de la Junta de Comercio con su esposa y unos cuantos birmanos, pero te diré la fecha precisa antes del viernes.

–Será muy agradable –dijo Eloísa–. Eres amabilísima.

Adiviné, entre Sandra y Eloísa, esa cordialidad tirante que se da entre dos mujeres que no sienten mayor aprecio mutuo. No obstante, Sandra estaba haciendo un denodado esfuerzo, y me sentí agradecida a ella. Eloísa se instaló en la reposera y encendió un cigarrillo. Estaba pálida, y aparentemente serena, pero me inspiró lástima. Al fin y al cabo, su posición era violenta desde cualquier punto de vista. Yo no podía saber si estaba realmente tan enamorada de Bunny como lo decía; pero al menos tuvo interés suficiente como para volar desde Inglaterra para reunirse con él, sabiendo perfectamente todos los riesgos sociales que corría, y acá «estaba, reducida a mi compañía, la de Robin y los niños, sin esperanzas de reunirse con su amante, ni otro medio de escapar que unos pocos días en la Casa Gubernamental, donde –bien lo adivinaría ella en su fuero interno – no se deseaba su presencia. Todavía no estaba decidida en cuanto a mis propios sentimientos para con ella. Hasta ahora, no se había mostrado fastidiosa ni exigente. Al contrario: cordialísima con los niños, con Nanny, con los sirvientes, parecía patéticamente ansiosa por no ser motivo de embarazo para Robin o para mí, ni causarnos la menor incomodidad, salvo el hecho de su presencia física en la casa. Fuera cual fuere el desenlace de estas molestas circunstancias y a pesar de lo mucho que me exasperaba todo el asunto, resolví agasajarla lo mejor que pudiese y esforzarme por no irritarme cuando a cada instante nos tratara a Robin y a mí de "ángeles" y nos repitiera cuan agradecida se sentía. Resolví también, con menos generosidad, tal vez, hacer cuanto estuviera en mi poder para impedir que Bunny se casara con ella. Por muy hermosa, atrayente y amable que fuese, había en ella un elemento de tontería inherente a su carácter, y yo sabía con

Librodot

todo mi instinto que, a la larga, jamás se avendría con Bunny. Era éste hombre inteligente – a pesar de su irreprimible manía de ser un "aficionado" universal – y no toleraba de buen grado a los tontos; no bien se apagasen los ecos del ruidoso divorcio y pasaran los primeros éxtasis amatorios, se vería envuelto en una vida matrimonial de continuos compromisos sociales, a la cual su temperamento no se adecuaría y que, probablemente, lo haría sumamente desdichado. Muy poco sabía yo de la clase de vida que Eloísa llevaba en Inglaterra; pero a juzgar por las noticias sociales y las fotografías del *Taller,* sus amistades personales no eran del tipo que a él le agradaría. Por lo que yo sabía, la mayoría de ellas formaban parte de ese núcleo ambiguo que se denomina "mundo internacional" y que vagabundea ocioso de Londres a París, a Roma, a Cannes y Deauville; además de vagabundear – también sin objeto – de un lecho a otro, y de un tribunal de divorcio a otro, acompañados por sus abogados.

Bunny, bajo su aparente despreocupación, es un gran lector y muy aficionado a los libros; es socio –aunque debo reconocer que no muy activo– de una casa editorial de vanguardia. Cuando se halla en Inglaterra vive – en medio de algunas incomodidades – en un piso de Lowndes Square que fue transformado, de casa antigua, en departamento moderno. Allí lo cuida una cariñosa ama de llaves, una anciana llamada Mrs. Turpin, que parece salida directamente de las páginas de "Cranford". La última vez que Robín y yo estuvimos en casa, almorzamos allí con él. La comida era adecuada, si bien corriente, porque él – como Sandra – carece de fineza gastronómica; pero lo que más llamó nuestra atención fue la atmósfera omnipresente de soltería maciza y refinada. Me parecía inconcebible que pensara seriamente en abandonar todo aquello para hacer su hogar con una ex-duquesa cuyo hogar espiritual era el departamento Oliver Messel, en el Dorchester.

Mis reflexiones se vieron interrumpidas en aquel instante por la llegada de Tahalí, que traía una bandeja llena de bebidas. La dejó sobre la mesa, junto a Sandra, quien contempló pensativa las botellas.

–No sé si elegir – dijo – una ginebra rosada, que probablemente me dará una jaqueca de varias horas, o un *vodka* puro, que con toda seguridad me dará hipo.

Librodot

–Decídete por el *vodka.* Se mezcla con cualquier cosa, y seguramente tendrás que beber vino en el almuerzo.

–No estoy obligada a hacerlo – suspiró ella –, pero supongo que beberé. Necesitaré algo más fuerte que limonada para sostenerme, si he de tener a Sir Alberto a la derecha y a los diputados a la izquierda.

Cuando todas hubimos elegido las bebidas que deseábamos, y Tahali nos las sirvió, hizo una reverencia, siempre algo cariacontecido, y se retiró.

–Tahali parece muy tristón – dijo Sandra, después de una breve pausa –. No lo habrás estado reprendiendo ¿eh?

–No, por cierto. Sólo le estuve dando una pequeña conferencia sobre las ventajas de no escuchar chismes.

–Es inútil decir a los samolanos que no den oídos a chismes, es su vida misma. El sistema de llevar y traer informes por canales secretos es, en esta isla, más eficaz que el M.I.5, el F.B.I. y el *Tteuxiéme Burean* juntos – miró de reojo a Eloísa, que bebía a sorbitos un jugo de tomates, con la mirada perdida en el espacio–. ¿De qué estuvo hablando?

–La verdad es que él mismo no habló de nada – dije –. Pero sus hermanas, primos y tías lo hicieron, y yo estaba resuelta a cortar por lo sano.

–Comprendo – lanzó otra ojeada a Eloísa y levantó las cejas con gesto interrogante–. Supongo que era por eso que le estabas dando la mano con tanta gravedad cuando yo entré. Por un momento, pensé que habías perdido el juicio.

–Era una especie de pacto de honor. Le hice prometer que no vería el mal, no lo escucharía ni lo repetiría. –¡Ojalá resulte! –dijo–. Por ahora, se ve a las claras que lo ha deprimido. En cuanto a mí respecta, hace tiempo que he abandonado toda esperanza de imponer a nuestros alegres isleños las normas éticas de los "niños exploradores" de Lord Baden-Powell. No hacen sino reír entre dientes, sin entender, y hacer lo que les viene en gana.

–Tahali es de una lealtad a toda prueba, el único peligro es que se vaya de juerga, como suele hacerlo los sábados por la noche. Ese – para citar al capitán Hook – "es el temor que me corroe".

–"Oh, cuan enredada maraña tejemos, cuando el primer engaño cometemos" –me guiñó un ojo desvergonzadamente, y se puso los zapatos –. Ahora, debo irme. El *vodka* se me ha subido a la cabeza y probablemente me

Librodot

arrestarán por conducir en estado de ebriedad – se volvió hacia Eloísa–. ¿Por qué no vienes con Grizel a tomar una copas mañana a la tarde? No estaremos sino Jorge y yo, pero venid temprano, alrededor de las seis, porque estamos invitados a cenar.

–Con el mayor gusto – dijo Eloísa con una sonrisa débil– si Grizel no tiene inconveniente.

–Nosotros también estamos invitados a cenar – dije – de manera que nos viene muy bien. Robin y yo llevaremos a Eloísa a la "Taberna de Kelly". Todavía no conoce a Juanita, y me parece que es algo digno de ser conocido.

–Te espera un buen rato – dijo Sandra –. Es famosa, y está llena de variados y castizos improperios; te encantará – se puso de pie e hizo un gesto de dolor –. Es inútil, tendré que enviarlos de vuelta para que los amolden. Si sigo así, me quedaré inválida para el resto de mi vida.

Eloísa se levantó también y Sandra, ante mi asombro, le dio un breve beso en la mejilla.

–Me alegra mucho que hayas venido – dijo –. Te mostraremos todo cuanto hay que ver y, entre todos, trataremos que lo pases bien. Pienso que es realmente una coincidencia desdichada la enfermedad de Bunny – agregó –. Pero debes esforzarte por mantener buen ánimo.

Eloísa tuvo una sonrisita triste.

–Gracias – dijo –. Todos han sido angelicales para conmigo.

Acompañé a Sandra por la casa, hasta el camino delantero.

–Pobre tonta – dijo, mientras salíamos –. No puedo menos de compadecerme de ella. Espero que se habrá reanimado un poco para cuando venga a casa. Ese aspecto de hermosura quebrantada y dolorida va a poner nervioso a Jorge. Tenemos que devanarnos los sesos para buscar a algún caballero atrayente que supla a Bunny hasta que se le hayan ido las manchas. ¿Te parece que Hali Alani serviría?

–No lo veo a Hali de suplente. Es mozo de quererlo "todo o nada", si los hay. También pienso – agregué – que semejante iniciativa, en boca de la esposa del Gobernador, resulta algo escandalosa.

–Tenemos que aceptar la vida como se presenta – dijo Sandra, metiéndose en la camioneta rural–. ¿Para qué tomar actitudes éticas? De cualquier modo, tú has asumido el papel de la dama celestinesca en estos mezquinos

amoríos, bastante sórdidos por cierto, y a ti toca organizarlo todo y hacer que todos lo pasen bien – agitó la mano alegremente y se alejó; yo volví pensativa adonde estaba Eloísa.

El almuerzo fue una verdadera prueba desde el comienzo. Robin regresó de la plantación malhumorado por alguna causa. Eloísa picaba melancólicamente el plato de *curry,* que no estaba tan sabroso como de costumbre, y cuando se dirigían a ella, contestaba con monosílabos acompañados de una valiente sonrisa que a todas luces encubría un corazón lacerado. Nanny, que había estado en la ciudad tomando café en la confitería de la señorita Bank, estaba pletórica de noticias.

–El menor de los niños de Broomhead – anunció alegremente – fue derribado de su bicicleta por un camión de leche, ayer, en el camino que va a Narouchi. Pobrecito, hubo que llevarlo al hospital a toda prisa. Tiene una ligera conmoción, pero ninguna fractura a Dios gracias.

–¿Y que fue de la bicicleta? –inquirió Robin.

–Hecha añicos, y apenas hacía tres días que la tenía.

–En ese caso, no debería haber salido al camino de Narouchi.

Nanny resopló levemente, y dedicó su atención a Eloísa.

–En esta isla, el tránsito está cada vez peor. Bien lo sé, puesto que todos los días debo llevar los niños al colegio, y traerlos de regreso. Los nativos no tienen el menor sentido de disciplina vial. Sólo parece preocuparlos el ir con mayor velocidad. ¿Conduce usted, duquesa?

–Sí –repuso opacamente Eloísa, como arrancada de un trágico sueño íntimo del que acabase de despertar.

Levanté los ojos hacia Tahalí, como suelo hacerlo siempre que Nanny llama a los samolanos "nativos". Es una broma secreta entre los dos, y por lo general, responde con una sonrisita. Pero esta vez no vi en sus ojos una luz burlona, sino que permaneció mirando al frente, con aire resignado, esperando a que terminásemos nuestro *curry.* Después de una breve pausa, Nanny volvió a la carga.

–En la calle de la Reina encontré a la pobre señora de Elphinstone.

–Espero que no la haya derribado de su bicicleta – dijo Robin, sirviéndose más arroz – Yo le fruncí el ceño, pero no me hizo caso.

Librodot

–Entraba en el Correo – siguió Nanny, sin tomar en cuenta su interrupción–. Parece que su hija se escapó de la casa. Estaba afligidísima. Al fin y al cabo, hacía doce años que se había casado. Resulta gracioso ¿no es verdad?

–¡Graciosísimo! –dijo Robin.

–Eloísa, sírvete un poco más de *curry* – dije apresuradamente.

–No, gracias –repuso–. Está exquisito, pero no me es posible.

–Si ella hubiese sido una de esas mujeres alocadas – continuó Nanny, impertérrita – hubiese sido más comprensible. Pero no lo es. Es una muchacha insignificante. Los dos estuvieron aquí el año pasado, ella y su marido, y parecían muy cariñosos. Y ahora, de buenas a primeras, se fuga a Kenya con un hombre mucho menor que ella. La señora de Elphinstone no lo puede entender, y debo decir que estoy de acuerdo con ella. Parece tan cruel ¿no es así?

Otra vez se volvió afablemente a Eloísa.

–Muy – dijo Eloísa con voz apagada, y bebió un sorbo de agua.

–Digan lo que dijeren – dijo Robin – nada puede compararse con la fresa de Inglaterra.

Nanny lo miró atónita.

–¿Qué dice usted? No comprendo.

–Pues, eso – contestó Robin –. Las norteamericanas son demasiado grandes y las francesas, excesivamente pequeñas.

–¡Las *fraises des bois* francesas son exquisitas! –me volví a Nanny con aire conciliador –. La última vez que fuimos a Europa, pasamos dos semanas en París y nos atiborramos de fresas. Era durante el verano, naturalmente, y las servían en unos cestillos deliciosos, llenos de hojas verdes. Creo que deberíamos hacer un esfuerzo por cultivarlas aquí, en el jardín. Estoy segura de que crecerían muy bien en ese terrenito llano, junto al tanque de agua.

–Jamás – dijo Robin con firmeza –. Sería una flagrante falta de patriotismo.

Nanny lo miró ofendida, con los labios fruncidos, y guardó silencio durante el resto de la comida.

Más tarde, cuando Nanny hubo desaparecido y Eloísa se hubo marchado a su habitación, Robin se dejó caer en la mecedora con un lamento.

–Esto tiene que acabar de una vez por todas –dijo–.

Librodot

La combinación de la vivacidad afable de Nanny con la falta de vivacidad de Eloísa es superior a mis fuerzas. Unas comidas más como el almuerzo de hoy, y presentaré demanda de divorcio.

–¿Qué motivos aducirás?

–Crueldad mental, naturalmente – Robin lanzó otro lamento –. El solo hecho de permitir a Nanny que almuerce con nosotros es una deliberada muestra de crueldad mental, y tú lo sabes.

–Sólo a la hora del almuerzo. Cena con los niños. Y únicamente cuando almorzamos en familia. Cuando tenemos invitados, se le lleva el almuerzo a su habitación, en una bandeja.

–Hoy "no" estábamos en familia – dijo Robin, apretando los dientes–. Y lo que es más: me parece que jamás volveremos a estar en familia. Tenemos en casa, probablemente por muchos meses, a esta ninfomaníaca frustrada y taciturna, y todo porque permitiste que Bunny se te impusiera.

–Eso no es justo. Tú le permitiste que se te impusiera, lo mismo que yo. Y tampoco es generoso de tu parte el llamar ninfomaníaca a Eloísa. Quizás esté un tanto melancólica, lo concedo, pero en su lugar ¿quién no lo estaría? Probablemente, dentro de unos días se le habrá pasado.

–Yo no me opongo a una leve ninfomanía en sí misma; pero en su aspecto depresivo, acrecentado por las alegres estupideces de Nanny, es sencillamente intolerable.

–De cualquier manera –dije, acalorándome–, no mejora la situación el que te empeñes en mortificar incesantemente a Nanny, como lo haces. Hoy estuviste muy grosero con ella y la desconcertaste por completo. Probablemente, en este mismo instante esté arriba, en su habitación, llorando como una Magdalena. ¿Por qué no tratas de ser amable con ella, para variar?

–¿Qué forma de amabilidad me aconsejas? –preguntó muy serio.

–Muéstrate simpático, ten pequeñas atenciones para con ella, dale conversación.

–Hacer conversar a Nanny no presenta ningún problema – dijo Robin, hablando con acento de exasperación contenida–. Lo difícil es conseguir que cierre esa estúpida boca – con esto se levantó y se alejó malhumorado por el jardín.

Subí lentamente a mi dormitorio, tomé dos aspirinas, corrí los cortinados y me tendí fatigada en la cama. Tenía una jaqueca terrible, y el corazón lleno de malos presagios. Estaba furiosa con Robin; pero, en justicia, comprendía su punto de vista. Eloísa *había* estado taciturna; hasta Tahalí, mi apoyo acostumbrado en momentos difíciles, se había ofendido evidentemente a raíz de lo que le dijera acerca de chismes y murmuraciones, privándome de su sostén moral. Me sentí completamente deprimida y al borde de las lágrimas. Preveía que la presencia de la desdichada Eloísa en mi casa sería mucho más incómoda de lo que me había imaginado. Naturalmente, no era culpa suya, dejando de lado su estupidez inicial de haber venido a Samolo, como tampoco era culpa de Bunny el haber contraído la viruela boba. Como le dijera a Robin, era probable que se le pasase, en el transcurso de los próximos días, toda la melancolía; pero aunque de pronto se volviese más alegre que unas pascuas y se convirtiera en el alma de la fiesta, quedaría en pie el hecho de que era el cuclillo intruso en nuestro nido doméstico, y a pesar de toda su belleza y cordialidad, seguiría siéndolo. En cuanto a Nanny se refería, parecían presentarse dos disyuntivas: o le sugería con diplomacia que, mientras durase la visita de Eloísa, sería más conveniente que almorzara en su habitación, lo cual la heriría profundamente, lo tomase a las buenas o a las malas; o bien, me quedaba el recurso de invitar todos los días gente a almorzar, de modo que automáticamente quedase excluida de la mesa. Cualquiera de los dos caminos me llenaba de desesperación. A medida que se acercaba la fecha de la visita real, las semanas venideras se volverían cada vez más activas. Había prometido ayudar a Sandra en todo cuanto pudiera, y aparte de concurrir a las reuniones de la Comisión de Agasajos, habría con toda seguridad mil otras cosas que hacer. Imposible, ante tal perspectiva, iniciar una serie de almuerzos por el mero hecho de que la charla de Nanny fastidiase a Robin, poniéndolo nervioso. Me pasó por las mientes, fugazmente, la idea de fingir un repentino colapso nervioso que me obligara a instalarme en una habitación privada del sanatorio, con una pila de libros y problemas de palabras cruzadas; pero en el fondo del alma, me sabía incapaz de llevarla a cabo. En primer lugar, Robin descubriría la verdad en medio segundo; pero aun en caso contrario, un recurso tan drástico, además de vulnerar mi conciencia, lo obligaría a quedarse solo con

Librodot

Eloísa en casa, y aunque no soy por temperamento muy celosa, esto no me hacía ninguna gracia. Me volví del otro lado, muy encolerizada con Robin, Nanny, Eloísa, Bunny, Tahali, los Frobisher y todo este mundo malvado e inamistoso.

Cuando desperté, a eso de las cuatro y media, mi jaqueca no se había desvanecido del todo; pero me sentía un poco más alegre. Pedí el té, y rato después apareció Eulalie con la infusión. Colocó lánguidamente la bandeja sobre mi estómago, con expresión doliente.

–Es muy lamentable lo del señor Bunny –dijo. –Muy lamentable – asentí, con un leve sobresalto de remordimiento porque no había telefoneado después del almuerzo para preguntar por él, como me lo proponía –. –Su fiebre ha bajado – dijo –. Pero está muy colérico.

–¿Cómo lo sabes? –Me lo dijo mi primo.

Suspiró profundamente y se retiró a paso lento. Bebí el té con gratitud. Era el *Earl Grey* que Eloísa había traído y tenía un sabor humoso realmente exquisito. Cuando lo hube terminado, encendí un cigarrillo y salí a la galería. El sol estaba todavía alto y cálido, pero no abrasaba, y las casuarinas proyectaban sus sombras delicadas como manojos de plumas, sobre el sendero. A la distancia, hacia la dirección de las primeras estribaciones del Lailanu, resonaban débilmente unos tambores que indicaban la celebración de alguna fiesta local: unos esponsales, una boda o un entierro. "Qué lindo sería, pensé con envidia, ser una matrona samolana, en vez de inglesa, y vivir una existencia apacible, libre de inhibiciones sociales y éticas, sin las trabas que nuestras fastidiosas y supercivilizadas costumbres nos imponen tan innecesariamente a quienes nos consideramos cultos. Una samolana de mi edad, casada o soltera, habría dejado ya tras de sí toda inquietud, y llevaría una vida cómoda y vegetativa, viendo crecer a sus hijos, casi sin problemas domésticos que la torturasen. Cierto que, como todas las cosas son relativas, podría tener ella también sus altibajos: quizás no fuese suficiente el arroz, o su hombre regresara a casa ebrio de *kala-kala* y le diera unos cuantos golpes; pero en lo esencial, su vida declinaría lentamente hacia la tumba con una serenidad muy superior a la que mi vida parecía prometer. No es que deseara ardientemente que Robin volviera a casa bebido y me diese una tunda, ni que me pareciera agradable la perspectiva de no tener en

Librodot

casa comida suficiente; pero en mi actual estado de depresión, no podía menos de pensar que sería más fácil hacer frente a esos problemas dramáticos que decidir si convendría desterrar a Nanny a su habitación, con el almuerzo servido en una bandeja, o qué haría yo si, deshecha en lágrimas y en un arranque de dignidad herida, resolviera hacer su equipaje y marcharse, dejándome sin tener quien cuidara de los niños, mientras se cernían sobre nosotros el desfile acuático y la visita real, y Eloísa vagaba doliente por la casa, esperando que alguien la consolara.

En aquel instante sonó el teléfono, sobresaltándome. Cuando contesté, el vozarrón de Dafne resonó en el tubo.

–¿No te desperté de tu sueñito embelesador, no? – preguntó alegremente.

–No, acabo de tomar el té.

–Bien, bien. Personalmente, no lo puedo pasar… demasiado aguachento.

–Era marca *Earl Grey* –dije, a la defensiva–. Eloísa me lo trajo de la casa Jackson.

–*Chacun á son gout* –lanzó una carcajada–. ¿Cómo lo está pasando Eloísa?

–Muy bien –dije–. Ahora está en su habitación ¿quieres hablarle?

–No creo que se acuerde de quién soy, no la he visto desde los buenos tiempos del ejército. Pero si Robin y tú no tenéis compromiso esta noche, pensamos que tal vez quisierais traerla. Vamos a hacer un asado en la playa. No es una fiesta, sólo estaremos Pedro, Esmond y nosotras. Sé que la invitación es de último momento, pero pensé llamarte por si acaso …

–Creo que iríamos con gusto – dije, sin comprometerme–. Pero Robin no ha vuelto aún y no sé si habrá dispuesto otra cosa. ¿Puedo llamarte más tarde?

–Está bien –dijo Dafne–. Pero no lo dejes para el último instante, porque tenemos que preparar la carne. Será mejor que no te molestes en llamar. Si a las seis no habéis dado contraorden, daremos la invitación por aceptada.

–Magnífico – respondí –. ¿A qué hora quieres que vayamos?

–De siete a ocho, en cualquier momento. Por Dios, dile a Eloísa que no se emperifolle. Pantalones y una camisa.

–Muy bien – dije –. Va a ser lindísimo.

–De acuerdo – dijo Dafne, y colgó el tubo.

Más tranquila, fui a llenar mi baño, resuelta a llevar a Eloísa, aunque Robin se negase a aceptar. Tal vez la velada resultase un tanto ruidosa,

Librodot

especialmente si Dafne decidía embriagarse –como generalmente lo hacía–; pero cualquier cosa sería preferible a cenar en casa, tratando de conversar alegremente con Robin, mientras Eloísa se tragaba las lágrimas.

CAPÍTULO XV

A mi parecer, el Rincón del Pescador es uno de los parajes más encantadores de la isla. Trátase de un edificio largo, de una sola planta, que en otros tiempos fuera depósito para almacenar copra. Se levanta a orillas de una bahía bien resguardada y tiene su propia playita blanca, en forma de media luna, y un viejo malecón de piedra, desde el cual puede uno zambullirse en las aguas profundas. Entre las dos, Dafne y Lidia lo habían convertido en un lugar amenísimo. Hay cuatro dormitorios y otros tantos baños, una amplia cocina provista de cuanta novedad imaginable pueda verse en la exposición de "El Hogar Ideal", y un salón de estar largo, bajo de techo, que abre sobre una galería de madera construida sobre rocas coralinas y desde la cual se baja a la playa por anchos escalones de piedra. Para llegar hasta la casa, es preciso atravesar el último trecho de la plantación azucarera de Stirling, cruzando una trocha ferroviaria abandonada y un bosquecillo de "palos-hacha"; árboles del pan y casuarinas.

Robín se mostró más complaciente de lo que yo supusiera, y Eloísa aceptó la idea de ir a cenar afuera con nerviosa resignación, de modo que salimos de casa a las seis y media y nos desviamos ligeramente de nuestro camino para ir a preguntar por Bunny. La visita, aunque bien intencionada, tuvo muy relativo éxito. La enfermera samolana nos recibió con aire de sospecha, nos acompañó hasta el salón y se fue al dormitorio, de donde emergió pocos minutos después con la noticia de que el señor Colville deseaba ver a la señora de Craigie y a nadie más. Esto, como era lógico, hizo estallar en lágrimas a Eloísa, y Robin –con un alegre saludo a la enfermera– se la llevó muy de prisa al jardín. Yo entré en el dormitorio y encontré al pobre Bunny sentado en la cama, con un aspecto realmente espantoso. Tenía la cara cubierta de ronchas grandes, de un rojo subido, que habían sido generosamente rociadas con loción de calomina, lo que le daba un tono

Librodot

general Tila, tras el cual sus ojos muy azules, pero inyectados en sangre, me miraban coléricos.

–Por amor de Dios, no dejes entrar a Eloísa –dijo roncamente–. Si me viese así, jamás volvería a dirigirme la palabra.

–No te preocupes. Está en el jardín, con Robin – le sonreí compasivamente –. No te sobreexcites, nosotros la tendremos lejos. ¿Cómo anda esa temperatura?

–Francamente –dijo Bunny– no sé, ni me importa. No se me da un rábano que sea alta, baja o mediana. Y tampoco me importa un bledo si he de vivir o morir.

–Vamos, querido –le dije–, no hables así. Espero que no uses semejante lenguaje delante de esa bonita enfermera samolana.

–Esa bonita enfermera samolana es un demonio encarnado. Es optimista, alegre, capaz y completamente insoportable. No hace otra cosa que entrar y salir con bandejas, lociones y termómetros, y ya me dan ganas de hacerle bajar de un puntapié sus lindos dientecitos samolanos por su linda garganta samolana.

–Tienes que esforzarte por mantener la calma –dije, tratando de tranquilizarlo –. No conseguirás sino revolver tus jugos gástricos y empeorar.

–Ya no puedo empeorar. Me siento malísimo, y tengo el aspecto de una característica francesa de edad madura.

–Lo que te da ese aire es la calomina –dije–. Pero tienes que sobrellevarlo con una sonrisa, y no encolerizarte demasiado. Ya sé que es tremendo para ti; pero la verdad es que no queda más remedio que resignarse y esperar a que mejore la erupción.

Bunny se acomodó sobre las almohadas con aire dolorido.

–¿Cómo está Eloísa? ¿Se encuentra bien?

–Perfectamente – repuse –. Como es natural, tu enfermedad la aflige, como nos aflige a todos. Se porta muy bien y no da el menor trabajo. Lo único que debes hacer es calmarte, y tratar de no rezongar ni quejarte demasiado.

–Ese paleto estúpido del médico dice que tendré que quedarme en cama ocho o diez días más.

–Pues será mejor que hagas lo que dice. Sabe muy bien su oficio.

–¡El diablo se lo lleve! – exclamó Bunny, cerrando los ojos–. ¡El diablo se lleve a todos y a todo en todo el maldito mundo!

–Está bien, ya has jurado bastante por hoy. Creo que lo mejor será ahora que trates de dormir.

Abrió los ojos y me miró, suplicante.

–No permitirás que ella me vea ¿verdad? Prométeme que no lo permitirás.

–Pienso que, si realmente quiere verte, es poco generoso el prohibírselo –dije–. Pero si la cosa te inquieta a tal punto, trataré de explicárselo con el mayor tino posible.

–Eres una verdadera amiga – sonrió débilmente –. Y si alguna vez me curo, lo que me parece muy poco probable, te haré un magnífico regalo.

En aquel instante entró la enfermera. Dirigió a Bunny una rápida sonrisa profesional y se volvió a mí con evidente desaprobación.

–El paciente está ahora cansadísimo – dijo –. Según mis órdenes no debe recibir visitas.

–Ya me iba, de cualquier modo –repliqué fríamente–. Hice a Bunny una señal de despedida con la mano y salí. La muchacha me siguió hasta el salón de estar.

–Me llamo Nahoona Nahooli... – comenzó.

–Ya sé. Todo eso lo aclaramos por teléfono. Yo me llamo la señora de Craigie y me propongo visitar al paciente siempre y cuando se me antoje. ¿Cuál es su temperatura, hoy?

–Eso es algo que no se me permite decir.

–¡Tonteras! –dije, con acento levemente iracundo–. No es ningún secreto de Estado, y probablemente no le importe a nadie, fuera de los que sienten afecto por él. Yo soy una de sus mejores amigas, de modo que haga el favor de decirme inmediatamente qué temperatura tiene y no sea tan tonta.

Intimidada por mi tono, retrocedió unos pasos.

–Tenía treinta y nueve y medio cuando se la tomé a las tres –dijo de mal talante.

–Bien –premié su respuesta con una fría sonrisa –. Probablemente vuelva mañana. Le agradezco mucho.

La dejé y salí a la galería, donde encontré a Eloísa y Robin que fumaban sendos cigarrillos y contemplaban tristemente el mar. Mientras

caminábamos lentamente en torno de la casa, hacia donde estaba el automóvil, le expliqué a Eloísa que Bunny estaba muy mejorado; pero que no deseaba que ella lo viera en ese estado. Lo aceptó, pero había en su acento una nota petulante.

–Si estaba dispuesto a dejarse ver de ti, no veo por qué no me lo hubiera permitido a mí también.

–Nuestras relaciones tienen un carácter bastante diverso –dije–. Su vanidad masculina no sufre mayormente por el hecho de que yo lo vea con el aspecto de una característica francesa de edad madura; pero si tú lo vieses, se sentiría muy humillado. Sin duda lo comprendes.

–¿Qué quieres decir? ¿Cómo es eso de actriz francesa de edad madura?

El precioso rostro de Eloísa se contrajo, desconcertado.

–Es por la loción de calomina – expliqué –, que lo hace parecer muy empolvado y color lila intenso.

–¡Pobre ángel! –dijo ella, con un hondo suspiro.

Subimos al coche y partimos. A vuelo de pájaro, pocas millas separan la casita de Bunny del Rincón del Pescador; pero el camino se interna en la isla y da mil rodeos, de modo que el trayecto es más largo de lo que parecería. Mientras viajábamos, me pareció prudente poner a Eloísa en antecedentes del caso de Dafne y Lidia.

–Es un grupo bastante excéntrico – expliqué –. Pero las dos son muy entretenidas. Probablemente recuerdes a la mayor, Dafne; estaba en nuestro regimiento.

–Tengo una vaga idea de ella – dijo Eloísa –. Una vez, me tiró una llave inglesa. Pero supongo que sólo fue porque la puse nerviosa. En el regimiento, parece que tenía el arte de exasperar a todo el mundo.

–Eras mucho más joven que casi todas nosotras – repuse galantemente.

–No era eso solamente – miró por la ventanilla, pensativa, durante unos instantes –. Es que nunca hacía las cosas como era debido ¿no es verdad? Y siempre me olvidaba de decir "Señora" cuando debía hacerlo. Me acuerdo que un día, frente al hotel Claridge, Mimsy Wargrave se puso furibunda conmigo porque no le hice la venia. Pero ¡parecía tan idiota, cuando las dos habíamos estado hasta las cinco de la mañana en la misma fiesta, y habíamos bebido de más!

–Pero ella era tu oficial superior –dije con lealtad.

–Todas eran mis oficiales superiores. Eso era lo inaguantable.

–Estoy con usted –dijo Robin–. A mí también me dieron una buena por no hacer la venia a mi tía, en la Plaza Sloane. Dobló la esquina a trancos, metida en su cinturón militar muy ajustado, y me tomó completamente de sorpresa. Dije "¡Jesús!", dejé caer la careta antigás y me metí en la tienda Peter Jones. Pero me siguió como un rayo, y tuvimos una escena horrible en la sección de vajilla. Me dejó allí, temblando como una hoja, rodeado de juegos de desayuno.

–No creo que fuera posible conseguir juegos de desayuno durante la guerra; ni siquiera en la casa Peter Jones.

–Ya estás tú – dijo Robin – tratando de socavar mi moral, como de costumbre.

–De cualquier manera – dije volviendo al tema de Dafne y Lidia – la casa es realmente preciosa, y la comida será excelente, con toda seguridad, pues siempre lo es; pero prepárate a decir adiós en cuanto te haga señas. A partir de cierta hora de la velada, Dafne pierde todo dominio de sí.

–¿Se profesan gran cariño? –preguntó Eloísa.

–Creo que así debe de ser, han pasado juntas largos años.

–Es curioso –dijo Eloísa, pensativa–, jamás he sentido inclinación alguna de ese tipo–. ¿Cómo suponéis que proceden?

–Podríamos tratar el tema durante la comida –dijo Robin, mientras el coche se zarandeaba sobre las vías del tren.

–Quiero decir – prosiguió Eloísa – que no comprendo cómo podría ser ésa una relación satisfactoria, en el sentido material.

–Su delicadeza la honra, Eloísa – dijo Robin.

Ella, por primera vez en el día, rió entre dientes.

Entramos por un camino estrecho, bordeado de *hibiscus* y *poinsetias* y nos detuvimos ante la puerta principal, que nos fue abierta al instante por Dafne en persona; llevaba pantalones marineros acampanados, una camisa de pescador, a rayas, y aros de perlas. Sostenía en la mano izquierda un trinchante, y nos saludó con entusiasmo.

Librodot

–¡Esto se llama llegar a tiempo! –dijo–. En este instante íbamos a poner la carne al fuego – se volvió a Eloísa y le estrechó la mano cordialmente–. ¡Qué me soplen! –la contempló admirada–. ¡De veras que estás deslumbrante!

Eloísa, un poco dolorida aún por el apretón de manos, puso en funcionamiento toda su simpatía como si hubiera encendido una luz fluorescente.

–¡Qué agradable verte, después de tantos años! – exclamó.

–No creí que me recordarías siquiera – dijo Dafne, precediéndonos por la casa, mientras nos dirigíamos hacia la galería –. La verdad es que han pasado siglos.

Luego nos saludó Lidia, que vestía pantalones verdes y blusa rosada, y nos presentó con su dulce vocecilla aflautada a su huésped, Úrsula Gannet. Llevaba ésta pantalones de terciopelo negro ceñidísimos, una chaqueta corta, negra también, blusa blanca y pañuelo rojo al cuello. Su pelo renegrido estaba peinado hacia atrás y relucía como charol bajo la luz de las lámparas. Tenía una sonrisa simpatiquísima, una dentadura perfecta y parecía un torero levemente afeminado. Pedro y Esmond, trajeados respectivamente de color café y azul marino, fueron presentados a Eloísa, y todos nos sentamos mientras el sirviente chino de la casa, Loo Chung, nos presentaba sucesivamente una bandeja con copas de ponche de ron.

–No sé si te gustará esta bebida dulzona – dijo Dafne a Eloísa –. Es una especialidad de la casa, y el orgullo de Loo Chung; pero personalmente prefiero seguir fiel al whisky escocés.

–Preferiría probar esto – Eloísa paseó una sonrisa deslumbrante sobre todo el grupo–. Parece exquisito – tomó un vaso de la bandeja y Loo Chung profirió un leve resoplido de satisfacción.

Robin y yo nos servimos sendos vasos y nos recostamos cómodamente en nuestros asientos. Pedro y Esmond revoloteaban en torno de Eloísa, ofreciéndole cigarrillos, aceitunas y palitos salados.

–No pierdas el tiempo en eso – dijo Dafne –. Están por llegar unos bocaditos de queso, calientes, que también son de nuestra especialidad; pero, eso sí, están llenos de ajo. Supongo que no tienes nada contra el ajo ¿no?

–Lo adoro – dijo Eloísa, radiante –. Siempre que los demás coman también.

–En esta casa, no es menester preocuparse por ello – exclamó Lidia –. Todos nos alimentamos prácticamente de ajo.

–Es la purísima verdad –murmuró a mi oído Úrsula Gannet con su grave voz de contralto –. A cada instante me despierto de noche y debo levantarme y beber litros y litros de agua.

–Dicen que es muy saludable – dije –. Pero yo nunca me he convencido del todo.

–Usted no se parece nada a la idea que me había forjado – dijo bruscamente –. Las muchachas han hablado mucho de usted, pero no es ni remotamente lo que me imaginé – se inclinó hacia mí y escudriñó mi cara, como buscando en ella alguna señal de nacimiento que le permitiera identificarme; sus ojos, bajo las cejas negras muy depiladas y pintadas, tenían una mirada hipnótica, y se había puesto demasiado "Arpége".

–¿Y qué era lo que se había figurado usted?

–No estoy muy segura; pero una persona más opaca, menos vibrante.

Me reí algo avergonzada, y bebí un sorbo de ponche.

–Me temo no estar esta noche particularmente vibrante – dije–. Entre una cosa y otra, he tenido un día sumamente cansador.

–No se trata de lo que uno siente, sino de lo que es – me dirigió una sonrisa penetrante –. Todos tenemos ciertas cualidades, aun cuando puedan parecer paradojales; esas cualidades duermen en nuestro interior como espirales elásticas arrolladas que esperan el momento de que las suelten. Ciertas personas las intuyen, otras no; pero allí están, por mucho que nos esforcemos en ocultarlas.

–La verdad es que no creo que haya en mi interior muchas cosas que trate de ocultar –dije–. Por el contrario, generalmente me echan en cara el ser demasiado extravertida. Tengo marcada tendencia a hablar demasiado en cuanto se presenta una coyuntura favorable, y frecuentemente mi propia locuacidad me arrastra y digo cosas que más tarde – después de madura reflexión – desearía haberme guardado.

–Comprendo perfectamente todo eso –volvió a sonreír–. Pero no es lo que quiero decir. ¿En qué mes nació usted?

–En diciembre.

Librodot

–¡Aja! –exclamó triunfante–. ¡Sagitario! Eso explica muchas cosas. Tengo la intuición de que seremos excelentes amigas.

–También lo espero yo, ciertamente. Tiene usted que venir algún día a conocer mi casa. No es, ni con mucho, tan bonita como ésta; pero tiene sus aspectos agradables.

–Su marido tiene manos hermosísimas –dijo ella, después de una breve pausa –. Lo advertí desde el instante en que entró. ¿Toca algún instrumento musical?

–Me temo que no – repuse –. Creo que trató de aprender a tocar el saxofón, en su juventud, pero eso no puede relacionarse con sus manos ¿no es verdad?

En aquel momento, nos interrumpió Dafne, que posó ruidosamente su vaso sobre la mesa.

–¡Maldición! – exclamó –. Me había olvidado por completo del asado. Vengan, muchachos, denme una mano. Pueden traer sus bebidas –levantó el trinchante, que había dejado sobre la barandilla de la galería, y desapareció por las gradas que bajaban a la playa. Esmond y Pedro la siguieron, y Robin permaneció tranquilamente en su asiento.

El último resplandor del día habíase borrado ya del cielo, y las luciérnagas comenzaban a salir.

Loo Chung salió de la casa con una nueva bandeja de vasos de ponche; lo seguía una bonita doncella samolana que portaba dos fuentes con tapa. Lidia se levantó de un salto y tomó una de ellas.

–¡Por fin! –dijo–. Pensé que había ocurrido algo espantoso – se acercó con la fuente y se la ofreció a Eloísa–. Tenga cuidado; probablemente, están muy calientes – Eloísa tomó una tarteleta de queso y la mordió con precaución.

–Tenía usted razón en lo del ajo –dijo alegremente–; pero la verdad es que están sabrosísimas.

Todos nos servimos, y Úrsula Gannet se inclinó hacia Robin.

–He estado conversando con su esposa –dijo–. Es una persona excepcional.

–Todos dicen lo mismo cuando acaban de conocerla – repuso Robin, con la boca llena –. Pero pronto cambian de opinión.

–Es la persona más excepcional que he conocido – dijo Eloísa, en quien los vasos de ponche de ron estaban surtiendo efecto, evidentemente–. Desde que llegué, se ha portado conmigo como un ángel.

Lidia se volvió a Robin y a mí.

–Estoy de acuerdo. Los vemos a ustedes muy poco. Deberían venir a visitarnos con mucha mayor frecuencia. –Con el mayor gusto – reprimí una risita de vergüenza. Siempre me siento incómoda cuando me dicen cumplidos. No es que me disgusten, pero me infunden una molesta sensación de timidez, me siento en evidencia. En los últimos quince minutos me habían dicho que era vibrante, que escondía en el fondo de mi ser ocultas y paradojales condiciones que esperaban, como resortes comprimidos, el momento de ser puestas en libertad, que era una persona excepcional y un ángel. Todo esto, sumado a los fortísimos ponches de ron, se me había subido a la cabeza, y me alborotaba. Decidida a escapar lo más pronto posible de ese foco de notoriedad, me devanaba los sesos para hallar la forma de cambiar de conversación de un modo no demasiado brusco, cuando llegó de la playa un sonoro "¡Hola!" y Lidia corrió a la barandilla y gritó: "Está bien, ya vamos, ya vamos." Se volvió hacia Eloísa:

–Dafne suele ponerse furiosa si uno no está a tiempo para su bendito asado – dijo –. ¿Alguien desearía pasar al baño o algo, antes de bajar?

Eloísa dijo que, pensándolo bien, le parecía conveniente, y Lidia hizo una seña a Úrsula Gannet.

–Muéstrale el camino –dijo– mientras voy a aplacar a Madame Boulestin.

Úrsula Gannet acompañó a Eloísa a la casa, mientras Robin y yo seguíamos a Lidia por las gradas de piedra que bajaban a la playa. Todo parecía muy romántico: unas linternas sordas medio sepultadas en la arena, y la mesa puesta junto a un almendro silvestre. Dafne, Pedro y Esmond iban y venían, saltando como derviches agitados, en torno de una gran parrilla. De pronto, tuve que ceder a la tentación de risa que me estaba amenazando desde hacía rato.

–Espera un momento –dije débilmente a Robin–. Me siento histérica.

Robin se detuvo de buen grado.

–Vamos, domínate, viejo rocín –dijo–. Todavía tenemos mucho que andar, la velada apenas comienza.

Lidia se nos adelantó, y yo me recosté contra una roca, tratando de pensar en cosas tristes, pero sólo lograban hacerme reír más aún. Revolví en mi bolso, en busca de un pañuelo. Robin encendió un cigarrillo y me lo pasó. Lo fumé con alivio, secándome los ojos al mismo tiempo. –¿Quién es el torero? –preguntó–. Me dio un susto mayúsculo.

–No sé. Creo que es una amiga de Lidia. Me dijo que yo era vibrante.

–Seguro que dice eso a cada mujer con quien topa.

Bajamos lentamente las gradas y llegamos a la playa.

–Que cada cual se siente donde le plazca – gritó Dafne, que estaba muy colorada de permanecer junto al fuego–. Aquí no hay etiqueta.

Cuando Eloísa y Úrsula Gannet reaparecieron y todos nos instalamos en torno de la mesa, me hallé sentada entre Lidia y Esmond Templar. La Luna acababa de levantarse sobre el horizonte y dibujaba un sendero de luz dorada sobre las aguas. Muy lejos, en los arrecifes, titilaban unas antorchas, señal de que los infatigables pescadores samolanos estaban arponeando pulpos. Yo lo he hecho con Robín una o dos veces, y es divertido; pero inquietante al mismo tiempo, porque siempre me asalta el temor de que salga de una cavidad del arrecife una anguila eléctrica y me ataque, como suelen hacerlo cuando se las irrita. También está el desagradable problema de dar muerte al desdichado *octopus* cuando se lo ha arponeado. Jamás he logrado hacerlo por mí misma, y por lo general, alcanzo mi presa al samolano más próximo, con gesto de repulsión, y luego me vuelvo y miro fijamente en dirección opuesta, pues el método con que los liquidan es veloz, eficaz y repulsivo en grado sumo. Los toman firmemente y, sin hacer caso de los tentáculos que se agitan y revuelven, les sacan los ojos de un mordisco, con alegre despreocupación. Esto los despacha en un segundo, y el cadáver – que aún se retuerce – es arrojado en un balde, y adelante. Los pulpos o calamares – jamás he logrado distinguirlos unos de otros– son considerados por los isleños un manjar exquisito. Los he comido a veces, con manteca *á la Meuniére,* o mezclados con arroz en una suerte de paella, pero jamás con verdadero placer, pues la verdad es que no me agrada el sabor a caucho caliente.

En los años que llevo aquí, jamás me he reconciliado del todo con los platos aborígenes corrientes. Algunos, como el puré de bananas, el fruto

Librodot

asado del árbol del pan y los *paupis,* que son unas croquetitas planas de langosta y coco, son deliciosas, pero la mayoría resultan repugnantes. Robin suele reprenderme a menudo por esto, y me acusa de insular, diciendo que sólo acepto el clásico *pudding* inglés. Dice verdad; pero yo he advertido que cada vez que le ponen delante algo particularmente autóctono, pide jamón cocido.

Aquella noche, la comida no tuvo nada de exótica y fue realmente sabrosísima. La carne asada estaba a punto, y Dafne había preparado una salsa especial, más bien picante, para acompañarla, que era una delicia. La ensalada, mezclada por Lidia con mano experta; las verduras: un puré hecho con la fruta del árbol del pan y arvejas frescas cocidas con menta; el postre: compota de ananá, helada, con bananas empapadas en aguardiente de cerezas; el queso y el vino, eran exquisitos, y al terminar la cena me repantigué en mi asiento saciada, benévola y algo soñolienta.

Durante la comida, la conversación había sido general y versó sobre tópicos muy variados. Esmond y Pedro interrogaron con gran interés a Eloísa acerca de la temporada teatral londinense, tema sobre el cual no pudo informarles de nada importante, pues sólo había visto "Mi Bella Dama" y una pieza que se daba en el Lírico de Hammersmith, de cuyo nombre no logró acordarse. Trabóse luego una acalorada discusión acerca de la última novela de problemática sexual llegada de Estados Unidos; había logrado cierto éxito y se titulaba "La cuerda del laúd se rompe". Describíanse en ella los ensueños eróticos de una solterona de Nueva Inglaterra, que se había prendado de un mastín de caza. Las notas críticas habían sido entusiastas y laudatorias, recibió un premio y fue prohibida en Boston. Los únicos que la habían leído eran Pedro, Esmond y Úrsula Gannet, aunque Lidia recordaba haber visto en *The New Yorker* una nota bibliográfica sobre ella.

–Tiene magnitud – anunció Úrsula Gannet con acento misterioso –. Y hay en ella momentos que me conmovieron profundamente.

–A nosotros nos pareció horrible, ¿no es cierto, Pedro?

– dijo Esmond –. Un amigo de Nueva Orleans nos la envió de regalo para Navidad.

Librodot

–Pues yo –dijo Dafne con voz de trueno– opino que es una obra estúpida. No entiendo por qué la gente escribe sobre cosas semejantes – desde la cabecera, dominaba la mesa.

–Esas cosas son el amor – Úrsula clavó en ella una mirada fría –. Es un brillante análisis de la soledad del corazón humano.

–Pues a nosotros nos pareció siniestro – replicó Esmond, sin apabullarse–. ¡Esa vieja lúgubre y ese pobre perro!

–El perro no es otra cosa que un símbolo – dijo con energía aplastante Úrsula Gannet.

–Sea un símbolo o no, lo cierto es que pasaba muy malos ratos, y usted no tiene otro remedio que reconocerlo.

–No interesa tanto a quién o a qué cosa se ama – dijo Úrsula– como la "capacidad" de amar: he ahí lo importante.

–Aun en ese caso – interpuso Robin – pienso que un perro de caza ya es demasiado. A menos, naturalmente, que yo mismo fuese uno de esos animalitos – añadió.

–Los *basset* ¿son esos perros que, en lugar de cola, tienen una especie de muñón? –preguntó Eloísa.

–No, querida –dije–. Esos son los *eorgies.*

–Los norteamericanos parecen gustar mucho más que nosotros de ese tipo de cosas – afirmó Lidia –. Quiero decir que todos los libros que ahora escriben parecen estar llenos de temas eróticos.

–Supongo que todos, de uno u otro modo, estamos llenos de intereses eróticos –dijo Pedro–. Pero creo que no les damos tanta importancia como ellos. Este amigo nuestro de Nueva Orleans es un verdadero mártir en ese sentido. Cada vez que tiene algún enredito, queda en un estado mental lamentable y se precipita a consultar a su psiquiatra. ¡Le cuesta una fortuna!

–Supongo que será un anormal – preguntó Úrsula Gannet.

–¿Acaso no lo somos todos? –exclamó Esmond y estalló en grandes risotadas.

–Todos, no –interpuse yo con suavidad.

–Estás bebiendo demasiado – dijo Pedro a Esmond –. Trata de recordar que estás entre gentes muy diversas.

En ese instante, cambié sin proponérmelo la conversación al atragantarme con un sorbo de agua. Dafne se levantó de un salto y se me acercó.

–¿Quieres que te dé unos golpes en la espalda? –preguntó.

–No, preferiría que no – jadeé –. Ya se me pasará, dentro de un momento.

–Bebe más agua –dijo Dafne.

–Come un poco de pan – sugirió Lidia.

–Sigue ahogándote –dijo Robin–. Despejarás la atmósfera.

Esto me provocó un nuevo espasmo que se prolongó, convulsivamente, por espacio de varios minutos. Cuando pude por fin dominarme, y comencé a secarme los ojos lacrimosos, Úrsula Gannet se inclinó hacia mí por encima de la mesa.

–¡Bravo! – murmuró, con una sonrisa misteriosa –. ¡Cuanto más la conozco, más admiración me causa! Le sonreí débilmente, y lancé una ojeada a Robin, que contemplaba con aire inocente el mar y tarareaba en voz baja la "Canción del Toreador" de "Carmen". Felizmente, Dafne nos invitó en ese instante a tomar el café en la playa para que los sirvientes pudieran levantar la mesa. Se había dispuesto sobre la arena, unos pocos pies por sobre el límite extremo de las aguas, un semicírculo de sillas. En el centro de este semicírculo se hallaba una mesilla baja, de bambú, sobre la cual había dos linternas sordas y una bandeja con servicio de café. La Luna estaba ya alta en el cielo y, sobre la arena, se recortaban con negrura de tinta las sombras de los cocoteros y los almendros silvestres. No corría un soplo de viento y las velas ardían serenamente, sin la menor oscilación, en el interior de las graciosas linternas de vidrio. La bahía, los promontorios y los montes lejanos parecían luminosos contra el cielo obscurísimo, y en las olitas que morían a nuestros pies se dibujaban vividas estrías fosforescentes. Me senté junto a Eloísa, que escudriñaba ansiosamente su imagen en el espejo de mano, y encendí un cigarrillo.

–Debes reconocer –dije– que Samolo te está recibiendo lo mejor que puede.

Sonrió distraídamente.

–Todo esto es maravilloso – dijo –. Y todos son unos ángeles.

La miré, sentada a mi lado bajo la luz de la Luna, y pensé sin resentimiento en la extraña imparcialidad de la naturaleza. ¿Por qué había sido dotada Eloísa Fowey, de soltera Eloísa Fox-Barron, de todos los

atributos físicos imaginables que podría codiciar el corazón de una mujer? Su figura tenía proporciones perfectas, era esbelta donde correspondía y redondeada donde debía redondearse; sus piernas eran largas y delgadas; las manos, delicadas y la tez, impecable. Los huesos de su cara resistirían victoriosamente y durante muchísimo tiempo los estragos de los años, dándole siempre una estructura básica armoniosa. Su lindísimo pelo de un rubio ceniciento se platearía con la edad en forma sentadora; se arrugaría, pero su hermosura indeleble permanecería intacta en lo esencial hasta que llegara a centenaria. Con cierta malicia, concebí la esperanza de que, para entonces, el paso de los años hubiera enriquecido algo su vocabulario; no era cosa muy probable, pues frisaba ya en los cuarenta y no se advertía por ahora la más pequeña mejoría de esa índole. Y no es que fuese absolutamente estúpida. Ocasionalmente, lucía en sus bellísimos ojos un destello de astucia, y de tarde en tarde era capaz de decir cosas divertidas; pero yo me daba cuenta de que esto dependía en buena parte del uso de una "jerga" adquirida. Su sentido del humor – el poco que poseía – se basaba más en la imitación que en lo personal o inherente. Hacía tanto tiempo que andaba entre gentes que charlaban y bromeaban de ese modo particular que acabó por asimilar – sin proponérselo ni pensarlo siquiera– sus frases hechas, sus exageraciones e idiosincrasias verbales. Me intrigaba la idea de cuánto tardaría Bunny – si es que llegaba a cometer la tontería de casarse con ella – en descubrir todo esto, y cuánto tiempo permanecería subyugado por el deseo físico que sentía por esta mujer, su mente despierta y llena de interrogantes. Imposible saberlo, como es natural. A lo largo de la historia universal ha habido hombres de clara inteligencia que han sido esclavizados durante mucho más tiempo del que podría suponerse por mujeres hermosas, pero huecas. Allí estaban Nelson y Emma Hamilton; Napoleón y Josefina; Bothwell y María Estuardo, aunque ese asunto terminó con bastante rapidez. Descarté el caso de Antonio y Cleopatra de mi nómina porque nadie podría tratar a Cleopatra de tonta. Era una "moza sin par" y más aguda que su propia aguja. También eliminé a Peleas y Melisenda por el hecho de ser entes de ficción, aunque si de pura y completa estupidez se trata, la pobre Melisenda se lleva la palma, sin la menor duda. Comparada con ella, Eloísa

se transformaba automáticamente en Germaine de Stael y Madame Curie juntas.

Úrsula Gannet se acercó a mí y me pasó una taza de café.

–Parece usted pensativa –dijo–. Me pregunto en qué meditaba.

–En mujeres hermosas –dije, y al instante deseé no haber hablado.

Me pasó el azucarero como si me diese un espaldarazo, y me serví nerviosamente dos terrones.

–Uno de estos días, debemos conversar largo y tendido – me lanzó una sonrisa misteriosa y se alejó.

–Esa me pone carne de gallina – dijo Eloísa –. Tiene una mirada tan extraña. ¿De dónde te parece que habrá salido?

–Creo que tiene una casita de campo en Kent. –En Kent hay muchas como ellas – lanzó una risita–. No hace mucho, pasé un fin de semana con Marjorie Pratt en Lyminge, y me llevó a las carreras de la zona, y sabrás, querida mía, que el *paddock* estaba lleno de estas mujeres, con sus pantalones de *corderoy* palmeándose unas a otras y dando trancos. Marjorie me hizo reír muchísimo, con ese motivo. ¿Conoces a Marjorie, no? –No, temo no conocerla.

–Es un ángel. Tienes que hacerte amiga de ella cuando vuelvas a Inglaterra. Las dos haríais muy buenas migas. Ella es la que se fugó a Venecia con Bogey Piekard hace unos años; los diarios hablaron muchísimo del caso. A Droopy no le gusta porque siempre lo está embromando, sin lástima, y porque suele emborracharse un poco después de la cena.

–Parece encantadora – dije mecánicamente, notando que era la primera vez que mencionaba al abandonado duque desde su llegada a la isla–. Y hablando de él ¿cómo está Droopy?

Hizo un mohín y se encogió de hombros.

–Como siempre –repuso, suspirando–. Eso es lo malo del pobre ángel, siempre está como siempre…

–¿Qué dijo cuando le comunicaste que viajabas tan lejos para pasar una temporada conmigo?

–Nada especial –clavó en el mar una mirada abstraída–. Nunca dice nada especial sobre nada.

–¿No tuvo sospecha alguna de que venías realmente a ver a Bunny?

Librodot

–Oh, no. Jamás sospecharía nada.

–¿Todavía está enamorado de ti?

–Locamente – replicó Eloísa, con un leve fruncimiento de ceño–. Pero no hablemos de estas cosas, porque me hacen sentirme un monstruo.

–¿Has tomado alguna decisión sobre lo que harás... algún día?

–No –revolvió el café, y su expresión se volvió algo petulante –. Bunny y yo empezamos a tratar el tema la otra noche; pero vagamente, porque hacía mucho que no nos veíamos, y el momento no parecía el más adecuado para hacer proyectos e idear artimañas. Además, él tenía fiebre, aunque no lo sabíamos todavía, y decía cosas bastantes extravagantes.

–Todo ha sido un cúmulo de contratiempos –dije, compadecida.

–Sí, ni más ni menos ¿no es cierto? –permaneció silenciosa–. No sé qué hubiera hecho sin Robin y tú, habéis sido ...

–No lo digas –me incliné, y le tomé firmemente la mano–. Por favor, no lo digas. Sé perfectamente bien lo que hemos sido. Hemos sido unos verdaderos ángeles.

Pareció sorprenderse.

–Era exactamente lo que iba a decir.

–Lo sé. Pero no lo digas, porque no es verdad. Todo cuanto hemos hecho es conducirnos normalmente en circunstancias un tanto inesperadas. Cualquier otro hubiera hecho lo mismo.

–No, no lo habría hecho –dijo–. Habéis sido unos ángeles, y es inútil fingir que no es así.

En aquel instante, Úrsula Gannet pasó a mi lado con una taza de café que llevaba a Robin. Retiré mi mano de la de Eloísa con aire de delincuente, pero era demasiado tarde. Advirtió mi gesto furtivo con un ligero alzamiento de sus cejas pintadas y me lanzó una ojeada tan intensa que dejé caer la cucharilla en la arena.

Cuando la hube recuperado, ella estaba ya lejos y me eché a reír.

–¿Qué ocurre? –preguntó Eloísa. –Nada, nada. Solamente el vino, las luces y la música ...

–¡Pero si no hay música!

–La hay, si eres capaz de oírla – dije, un poco atropelladamente–. Para comenzar, tienes la música de las esferas. Luego, el rumor de la rompiente,

sobre los arrecifes, y las ranas arbóreas, y las cigarras, para no decir nada de la aguda nota de las emociones de las gentes.

–¡Tienes que hacerte amiga de Marjorie Pratt! –dijo Eloísa–. Le encantaría tu manera de expresarte.

Dafne dejó la bandeja del café y acercándose, se sentó en cuclillas cerca de nosotros.

–¿Quién quiere dar una vuelta por la bahía en la Chris-Craft? – dijo –. Aunque sólo sea para sacarse los pámpanos de entre el cabello.

–¿No hay peligro de mojarse? –Eloísa no parecía muy decidida.

–En el asiento delantero, estarás más seca que un hueso; por lo demás, el mar parece una balsa.

–¡Oh, Dafne, ahora no, por favor! –exclamó Lidia con petulancia–. ¡Por amor del Cielo, vamos a digerir la cena y a descansar!

–Si no quieres, no es necesario que vengas *tú* – en la voz de Dafne había una nota peligrosa –. Invité a Eloísa y a Grizel.

–Preferiría quedarme donde estoy, por ahora – dije –. Me siento con el estómago repleto y algo soñolienta.

Dafne, poniendo la mano sobre la rodilla de Eloísa, la miró suplicante:

–¡Vamos, anímate! –rogó–. Diez minutos, nada más…

–Está bien – Eloísa se puso de pie, a regañadientes–. Pero tengo que envolverme la cabeza con algo.

–¡Bien por ti! – exclamó Dafne, levantándose de un brinco y sacudiendo la arena de sus pantalones con la violencia de un perro ovejero que emerge de una laguna–. Puedes usar mi bufanda –tomó a Eloísa de la mano y la condujo por la playa hacia el amarradero. Yo vi, con el rabillo del ojo, que Úrsula Gannet lanzaba una ojeada resuelta hacia la silla vacía que había quedado a mi lado, y llamé apresuradamente a Pedro Glades, quien se aproximó y tomó asiento antes de darle tiempo a venir.

–¿Hay alguna novedad sobre el desfile acuático? – pregunté.

–Por el momento, el caos – rió entre dientes –. Kerry Stirling ya ha escrito metros y metros del verso más blanco posible, e Inky Blumenthal –que desde hace días está atornillado a su viejo piano Bechstein– dice que el ritmo no se adecua a la música de fondo que está componiendo. Parece que tuvieron una escena terrible en casa de Alma, el domingo por la noche, y que Inky se fue

Librodot

dando un portazo y furibundo. Pero en estos días, Alma e Ivy han estado derramando litros de aceite en todas direcciones, y hubo una famosa reconciliación, y ahora están trabajando juntos, tan en armonía como si fuesen Gilbert y Sullivan. No creo que dure mucho, y personalmente, jamás pensé que la elección de Kerry fuese acertada. El hecho de que haya escrito unas cuantas novelitas policiales de aficionado, y esa aburridísima historia de Samolo que nadie ha logrado leer entera, no lo pone en condiciones de poetizar. Picco Whitaker lo habría hecho mil veces mejor. Por lo menos es joven, tiene ideas modernas y es un poeta auténtico.

–En eso no estoy de acuerdo – dije –. Picco es un excelente muchacho y lo aprecio mucho; pero jamás he logrado entender una sola palabra de lo que escribe. Tienes que reconocer que esos poemitas pretenciosos que publica en el *Reaper,* sin mayúsculas ni medida, son completamente ininteligibles.

–Pero están llenos de cierta atmósfera ...

–No basta la atmósfera. Tienes razón cuando dices que es joven: tal vez con el tiempo llegue a ser un poeta auténtico; pero por el momento, me parece que ha absorbido demasiado de los modernos y demasiado poco de los clásicos.

–¿El buen Wordsworth, me imagino? –había una nota de desprecio en la voz de Pedro.

–Por cierto que sí: el buen Wordsworth, y el buen Keats, y Shelley, y Milton, y Pope, y Shakespeare, ya que estamos hablando de esto.

–Eres una simpatiquísima anticuada –dijo Pedro–. Pero el tiempo avanza ¿lo sabías?

–Ahí tienes una de las frases más tontas de esta era atosigada de *slogans.* No tenemos la menor seguridad de que el tiempo avance. ¿Quién te dice que no esté detenido? La verdad es que muchos hombres de ciencia de profunda preparación sostienen que el tiempo retrocede. Nada de lo cual – añadí – tiene relación alguna con el hecho de que alguien deba escribir el desfile acuático.

Pedro lanzó una aguda carcajada.

–La verdad es que, cuando empiezas, eres extraordinaria. Sería capaz de estarme horas enteras escuchándote.

–Lo mismo que Marjorie Pratt, por lo visto.

Librodot

–¿Quién diablos es Marjorie Pratt?

–No la conozco personalmente; pero sé que se fugó a Venecia con Bogey Pickard y que suele emborracharse después de cenar.

En aquel momento, un rugido estruendoso rompió la tranquilidad nocturna y la Chris-Craft se alejó del amarradero y se internó en la bahía dejando tras sí una estela de fosforescentes espumas. Pocos segundos más tarde, era un punto negro en el sendero de luz lunar.

–¡Ay, ay! ¡Pobre duquesa! –dijo Pedro–. No le va a quedar hueso sano en el cuerpo. Una vez, Dafne nos llevó a Esmond y a mí a Nooneo en ese barquichuelo endiablado, y nos trajo de regreso. No pudimos abandonar la cama en los tres días subsiguientes.

–Nos lo ha ofrecido para el desfile acuático.

Me miró estupefacto.

–¿Y qué demonios vamos a hacer con él?

–No sé. Quizás viniese bien al final, a manera de epítome del "mundo mejor", cuando el regimiento de *Royal Shropshires* marche de arriba abajo por la playa y el coro de la iglesia entone "Tierra de gloria y esperanza".

–¡Pero, querida mía! Distraería a todos. ¡Hace un ruido tan estrepitoso!

–El coro también.

Esmond, que iba de un lado a otro, se sentó en la arena, a nuestros pies.

–¿De qué os reís los dos?

–Del desfile acuático.

–¡Silencio, por favor! – Esmond se estremeció –. Ese maldito desfile acuático nos va a mandar a todos al manicomio.

–Pues tú estabas muy entusiasmado con el asunto en la reunión de comisión.

–Pues ya no lo estoy. Alma nos llama por teléfono a todas horas del día y de la noche, llena de ideas nuevas. La última era que el pobre Keela apareciese repentinamente saliendo del mar, completamente desnudo, en calidad de "espíritu de la isla".

–Completamente desnudo, no –terció Pedro–. Lo esencial estaría convenientemente velado.

–Me parece una idea espléndida. Tiene el cuerpo de un dios griego. Pero no entiendo cómo podría quedarse sumergido el tiempo necesario para surgir en el instante preciso.

–Con un pulmón acuático –dijo Esmond–. Alma lo tiene todo dispuesto. Tiene que permanecer acurrucado bajo esa roca que sobresale a la derecha de la rada, y subir a la superficie cuando llegue su turno.

–¿Y cómo sabrá "cuándo" ha llegado?

–Eso no lo hemos pensado todavía.

–¿Y qué piensa del asunto el propio Keela?

–Oh, está muy dispuesto. Ya sabéis que es siempre complaciente y afable, y como además es buzo, le entusiasma el llevar pulmón acuático.

–No me acaba de gustar la idea de que el espíritu de Samolo aparezca portando un pulmón artificial.

–Oh, lo dejará de lado antes de subir a la superficie. Lo único que le preocupa de verdad es la idea de presentarse ante la Reina casi desnudo.

–Estoy segura de que ella no le dará importancia – dije–. ¡Está tan habituada a ver danzas guerreras, bailes tribales y toda clase de extrañas celebraciones nativas, por el mundo entero! Hasta creo que un samolano desnudo le resultaría un verdadero alivio, después de tantos aborígenes que se retuercen y ondulan.

En ese instante apareció Loo Chung, trastabillando bajo el peso de una enorme bandeja cargada de bebidas que colocó cuidadosamente sobre la mesilla. Robin, que se había visto atrapado en una íntima conversación *tete á tete* con Úrsula Gannet, se puso en pie de un salto.

–Déjame hacerme cargo de esto, Lidia – dijo –. ¿Quién quiere servirse algo?

Cada cual elegía algo diverso, y en la confusión subsiguiente, lancé una mirada a Lidia, que estaba reclinada, con los ojos clavados en el mar. Noté que sus dedos tamborileaban nerviosos sobre el brazo de la silla. Pedro siguió mi mirada y lo advirtió también.

–¡Ay, ay! –dijo en voz baja–. Si Dafne no trae pronto de regreso a la deslumbrante duquesa, la velada puede terminar entre lágrimas.

Robin me trajo un *whisky* con soda flojo, lanzó una ojeada furtiva a su reloj de pulsera cuando me lo hubo dado, y levantó las cejas con expresión interrogante.

Librodot

–Ya sé – dije, suspirando –. Pero todavía no podemos irnos ¿comprendes? – Robin suspiró a su vez, y se alejó.

–¿Hace mucho que conocéis a la duquesa? –pregunté a Esmond.

–Oh, sí, hace años; desde los primeros años de la guerra. La verdad es que es preciosa – lanzó una risita –. Y que ha tenido muy mala suerte, con motivo de la viruela boba de Bunny Colville.

–¿Por qué mala suerte? –sorbí mi *whisky* con soda con un aire de completa inocencia, o al menos, así lo esperaba.

–Porque están locos el uno por el otro. ¿No lo "sabías"? – Esmond me miró con no fingida sorpresa.

–Por cierto que no –dije enérgicamente–. Y lo que es más: nunca presto oídos a la maledicencia.

–No es maledicencia, es la verdad. Hace mucho que comenzó. Estuvieron juntos en Capri durante el pasado mes de agosto. Angus e Ian estaban allí por esa fecha, y nos lo contaron todo. Muy amarteladitos, como dos palomos, en plena *piazza.*

–No sé quiénes son Angus e Ian; pero deberían avergonzarse de sí mismos por difundir calumnias maliciosas.

–Angus e Ian son dos bellísimas personas, y si los conocieras te encantarían, pues se trata del tipo de gente que te agrada –dijo Esmond, impertérrito a pesar de mi tono de desaprobación–. Hace ya quince años que andan juntos, y no parece demasiado tiempo. Tienen una villa muy hermosa en Florencia, repleta de fabulosas obras de arte del *cinquecento.*

–Pues en ese caso, harían mejor en quedarse en ella y no andar de un lado a otro haciendo lo que no deben.

–¡Caramba! –Esmond rió–. Nos estamos volviendo rezongones, ¿eh?

–No tengo nada de rezongona.

–Sí que lo tienes –dijo muy satisfecho–. Estás completamente a la defensiva, lo que prueba que lo sabías todo, pero que estás decidida a ocultarlo.

–No prueba nada de eso. Estoy, sí, a la defensiva porque menosprecio la difamación. Y si Pedro y tú difundís estas estupideces acerca de Eloísa y Bunny por la isla, jamás volveré a dirigiros la palabra ¡a ninguno de los dos!

Librodot

–Queridísima Grizel... – me palmeó afectuosamente la rodilla – de nada valdrá tomar esa actitud de gobernanta para conmigo. El mal está hecho, y ni Pedro ni yo tuvimos nada que ver. La vieja señora de Innes-Glendower lo supo por su hermana, que vive en Ennismore Gardens. Maisie Coffrington y Miguel se lo oyeron referir a Lulú Bailey, que tiene un restaurante pequeño y siniestro en la calle Davies y se entera de todo lo que sucede a todo el mundo. Lo único que me sorprende es que todavía no lo haya anunciado la radio de Pendarla.

–Todo esto me parece aburridísimo – dije, con un acento de superioridad y falta de interés que estaba lejos de sentir–. Y tampoco deseo seguir discutiendo el asunto – Esmond lanzó una risotada y se puso en pie de un brinco–. ¡Cobarde, cobardona! –dijo–. Vamos a tomar otra copita.

Me tomó el vaso de la mano, y se dirigió hacia la mesilla de las bebidas, dejándome sumida en vibrante exasperación: conmigo en particular, con Eloísa y Bunny, y con el universo en general. No veía las horas de reunirme con Robin; pero había formado un grupo con Pedro, Lidia y Úrsula Gannet. Yo había sido una crédula, una idiota de primera agua, al pensar por un instante siquiera que persona tan llamativa como Eloísa pudiera tener una aventura extramatrimonial sin que se enterase de ello mucha gente. Bien comprendí, desde un principio, que en Londres sería un secreto a voces; pero no contaba con que la noticia hubiese llegado tan pronto a nuestra remota colonia. Me maldije por esa estupidez digna de un avestruz, y deseé ardientemente que Eloísa se encontrara en el mismísimo fondo del océano. Con un poco de suerte – pensé encolerizada – tal vez se encuentre allí a estas horas; pero en aquel instante, el lejano rugido de la Chris-Craft que doblaba el promontorio vino a echar por tierra mis esperanzas.

–Aquí están las picaras fugitivas – dijo Esmond, que volvía con mi bebida–. Creo que ha llegado el momento de apagar los cigarrillos y prenderse el cinturón de seguridad.

La conversación de los demás fue apagándose, y todos contemplamos en silencio cómo Dafne – con admirable pericia náutica – conducía la lanchita de motor hasta ponerla junto al amarradero, saltaba a tierra con un cabo en la mano, la amarraba, y luego, con la antañona cortesía de un almirante del siglo dieciocho, ayudaba a Eloísa a desembarcar. Lidia dio un salto y salió a

su encuentro, recorriendo la playa a paso largo. La conversación resurgió al punto, pero advertí, por debajo de ella, cierta tensión nerviosa.

Lidia, Dafne y Eloísa se detuvieron juntas al pie de las gradas que bajan del amarradero. Estaban demasiado lejos para que oyésemos sus palabras, y todos fingimos valientemente que no tratábamos de captarlas. Allí permanecieron durante una eternidad, y en un momento dado, la voz de Lidia – naturalmente aguda – se elevó con estridencia.

–Así ladra Nana cuando olfatea el peligro – murmuró Esmond.

Poco después vimos que Eloísa, apartándose de las otras dos, se encaminaba lentamente hacia nosotros, desatando al mismo tiempo la bufanda que tenía enrollada en la cabeza. Se dejó caer con alivio en la silla que Robin le acercó, y nos miró a todos con sonrisa celestial.

–Fue maravilloso –dijo–. Un poco picado cuando nos alejamos de los arrecifes, pero disfruté de cada segundo del paseo.

–Tome un *whisky* con soda – dijo Robin –. No le vendrá mal.

–Con muchísimo gusto – repuso ella –. Da un poquitín de frío ir tan ligero, así, en plena noche.

Mientras Robin le preparaba la, bebida, llegó Dafne a quien seguía Lidia unos pasos más atrás.

–Dice Lidia que he estado abominablemente grosera y que he descuidado a todos mis invitados – dijo con brusquedad –. Si es así, sólo puedo decir que lo lamento.

Todos hicimos murmullos adecuados de negación, aseguramos que no tenía la menor importancia y que habíamos pasado una velada magnífica. Lidia se arrojó en una silla, y encendió un cigarrillo con mano temblorosa. Estaba, evidentemente, furibunda.

–Sólo dije que, si tenías intención de permanecer de paseo la mitad de la noche, podrías al menos habernos avisado con anticipación – dio un leve resoplido petulante.

–Eso no es ni por asomo todo cuanto dijiste –replicó Dafne–. Y lo sabes muy bien.

–En verdad, fue culpa mía el que tardásemos tanto – dijo, conciliadora, Eloísa–. Estaba tan divino allá, bajo la luz de la Luna y todo, que me empeñé

Librodot

en doblar el otro promontorio, el que está después de éste, para ver las luces de la ciudad.

–Debe usted de estar llena de cardenales –dijo Pedro.

–Oh, no corrimos todo el tiempo – respondió Eloísa, imprudentemente en mi opinión–. En un momento dado, Dafne cortó la marcha del motor y nos quedamos allí sentadas, en silencio, contemplando las estrellas.

–¡Muy romántico! –dijo Lidia, con una risita desagradable.

Robin alcanzó el *whisky* con soda a Eloísa y se volvió hacia Dafne con una sonrisa alegre.

–¿Puedo prepararle alguna bebida? –preguntó.

–Puede, ciertamente –dijo ella con acento ominoso–. Y que esté bien fuerte.

–En tu lugar, no bebería – Lidia volvió a reír –. Has tomado mucho vino durante la cena y bien sabes que no te cae bien la mezcla del grano con la uva.

–Yo sé lo que me cae bien y lo que no me cae bien sin necesidad de que me des consejos, de modo que haz el favor de callarte la boca.

–¿Por qué pierdes los estribos?

–Pido disculpas en nombre de Lidia – dijo Dafne a Eloísa –. Le encanta provocar escenas por nonadas.

–La verdad es que no sé por qué disputan todos – dijo Eloísa.

–¿Por qué no regresamos todos a la casa? –sugirió Úrsula Gannet.

Me puse en pie apresuradamente.

–Creo que, de cualquier modo, nosotros nos retiramos ahora –dije, lanzando a Robin una mirada de advertencia–. Termina tu bebida, Eloísa, que se nos está haciendo muy tarde.

–Por amor de Dios, quédense un poquito más –dijo Dafne, echándose al coleto buena parte de la bebida que Robin acababa de pasarle–. La noche es todavía joven.

–Ella tal vez lo sea –dije–; pero yo, no, y mañana me espera un día de trajín. Tenemos reunión de comisión ¿no es cierto, Pedro?

–A las once en punto – replicó Pedro.

Eloísa terminó su bebida y se puso de pie.

Librodot

–Gracias por una velada realmente divina – dijo, tomando la mano de Dafne–. Usted ha sido un ángel; las dos han sido unos ángeles – incluyó a la colérica Lidia en su amplia y general sonrisa.

Yo estreché cortésmente la mano de Úrsula Gannet.

–He tenido gran placer en conocerla – dije –. Y tiene que conseguir que Dafne y Lidia la lleven un día a visitarnos.

–Cuando vaya a verla, iré sola – dijo con aire fervoroso.

–En ese caso, tendré que enviarle un mapita. Es bastante difícil descubrir el camino, cuando uno se ha desviado de la carretera principal.

–Gracias por todo –dijo–. Y principalmente, por ser usted misma.

Me volvió las espaldas y se encaminó lenta y majestuosamente hasta la orilla del mar. En aquel instante, Dafne, que acababa de vaciar su vaso, explotó como una bomba.

–¡Maldición! – exclamó, avanzando amenazante hacia Lidia, que estaba todavía recostada –. Has estropeado, como de costumbre, toda la velada. Y te diré, aquí mismo y en este momento, que ya estoy harta de ello.

–¡Que *yo* he estropeado la velada! – Lidia reaccionó –. ¡Eso sí que está bueno!

Dafne, que respiraba con fuerza, se dirigió hacia Lidia con evidente intención de golpearla; pero en ese instante Esmond, con laudable presencia de ánimo, saltó adelante y la rodeó con sus brazos.

–¡Vamos, vamos, vamos...! –dijo, forcejeando con ella –. Basta ya de tonterías. Acuérdate de lo que sucedió la última vez.

–Déjame y no te metas en mis cosas – Dafne lo empujó con tal fuerza que él estuvo a punto de caer–, El diablo me lleve si permito que se me impongan en mi propia casa.

–Y yo – saltó Lidia – no permitiré que se me insulte y humille, ni en tu casa, ni en la de nadie. Estás haciendo otra escena repugnante, y deberías avergonzarte de ti misma.

–Tú comenzaste, querida –dijo Pedro–. Y lo sabes. Seamos justos. Hace horas que estás fastidiando a Dafne, como un mosquito travieso. Ahora cálmate, dense un beso y reconcíliense, por amor del cielo. Es tardísimo y todos tenemos que volver a casa – se volvió hacia Dafne –. Por favor, querida

Librodot

... tienes que evitar estos enojos tan repentinos y terribles, son malísimos para tu metabolismo.

Lidia escogió este instante para prorrumpir en llanto desatado.

–Siempre sucede lo mismo – sollozó –. ¡Y ya no puedo soportarlo, no puedo! – y con estas palabras se volvió, subió la escalinata sin dejar de llorar y desapareció en el interior de la casa.

Después de unos minutos de embarazosa indecisión, Robin, Eloísa y yo la seguimos en silencio, dejando a Pedro y Esmond la tarea de tranquilizar a Dafne. Úrsula Gannet seguía de pie, majestuosa, al borde de las aguas, mirando hacia el océano.

–¡Caramba! –dijo Eloísa cuando nos hubimos acomodado en el automóvil y estuvimos en marcha –. ¡Qué raro fue todo ese asunto! ¿No?

–Lo malo de estas muchachas que quieren proceder como hombres – dijo Robin – es que raras veces proceden como caballeros.

CAPÍTULO XVI

Los diez días siguientes – los que mediaron entre la cena en el Rincón del Pescador y la visita de Eloísa a la Casa Gubernamental – transcurrieron sin mayores incidentes; pero para mí y Robin fueron extraordinariamente cansadores. Eloísa concedió entrevistas a dos periodistas: el señor Sakeela, del *Reaper,* y una deprimente señora mestiza, representante del "Argos Vespertino", diario de la oposición. Fue asimismo fotografiada, con radiosa sonrisa, en diversos lugares de la casa y el jardín, lo cual entusiasmó a los niños e hizo saltar todos los tapones eléctricos, dejándonos sin corriente por espacio de tres horas.

Entrevistas y fotografías fueron publicadas a su debido tiempo y resultaron, felizmente, innocuas. El señor Sakeela, enamorado a todas luces de la dama, se excedió en los superlativos y acabó por naufragar en un océano de metáforas exuberantes. La dama del "Argos", aunque obligada por la orientación de su periódico a hacer algunas observaciones severas sobre "los ricos ociosos" y "la aristocracia decadente", estaba evidentemente tan deslumbrada y conquistada como Sakeela. Y, por lo visto, igual cosa sucedía a todos los demás. Como nos lo habíamos propuesto, sacamos a Eloísa todas

las noches: a la "Taberna de Kelly", donde Juanita, encantada con ella, hizo llover sobre nosotros el champagne y el caviar; a la casa de Bimbo y Lucy; a la residencia de la vieja señora de Innes-Glendower, quien ofreció en su honor una cena de veinte cubiertos; y por fin, a una torturante función de gala en el "Real Samolano", donde la simpática Siggy Rubia nos recibió con alfombra roja y espetó a Eloísa una alocución de bienvenida y luego le presentó un gigantesco ramo de lirios, después de lo cual no nos quedó otro remedio que escuchar una serie de canciones ensordecedoras y presenciar danzas samolanas que duraron hasta las dos de la mañana. Eloísa franqueó triunfante y sin esfuerzo todos estos obstáculos y, muy poco tiempo después, se convirtió en la favorita de la isla. El pobre Bunny – a quien visité siempre que tuve tiempo para hacerlo – leía en el *Reaper* la reseña de todas estas actividades sociales, y se iba poniendo cada día más sombrío. Su temperatura era ya normal; pero no se le permitía nadar, ni tomar sol, y su aspecto era todavía espantoso, por lo cual seguía firme en su decisión de no ser visto por Eloísa hasta quedar libre de manchas. De tiempo en tiempo se hablaban por teléfono; pero les hice jurar a los dos que serían sumamente discretos y se limitarían a tratar tópicos de interés general, por lo cual dichas conversaciones no les proporcionaban mayor consuelo.

Mientras tanto, el desfile acuático avanzaba pesadamente hacia el primer ensayo. Kerry Stirling había concluido el libreto, y nos lo leyó en una reunión especial convocada con ese fin. La comisión acogió su trabajo con entusiasmo muy moderado, a excepción de Alma, la única que parecía encantada con él. A mí, personalmente, me pareció muy trivial; pero como la única crítica constructiva que se me ocurría era que se lo escribiera de nuevo, de pe a pa, y por otro autor, juzgué más prudente no abrir la boca. El tiempo volaba, sólo faltaban tres semanas para la visita real, de modo que no quedaba otro recurso que seguir adelante, con la esperanza de que la belleza del marco y el relieve histórico del acontecimiento compensaran la mediocridad de la pieza literaria. Quedaba también la esperanza de que Inky Blumenthal (quien había permanecido mudo y apesadumbrado durante la lectura) salvara la situación componiendo melodías realmente agradables. Al parecer, había terminado ya tres cuartas partes de la partitura; pero a nadie se le permitiría oír una sola nota hasta que no estuviese finiquitada. Yo

había oído, a lo largo de los años y en diversas festividades locales, varias obras de Inky, de modo que no abrigaba mayores ilusiones. Posee un don auténtico para hallar melodías; pero al mismo tiempo, tiene una desconfianza pseudo-intelectual de ese don, de manera que cuando el oyente comienza a sentirse elevado en un agradable vuelo ascendente de sonidos, tropieza de pronto con una disonancia brusca y deliberada que hace pedazos la melodía y se la lleva en dirección opuesta. No pretendo tener conocimientos musicales, y mi capacidad de apreciación se eleva muy poco por encima del vulgar "me gusta algo que pueda tararear". Pero, en aquella circunstancia particular, estaba persuadida de que necesitábamos una melodía dramática, de arrastre, con un mínimo de sutilezas armónicas. Quedaba por verse si Inky estaba dispuesto a suministrarla, o era capaz de hacerlo (quizás debería haber dicho que "quedaba por oírse), y ninguno de nosotros podría juzgarlo hasta el último momento, cuando la música – orquestada ya – fuese ejecutada por la banda militar del regimiento *Royal Shrop-shires.*

Comuniqué todo esto a Sandra, como era mi deber, la noche de la fiesta que ofreció en honor de Eloísa la señora de Innes-Glendower. Paseábamos juntas por el jardín, después de la cena, mientras las demás señoras estaban en la galería y los hombres en el comedor.

–Si pensabas todo eso, y con tanta convicción, ¿por qué no dijiste algo? De nada sirve pertenecer a una comisión para estar allí sentada solamente.

–¿Acaso podría haber dicho algo de alguna utilidad constructiva?

–Lo que acabas de decirme a mí; que todo el asunto es aburridísimo y que habría que escribirlo nuevamente de cabo a rabo.

–No hay "tiempo material" para escribirlo de nuevo. Y no es sólo eso: tampoco hay quien sea capaz de hacerlo.

–No tienes un ápice de valor moral – dijo Sandra –. Eso es lo que te pasa. Te dejas intimidar y gobernar por el primero que te sale al paso.

–Eso es injusto, y lo sabes perfectamente, – repliqué acalorada –. Si es necesario, puedo mostrarme valiente como una leona; pero no era necesario. Jamás se me pide que abra la boca en esas estúpidas reuniones. Todos saben muy bien que sólo estoy allí porque tú insististe en ello. Además, el teatro de aficionados no ha sido jamás santo de mi devoción, no lo es ahora.

–Estuviste magnífica en el papel de Lady Macduff. Hacía años que no me reía tanto.

–Sólo hice de Lady Macduff a último momento porque se la tuvieron que llevar al hospital a Juana Yalding, con un ataque de apendicitis, el día del ensayo general. Y no estuve tan graciosa como tú dices.

–Lo que me hizo gracia fue la escena del niño – siguió Sandra, evocando recuerdos –. ¡Parecías tan furiosa!

–Lo estaba. Y también me sentía petrificada.

–En ese caso, no deberías de haberte prestado a actuar.

–No había otra candidata. Alma me suplicó que tomase el papel.

–¡Ahí lo tienes! ¿ves? Dominada e intimidada, como siempre.

–Sea como tú quieras – dije –. Soy un molusco invertebrado. Y la próxima vez que me pidas que haga el ruin papel de espía de la Casa Gubernamental en alguna comisión, ya sabes cuál será mi respuesta.

–Por supuesto que la sé –replicó Sandra, dándome afectuosas palmaditas en el brazo –Aceptarás.

Acepté las palmaditas con un leve suspiro de resignación porque sabía perfectamente que estaba en lo cierto, al menos, en cuanto a ella se refería. Para mí, existía más imperecedero encanto en el dedo meñique de Sandra que en todas las bellas Eloísas del mundo juntas y sumadas. Sandra era una de esas mujeres excepcionales que ejercen autoridad sin aparentarlo; obtienen lealtad, afecto y favores de sus amistades; pero con alegría, sin parecer jamás exigentes ni fastidiosas. Era una autócrata benigna y lo había sido – según mis sospechas – desde la primera infancia. También sabía yo que en cualquier dificultad personal o tribulación, acudiría a ella antes que a nadie. Regresamos a paso lento hacia la casa.

–Pareces pensativa –dijo–. ¿En qué meditabas?

–En ti – respondí –. Y en la forma desvergonzada en que utilizas a la gente.

–¡Tonterías! Tú eres igual que yo. ¿Acaso no me endilgas ahora a Eloísa por espacio de tres días y tres noches? Si eso no es "utilizar" a la gente, no sé qué lo será.

–No resultará tan malo como crees. Tiene la mejor voluntad y da muy poco trabajo – reí –. Claro está, como se ha convertido en la reina de la fiesta, verás que la Casa Gubernamental se te inunda de adoradores; pero al fin y

al cabo, para eso ha venido ¿no es así? De cualquier manera, convendrás en que lo correcto e indicado es que pase unos días contigo.

–No veo por qué la Casa Gubernamental ha de ser considerada refugio oficial de duquesas adúlteras. Si hubiera llegado aquí como una digna señora, acompañada del pobre Droopy, la cosa habría sido muy distinta. Los hubiese invitado como cosa natural. Pero considerando que se ha costeado desde allá con el exclusivo objeto de entregarse a los brazos de su amante, estimo sumamente inapropiado el tener que ofrecerle ni siquiera un jugo de tomates. Y si no hubiera sido porque tú me obligaste a ello, no lo habría hecho.

–Lo que te pasa – dije – es que te dejas dominar e intimidar muy fácilmente. Deberías imponerte y hacer gala de mayor energía y rectitud moral.

–Está bien, ganaste – dijo Sandra –. Pero ha sido una victoria ruin y mezquina.

Subimos las gradas de la galería, y nos unimos a los otros invitados.

Dos días después de esta conversación, Eloísa se marchó a la Casa Gubernamental y mi propio hogar volvió fugazmente a la normalidad. La primera mañana después de su partida fue dichosamente rutinaria y común. Los niños charlaban durante el desayuno sin hacer el menor esfuerzo por lucirse, como habían dado en hacerlo últimamente, con el objeto de impresionar a Eloísa. La conversación de Nanny no pasaba de un agradable tono bajo, y estaba libre de la errónea maledicencia sobre el Grupo Social Internacional con que nos había regalado los oídos durante la última temporada; el teléfono apenas si sonó una vez entre las ocho y la hora del almuerzo, y era sólo Lucy Chalmers que quería invitar a los niños a una merienda en la playa, el domingo siguiente. Robin y yo almorzamos pacíficamente, solos. A la tarde, me hice peinar en el hotel "Royal Samolano" pues estábamos invitados a cenar en la Casa Gubernamental y mi pelo daba la impresión de haber vivido durante tres semanas en una gruta húmeda. Fui luego a casa de Madame Alice, en la calle del Rey, para probarme, pues en un arranque de esplendidez había encargado tres vestidos nuevos en honor de la visita real. Madame Alice es el pseudónimo más flagrante con que he dado en mi vida. La mujer es una samolana de pura estirpe, nacida y

criada en la isla, y lo más cerca que ha estado de Francia es el extremo occidental de Punta Bakhua. Su verdadero nombre es Lalua Nalikowa, que significa "Flor del valle". No obstante, sea o no pseudónimo, es habilísima, y una costurera excelente. También copia sin el menor escrúpulo, y las mejores revistas de modas elegantes de París y Nueva York llegan a su tienda semanas antes de caer en manos de ninguna otra persona de la isla. No me detendré en los vestidos que me estaba haciendo pues no hay cosa más aburrida que leer lo que va a ponerse una persona que vive a miles de kilómetros de distancia, particularmente cuando no se tiene la menor idea de su aspecto.

Baste decir que dos de ellos: uno para la llegada de la Reina y el otro para la fiesta al aire libre, eran de Balmain *(soi-disant)* mientras el traje de noche era Balenciaga puro (también *soi-disant).* Después de la prueba –tan calurosa y fatigante como lo son todas las pruebas– volví tranquilamente a casa y dormí a pierna suelta una hora. Robin y yo bebimos un cóctel a solas, en la galería posterior, contemplando las luciérnagas y las primeras estrellas, y luego nos dirigimos, no de muy buena gana por cierto, a la Casa Gubernamental. Llegamos temprano y encontramos a Eloísa sentada en la sala en compañía de Chris Mortlock. Estaba vestida de celeste y bordaba muy satisfecha su labor de punto cruz. Chris la miraba con el aire embobado al que nos habíamos habituado ya últimamente. Pronto aparecieron Sandra y Jorge, y en seguida los demás huéspedes: Maisie Coffrington, Miguel Tremlett, Juanita y una pareja de norteamericanos cuyo nombre no logré entender. Sandra estuvo alegre y encantadora con todos, como de costumbre, y la cena propiamente dicha fue – por milagro – excelente. Después, nos quedamos sentados en la terraza hasta que llegó el momento de regresar. Una velada muy agradable, sin que aconteciera nada especial. No ocurrió nada embarazoso, no se dijo nada importante, y Robin y yo volvimos serenos y soñolientos, después de uno de los primeros días tranquilos que pasábamos en mucho tiempo.

El día siguiente fue asimismo feliz y sin complicaciones. Era día de bananas, y fui temprano al muelle con Robin, para presenciar la carga. Esto siempre me ha encantado, y aunque ya debo de haberlo visto centenares de veces, jamás me cansa. Por de pronto, suele efectuarse al amanecer o muy

Librodot

poco después, cuando el mar tiene un pálido matiz opalino y los cocoteros aún parecen negros contra el fondo luminoso del cielo.

A lo largo de mi niñez, juventud, adolescencia y estado adulto, las bananas no me han inspirado sino indiferencia y apatía. Recuerdo que, de niña, me gustaba pelarlas lentamente, tira a tira; mas luego sufría una desilusión. Era una fruta tonta; amarilla con franjas pardas por afuera; por dentro, pálida, seca y sosa... Si en aquellos remotos días alguien me hubiese dicho que, más adelante, las bananas se convertirían en parte integrante de mi vida, me hubiese burlado de él. Pero también hay que tener en cuenta que en nuestra amable pero húmeda tierra nórdica, impregnada de lluvias, no tenemos la más mínima idea de lo que es en realidad una banana. Para nosotros, no es sino una fruta cómica, una broma de café-concierto, una cáscara sobre la cual resbalar y "comprarnos" parte del barrio del Strand. Pero en un remoto puesto de avanzada del Imperio – como Samolo– dista mucho de ser broma. Por el contrario: reviste inmensa y aterradora trascendencia. La banana desempeña un papel importante en nuestro destino. Si la cosecha es abundante y obtiene el precio máximo, nuestro ánimo se regocija; pero si algún insecto pequeño e inesperado aparece, salido no se sabe de dónde, y echa a perder toda la plantación; o si un tifón se aproxima repentinamente, aullando, a través del océano y con fuerza asesina echa por tierra todo nuestro mundo en crecimiento, nos sumimos en lo más hondo de la desesperación, y la vida se vuelve intolerable durante mucho tiempo, hasta que la cosecha siguiente emerge de entre las ruinas: joven, verde y llena de esperanzas. Otro rasgo de la despreciada banana en su ámbito natural es su color, el más hermoso color que imaginarse pueda: un vivido verde esmeraldino. Tiene asimismo una flor lúbrica, fálica, de fuerte tono lila, azul y rosado-Schiaparelli, que pende cabeza abajo y no es nada difícil de pintar: lo sé porque lo he intentado. En determinadas épocas del año, es preciso rociar toda la plantación con un insecticida azul jacinto. Capa tras capa de este matiz, sobre los diversos y jugosos verdes del follaje, deslumbran la vista y levantan el ánimo. Si parezco un poco demasiado romántica en este asunto de las bananas, recuérdese que mi marido las planta, las cuida y por fin, las vende, por lo cual son importantísimas para mí desde varios puntos de vista. No obstante, aunque no tuviera nada que ver con ellas y detestara

Librodot

su sabor, no podría resistir jamás el espectáculo de verlas cargar, a la luz del amanecer, en barcazas pintadas de rojo. Gallardos jóvenes samolanos las llevan luego, a remo, hasta el robusto navío blanco que se mece en la bahía, a pleno sol.

Terminada la carga, aquella mañana, regresamos para tomar el desayuno. Los niños y Nanny habían desayunado ya y se habían marchado a la escuela, de modo que éramos dueños absolutos de la galería posterior.

Avanzada ya la mañana, cuando Robin hubo desaparecido, llevándose a Jock en la camioneta rural, y yo debatí con relativa tranquilidad los problemas de la comida con Clementine, en la cocina, me disponía ya a poner los pies en alto durante unos minutos y comenzar a hacer las palabras cruzadas de *The Times* cuando oí el rumor de un automóvil en el camino, y entró Bunny. Estaba pálido y un tanto demacrado, pero tenía la cara limpia de manchas. Me dio un beso distraído en la mejilla y se dejó caer sobre la mecedora, que lanzó un chirrido espantoso.

–Esto necesita aceite – dijo.

–Lo sé – dejé a un lado el periódico –. Y uno de estos días lo aceitaré. Mientras tanto, hará menos ruido si te quedas quieto, en vez de saltar de ese modo.

–La gracia de una mecedora es que te puedes hamacar suavemente de un lado a otro, tranquilizando así tus nervios lacerados.

–Puedes tranquilizar tus nervios lacerados en ese sillón de hamaca que está junto a la lámpara. Es relativamente silencioso.

–La verdad es que, esta mañana, no hay nada que pueda tranquilizarme – dijo –. Estoy furibundo.

–Hace más de dos semanas que lo estás. Ya es hora de que te calmes.

–Quisiera estrangular a Sandra con mis propias manos.

–¿Por qué? ¿Qué diablos ha hecho Sandra?

–Es pomposa y me harta; está llena de vanidad. Esta maldita visita real debe de habérsele subido a la cabeza.

–No es nada de eso, y nada se le sube jamás a la cabeza; de modo que no seas tonto. Bebe algo y tranquilízate – me levanté y toqué la campana para llamar a Tahalí.

Librodot

–Aceptaré un "Pescuezo de caballo" por ser tú quien lo ofrece; pero no prometo que me calmaré – encendió un cigarrillo y se quedó mirando al jardín con gesto adusto.

–Mejor será que me digas tranquilamente qué ocurre – dije, sentándome otra vez.

–La llamé por teléfono y le rogué con cortesía y buen modo que me recibiese a cenar esta noche en la Casa Gubernamental y, créase o no, se negó rotundamente.

–¿Tienes la costumbre de llamar a Sandra e invitarte a comer?

–Por cierto que no.

–¿No te parece, entonces, que ha sido un poco desembozado el hacerlo ahora, precisamente cuando Eloísa se encuentra allá?

–Quizás lo sea; pero ella conoce perfectamente la situación. Sabe que estoy enamorado de Eloísa, y que he pasado una temporada horrible, de tristeza y frustración.

–Todo el mundo sabe que estás enamorado de Eloísa – dije con gravedad –. La isla entera resuena con tan magnífica noticia.

–No es posible – Bunny parecía sobresaltado –. No nos han visto juntos una sola vez desde que ella llegó.

–Te olvidas de que habéis sido vistos juntos muchas veces antes de su llegada. Os vieron vagando por Capri juntos, el verano pasado. Angus e Ian os vieron.

–¿Quiénes son ésos?

–Unos amigos de Esmond Templar, que por lo visto son también muy amigos de escribir cartas. Pero además, está la hermana de la señora de Innes-Glendower, que vive en Ennismore Gardens; para no decir nada de cierta dama equívoca llamada Lulú No-sé-qué que tiene un restaurante en la calle Davies. Todos se han sentado a sus escritorios y han redactado más que Madame de Sévigné. A mayor abundamiento, tu Cinthia, que es prima de un amigo de Tahalí que vive en el valle, ha difundido por doquier vividas descripciones de todas esas fotografías de Eloísa que guardas en la gaveta de tu escr[i]torio. Sumado todo lo antedicho, el resultado es un hecho incuestionable, a saber: que tus amoríos son un acontecimiento tan "sub rosa" como los procesos de Nuremberg.

Librodot

–No puedo creerlo – dijo Bunny –. Lo estás inventando.

En aquel instante apareció Tahali con una bandeja sobre la cual se veían dos vasos de coñac con cerveza de jengibre. Colocó cuidadosamente su carga sobre la mesilla que estaba a mi lado.

–Yo sé que el señor Bunny gusta del "Pescuezo de caballo" –dijo con radiante sonrisa–. Por eso, en cuanto oí su voz y el timbre que sonaba, los preparé a toda prisa –se volvió hacia Bunny –: ¿El señor Bunny está ya alegre y contento, sin manchas bobas?

–Gracias, Tahali, estoy mucho mejor – repuso Bunny sombríamente–, pero todavía me quedan dos o tres en la espalda.

–Ya sé eso, porque me lo dijo mi amigo, el del valle, pero dijo que iban curándose satisfactoriamente.

–Está bien, Tahali, basta por el momento – dije, y él se retiró, no sin hacer una reverencia.

–¡Dios me condene! – Bunny se puso de pie y empezó a pasearse por la galería.

–Aquí tienes tu bebida – le alcancé la copa –. Y puedes tomarte las dos, pues yo no quiero.

La recibió de mi mano y siguió paseándose.

–¿Y quién diablos es ese amigo del valle?

–No sé, pero sea quien fuere, alguien debería darle una carta de recomendación para Lord Beaverbrook. Acá está desperdiciando sus dotes de periodista.

Bunny volvió a sentarse, esta vez en la silla de hamaca.

–¿Sabe Sandra que toda esa gente está al tanto de la situación?

–Supongo que sí. No se lo he preguntado. De cualquier modo, creo que comprenderás por qué no te invita a la casa Gubernamental mientras Eloísa se hospeda en ella. Si la cosa llega a saberse, y Droopy lo descubre todo, como sucederá inevitablemente y a corto plazo, a Sandra no le conviene nada estar mezclada en el asunto. Personalmente, pienso que se ha mostrado amabilísima por el solo hecho de haber recibido a Eloísa, dadas las circunstancias.

–¡Dios lo maldiga todo! ¡Quisiera estar muerto y en el fondo del mar!

Librodot

–¿Por qué no haces la prueba de bajar un tiempito al fondo del mar? –le sugerí–. Bien sabes que siempre te levanta el ánimo.

–Considero despiadado de tu parte el hacer bromas, cuando sabes lo afligido que estoy.

–No bromeo, digo exactamente lo que pienso. Ya estás lo suficientemente restablecido como para bucear un poco. Vamos, ponte el pulmón acuático y vete a echar una miradita a unas cuantas barracudas; eso sería mucho más sensato que andar taciturno, quejumbroso, y ofendido con la pobre Sandra. De cualquier manera, Eloísa estará de regreso mañana.

–Lo sé – Bunny bebió unos sorbos –. Por eso he venido a verte.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero que le permitas pasar conmigo la noche de mañana.

–¿Toda la noche? ¡Oh, Bunny, por favor! –me sentí repentinamente exasperada.

–De nada sirve ese aire de enojo y desaprobación. Estoy enamorado de ella, y la necesito. Es cosa natural ¿no es así?

–Sí – respondí con desgano – supongo que sí. –¿La dejarás venir, entonces?

– No puedo impedírselo, si ella lo desea. No soy su carcelera. Pero, considerando que toda la isla comenta vuestros ilícitos amoríos, me parece indiscreto, para decir lo más suave. ¿No puedes esperar un poco más? –Si espero un poco más, me volveré loco.

–Me parece que ya lo estás – dije estas palabras con aspereza, comprendiendo que estaba a punto de perder la calma. Bunny me lanzó una de sus rápidas sonrisas, pero resultó forzada y poco convincente.

–Me parece que te he sorprendido en mal momento. –Los malos momentos se contagian. Estaba muy contenta hasta el instante en que llegaste, dando zancadas y renegando contra Sandra. Pero hay algo que quisiera explicarte ahora mismo, y es lo siguiente: opino, después de serena reflexión, que te estás portando como un estúpido. Eloísa será hermosa como la aurora y encantadora como amante; pero no es mujer para ti, y jamás podría serlo, y es una perfecta idiotez el que pienses seriamente pasar con ella el resto de tu vida. Sé muy bien que no debería decirte estas cosas, y no se me oculta que no surtirán el menor efecto; pero tengo que desahogarme o estallará. Me doy cuenta de que todo te ha salido mal, de que has pasado una temporada de

Librodot

frustración y disgusto, entre la viruela boba y otras mil cosas, y lo lamento, como es natural; pero tuve la esperanza de que, en alguna de esas horas en que te revolcabas en tu lecho solitario, cubierto de granos, contemplarías la situación con toda lucidez, durante un instante y lograrías ubicar tus emociones en su debida perspectiva. Como es evidente que no lo has hecho, no agregaré una sola palabra. El asunto no me atañe, y no deberías de haberme metido en él en ningún momento. Pero como lo hiciste, y estoy metida en él hasta el cuello, mantendré mi promesa y seguiré ayudándote en cuanto me sea posible. Eloísa regresará mañana, después de almorzar. Supón que tú vienes a buscarla a eso de las seis. Ni siquiera hace falta que te tomes el trabajo de traerla a primera hora de la mañana: todos los sirvientes están al tanto de lo que sucede y a nadie hemos de engañar. Cuando llegue, le explicaré que no es necesario que deshaga su equipaje. Sólo te sugiero las seis de la tarde porque es muy posible que prefiera dormir una siestecita antes de volar a tus brazos. No obstante, si quisiera ir más temprano, te llamaré por teléfono. Y si quieres oír un postrer consejo, es éste: sírvele la cena más comestible que puedas. Durante las últimas semanas, le han ofrecido comidas de primera y vinos finísimos, y es posible que la sacudida de hacer frente a los platos que prepara Cinthia sea demasiado fuerte para ella y le quite ánimos.

–Jamás te había oído antes en esta vena de malicia – dijo Bunny–. Resulta muy decepcionante.

–Ahora me gustaría que te fueses – me puse de pie –. También te diré que me decepcionas, y me siento malísima.

El también se paró, y me puso las manos en los hombros.

–Perdóname – dijo, meciéndome suavemente de atrás hacia adelante –. Me siento realmente avergonzado por haberte mezclado en este asunto, te lo digo con sinceridad.

–Bueno ... basta ... – traté de zafarme, pero me tuvo fuertemente asida.

–¿Qué puedo hacer para ponerte a mi favor, para dejarte en mejor estado de ánimo? –dijo con dulzura–. ¿Te gustaría tal vez ver las manchas que me quedan en la espalda?

–Vete, Bunny, y déjame sola.

Librodot

Me soltó, y dándome un leve beso en la mejilla, penetró en la casa silbando. Un instante más tarde, oí el ruido del motor de su coche que se ponía en marcha.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, hallábame tratando de hacer entrar unos lirios en un jarrón demasiado pequeño para contenerlos cuando llegó Eloísa de la Casa Gubernamental.

–¡Qué lindo estar otra vez en casa! –me dijo, abrazándome–. ¡Siento como si hubiera estado ausente años y años!

–¿Te divertiste?

–Oh, sí... en cierto modo. Sandra fue amabilísima; ahora ya no está tan mandona como antes ¿no es verdad? Y el Gobernador fue un verdadero ángel. Pero, con todo, me alegro de estar de vuelta.

–Me temo que no te quedarás mucho tiempo. Bunny vendrá a buscarte a las seis.

–¿Esta noche? –abrió mucho los ojos, y advertí en sus azules profundidades un fugitivo rayo de temor.

–Sí. Tengo la impresión de que se siente como el "joven Lochinvar" de la balada. Mejor será que abras tu equipaje y prepares luego un maletín de mano.

–¿Y el *cocktail-party* de Hali Alani? – su tono era levemente quejumbroso.

–Les presentaré tus excusas. Diré que estos tres días de trajín en la Casa Gubernamental te dejaron exhausta, y que vas a cenar en cama.

–¿Y no se resentirá mucho . . . me refiero a Hali?

–No tanto como Bunny, si dejas de lado la apasionada reunión que tanto ansia para ir a un *cocktail-party* cualquiera.

–Sí.. . supongo que tienes razón ... – suspiró, y su ceño se frunció levemente –. ¡Qué cosa!

–¿No "deseas" ir a ver a Bunny?

–Por supuesto que sí. Ha estado contando los días. Pero . . .

–Pero ¿qué? –pregunté sin misericordia. –Bien .. . todo esto es un poco repentino ¿no es verdad? Quiero decir que yo no tenía idea de que Bunny se repondría tan pronto. ¿Te parece que "está" realmente curado?

–Ayer por la tarde parecía muy saludable. Todavía tiene unas manchas en la espalda; pero dice el amigo de Tahalí, el que vive en el valle, que se están borrando con gran rapidez.

–¿El amigo que vive en el valle? –Eloísa parecía desconcertada.

–Te explicaré todo eso en otra oportunidad – dije –. Mientras tanto, te diré que le dije a Bunny que si preferías ir antes de las seis, lo llamaría por teléfono. Probablemente, en este momento está sentado junto al aparato, royéndose las uñas y lamentándose.

–La verdad es que estás rara hoy. ¿Estás disgustada por algo, acaso?

–De ninguna manera – sonreí –. No tengo motivo para estar disgustada. ¿Quieres ir antes, o las seis es buena hora?

–Las seis me vendrá perfectamente, y eres un ángel. – Me besó otra vez, distraída, y entró en la casa.

Proseguí mi lucha desigual con los lirios hasta que logré por fin meterlos todos en el jarrón. El resultado no respondió a mis esperanzas. Parecían aplastados e incómodos, y pensé con tristeza que Lucy o Dusty o cualquiera otra de mis conocidas habría hecho un ramo mucho más bonito en la cuarta parte del tiempo que yo empleé. Con todo, hecho estaba, y la cosa no tenía ya arreglo, de modo que los llevé resueltamente al salón y los dejé allí, con un leve estremecimiento.

Al volver a la galería, me instalé cómodamente en la reposera, encendí un cigarrillo y me entregué a un grato período de silenciosas reflexiones, tanto más dulces para mí cuanto más presente tenía la expresión desganada de Eloísa cuando le dije que Bunny vendría a buscarla a las seis. La había estado observando minuciosamente desde el desastre de la viruela boba, y advertí que, aunque al principio se había sentido decepcionada – como era natural – y también molesta y hasta sinceramente afligida durante un breve tiempo, la intensa campaña de vida social que Robin y yo emprendimos en su honor había logrado elevar su ánimo decaído. Todos la habían mimado y halagado, y tenía la satisfacción de haber logrado éxito rotundo en todas partes donde fuera. Yo estaba convencida de que Eloísa era incapaz de emociones profundas, y aunque dispuesta a creerla tan enamorada de Bunny como podía estarlo de cualquiera, hubiera apostado que, si las cosas llegaban a plantearse de modo definitivo y ella se veía forzada a tomar una

Librodot

decisión, Bunny sería el sacrificado. Esta teoría me resultaba muy consoladora; pero tenía un inconveniente: cuando se llegara a la crisis, sería probablemente demasiado tarde. Jamás había conocido personalmente a Droopy; pero a juzgar por la fama, era un hombre pesado, sin imaginación e inclinado a la jactancia. Imposible saber si quería tanto a Eloísa como ella lo afirmaba. Si *en verdad* no tenía la menor sospecha de sus amoríos con Bunny – cosa que parecía inconcebible, puesto que todo el mundo estaba comentando el caso en todas partes del globo – bien podría sentirse movido por un impulso vengativo, ante el impacto del descubrimiento. De cualquier manera, nada más podía hacer, fuera de cumplir mi promesa a Bunny y seguir proporcionándoles una cortina de humo, aunque supiera que, tarde o temprano, los desatados vientos de la murmuración la desbaratarían, llevándosela en jirones.

En aquel instante sonó el teléfono, y entré para contestar. Era Sandra.

–Bien, he cumplido mi deber – dijo –. Espero que estarás debidamente reconocida.

–Lo estoy, naturalmente – respondí, con una voz que imitaba bastante bien la de Eloísa–. Y tú has sido un verdadero ángel.

–No quiero volver a oír jamás esa palabra. El domingo a la mañana la oí en la iglesia, y me estremecí. ¿Volvió sin novedad?

–Sí. Hace una media hora. –¿Está allí ahora, contigo? –No. Está arriba, haciendo su equipaje. –¿Haciendo su equipaje? ¿Se va, entonces? –Sí, pero no muy lejos. A siete millas solamente. –¡Comprendo! – Sandra rió entre dientes –. Dile de mi parte que no se olvide del punto de cruz. Aquí le vino de perlas.

–¿Cómo resultó la visita?

–Bastante bien. Mejor de lo que yo esperaba, a decir verdad. Chris cayó como un chorlito, naturalmente, yo lo preveía ya. La seguía por todas partes, como un perro de caza atontado, trayéndole esto o aquello. Anteanoche, Hali vino a cenar y el efecto fue instantáneo. Sabe cómo proceder ¿no es cierto?

–Es más instinto que sabiduría. No creo que "sepa" realmente cómo hacer nada.

–¡Tonterías! Es una técnica bien aplicada, y lo he visto con mis propios ojos. Y, naturalmente, ese bordado de punto de cruz es un recurso de mano

Librodot

maestra. Le da la oportunidad de levantar los ojos lentamente hacia la persona que le dirige la palabra, y créeme, cuando levanta lentamente esos ojos enormes, los muchachos están listos.

–¿Cómo reaccionó Jorge?

–Sardónicamente. Es un pájaro viejo y experimentado. Pero una o dos veces noté en su mirada un fulgor levemente concupiscente.

–Robín, hasta ahora, va bien. Lo vigilo como un lince.

–Debo decir – prosiguió Sandra – que no estuvo tan taciturna como yo esperaba, teniendo en cuenta su desdichado amorío. ¿Cuánto tiempo pasará ... Ya sabes dónde?

–Esta noche solamente. Debemos seguir cubriendo las apariencias.

–Si estuviese en tu lugar, les permitiría seguir adelante. Total... todo el mundo lo sabe.

–Oh, Sandra .. . ¡"todos" no!

–Al menos, un buen grupo, para comenzar. Esmond Templar y Pedro Glades lo cuentan en todas las cenas. Parece que tienen ciertos amigos de dudosa reputación, en Capri . . .

–Ya sé todo eso – dije, irritada –. También sé lo de la hermana de la señora de Innes-Glendower, y lo de Lulú No-sé-cuántos, la de la calle Davies.

–Pues no me ladres por eso. Sólo quise hacerte una advertencia.

–Lo sé, querida, y es muy considerado de tu parte, si bien algo redundante. Me doy perfecta cuenta de que saldré de este enredo muy mal parada, y me convertiré en el hazmerreír de la isla entera. No obstante, ya es tarde para remediarlo. Me gustaría asesinar a Esmond Templar y a Pedro Glades. También me daría gran placer golpear la cabeza de Bunny contra la de Eloísa hasta romperlas. Pero como nada de eso puedo hacer sin parecer aún más tonta de lo que ya parezco, sólo me queda seguir hasta el final y conducirme como si todo fuera la cosa más clara, inocente y legítima.

–¡Bravo! –exclamó Sandra–. ¡Viva Roedean! "Si puedes mantener la calma cuando todos los que te rodean pierden la suya, y te echan las culpas ..."

–Rudyard Kipling –dije, con acento fatigado–. Nacido en 1865, muerto en 1936.

–Exacto. Ven mañana a almorzar y te cercaré de manzanas y te rodearé de garrafas.

–Muy bien. Será, al menos, un poco mejor que los fideos con queso.

–*Toitché* –dijo Sandra alegremente, y colgó el tubo.

Bunny llegó a las seis en punto, según lo convenido, muy afeitado y compuesto y un poquito avergonzado. Robin le preparó un cóctel, y charlamos con naturalidad un tanto exagerada hasta que apareció Eloísa con un maletín y su bolso de labor. Bunny se puso en pie de un salto, se los tomó y fue a colocarlos en su automóvil. Cuando volvió, hubo un rato más de conversación forzada hasta que, sintiéndome incapaz de seguir soportando tanta tensión, sugerí diplomáticamente que se fueran, porque Robin y yo debíamos cambiarnos para asistir a la reunión de Hali Alani. Bunny aceptó apresuradamente la idea; pero me alegré al sorprender, en el rostro de Eloísa, cierta expresión petulante. Robin y yo los acompañamos hasta el automóvil, y agitamos benévolamente la mano en señal de despedida cuando se alejaron, rumbo al crepúsculo.

Luego nos miramos un instante, con aire de culpables, sin pronunciar palabra, hasta que Robin se encogió de hombros.

–Un desperdicio de espíritu en medio de una desolación de miseria – dijo, y subimos la escalera en silencio, para ir a cambiarnos.

CAPÍTULO XVII

La casa de Hali Alani está en lo alto de la montaña, no lejos del paso de Lailanu. La ruta que a ella conduce, especialmente el último tramo, da miedo; pero cuando se ha llegado allí, bien vale la pena. La casa –que fue primitivamente vivienda campestre de un viejo plantador samolano – fue erigida hacia 1830 y aunque, en los años transcurridos desde entonces, ha sufrido muchos cambios y ha sido modernizada a la buena de Dios, conserva aún gran parte de su encanto. Está hecha de madera de *pareanda,* a la que el tiempo ha dado una pátina gris verdosa muy suave, y Hali ha tenido el buen gusto de dejarla tal cual. La terraza, pavimentada de lajas toscas, tiene en el centro un viejísimo árbol de *banyan* cuyas ramas inferiores están festoneadas de diminutas orquídeas lila, y desde ella se domina un panorama grandioso de la isla. A la luz del día, se alcanza a ver Nooneo – si la atmósfera está clara – y otras varias islas, dispersas como nubéculas sobre la línea del horizonte. De noche, la vista es todavía más sensacional.

Muy lejos, hacia la izquierda, se columbra la luz intermitente del faro de Punta Paiana que resplandece regularmente cada pocos segundos sobre el mar tenebroso. Frente a uno, pero a setecientos metros de profundidad, se extienden las titilantes luces de la ciudad de Pendarla y allá, a la derecha, ábrese la amplia media luna de la playa de Narouchí tras la cual se escalonan los montes Lailanu, que van a morir en los abruptos acantilados de Pounakoyia. Tras la casa, un vasto jardín sube la pendiente hasta un reborde superior donde una piscina de natación aparece, dramáticamente rodeada de palmeras y alimentada por una catarata. Robin y yo estacionamos el automóvil en el extremo inferior del camino, y recorrimos un bosquecillo de pimientos, luego unos peldaños de piedra, y así llegamos a la terraza. Hali, vestido de *sarong* carmesí, camisa de seda blanca y bufanda de colores vivos, salió a recibirnos. Nos tomó a ambos del brazo y nos condujo hasta donde Sandra y Jorge, de pie bajo el árbol de *banyan,* bebían cócteles de *kala-kala.* Esto me turbó, porque comprendí que tendría que decir el embuste que traía preparado para excusar a Eloísa en presencia de Sandra, que escucharía socarronamente cada una de mis palabras. Sin embargo, me decidí y tomé el toro por las astas.

Mal podía decir lo que había pensado al principio: que Eloísa, exhausta, por los tres días de ajetreo pasados en la Casa Gubernamental, no podía venir; por eso vacilé y acabé por contar una historia no muy convincente sobre cierta repentina jaqueca y la necesidad de meterse en cama.

–¡Qué curioso! – dijo Sandra con malicia, cuando hube terminado –. A la hora del almuerzo estaba más alegre que unas pascuas.

Le lancé una mirada de cólera.

–Pues ahora no lo está, por cierto. Está recostada, fatigadísima.

–¿Ya? –Sandra me miró a los ojos y lanzó una risita.

–¿Qué es, por favor, "unas pascuas"? –preguntó Hali, disfrazando su evidente decepción tras una simpática sonrisa.

–No estoy muy segura – respondió Sandra –. Es una festividad religiosa o una canción. Lo consultaré en la Enciclopedia y le contestaré.

–Es cosa muy triste que la duquesa esté en cama – dijo Hali –. Yo esperaba con ansiedad darle la bienvenida a mi modesta morada.

Librodot

–En cuanto a moradas se refiere – dijo Sandra –, las he visto más modestas.

–Lady A. – dijo Hali, riendo – se burla de mi mal inglés, y cuando lo hace, estoy encantado, porque sé que está de excelente humor.

–Querido Hali – Sandra le dio una palmadita afectuosa en el brazo –. Me gusta su mal inglés, a todos nos gusta, aunque tengo mis dudas de que usted no lo ensaye cuidadosamente todas las mañanas.

–Mi padre me reprende siempre por eso; pero es que a él le resulta fácil, puesto que tuvo el privilegio de ir al colegio de Eton y a la Universidad de Oxford.

–En eso me lleva ventaja – dijo S. E. –. Yo me eduqué en la Escuela Elemental de Huddersfield.

–Vamos, vamos, querido, ¡nada de eso! –dijo Sandra –. Ya sabemos que eres un hombre del pueblo. Pero no te empeñes en repetirlo, porque suena de lo más jactancioso.

–Ni en mis sueños más absurdos acusaría a Su Excelencia de jactancia – dijo Hali–. Es el más cordial y franco de los hombres.

–Tonterías – repuso Sandra –. Es un verdadero *snob* ¿no es cierto, querido? –pasó su brazo por el de su marido, riendo –. Pero a la inversa. Estoy convencida de que, en su fuero interno, cree haberse casado con una mujer de condición inferior.

–No lo creo – dijo secamente S. E. –. Lo sé. –Cuando Sir Jorge Shotter llegó a Samolo, hubo muchos murmullos y meneos de cabeza. Su predecesor, Sir Hilario Blaise, había sido – al menos exteriormente – el perfecto paradigma de un gobernador colonial. Aristocrático, de porte distinguido, conservador hasta la médula, había vivido durante todo su período de mandatario mirando constantemente hacia la derecha y haciendo caso omiso de la izquierda; a tal punto, que cierta vez Buda manifestó irreverentemente que debía sufrir de tortícolis crónica. Este apartamiento, digno de los tiempos de Eduardo VII, este despreocuparse de los cambiantes valores de un mundo en plena transformación, fue pintoresco; pero ocultó una inoperancia administrativa tal que, en una colonia menos apacible y más politiquera que Samolo, habría sido desastrosa. Pero Sir Jorge era harina de otro costal. Se sabía que había sido un entusiasta socialista durante sus primeros años de

actividad política, además de lo cual no había modo de olvidar el hecho de que era hijo de un almacenero de Huddersfield. Cierto es que ese involuntario error social había sido corregido, hasta cierto punto, por su casamiento con la hija de un duque; pero así y todo, los Radstone, el viejo Sir Alberto, y la señora de Innes-Glendower y otros personajes chapados a la antigua no habían visto con buenos ojos su designación.

Su primera innovación de trascendencia fue un cambio total en la etiqueta de la Casa Gubernamental con respecto a los samolanos mismos. Bajo el régimen de Blaise, rara vez se invitaba a los nativos, ni siquiera a los más distinguidos, a la Casa Gubernamental, a no ser en ciertas ocasiones excepcionales como la fiesta al aire libre con que se celebraba el cumpleaños del Rey y la recepción oficial que seguía a la apertura del Parlamento. En realidad, Sandra fue la primera en asestar un golpe serio a los precedentes consuetudinarios. Pocos días después de llegar, aun antes de cambiar las fundas de la sala, ofreció un *cocktail-party* íntimo a las esposas de la Comisión Legislativa y de la Cámara de Representantes, a las que se sumaron las mujeres de los comerciantes más importantes de Pendarla y las dirigentes de la Federación Femenina. Esta libérrima asamblea, a la cual asistí, tuvo un éxito rotundo y se la llamó, durante muchos meses, "el triunfo del gallinero".

A partir de ese momento, las cosas fueron de mal en peor – en opinión de los elementos chapados a la antigua –. Ya no se podía considerar a la Casa Gubernamental como el cómodo reducto del "chauvinismo" burgués. Las puertas estaban abiertas de par en par, sin restricciones. Y cuando el *Daily Reaper* anunció que Su Excelencia el Gobernador y Lady Alejandra habían concurrido a una cena fría que ofreció el domingo por la noche Koga Swalu, jefe del Partido Nacional Socialista Samolano y cabeza de la oposición, se pensó que había llegado el principio del fin. Nunca se especificó claramente el principio del fin de qué cosa; no obstante, durante algunos meses, en los cuales aumentó incesantemente la simpatía de que gozaban Jorge y Sandra, tanto en el aspecto social como en el político, las agoreras profecías fueron acallándose y hasta los sombríos vaticinios del viejo Sir Alberto y de la señora de Innes-Glendower cesaron por fin. Al recorrer con la mirada a los invitados de Hali, advertí cuánto habíamos avanzado desde el antiguo régi-

Librodot

men de Blaise. En aquellos días, hubiera sido inconcebible tan curiosa mezcla. En primer lugar, aunque Sir Hilario y su señora hubiesen aceptado la invitación –cosa muy poco probable – habrían venido de punta en blanco y cuidadosamente protegidos de cualquier contacto íntimo con la grey vulgar por un Jefe de Ceremonial y dos Asistentes. En segundo término, habrían permanecido clavados en un mismo lugar, aguardando que los huéspedes fuesen conducidos a su presencia para conversar con ellos; a continuación, habrían dado una vuelta en redondo, al estilo palaciego, para despedirse de todos y decir a cada uno unas pocas palabras adecuadas. Luego, se habrían retirado en su Daimler, mientras todos los concurrentes mantenían respetuosamente la posición de "atención".

Observé que Hali había mezclado corderos y cabras con alegre despreocupación, olvidado de toda discriminación racial. Allí estaba el pobre Fritzi Witherspoon, que dirigía desde hacía años, soportando continuas pérdidas, la pensión de la Playa Narouchi: Sir Noka Grualugi, director jubilado de la Compañía Samolana de Cemento y su mujer Ninette, que parecía una mona tití color ocre, después de un curso intensivo de tratamientos de belleza; Lucy y Bimbo Chalmers; Alma Peacock, que llevaba una especie de coronita de plumas que parecía dispuesta a remontar el vuelo de un momento a otro e ir a posarse en uno de los árboles del jardín; los dos hermanos Fumbasi – propietarios de la Ferretería Imperio, en la calle del Rey– y que, a pesar de ser mellizos, no podrían haber sido más diferentes. Kuna, nacido siete minutos antes, era alto, lánguido y flexible; cosa sorprendente: era también un deportista entusiasta y había ganado tantos trofeos de plata con sus hazañas como jugador de tenis, *cricket,* fútbol y golf, que su piso, cuyas ventanas daban al puerto, era llamado "la casa Mappin y Webb". Nilo, el menor, era más moreno, corpulento, robusto y coleccionista de jades chinos. Lo único que tenían en común, al menos visualmente, eran hileras de dientes perfectísimos que exhibieron con entusiasmo cuando Jorge, Sandra, Robin y yo fuimos a sumarnos al grupo. Nos instalamos en sendas reposeras, nos dieron altas copas de bebidas heladas, y la conversación fue general durante un rato, hasta que se presentó Ivy Poland acompañada por Esmond Templar, Pedro Glades, Kerry Stirling e Inky Blumenthal; inevitablemente, una vez cambiadas las cortesías iniciales, se

les proveyó de bebidas y nos sumergimos hasta el cuello en el tema del desfile acuático.

–Ivy ha tenido una idea "sensacional" – exclamó Esmond –. La hemos debatido todo el camino, mientras veníamos en el automóvil.

–¿De qué se trata? –inquirió Alma, con cierto acento de sospecha. Aunque el desfile había sido idea de Ivy en un principio, Alma no tenía la menor intención de permitirle que se envaneciera.

–Vamos, querida – dijo Pedro a Ivy –. ¡Habla! Estoy seguro de que a Alma le gustará tanto como a nosotros.

Ivy tomó un sorbo de su bebida y se inclinó confidencialmente:

–No tiene nada de extraordinario – dijo con un mohín de falsa modestia –. Los muchachos exageran. Pero creo que puede resultar.

–Espero que, sea lo que fuere, no implicará cambio alguno en el orden establecido –dijo Alma–. En el punto a que hemos llegado, no puede ni pensarse en ello.

–Vamos, Ivy, ¡VAMOS! –dijo Esmond, retorciéndose de impaciencia –. ¡Este suspenso está matándonos a todos!

–No es sino una sugerencia – dijo Ivy –. Pero hace varios días que vengo cavilando en ello. El espectáculo entero está resultando mucho más vasto y ambicioso de lo que nos habíamos propuesto en un principio, y me parece que no deberíamos correr el riesgo de permitir que lo vean la Reina y el príncipe Felipe sin antes darnos una idea de cómo lo recibirá el público. Propongo, por lo tanto, que dos noches antes de su llegada, ofrezcamos una especie de ensayo general público, de manera que tengamos aún tiempo para corregir cualquier detalle que salga mal. También he pensado – dijo advirtiendo la mirada glacial que le dirigía Alma –, que si Vuestras Excelencias tuvieran la gentileza de asistir, podríamos cobrar una buena suma por las entradas, suma que iría a engrosar nuestros propios fondos – y créanme, que buena falta nos hace este alivio – o si no, podría distribuirse entre varias obras de beneficencia que especificaríamos. ¡"Digan" ustedes que la idea les parece factible, aunque sea remotamente! – terminó así, con cierto apresuramiento, y miró ansiosa, primero a Jorge y Sandra, luego a Alma, que había fruncido los labios y el ceño. Durante unos segundos reinó un silencio inquieto y observé que Sandra muy apresurada buscaba en su

Librodot

bolso un pañuelo, lo que me permitió adivinar que estaba por sufrir un ataque de risa. Cuando Alma habló por fin, lo hizo con la calma dolorida de un mariscal de campo a quien un suboficial entusiasta acaba de dar consejos gratuitos sobre estrategia superior.

–Temo –dijo– que la idea no sea "ni" remotamente factible.

–¡Oh, Alma! –se lamentó Esmond–. ¡No seas así! ¿Por qué no?

–Por la sencilla razón de que no estaríamos listos a tiempo.

–Tanto Kerry como Inky dicen que puede hacerse – dijo Pedro, y se volvió, implorante, hacia ellos–. ¿No es verdad?

–En cuanto nos atañe, sí – Inky asintió, dándose importancia –. Quizás la orquestación no esté del todo terminada; pero habrá lo suficiente como para hacer un ruido razonablemente agradable, o al menos, así lo espero – lanzó una risita y calló.

–Mis chicas están prontas – exclamó Ivy –. Han trabajado como esclavas.

–Tus chicas siempre están prontas –fue la aplastante respuesta de Alma –. Pero, desgraciadamente, eso no basta. Amén de lo cual, hay que tener en cuenta al regimiento de los *Boyal Shropshires.*

–A la hora del almuerzo, telefoneé al coronel Shelton –dijo Ivy– y pareció realmente encantado con la idea. Dijo que daría a sus muchachos la oportunidad de habituarse a las diversas formaciones y despliegues.

Alma levantó los ojos al cielo por un instante, como si implorase el auxilio divino.

–Lo que pienso, querida Ivy – dijo con espantosa sonrisa –, es que no sólo habría sido más prudente, sino también más ético, haberme consultado a mí antes de discutir el asunto con el coronel Shelton.

–Lo siento muchísimo –repuso Ivy con decisión–; pero tengo que decirte que hablé también con la señora de Garinuaga acerca del coro de la iglesia, y con Finch y Faber sobre la erección de las graderías y el palco oficial, y todos me aseguraron que, en lo que a ellos atañía, no había ningún inconveniente.

Alma se levantó con majestad.

–No es muy cortés abrumar con este tipo de discusiones a nuestro anfitrión y a sus distinguidos huéspedes – dijo, reuniendo sus energías y dueña de sí misma –. Sugiero, por lo tanto, que dejemos todo debate sobre este asunto para nuestra próxima reunión de comisión.

–Pero la próxima reunión no será hasta el viernes – dijo Esmond –. Perderemos días enteros, cuando deberíamos estar trabajando. Mi querida Alma, la verdad es que te estás mostrando un poquillo terca. Al fin y al cabo, la idea fue de Ivy desde un principio. Mi opinión personal es que deberíamos votarlo sobre el terreno; hay número suficiente como para lograr quorum – se volvió a Jorge, lleno de entusiasmo–. ¿Qué piensa usted, Sir Jorge? Por favor, diga que sí.

–Temo – dijo Jorge con un leve fulgor en la mirada – que ni mi esposa ni yo estemos en condiciones de expresar una opinión libre de prejuicios. Desde el punto de vista técnico, me veo obligado a afirmar, con Alma, que la conducta de Ivy ha sido, si bien decidida, del todo desprovista de ética. No obstante, este juicio puede estar obnubilado por la comprensión de que, si usted y sus partidarios ganan, tendremos que presenciar dos veces su maldita representación.

Al oír esto, los dos hermanos Fumbasi y Hali Alani estallaron en homéricas carcajadas. Jorge sonrió a Alma, encogiéndose de hombros, y encendió un cigarrillo. A partir de ese instante, la conversación degeneró y se transformó en algarabía general, donde todos hablaban al mismo tiempo. La pobre Alma, como un animal acosado que siente en las narices el tufo acre de la inminente derrota, se dejó caer pesadamente en un asiento y Hali le pasó en seguida un fuerte whisky con soda. Sandra se aferró al brazo de Robin y desapareció en las sombras; por su espalda adiviné que el *fou rire* que la amenazaba desde hacía rato, la había dominado por fin. Después de larga pausa, cuando todos hubieron recibido nuevas bebidas y el estruendo general se acalló un tanto, Esmond y Pedro se precipitaron y cayeron de hinojos, uno a cada lado de la silla de Alma, como cortesanos ansiosos a los pies de algún monarca desolado. Con el rabillo del ojo, los vi susurrar y gesticular. Ivy permaneció distante y participó – con enorme aplomo social – en una conversación con Sir Noka Grualagi y Ninette acerca de las más recientes actividades de la Federación Femenina. Hali, que había estado charlando con Fritzi, Bimbo y Lucy, los dejó y se acercó a mí.

–En mi opinión –me dijo en un murmullo confidencial – Sir Jorge es el tipo del verdadero humorista. Si no hubiese hablado con tal gracia y ligereza, mi humilde fiesta se habría convertido en escenario de un terrible drama.

–De acuerdo. Pero el peligro no ha pasado del todo – hice un gesto señalando a Alma, que escuchaba como si fuese de piedra los insistentes ruegos de Esmond y Pedro.

–Tanto Alma como Ivy son dos damas estupendas – siguió Hali – y admiro sinceramente su grande obra en pro del teatro; pero siento que bajo ellas hay ciertos resquemores.

–Los hay, sí – reí yo – y habrá muchos más después de esta noche.

–¿Piensa usted que será beneficioso para Su Majestad y Su Alteza Real el ver este desfile acuático?

–No tengo la menor idea. Personalmente, me consume la curiosidad por verlo.

–¿Es cierto que mi amigo Keela Alioa va a aparecer desnudo ante la real presencia?

–No del todo. Creo que llevará un pulmón acuático.

–Está preocupadísimo y me telefonea a cada momento. Creo que preferiría, si usted puede hacer valer su influencia, aparecer vestido de hombre-rana. Al fin y al cabo, es un individuo corpulento y tiene terror pánico a exhibirse de ese modo. ¿Sugerirá usted, en la próxima reunión, el uso del traje de hombre-rana?

–Haré cuanto pueda –repliqué sin saber qué decir–; pero a la verdad no me parece que el Espíritu de la Isla deba dar esa nota utilitaria, tan fuera de lugar . ..

–No entiendo lo que es "nota utilitaria".

–No se preocupe, Hali. Como ya le he dicho, haré cuanto pueda; pero no es cosa de mi incumbencia.

En aquel instante, Sandra reapareció con Robin. Su rostro conservaba algunas señales de la tormenta, pero estaba tranquila.

–Ahora me siento mejor – dijo –. Pero, mientras duró, fue espantoso. ¿Se votó ya el candente proyecto?

–No, ni creo que lo sea. Lo peor ha pasado ya. Mira – le señalé a Alma, que escoltada por Esmond y Pedro, se dirigía con majestuoso continente en dirección a Ivy. La conversación en los lugares inmediatos se acalló y hubo un silencio expectante. Ivy, apartándose de Sir Koka y Ninette, miró a Alma frente a frente; le temblaba ligeramente la comisura de la boca, pero en sus

Librodot

ojos ardía una luz desafiante y a todas luces se veía que estaba dispuesta a combatir hasta la muerte, si fuese necesario.

Alma habló gravemente, con una voz henchida de resignada magnanimidad.

–No hace falta someter las cosas a ningún voto, mi querida Ivy –dijo–. Esmond y Pedro me han persuadido – un poco contra mi deseo, lo reconozco – y acepto tu proyecto. Sin embargo, pienso que convendría convocar para mañana a la tarde a la comisión a una reunión urgente, a fin de debatir el asunto minuciosamente. Mucho me temo que implique trabajo extraordinario para todos; pero hemos de estar preparados a poner el hombro y aunar esfuerzos.

Ivy, sabiéndose victoriosa, no quiso tampoco ser vencida en gentileza; la expresión de su rostro pasó velozmente del desafío a una humilde admiración, y tomó entre las suyas las manos de Alma.

–No tenía derecho a hacer lo que hice – dijo –. He sido irreflexiva y desconsiderada; ¡pero quiero decir aquí mismo que la Sociedad Samolana de Actores Aficionados no sería lo que es sin el ejemplo y la generosidad de una gran dirigente! – al decirlo, besó a Alma en ambas mejillas, dos besos sonoros, y luego se volvió abruptamente, presa de profunda emoción. Alma se permitió una sonrisa fatigada y Esmond batió palmas, satisfechísimo.

–¡Viva! –gritó–. Los pajarillos en el nido se han reconciliado!

Ivy echó atrás la cabeza. –¡Pero Esmond! –dijo– ¡Qué ridículo eres!

Luego, cuando Sandra, Jorge, Robin y yo nos hubimos despedido y caminábamos por el jardín en busca de nuestros respectivos coches, Sandra me tomó del brazo.

–Debes de estar loca, si protestas por el hecho de pertenecer a esa comisión – dijo –. Te envidio con cada fibra de mi ser.

CAPÍTULO XVIII

Esa misma noche, a eso de las once y media, Robin estaba sentado en la cama leyendo en alta voz trozos selectos de la revista *Time,* mientras yo me aplicaba *cold cream* en la cara, preguntándome con melancólico desgano si valdría la pena tanto esfuerzo.

Librodot

–Te interesará oír –dijo– que Kendrick Claybourn, cincuentón que se está quedando calvo, ha pedido divorcio de la vivaz ex-modelo Claudia, de cuarenta años, aduciendo crueldad mental.

–Más que interesada, estoy horrorizada.

–Era el cuarto matrimonio de él, y el tercero de ella – prosiguió Robin –. Y, a mayor abundamiento, ella se retiró del tribunal apoyada en el brazo de su hijo mayor, (nacido de su primer matrimonio con Zippy –*Hi Fi* – Jackson, director de orquesta de cuarenta y ocho años) y llorando desconsoladamente.

–¡Pobre mujer! –dije, abandonando a la voluntad de Dios el asunto de mi cara y metiéndome en cama –. ¿Qué será de ella?

–También te gustará saber que le ha nacido una hijita de tres kilos y medio al veterano actor de cine Coop Haggerty, de su quinta esposa, una veinteañera ex-estrellita de la Warner Brothers, en su mansión del Valle de San Bernardino. Coop, padre de seis hijos en sus tres matrimonios precedentes, se regocijó muchísimo al saber la noticia. "Siempre quise una nena –dijo– y ahora ¡por todos los diablos! la tengo".

–Lo cual demuestra que la perseverancia siempre da una flor.

–Ha muerto –dijo Robin, siempre leyendo–, el ex pistolero de Cleveland Ricky Pinolo (alias, "Dedos Ligeros") de ochenta y cuatro años de edad, en su lujoso hogar de Trenton, Nueva Jersey. Causa del deceso: pulmonía doble. Su mujer e hijos estaban junto a su cabecera.

–No me leas más, no podré pegar los ojos.

En aquel instante, sonó el timbre del teléfono. Estiré el brazo para levantar el auricular.

–Deja que llame –dijo Robin–. Quien llama a semejante hora de la noche, no merece ser atendido.

–No puedo dejarlo llamar, nos volverá locos –levanté el auricular y dije con aspereza–: ¡Hola! ¿quién es?

– entonces, se me cayó el alma a los pies, porque reconocí la voz de Bunny y adiviné por su tono de reprimida urgencia que algo andaba mal.

–Discúlpame si te he despertado –dijo–; pero no se me ocurría qué otra cosa hacer. –¿Qué pasa?

–Se trata de Eloísa. Está enferma. Acabo de tomarle la temperatura y tiene cerca de cuarenta grados.

–¡Oh, Bunny, esto es el colmo! – me sentí de pronto demasiado cansada para disimular la irritación que se translucía en mi voz.

–Por amor de Dios, no te enojes. Necesito ayuda.

–¿Le han salido ya las primeras manchas?

–No – respondió sombríamente –. Pero probablemente le están por salir. ¿Qué puedo hacer?

Miré a Robin, desolada, y respondí con la mayor calma que pude:

–Mejor será que la traigas aquí en seguida.

–No puedo – repuso Bunny –. Mi maldita batería se ha descargado y el auto no funciona. Hace una hora que estoy tratando de darle manija, y nada.

–Es decir, que quieres que vayamos a buscarla . ..

–No se me ocurre otra solución. Podría telefonear al *Boyal Samolano* y pedir que me enviasen un taxímetro; pero si hiciera semejante cosa, mañana a la mañana toda la isla estaría enterada del asunto.

–Lo estará igual, no te preocupes – dije sin ambages –. No es menester que nos engañemos.

–Ven, por favor. No puedo hacer frente a esto solo.

Miré otra vez a Robin, que me estaba haciendo frenéticas señales de desaprobación, y moví la cabeza.

–Es inútil –le dije, cubriendo el teléfono con la mano –. Uno de los dos tendrá que ir. Eloísa está enferma, y el coche de Bunny no funciona –volví a hablar por teléfono –: Saldré para allá lo más pronto que pueda – dije, y corté la comunicación.

Diez minutos después, Robin y yo, con abrigos puestos sobre los piyamas y armados de tres frazadas y una almohada, recorríamos otra vez el camino costanero, en la camioneta rural. Robin conducía, con gesto adusto, y rechazó bruscamente el cigarrillo que le ofrecí. No le echó en cara su mal humor, pero hubiera deseado con toda mi alma que me hubiese dejado ir sola, según mi deseo, en lugar de mostrarse tan caballeresco e insistir en acompañarme. Recorrimos la obscura carretera en un silencio ominoso, mientras yo cavilaba tristemente en los problemas que esta novedad nos acarrearía. En primer lugar, decidí alejar a los chicos, con Nanny, a primera hora de la mañana. Aunque todos habían pasado ya la viruela boba, no

Librodot

podía correr el riesgo de que la contrajesen otra vez, cosa muy posible si Eloísa la tenía en forma grave. Durante un instante, consideré la posibilidad de llevarla directamente al Hospital de Pendarla y dejarla allí; pero me constaba que todas las habitaciones privadas estaban ocupadas y no tenía corazón para depositarla sin piedad en la sala de infecciosos. Abrumada por tan irritante situación y al borde ya de las lágrimas, encendí con mano temblorosa otro cigarrillo.

–Fumas demasiado –dijo Robin–. En cualquier momento, nos encontraremos con que tienes una intoxicación tabacal.

–¡Ojalá la tuviese!

–Supongo que, en este mismo instante, el interior de tus pulmones está revestido de un musgo pardusco.

–No tengo tiempo de preocuparme por el interior de mis pulmones. Tengo demasiadas cosas en que pensar. Poco me importa que estén cubiertos de juncos.

–¿Te parece que tendrá viruela boba?

–¡Claro que sí! ¿Qué otra cosa puede ser?

–Podría ser algo más leve. Gripe, por ejemplo.

–O algo más grave: peste bubónica – dije de mal talante–. Pero lo más probable parece la viruela boba. En ese caso, alejaré a los niños inmediatamente de casa.

–¿Por qué razón? Ya la han tenido.

–No pienso correr el riesgo de que la contraigan por segunda vez.

–Estás completamente histérica.

–Y tú, insoportable, de modo que ya sabemos los dos cómo estamos.

Robin lanzó un gruñido y me dio unas palmaditas en la rodilla.

–Enciéndeme un cigarrillo –dijo– y déjate de rezongar.

Encendí el cigarrillo y se lo pasé sin decir palabra. Dimos un tremendo barquinazo al cruzar un bache de buen tamaño.

–Este camino es un desastre –dijo Robin, haciendo conversación–. Bunny debería hacer algo por mejorarlo.

–No es suyo ¿cómo podría mejorarlo?

–Si tuviera el menor atisbo de sentido de su responsabilidad cívica, escribiría a la Municipalidad.

Librodot

–Eso lo discutiremos más tarde –dije–; mientras envolvemos a Eloísa en las cobijas, entre los tres.

En aquel instante entrábamos por la avenida de acceso a la propiedad de Bunny y dimos la vuelta hasta la puerta delantera, donde lo encontramos esperándonos; vestía camisa y pantalones de entrecasa, y tenía en la mano un whisky con soda muy obscuro.

–Me he entregado a la bebida –dijo, a manera de saludo–. Me propongo beber hasta morir, a la brevedad que me sea posible lograrlo.

–Lo primero es lo primero – dije con severidad –. ¿Dónde está ella?

–Acostada en la cama, quejándose. La envolví en cobijas y le puse una bolsa de agua caliente.

–Bien. Hemos traído unas cobijas más, están en el asiento trasero del coche. Mejor será que vaya a ayudarla.

–Bebe algo primero –dijo Bunny–. Ya lo he preparado todo en la galería. Tenemos que hablar de varias cosas.

–No creo que haya mucho de qué hablar. Evidentemente, Eloísa se ha contagiado de viruela boba, y lo único que nos resta hacer es llevárnosla a casa y meterla en una cama menos comprometedora lo antes posible.

–¿Te parece que debería haber llamado al doctor Bowman?

–No – dije, cansada ya –, más vale que no hayas llamado. Yo le telefonearé mañana a primera hora.

–Por favor, bebed algo conmigo –suplicó Bunny–. ¡Me siento tan desdichado!

Suspiré y miré a Robin, que hizo una señal afirmativa; silenciosamente, seguimos a Bunny a través de la casa, hasta salir a la galería. El mar estaba calmo y el seto de *hibiscus* que daba a la playa parecía constelado de luciérnagas. Bunny nos sirvió a cada uno un whisky con soda y luego se sentó sobre la barandilla de la galería, dando la espalda al panorama.

–¿Servirá de algo que os diga cuánto siento haberos metido en este enredo? –preguntó.

–De nada, en absoluto –repliqué en forma tajante–. Es, además, un desperdicio de tiempo.

–¿Ni tampoco qué agradecido os quedo a los dos por lo que habéis hecho, al darme una mano?

Librodot

–Escríbenos una carta –dije–. Y la leeremos en voz alta el uno al otro cuando seamos viejos, y estemos encanecidos y soñolientos.

–Personalmente – dijo Robin – en este instante me siento viejo, encanecido y soñoliento.

–He estado pensando en todo esto – Bunny taconeó contra la barandilla de la galería y nos miró con aire melancólico – y llegué a la conclusión de que me he conducido como un perfecto asno. Todo este asunto estaba condenado al fracaso desde un principio.

–¡Arriba esos ánimos! Ya se sabe que el camino del amor verdadero suele tener sus baches.

–Ahí está la cosa – Bunny cesó de golpetear con los talones y bebió un sorbo de whisky–. Comienzo a sospechar que no es el verdadero amor, y que probablemente no lo fue jamás.

–¡Bien! –dije sin lástima–. Estás progresando a pasos agigantados. ¿Qué sucedió? ¿Os peleasteis?

–Sí – Bunny bajó la cabeza –. Una disputa en toda regla.

–¿Sobre qué?

–La verdad . .. sobre todo. Pero empezó con la cena.

–Hasta ahora, simpatizo con Eloísa. ¿Qué le serviste?

–Una deliciosa sopa de lentejas, luego *curry* y jalea de guayaba.

–¿Qué clase de *curry!* ¿De pollo, carnero o cabra?

–No estoy muy seguro. A mí me pareció bueno.

–Si algo sé de Cinthia, era de cabra.

–¿Y qué tiene de malo el *curry* de cabra?

–Si está hecho por Cinthia, todo en él es malo.

–Es uno de los platos más exquisitos de la isla.

–Pero, tal como Cinthia lo prepara, es letal. Lo he probado.

–Me gustaría que no hablaras tanto de Cinthia. Hizo lo mejor que pudo y supo hacer.

–Y eso no es bastante. Debes de haber estado demente. ¡Mira que tratar de disponer una reunión apasionada partiendo del *curry* de cabra que prepara Cinthia! ¿Por qué no le ofreciste a Eloísa algo sencillo y pasable, como asado frío con ensalada?

–Porque no lo había. De cualquier modo, la cosa no tuvo nada que ver con la comida; eso fue sólo un pretexto. Desde el primer momento, se mostró decidida a provocar una escena desagradable; lo advertí ya en el automóvil. Repitió mil veces cuan afligido estaría Hali Alani al ver que ella no iba a su maldito *cocktail-party.* – Bunny bajó de la barandilla y se preparó otra copa –. Después, cuando llegó aquí y se echó al coleto un par de "martinis", empezó a emprenderla contra la casa. Dijo que parecía un galpón militar.

–Tenía razón – dije –. Es lo que parece, salvo por esas caracolas polvorientas.

–Eso no nos conduce a nada –dijo Robin, de mal talante–. ¿No sería mejor envolver el cadáver y llevárnoslo a casa?

–Sigue adelante con lo de la disputa – dije a Bunny, disfrutando ruinmente de la situación, y no sin experimentar al mismo tiempo verdadero alivio. Si estaba realmente desilusionado y las escamas habían caído por fin de sus ojos, el futuro se presentaba más halagüeño de lo que me habría atrevido a esperar.

–Oh, fue una de esas discusiones – dijo él, retrocediendo un poco como el caracol que se mete en su escondrijo –. Disputamos por espacio de unas tres horas, y nos dijimos una cantidad de cosas que no deberíamos haber dicho jamás.

–¿Por ejemplo ... ?

–Deja de interrogarme, Grizel – me miró con aire acusador.

–Muy bien – repuse con firmeza –. Si por fin has vuelto a tus cabales, nada podría darme mayor alegría. ¿Cómo acabó la reyerta?

–No tuvo un final muy definido. Dijo un montón de cosas sobre cuánto deseaba no haber venido acá, y cómo la hartaba todo este secreto y estar escondiéndose detrás de otras personas, y entonces le dije que, ya que ninguno de los dos veía buen fin al asunto, lo mejor sería que fuese en busca del coche y la llevase otra vez a vuestra casa. Así lo hice, pero el maldito auto no quería arrancar y cuando regresé, la encontré tendida en el sofá, llorando y diciendo que nunca más quería verme en su vida y que había vomitado.

–Eso fue, probablemente, culpa del *curry* –interpuso Robin –. El vómito no es uno de los síntomas clásicos de la viruela boba.

Librodot

–¡Por todos los diablos! ¿Quieres callarte de una vez y no mencionar más ese maldito *curry*? –gritó Bunny, furibundo.

–No vociferes – dijo Robin, sin perder la calma –. Despertarás a la paciente.

–Vamos – dije, poniéndome de pie –. Será mejor que la llevemos a casa. Ve, Robin, y trae las cobijas que están en el coche.

Robin, lleno de buena voluntad, bajó corriendo los peldaños de la galería y desapareció en dirección al camino, mientras Bunny y yo entrábamos en el dormitorio. La pobre Eloísa estaba tendida en la cama, con los ojos cerrados. Tenía el rostro encendido y había apartado las cobijas. Me alegré de ver que estaba vestida de pies a cabeza, lo que al menos nos ahorraba la tarea de vestirla. Me incliné sobre ella y le puse la mano sobre la frente, que ardía. Abrió los ojos y lanzó un leve gemido.

–No te preocupes, querida – le dije –. Robin y yo hemos venido para llevarte a casa.

–Sois unos ángeles – murmuró roncamente –. Unos verdaderos ángeles.

–¿Crees que podrás sentarte en la cama?

–No – repuso –, pero probaré.

La ayudé a adoptar una postura sentada, al borde de la cama. Ella vaciló un poco, y se llevó la mano a la cabeza.

–Temo que voy a vomitar otra vez.

–Tómate de mí –le dije– e iremos al cuarto de baño – se puso de pie con esfuerzo y, apoyándose pesadamente sobre mi brazo, logró llegar al baño en el momento justo. Cuando todo pasó, yo tomé una toalla de mano – que parecía hecha de cartón – la empapé en agua fría y se la pasé por el cuello y la cabeza. Cuando volvimos al dormitorio, Robin había llegado con las cobijas de repuesto y entre todos la envolvimos en ellas y mitad alzada, mitad caminando, la condujimos hasta el automóvil. Bunny nos seguía sin saber qué hacer, llevando la bolsa de agua caliente que estaba ya medio fría.

–Esto no sirve para nada –le dije irritada–. Ve y llénala de nuevo con agua hirviente.

–No puedo – dijo –. La última vez, quemé el fondo del caldero.

Cuando hubimos instalado a Eloísa en una especie de nido de cojines y almohadas, en el asiento posterior, subimos al delantero y Robin puso el motor en marcha.

Librodot

Bunny – solitario en la escalinata de entrada – agitó un poco la bolsa de agua caliente, a modo de despedida, y nos internamos en la obscuridad de la noche.

CAPÍTULO XIX

El día siguiente fue infernal, digno preludio a las tres semanas que lo seguirían. Al rayar el alba, telefoneé al doctor Bowman que, como lo sospecháramos, diagnosticó viruela boba, aunque en forma muy benigna; escribió recetas para lociones de calomina y otros medicamentos, y anunció resueltamente que Eloísa necesitaba una enfermera de profesión, al menos durante los primeros días. También ordenó que los niños salieran de casa antes del mediodía. Cuando se hubo ido, llamé a Juanita, quien me dijo que la "Taberna de Kelly" estaba completa, pero que de algún modo se arreglaría y que no me preocupase. A las diez y media, mientras ayudaba a Nanny a hacer el equipaje de los chicos – encantados ante la idea de no ir al colegio – saltaban de un lado a otro dando alaridos como silbatos de vapor, vino Tahalí a decirme que me llamaban urgentemente por teléfono. Bajé las escaleras malhumorada, levanté el auricular y oí la voz de Keela Aloia.

–Disculpe usted si la molesto – dijo –. Pero he hablado con Hali Alani, y me dijo que había hablado con usted respecto de que yo no apareciera desnudo en presencia de Su Majestad.

–Perdóneme, Keela – dije, dominando mi impaciencia lo mejor que pude –. Pero en este momento estoy demasiado atareada con mis propios problemas domésticos para detenerme a pensar si usted vestirá de terciopelo rosa o de piel de zorrino en presencia de Su Majestad.

–¿Qué es, por favor, piel de zorrino?

–Se lo explicaré en la próxima reunión de comisión.

–¿Esta tarde, entonces?

–¡Oh, Dios mío, dice usted bien! Lo había olvidado por completo.

–¿La he llamado en mal momento?

–Sí, querido Keela, no puedo negarlo. Mi casa se quema y mis niños han desaparecido, o están a punto de desaparecer.

Librodot

–Usted siempre haciendo bromas, señora Craigie – rió Keela, que disfrutaba del chiste–. Entonces, la veré muy prontito.

–Sí, si vivo aún, me verá.

–¿No se olvidará usted de lo que le dijo Hali Alani acerca de mi idea de ponerme un traje de hombre-rana? –Pienso que le sentaría a usted muy mal, y estoy convencida de que a la Reina no le gustaría nada.

–Pero ¿qué *hacer,* en ese caso? –su voz se volvió aguda, desesperada.

–Todo eso lo discutiremos en la reunión, es decir, si nos permiten meter baza; pero no ahora.

–Este asunto me preocupa muchísimo. No he dormido en toda la noche.

–Yo tampoco –repuse, sin saber muy bien lo que decía –. Y, en cuanto a mí respecta, en este mismo instante me gustaría embutirme en un traje de hombre-rana y retirarme a pasar varios años en el fondo del mar.

–Usted hace bromas otra vez – dijo con tono de reproche –. Y eso no es amable, viendo que soy tan desdichado.

–No se preocupe, Keela. Esa noche todo saldrá bien – corté abruptamente, y volví a Nanny y a los niños.

A las once y media, reunidos ya los trajes de baño húmedos, descubiertos los juguetes extraviados y hecho el equipaje, Nanny se los llevó – resignada y disconforme – en el automóvil, y yo me refugié en la galería posterior para descansar unos minutos. Me quité los zapatos, me tendí de espaldas en la mecedora y cerré los ojos. No obstante, fue imposible reposar mucho rato, pues Tahalí apareció casi instantáneamente y dijo que había llegado la enfermera del hospital y que deseaba hablar conmigo. Me senté, fatigada, volví a calzarme los zapatos y encendí un cigarrillo.

–Mejor será que la hagas pasar aquí – dije –. No es la misma que atendió al señor Bunny ¿no?

–No, no – Tahalí sonrió –. Esta es una corpulenta señora blanca, con una voz muy extraña. La traeré al instante – hizo una reverencia y se retiró; unos segundos después volvía con una enorme y alegre cincuentona, de penetrantes ojos azules; tenía el pelo gris revuelto como nido de aves silvestres y sobre la cima de ese peinado extravagante, se posaba una diminuta cofia blanca.

–Buenos días tenga usted –dijo con marcadísimo acento irlandés, depositando un maletín pardo sobre la mecedora, y estrechando mi mano con fuerza hercúlea –. Me pareció mejor hablar con usted antes de estudiar a la paciente. En estos casos particulares, siempre da buen resultado – según he descubierto – ver cómo pintan las cosas lo más pronto posible. Ahorra mucho palabrerío y evita malos entendidos. Me llamo Duffy, Maureen Duffy.

–¿Cómo se encuentra? –pregunté, y añadí en forma bastante inoportuna –: Fue muy amable de su parte el venir.

–De ningún modo –dijo–. Voy a donde me envían y me quedo hasta terminar con mi tarea –rebuscó en el bolsillo hasta dar con una libretita y un lápiz–. Le agradecería mucho que tuviera usted la gentileza de responder a algunas preguntas.

–Con el mayor gusto – le indiqué una silla –. Tome asiento, se lo ruego.

–Gracias – haciendo caso omiso de la silla, se sentó en la mecedora –. Este mueble necesitaría un poco de aceite ¿no le parece?

–¡Ya lo creo! Hace años que estoy por hacerlo aceitar – me senté a mi vez, esperando, mientras revisaba otro bolsillo en procura de sus anteojos. Los instaló sobre la nariz y abrió su libreta.

–Tengo entendido, según me dijo el doctor, que la pobrecita tiene viruela boba.

–Así es; eso tememos.

–¿Hay niños en la casa?

–Los había, pero ya no están aquí. Los he mandado a la "Taberna de Kelly".

–¡Santa Madre de Dios! ¡Ese no es lugar para criaturas! – me miró por encima de las gafas –. Se van a ver mezclados con toda clase de gentuza.

–La señora de Kelly es antigua amiga mía –dije fríamente–. Se ofreció muy amablemente a recibirlos sin ningún aviso previo y le estoy agradecidísima.

–Acepto que sea una mujer de buen corazón; pero su léxico es como para congelarle a una la médula dentro de los huesos. Cierta vez la atendí durante una gripe, y créame que sé muy bien lo que digo.

–Es poco probable que mis niños la atiendan en ningún momento ni por enfermedad alguna, de modo que sus médulas permanecerán probablemente a temperatura normal.

–¡Eso me gusta! –dijo, riendo de buena gana–. Tiene usted sentido del humor, y siempre he sostenido que eso es la mitad de la batalla. Bien, bien, volvamos al grano. ¿Cómo lo toma?

–¿Cómo toma quién qué cosa?

–La paciente, naturalmente. ¿Cómo reacciona ante sus síntomas? ¿Está melancólica, lánguida, histérica? Me gusta saber estas cosas con anticipación para resolver luego qué actitud tomar.

–Temo no poder decírselo. No la he visto durante la mañana. He estado demasiado ocupada, despachando a los niños.

–Está bien. Sin duda, pronto lo descubriré – se detuvo y me miró de hito en hito–. ¿Ha tenido viruela boba?

–Sí – respondí resueltamente, sin dejarme intimidar por su mirada penetrante–. La tuve de niña. También he tenido sarampión, tos convulsa, *croup,* escarlatina y paperas, y a la edad de cinco años, un perro *collie* me mordió en la pantorrilla.

–Los *collies* no suelen ser de fiar – dijo, escribiendo en su libretita–. Pero no son, ni con mucho, tan traicioneros como los perros de Alsacia. Con uno de ellos, jamás se sabe qué esperar. Bien, hablemos ahora de mis comidas. ¿Dónde se servirán?

–Donde usted guste. La casa es bastante amplia.

–¿Hay una habitación contigua a la de la enferma?

–Sí, pero es un baño. Me parece que se encontraría usted mejor en el cuarto de los niños, que está muy cerca, sobre el mismo pasillo.

–Tengo que comer con suma regularidad, a horas fijas, porque soy diabética.

–¡Diabética! –la miré como atontada.

–No se preocupe por eso – lanzó una alegre risotada –. Mientras haya un poco de azúcar a mano... Hace veintitantos años que tengo diabetes. ¡A todo se acostumbra una! Todos los santos días tengo que darme inyecciones de insulina. Acá en mi maletín tengo todo lo necesario, para casos de emergencia.

–¡Cuánto me alegro!

–Lo único de que debo cuidarme – prosiguió muy alegre – es del coma diabético.

–Y eso ¿puede sucederle con frecuencia?

–Sólo de tarde en tarde, cuando me fatigo demasiado y no he comido con regularidad. Lo único que usted debe hacer es meterme a viva fuerza un poco de azúcar en la boca; en dos minutos estaré otra vez sana y salva.

–¿Qué pasaría si no hubiera nadie a mano y faltase el azúcar?

–Gracias a Dios, hasta ahora siempre ha habido – tocaré madera–. Mejor será que avise usted a su personal, para que estén alerta en caso de necesidad.

–Gracias – dije –. No lo olvidaré.

–Es probable que, al principio, me resista un poco; nosotros, los diabéticos, somos tercos como muías; pero dígales que sigan adelante sin hacerme caso. Si por casualidad tengo los dientes apretados, y me niego a tomar el azúcar, una taza de café bien dulce surtirá el mismo efecto.

–Y esta.. . esta dolencia ¿no perjudica de alguna manera sus tareas profesionales?

–¡Pero qué ocurrencia! No, ¡ni en lo más mínimo! Por el contrario, a veces ha resultado muy útil para con ciertos pacientes díscolos. Les da algo en que pensar, aparte de sus propios males, pobrecitos.

Considerando que esta charla íntima había durado ya bastante, me levanté de la silla.

–Daré todas las instrucciones del caso a la servidumbre – dije–. ¿Necesita usted algún alimento especial?

–Fuera de los farináceos ... – se levantó también, y recogió su maletín – como cualquier cosa. Tengo muy buen apetito: como tanto como un caballo.

–También les diré eso –dije, y la conduje al piso alto, a la habitación de Eloísa.

Robin regresó de la plantación a la hora de almorzar y comimos en la galería posterior, como es nuestra costumbre cuando estamos solos. Tahalí nos sirvió, y deduje de su expresión que era víctima de un ataque de risa reprimido. Un rato antes los había reunido a los tres en la cocina: Eulalie, Clementine y él, y les había explicado minuciosamente que durante los próximos días nunca debían estar sin unos terrones de azúcar en los bolsillos. Esto, como era natural, los extrañó y cuando seguí explicando el motivo – cosa que hice lo mejor que mi memoria me lo permitió– los tres

Librodot

estallaron en tan homéricas carcajadas que tuve que cerrar muy de prisa la puerta de la cocina, por temor de que el ruido llegase hasta el cuarto de la enferma.

–¿Qué le pasa? –preguntó Robin cuando Tahalí, encontrando mi mirada, desapareció entre risas ahogadas en dirección a la cocina.

–Es la nueva enfermera. Tiene marcado acento irlandés y diabetes.

–¡Santo Dios! –dijo, sobresaltado, Robin–. ¿No te parece inadecuada?

–No sé – respondí –. Parece muy sana y robusta, y no le da mayor importancia a su enfermedad. Hace veinte años que la padece y ya se ha acostumbrado, según dice. Lo único es que debemos tener a mano el azúcar, y vigilarla como linces, por las dudas caiga en coma repentinamente.

–Y Eloísa ¿lo sabe?

–A estas horas, seguro que sí. La reserva no es la característica destacada de la nurse.

–¿No te parece un tanto descuidado por parte del doctor Bowman, esto de enviar enfermeras diabéticas a casa ajena sin decir siquiera "agua va"?

–Hasta ahora, es la única, y debo confesar que parece muy competente. Supongo que no tenía otra disponible. El hospital está repleto. De cualquier manera, prefiero tenerla a ella antes que a ese animal que cuidó a Bunny; por lo menos, ésta es alegre, muy dispuesta y tiene buena voluntad.

–¿Ha venido Bunny?

–No. Telefoneó. Dijo que era víctima de las horribles consecuencias de su borrachera, que se iría a pescar a las islas que están aguas afuera y que al regreso pasaría revista a toda esta desdichada situación.

–No hay nada como meter nuestras preocupaciones en una mochila vieja y cargársela a otros.

–No creo que Eloísa se considere a sí misma como una mochila vieja.

–Tú me comprendes –dijo Robin–. Y ahora ¿qué hacer?

–Nada podemos hacer, salvo aguardar a que se cure. No podemos sacárnosla de encima.

–¿No te parece conveniente ocultar el hecho de que lo que tiene es viruela boba? Si el rumor llegara a correr por la isla, la gente empezaría a caer en la cuenta.. .

Librodot

–Caerán, de cualquier manera –dije–. Y, de cualquier modo, si nos metemos en otra red de mentiras complicadas, me volveré loca.

–¿Por qué no fingir que está muy resfriada, o con gripe, o que ha sufrido un colapso nervioso? Hasta ahora, nadie sabe lo que tiene salvo nosotros y Bunny.

–Y el doctor Bowman, y la enfermera, y los sirvientes. Me imagino que, en este mismo instante, el amigo de Tahali que vive en el valle está discutiendo sus síntomas.

–Podríamos iniciar una serie de rumores y decir que el *curry* de cabra le produjo una intoxicación.

–¿Y a quién se lo vamos a susurrar? ¿Acaso explicaría eso por qué mandamos a los niños a casa de Kelly?

–Podríamos decir que estaban flacuchos y débiles, y que nos pareció que necesitaban un soplo de aire fresco, aire de mar.

–No seas tonto. En primer lugar, el aire es aquí arriba mucho más fresco que en la costa; y además, los chicos están tan débiles y flacuchos como un campeón de lucha romana.

–Estás cediendo – dijo Robin con aire de reproche –, y pronto tirarás la esponja.

–Ya he cedido y he tirado la esponja.

–Con esponja o sin ella, tenemos que pensar algo. No es digno de ti esto de flaquear en un momento de crisis.

–Esta crisis ya se prolonga demasiado, y estoy harta de ella.

–¿Por qué no decir que Eloísa ha contraído una extraña dolencia tropical a virus, algo totalmente ignorado, y que está en observación?

–No me parece muy atinado difundir el rumor de que hay en la isla enfermedades misteriosas justamente a tres semanas antes de la visita real.

–A cualquier costa – dijo Robin, levantándose – debe ocultarse el hecho de que Eloísa tiene viruela boba. Mejor será que le digas la verdad al doctor Bowman y que entre los dos urdáis alguna excusa. Nos hemos metido hasta el cuello en esta intriga y tenemos que hacer cuanto esté en nuestras manos para salir de ella con éxito –me dio un rápido beso y desapareció en el interior de la casa.

Librodot

Yo encendí un cigarrillo y me fui a sentar en la mecedora mientras Tahali levantaba la mesa. Había recobrado su compostura, pero de vez en cuando me lanzaba ojeadas de soslayo y su expresión me revelaba que estaba disfrutando plenamente de la situación.

–Es muy triste lo de la duquesa ¿no es cierto? – dijo, deteniéndose delante de mí y balanceando negligentemente sobre la mano derecha una bandeja cargada de vajilla.

–Muy triste – repliqué lacónicamente.

–¿Tiene la enfermedad boba, como el señor Bunny?

–No, Tahali – lo miré en los ojos, sin vacilar –. Es algo muy diferente. Es un raro virus tropical del que nada se sabe.

–¿Qué es un raro virus tropical, por favor?

–Un virus es mucho más pequeño que un bacilo o microbio; la verdad es que es tan pequeño, que ni siquiera se puede ver con el microscopio. Entra en el torrente sanguíneo y produce fiebre. Por eso el doctor Bowman está tan preocupado y la mantiene en observación hasta saber de qué se trata.

–¡Ah! –Tahali me miró con escepticismo y pasó la bandeja a su mano izquierda.

–De modo que, si alguien te interroga, di exactamente lo que acabo de decirte.

–Cinthia le contó a la prima de Eulalie que la duquesa y el señor Bunny discutieron anoche, y se gritaron muchas cosas a voz en cuello.

–Bien, dile a Eulalie que le diga a su prima que le diga a Cinthia que la comida que ella prepara es como para hacer gritar a voz en cuello a cualquiera.

–Cinthia es sumamente perezosa y abandonada – dijo Tahali, sonriendo de oreja a oreja–. Trabajaba en la pensión de Narouchi, pero la señora de Witherspoon la despidió.

–¿Dónde diablos oíste eso de "abandonada"?

Tahali pareció alarmado.

–No es una palabra sucia ni mala ¿no?

–No. Pero me gustaría saber dónde la escuchaste.

–Fue usted, señora, quien se la dijo a Jock el día que se enojó a causa del jardín.

Librodot

–Si se la dije, te aseguro que no expresé toda la verdad. Vete ahora, Tahali, porque me haces perder el tiempo y tengo muchísimo que hacer. Y no te olvides de lo que te dije sobre el virus tropical. Podrías empezar por susurrárselo a tu amigo, el del valle. Estoy segura de que le interesará muchísimo.

–Tahali hizo una cortés reverencia y se fue con la bandeja.

Antes de ir a la reunión de comisión, entré un instante en la habitación de Eloísa. Yacía de espaldas, entre los almohadones, tenía el rostro encendido todavía, y los ojos cerrados. La enfermera estaba sentada junto a la cama, tejiendo industriosamente y canturreando en voz baja. Levantó los ojos al oírme entrar, me hizo una alegre inclinación de cabeza, y yo estaba por salir de puntillas cuando Eloísa abrió los ojos.

–No te vayas –dijo débilmente–. No dormía, dormitaba.

–¿Cómo te encuentras?

–Con comezón. Han empezado a salirme en la espalda. Supongo que mañana, estaré brotada de pies a cabeza.

–Vamos, vamos, vamos... – dijo enérgicamente la enfermera –. Nada de ideas deprimentes. Hay que estar peor antes de estar mejor, pero ¿por qué torturarse pensando en ello?

–¿Cómo puedo dejar de torturarme? –dijo Eloísa con acento petulante –. Me consta que voy a estar cubierta de horribles manchas rojas durante semanas enteras, y probablemente quedaré desfigurada durante el resto de mi vida.

–¡Nada de eso! –la nurse dejó su tejido, se levantó y empezó a mullir las almohadas muy suavemente –. Sólo tiene usted una forma benigna, el doctor mismo se lo ha dicho, y su temperatura ha descendido ya dos décimas. Pero hay que tomarlo con filosofía y no dejarse abatir – se volvió a mí –. Si me permite usted un minuto –dijo– bajaré de una carrerita para traer más agua de cebada. Cuanto más líquido beba, mejor se sentirá – salió lentamente, cerrando la puerta tras de sí.

–Es un verdadero ángel – dijo Eloísa –. Pero sufre de diabetes.

–Lo sé. Me lo dijo antes de almorzar.

–No es contagioso ¿no?

–Por supuesto que no.

Librodot

–Tiene una jeringa hipodérmica en esa espantosa valijita. Me la mostró esta mañana. Me hizo estremecer.

–Vamos, no pienses en eso.

–¿Qué hago si le da un ataque de repente y se cae al suelo o algo?

–Toca la campanilla – respondí, tratando de calmarla –. Todos los sirvientes están bien aleccionados y andan con los bolsillos desbordantes de azúcar.

–Jamás me perdonaré el haberos dado todo este trabajo a ti y a Robin. ¡Quisiera estar muerta!

–Pues no lo desees –dije– porque eso sí que nos daría un trabajo terrible. En esta isla, los funerales son complicadísimos, pues hay que hacerlo todo a tambor batiente, debido al clima cálido.

Eloísa sonrió débilmente.

–La verdad, Grizel, es que dices las cosas más inesperadas – extendió la mano y sacó un cigarrillo de la caja que estaba sobre la mesa de luz–. Ya sé que no debería fumar, y tienen un gusto espantoso; pero con todo el fumar me da algo que hacer.

–¿Quieres algunos otros libros? –dije, ofreciéndole fuego–. ¿O las palabras cruzadas del *Times,* o alguna otra cosa?

–No, gracias. Me resulta imposible concentrarme en la lectura durante más de unos minutos, y jamás en mi vida he hecho un problema de palabras cruzadas. No saco nada en limpio. Me conformo con que estas malditas manchas no me salgan en la cara. ¿Todavía no se advierten señales, no?

–No – repliqué, observándola minuciosamente –. Ni el menor enrojecimiento. Pero aunque te salgan dos o tres, no debes dejarte deprimir por ello. Desaparecen con bastante rapidez.

–Todo ha sido un fracaso absoluto ¿no es cierto?

–No te preocupes ahora por ello. –Debo de haber estado demente desde un principio. ¡Mira que resolverme a venir aquí! ¿Cómo no previ lo que sucedería?

–¿Qué, es lo que debiste prever? –traté heroicamente de impedir que se deslizara en mi voz un acento de triunfo.

–Que la cosa no podía salir bien – suspiró –. Bunny es un tesoro en muchos respectos y sumamente atrayente, pero no podía resultar. Quiero

decir que jamás podríamos haber sido felices en una unión permanente ¿no lo crees?

–Eso no me incumbe – dije sin comprometerme –. Veo muy bien que vuestros gustos son diferentes y que no tenéis mucho en común, a excepción de... bueno, a excepción del hecho de estar enamorados. Pero no es cosa que pueda saberse a ciencia cierta, cuando se trata de los demás.

–Anoche tuvimos una disputa terrible. Hemos reñido antes, como es natural, pero jamás de ese modo. No tenía idea de que tuviese tan mal genio. En un momento dado, pensó que iba a pegarme.

–¡Dios Santo! –dije, y añadí hipócritamente–. ¿Cómo empezó?

–No me acuerdo muy bien –repuso ella, mientras miraba con ojos entornados el humo de su cigarrillo –. Estuvimos una eternidad sentados en ese espantoso cuartel que es la sala, esperando que estuviese lista la cena, y hablando de esto y aquello. Luego, cuando por fin trajeron la comida, era algo repugnante y casi no pude probarla. Supongo que ya empezaba a sentirme enferma. Entonces, él comenzó a echarme en cara que me gustaba demasiado el lujo, que estaba muy mimada, y que no debía esperar que me hartaran siempre de caviar, codornices y champagne rosado; que mucho más me convendrían las cosas saludables y sencillas de la vida, y en aquel instante vino la criada arrastrando los pies y con ese asqueroso *curry* gris que parecía piel de chinchilla y... ¡oh, no sé! ... de pronto me sentí desdichada y harta de todo el asunto, y dije que ojalá no hubiese ido y que preferiría volver a casa. Entonces, él empezó a gritarme, y así continuó la disputa hasta que salió de la casa a zancadas y no consiguió hacer arrancar el automóvil. Supongo que la verdadera culpable fui yo, por haber permitido que me llevara allí cuando no estaba en estado de ánimo propicio. Ya sabes lo espantoso que es tener algo con alguno cuando no se está con ánimos. De cualquier modo, he podido apreciar un faceta de su carácter que desconocía, de modo que algo he salido ganando...

–Antes de tomar decisiones definitivas, espera a sentirte mejor – dije con lo que suponía era convicción comprensiva –. Quizás retorne la antigua magia negra, y resurja con ímpetu cuando estés otra vez sana y buena. Pero de cualquier manera, no te preocupes ahora por eso, Bunny se ha ido de pesca.

–¡Aja! ¿Conque de pesca? –me miró agudamente–. Por lo que me importa, puede irse a dar la vuelta al mundo en bote.

–Ahora, tengo que dejarte –dije–. Se ha convocado a una reunión especial de la comisión para decidir si se hará o no un ensayo general público del desfile acuático.

–Te admiro, Grizel, te admiro sinceramente. Siempre estás tan alegre y atareada, siempre llena de bríos. No me explico cómo lo haces. Yo nunca hago nada que valga la pena, me lo paso sentada todo el santo día. Soy como una de esas horribles alimañas que se lo pasan pegadas a las rocas.

–¿Lapas?

–No, querida, son más bonitas. Creo que se llaman anémonas de mar.

–Bien, en ese caso, pórtate como una anémona sensata y haz lo que te indique la enfermera; trata de no preocuparte por nada y el día menos pensado estarás sana y te levantarás de la cama.

–Si de veras fuese una anémona sensata, encontraría una roca bien sólida para adherirme a ella, en vez de vagar de un lado a otro, llevada y traída por la marea – dijo pensativa –. En todo este asunto, me he conducido como una perfecta idiota, ahora me dan mi merecido, y bien empleado me está.

–¿Para qué entregarse a esas autor recriminaciones?

– le dije, con una sonrisa que me esforcé por hacer consoladora, y me dirigí a la puerta–. No es sino un desperdicio de energías, y probablemente te hará subir la fiebre. ¿Puedo traerte algo de la ciudad?

–No, creo que nada, a menos que encuentres casualmente una madeja de lana lila. Sólo me queda medio ovillo.

–Lana de color lila no es cosa que se encuentre "casualmente" en Pendarla, pero iré a la casa Carianeega y veré qué es lo que tienen. ¿No será mejor que lleve un poco, para ver si el color es el mismo?

–Eres un ángel – dijo Eloísa mecánicamente –. Mi bolso de labor está allá, sobre la silla, junto al tocador.

Tomé el bolso, revolví en él hasta encontrar el color que deseaba y me despedí. Me hizo un saludo tristón con la mano cuando me vio salir.

La reunión de comisión fue sofocante, aburrida y sin interés. Alma e Ivy – que por lo visto habían declarado una tregua privada – fueron de una abrumadora cortesía mutua. Cucú Honey a quien nada se le había ade-

Librodot

lantado acerca del ensayo general público, resolvió oponerse a todo e hizo una serie de discursitos coléricos, que comenzaban casi todos con: "La verdad es que no veo..." Por fin, fue derrotada y reducida a murmullos en voz baja y apuntes garrapateados en el anotador. El problema de si Keela aparecería desnudo, semivestido o completamente envuelto en una sustancia gomosa fue motivo de una discusión acalorada que duró casi tres cuartos de hora, hasta que no pude soportarlo más y salí disimuladamente para llegar a la casa Carianeega y comprar la lana de Eloísa antes que cerraran.

Salir de compras en Pendarla al caer la tarde es meterse en un caos, especialmente si se va hacia la parte baja de la ciudad, cerca del puerto, donde está la mayoría de las tiendas de lujo y las calles son estrechas y se hallan atestadas. Ya sabía yo que toda tentativa de estacionar mi coche en alguna de las playas cercanas estaba de antemano condenada al fracaso, de modo que me dirigí en derechura al "Royal Samolano", le indiqué al portero que lo dejase donde quisiera y salí a pie. Por cierto que estuve acertada, pues la calle del Rey, que se extiende, en su tortuoso recorrido de media milla, entre la Aduana y el edificio de los Ferrocarriles Bakhua, estaba repleta de vehículos casi inmóviles de un extremo al otro. Para acrecentar aún más la confusión, ciertos tramos habían sido clausurados con el objeto de erigir los palcos oficiales para la visita real. A decir verdad, toda la ciudad parecía histérica a raíz de dicho acontecimiento. Los resultados de esta epidemia eran realmente sorprendentes para quien estuviese habituado a la lasitud samolana: hasta los policías que dirigen el tránsito, a la sombra de sus quitasoles rayados – desde una pequeña plataforma – y que por lo común parecen aletargados y semiparalíticos, sacudían los brazos y las piernas y hacían sonar sus silbatos con tal entusiasmo que, a ratos, grupos de alegres paseantes se detenían en seco y prorrumpían en risueños aplausos.

Me abrí camino trabajosamente por las atestadas aceras y por fin logré introducirme en la Tienda Americana Carianeega. La Tienda Americana Carianeega es el orgullo y la alegría de Samolo; pero a mí me parece un infierno desencadenado, y me lo ha parecido desde que abrió por vez primera – hace tres años – sus horrorosas puertas automáticas. En primer lugar, tiene un aire acondicionado que congela, de manera que entrar en ella

Librodot

produce un choque fisiológico casi tan violento como salir de ella. En segundo término, su técnica de ventas – que supongo auténticamente norteamericana – torna imposible comprar un cepillo de dientes en menos de media hora. En tercer lugar, la preponderante presencia de metales cromados, pisos duros y escaleras rodantes la hace mucho más ruidosa que una fundición. El estruendo reinante se ve aumentado por el que emana de la sección radio y tocadiscos, que está en mitad de la planta baja. Las escaleras rodantes están situadas a ambos lados del edificio: a la derecha, la que asciende y a la izquierda, la que baja. Los samolanos las adoran, y suelen subir y bajar horas enteras en ellas, contentísimos, sin la menor intención de comprar.

Habiendo llegado por fin a la sección mercería, que está en el tercer piso, pasé diez minutos fatigosos chillándole a una hermosa pero abstraída vendedora samolana, y sacudiéndole delante de las narices la lana lila de Eloísa. Después de revolver lánguidamente en una porción de cajas de cartón, acabó por sacar el tono que yo necesitaba, y me resigné a la inevitable espera de media hora, mientras ella hacía trabajosamente la boleta, tomaba el dinero, lo metía junto con la boleta en una esférula de madera que, con una vuelta de muñeca envió rodando por un conducto de alambre, y luego lenta, muy lentamente, comenzó a envolver la mercadería. Tuve la suerte de dar con una silla vacía que estaba allí cerca, tomó asiento y encendí un cigarrillo. Cerrando un instante los ojos, me imaginé que estaba en Harrods, que afuera el tiempo estaba gris y frío y que oía el rumor menos estridente del tránsito de Londres a lo largo de la calle Brompton. El vivir siempre en los trópicos suele producir esos repentinos estallidos de nostalgia. Tanto Lucy como Dusty suelen sufrirlos; el otro día, sin ir más lejos, Lucy estaba de pie en la escalinata del Correo, sumida en una vivida ensoñación londinense cuando se le acercó un extraño y le preguntó si se sentía bien; ella abrió entonces los ojos, sobresaltada, y respondió que se sentía perfectamente y que sólo estaba esperando el ómnibus 19.

No es que una no disfrute de la vida en un remoto rincón del Imperio, especialmente si se trata de un lugar tan encantador como Samolo; sino que los ingleses tenemos una intrínseca tendencia a rememorar, en los instantes más inapropiados, episodios del ayer. No soy tan insular como para suponer

Librodot

que tenemos el monopolio de la nostalgia; estoy convencida de que los franceses que están en Guadalupe, los belgas de Leopoldville, los italianos de Trípoli y hasta los rusos del "ghetto" experimentan repentinos ataques de deseos de ver Notre-Dame, la Opera de Bruselas, la torre inclinada de Pisa y el Kremlin respectivamente. Todo se relaciona con el atavismo y la vieja inclinación humana – que es una debilidad – de desear siempre encontrarse en un lugar completamente diferente de aquél donde se encuentra. Al releer este párrafo, tengo la sospecha de que el difunto Mr. Henry James no se mostraría nada satisfecho con él; pero como hay muchísimos párrafos suyos que a mí no me satisfacen en lo más mínimo, lo dejaré tal cual. La verdad es que, en mi opinión, el olor es lo que nos puede arrebatar más eficazmente a la distancia y a otros horizontes. Debe de haber sido alguna brusca contracción reminiscente del nervio olfativo lo que me llevó en medio segundo, a través del planeta, desde la Tienda Carianeega de Pendarla hasta Harrods, en Knightsbridge. Harrods es un paraíso de variados olores; toda la gama: desde la embriagadora fragancia de la sección perfumería, pasando por los apetitosos tufillos de la sección de comestibles, hasta el penetrante y fresco aroma de cera para muebles que emana la mueblería con sus piezas antiguas y modernas. No recuerdo que el departamento de loza y cristalería tenga ningún olor especial, ni supongo que la confección para señoras y caballeros y otras secciones de venta de telas y ropas hechas huelan de otro modo que las de Selfridge, Marker y hasta Fortnum y Masón. Pero sé que si de pronto me trasladasen, con los ojos vendados, desde el más remoto rincón de la tierra y me depositaran en la casa Harrods, al instante sabría dónde me encontraría. La Tienda Carianeega carece de aroma peculiar. Huele más o menos como todos los demás comercios de Samolo: un hedor compuesto de calor, seres humanos, sudor y polvo, y como fondo subyacente, el tufo dulzón y penetrante de la *copra* que llega desde el puerto.

Por fin la vendedora acabó de envolver mi lana, y se quedó mirándola pensativa, y rascándose la oreja con un lápiz amarillo. Era notablemente bonita: piel trigueña y pelo renegrido, y me pregunté en qué estaría pensando, allí parada, inmóvil, con los ojos absortos clavados en un envoltorio de papel rosado. Sin advertir mi atención, sacó del bolsillo de su falda un espejito, estiró la boca en amplio gesto y estudió con mirada

Librodot

escrutadora sus dientes. En aquel instante se oyó un ruido sordo y un "clic", y la esférula de madera reapareció con mi cambio. Me levanté, guardé el dinero, recogí mi envoltorio y me fui. Cuando volví los ojos, antes de subir a la escalera rodante, ella seguía examinándose los dientes.

Regresé por la calle del Rey al "Royal Samolano", y sintiéndome acalorada y polvorienta, decidí tomar un té helado antes de meterme en el automóvil y volver a casa. Encontré una mesa vacía en la terraza interior, pedí el té y tendí la vista por encima de los jardines, hacia el mar. Un carguero de la *Blue Funnel Line* entraba lentamente a la rada y frente a él, como un perrito, se agitaba una pequeña embarcación-piloto: casi esperé oírla ladrar. Al rato, el mozo trajo mi té y me disponía a paladearlo cuando vi consternada que Cucú Honey, circundada de envoltorios, aparecía ante mí y se dejaba caer en la silla vacía que tenía delante.

–Me pareció que eras tú – dijo sin aliento –. Reconocí tu sombrero desde el otro extremo de la terraza. –No creí que fuera tan llamativo como todo eso. – Es divino – dijo, riendo pícaramente y depositando los bultos en una silla próxima –. Yo tuve uno bastante parecido el año pasado, sólo que era negro en vez de rojo. ¿Qué es eso? ¿té helado? –Sí.

–Yo también tomaré; tengo la garganta seca como un hueso, ¡Mozo! – golpeó las manos con tal estrépito que un grupo sentado a una mesa vecina se volvió, sorprendido. Cuando hubo venido el camarero y recibido su pedido, Cucú se inclinó sobre la mesa y me miró de hito en hito –. Pareces cansada – dijo –. Lo advertí en la reunión.

Sabiendo por experiencia que la única manera de tratar con Cucú es devolverle el golpe sin pérdida de tiempo, dije:

–Tú también. Completamente derrengada. ¿Tienes algo?

–No, por cierto. Nunca tengo nada, ni siquiera un resfrío de cabeza en todo el año.

–Entonces, será el calor – dije sin apiadarme –. Nos hace parecer pálidas a todas.

–Me alegraré mucho cuando haya concluido la visita real – dijo, cambiando abruptamente de conversación –. Está trastornando toda la isla. ¿Sabes que la calle del Puerto estará cerrada al tránsito durante toda la semana, mientras erigen todos esos palcos y mástiles? –Sí, lo leí en el periódico.

–A mí, personalmente – continuó –, me parece que el itinerario proyectado para el recorrido oficial por la isla es ridículo. Pensé en hablar con Sandra del asunto; pero en estas últimas semanas se ha estado poniendo cada día más susceptible y por cualquier nadería salta como una víbora.

–No le faltan rompederos de cabeza. –No puedo soportar las cosas desorganizadas y mal dirigidas – prosiguió Cucú –. Es sencillamente "una locura" hacerlos partir a las ocho y media y atravesar el paso Lailanu de mañana, cuando todos sabemos que el día será brumoso y que jamás aclara del todo hasta después de las doce, ¡Y luego. . . que la comitiva real almuerce con Juanita, nada menos!

–La "Taberna de Kelly" sirve la mejor comida de la isla, sin comparación – dije –. Y Juanita lo organizará todo a las mil maravillas.

–Ya sé que tú y yo no estamos de acuerdo en cuanto a Juanita – Cucú resopló con cierto airecillo de superioridad –. No dudo de que regentee su hostería con mucho acierto y competencia, y todos la encuentran divertidísima; pero personalmente, me parece de una vulgaridad tremenda. Una nunca sabe qué va a soltar de buenas a primeras. Tienes que reconocer que es una mujer de carácter arrebatado, y que a cada instante la emprende contra alguien.

–Me parece poco probable que pierda la paciencia y la emprenda contra la Reina y el príncipe Felipe.

–Claro que no lo hará. No quise decir semejante cosa. Pero pienso que todo ese programa es inadecuado. Mucho mejor habría sido que S. E. y Sandra, de acuerdo con su primer proyecto, los hubiesen llevado a almorzar con el viejo Sir Alberto en la Bahía de Bingall.

–No estoy de acuerdo – repuse tajante –. El viejo Sir Alberto es aburrido y pomposo, además de lo cual está más sordo que una tapia y su casa es una verdadera pesadilla.

–¡Grizel! ¿Cómo puedes decir semejante cosa? Es una de las personalidades más distinguidas de Samolo y por lo menos es inglés de pura cepa, mientras que todo el mundo sabe que Juanita tiene un buen chorro de sangre inferior …

–Tengo la sospecha – dije sin alterar mi tono sereno– de que, cuando la Reina emprende jiras por sus dominios y colonias, está perfectamente

Librodot

dispuesta a encontrar aquí y allá chorros de "sangre inferior", como la llamas. Aquí tienes el té helado – añadí, al ver que se acercaba el mozo con la bebida –. Mejor será que lo tomes en seguida; es muy sedante y te tranquilizará.

Cucú resopló de nuevo y empezó a verter el té en su vaso de hielo. Por tonta que fuese, había advertido sin duda una luz de peligro en mis ojos, y por lo tanto el tema de la visita real fue abandonado durante los siguientes minutos, y nos consagramos al intercambio de preguntas y respuestas que tan a menudo se da entre personas que no tienen mayor tema de conversación. –¿Cómo están los niños?

–Perfectamente. Salvo Miguel. ¡Pobrecito, tiene un poco de dolor de oídos!

–Probablemente, por zambullirse demasiado. –No puede ser. Es muy pequeño para zambullirse. –Deberías limpiarle los oídos con alcohol medicinal cada vez que sale del agua.

–Lo he intentado, pero grita como para resucitar a los muertos.

–¿Qué opina el doctor Bowman?

–No le tengo confianza al doctor Bowman. Es demasiado pagado de sí. Nos atiende el viejo doctor Radcliffe. –¿No está un poco *gagá?* ¡Tiene ochenta años largos! –Es serio, digno de confianza y, por lo menos, es un caballero – dijo Cucú a la defensiva –. Y curó magníficamente a Jessica cuando se le hincharon los ganglios de la axila, para Navidad, ¡pobre angelito! ¿Cómo están los tuyos?

–¿Los ganglios o los niños? –¡Los niños, por supuesto!

–¡Ah!, están perfectamente. Ahora se hallan tomando unas vacaciones en la playa porque, como Eloísa se encuentra enferma, pensé que sería más prudente alejarlos. La expresión de Cucú se iluminó repentinamente, y yo hubiera querido tragarme la lengua.

–¿Eloísa enferma? –se inclinó hacia mí, muy interesada–. ¿Qué le ocurre?

–Nadie lo sabe exactamente. El doctor Bowman dice que puede ser algún extraño virus tropical. Está haciendo toda clase de pruebas y la tiene en observación – agregué osadamente.

–¡Santo Dios! – Cucú se estremeció de nerviosa anticipación, como uno de los perros del doctor Pavlov, cuando un campanilleo repentino indica a sus

Librodot

reflejos condicionados que está a punto de llegar su comida –. ¿Y a ti, qué te parece que puede ser?

–Estoy segura de que no es nada grave. Tiene muy poca fiebre.

–¡Bien ...! – Cucú encendió un cigarrillo y adoptó un aire misterioso –. Al menos, esto la alejará de malos pasos.

–¿Malos pasos? –me reí–. La verdad, Cucú, no sé qué quieres dar a entender con eso.

Frunció levemente el ceño, como si debatiera en su interior si hablar o permanecer muda para siempre. Pero, como era Cucú, resolvió hablar, naturalmente.

–Me he preguntado si debía o no decirte algo. Hace tiempo que el asunto me preocupa; pero últimamente te he visto muy poco, sólo en las reuniones de comisión, y nunca estoy muy segura de cómo vas a tomar las cosas. En eso, te pareces a Sandra ... – lanzó una risita – eres inesperada – al oírlo, hice un gesto de asombro, y ella prosiguió precipitadamente –. Quiero decir que ambas sois muy capaces de enfureceros si alguien dice algo que no es de vuestro agrado.

–Sin duda, es una debilidad bastante general. ¿Qué haces "tú" cuando alguien dice algo que no es de tu agrado?

Ante eso, tomó una actitud belicosa. –Soy partidaria de la más absoluta franqueza, y de decir sin ambages lo que pienso – replicó con firmeza –. Ya sé que a veces eso cae mal; pero a la larga, más vale ser sincera. ¿No te parece?

–Yo no estoy tan segura –dije–. Demasiada sinceridad aplicada en un momento inoportuno puede hacer grave daño. ¿Qué es lo que te tiene preocupada? –Se trata de Eloísa. –Sí, ya lo veo.

–No sé qué es lo que sabes y qué es lo que ignoras; pero en mi calidad de antigua amiga, creo mi deber advertirte una cosa.

–Está bien, Cucú – miré sin disimulo mi reloj de pulsera –. Advierte todo cuanto quieras, pero basta de misterios. Tengo que irme dentro de un instante.

–Hace diez días, recibí carta de mi hermana Verónica. –¿Es ésa la divorciada, o la que vive en la isla de Wight?

–La divorciada. Viaja mucho ¿sabes? –No lo sabía. Pero lo encuentro muy sensato de su parte. ¿Para qué quedarse en casa, cavilando?

Librodot

–El verano pasado, la conoció a Eloísa en Capri, en una cena que tuvo lugar a bordo del yate de no sé quién. ¡Estaba con Bunny Colville!

–No lo encuentro reprochable – respondí sonriendo suavemente – por parte de Verónica. Bunny es un hombre muy simpático.

Cucú se apresuró a rectificar:

–La que estaba con Bunny era "Eloísa". Sus amoríos eran cosa sabida.

–¿Quieres decir que lo habían publicado en los diarios? ¿Que cometían públicas ofensas al pudor?

–Tú siempre chistosa; pero esto es algo serio. Por lo visto, la cosa viene prolongándose desde hace más de un año – se detuvo –. Y, si quieres saberlo, creo que el motivo que la trajo a ella aquí fue el deseo de estar con él. No implico que no sienta afecto por ti y por Robin, ya sé que sois viejas amigas desde los días de la guerra, pero pienso que "debes" saber la verdadera situación que se oculta bajo todo esto.

–Gracias, Cucú – dije –. Te quedo muy agradecida por haberme insinuado muchas cosas.

–¿Crees que es cierto?

–No tengo la más remota idea –me levanté y llamé al mozo para que me trajera la adición –. Quizás haya sido cierto en Capri, pero aquí no he advertido la menor señal. Desde su llegada, apenas ha visto a Bunny un par de veces.

–¡Es que él estuvo con viruela boba!

–Aun así, si estuviera tan loca por él como dices, lo hubiera visitado llevándole flores, o fruta, o algún obsequio. Y hace semanas que no lo ve. Ahora, Bunny se ha ido a pescar a las islas circunvecinas.

–¡Oh! –Cucú pareció decepcionada; luego se reanimó–. Y esta misteriosa enfermedad ¿no podría ser también viruela boba, contagiada por él?

–¡Por favor, Cucú, eres incorregible! –reí de manera convincente–. Por poco que te agrade el doctor Bowman, tienes que admitir que el hombre es capaz de diagnosticar viruela boba, cuando toma ella.

–Verónica dijo que en Londres era un escándalo notorio, y que todo el mundo lo comentaba. No es que sea asunto mío. Quiero decir, que no tengo nada de gazmoña y poco me importa "lo que hagan" los demás. Pero se me ocurrió que unos amoríos tan traídos y llevados como los de la duquesa de

Fowey, aquí, justamente cuando la Reina y el príncipe Felipe están para llegar, no serían lo más adecuado. Quiero decir que nos pondrían a todos en una situación muy embarazosa ¿no te parece?

–¡Ya lo creo! ¡Una situación horrible! – dije alegremente–. Jamás volveríamos a levantar cabeza –recogí el envoltorio de la lana de Eloísa –. Y ahora, debo correr, porque prometí estar en casa a las seis y media para ver al doctor Bowman y saber el resultado de los análisis de sangre de la pobre Eloísa.

–Gracias por el té helado – dijo Cucú con voz inexpresiva –. No fue mi intención el que tú pagaras por las dos.

–No pienses más en ello. He tenido muchísimo gusto en encontrarte y nuestra pequeña sesión de chismografía resultó encantadora. Deberíamos repetirla con mayor frecuencia ¿no crees? –le soplé un beso y salí apresurada en busca de mi automóvil, dejándola sentada a la mesa, contemplando su vaso vacío con aire pensativo y mordiéndose los labios.

Cuando estuve de regreso, metí el coche en el garaje, donde la ausencia de la camioneta rural me reveló que Robin no había llegado todavía, y subí sin ruido para recostarme unos minutos. Me sentía acalorada, polvorienta, cansada y, a estas horas, irritable. Tiré los zapatos a un lado, me saqué la falda y la chaqueta, me puse el batón y me extendí en la cama; una vez acostada, traté de relajar completamente el cuerpo y disponerme a una breve siesta, alejando resueltamente de mi memoria la imagen de Cucú, con sus ojos pálidos y levemente saltones y su don casi prodigioso de enfurecerme. Estaba a punto de lograrlo, y comenzaba a sentir esa deliciosa impresión cosquilleante que se inicia en los pies y, si una permanece quietecita, sigue subiendo, hasta que nos despertamos cómodas, tibias y descansadas, al cabo de media hora de duermevela. En ese instante, oí un fuerte ruido, seguido de un grito ahogado que provenía del cuarto de huéspedes. Desperté de mi agradable ensueño como si alguien hubiese arrojado una granada de mano por la ventana, y recorrí el pasillo descalza. La puerta de la habitación de Eloísa estaba abierta, y cuando entré la encontré sentada en la cama, con los ojos muy abiertos y dando gemidos de temor, mientras con la mano derecha tocaba repetidamente el timbre. Hechos añicos, en el suelo, se veían los restos de mi mejor juego de té. La lechera se había partido en dos y la

Librodot

tetera yacía de costado, mientras un arroyuelo de té *Earl Grey* manaba de ella y manchaba la alfombra azul. En medio de esta desolación, tendida de espaldas, estaba la enfermera, con la cabeza sobre una dulcera de cristal cortado; respiraba dificultosamente y parecía algo salido del museo de cera de Madame Tussaud. Captando la situación de una sola ojeada –como diría la heroína de una novela – me arrodillé sobre un poco de pan con manteca y la sacudí suavemente. Pero no hizo otra cosa que gruñir, y su cabeza se apartó de la dulcera para reposar en el suelo.

–¡Azúcar! – grité –. ¡Azúcar, pronto! –Creo que no hay – dijo Eloísa con voz trémula –. ¿No serviría la sacarina?

–Claro que no – me levanté, salí de la pieza a toda carrera y bajé al primer piso. Al pie de la escalera, encontré a Tahalí que venía disparado por la puerta de servicio, seguido de Eulalie y Clementine –. ¡Azúcar! – chillé–. ¡Traigan azúcar inmediatamente!

Tahalí sacó del bolsillo de su chaquetón unos terrones bastante grises.

–Me parece que ésa no va a servir – grité desesperada –. No podremos metérsela en la boca – me volví a Eulalie y Clementine–. Traigan azúcar impalpable, o azúcar rubia, o azúcar molida y súbanla, y hagan café negro, muy fuerte, lo más pronto posible.

Salieron corriendo por la puerta de servicio, mientras yo subía a saltos, seguida por Tahalí. Nos arrodillamos junto a la enfermera, y Tahalí le mantuvo la cabeza en alto mientras yo trataba de meterle un terrón en la boca, pero su reluciente dentadura postiza estaba firmemente apretada, y sólo conseguimos que resoplara con enojo y tirara el azúcar que yo sostenía.

–Prueba con un poco de dulce de grosellas – dijo Eloísa, que se había arrastrado hasta los pies de la cama para ver lo que ocurría –. Tal vez sea mejor que nada.

Tomó una cucharilla de té, la llené de dulce y la introduje entre los labios de miss Duffy. Dio un gruñido y pareció tragar un poco. Llené otra vez la cuchara y repetí el procedimiento; en ese momento aparecieron Eulalie y Clementine con dos azucareros repletos.

–¡Rápido! – dije –. Disuelvan todo el azúcar posible en medio vaso de agua.

Eulalie fue pausadamente hasta el baño y volvió con un vaso para dientes medio lleno de agua. Ella y Clementine disolvieron en ella una buena dosis

de azúcar, que revolvieron con una lima de uñas que Eloísa les alcanzó de la mesa de luz; luego todos, excepto Eloísa, nos instalamos en el suelo en torno de la enfermera, como si estuviéramos a punto de participar en un raro rito religioso. Tahali le sostuvo la cabeza mientras yo le derramaba dentro de la boca el agua azucarada. Casi toda corrió por su mentón y su vestido, pero perseveramos hasta quedar completamente enmelados. En aquel instante entró Robin, con un manojo de bananitas verde esmeralda y una fusta en la mano.

–¿Qué diablos pasa aquí? –preguntó.

–Por ahora, nada – repliqué de mal humor –. Pero, como ves, ha pasado bastante.

De pronto, la enfermera abrió los ojos y se sentó muy erguida.

–¡Santa Madre de Dios! – exclamó –. ¡Qué desorden espantoso!

–Espantoso en verdad – dije, mirando afligida la porcelana rota, los trozos dispersos de pan con manteca, la tetera volcada y la alfombra sucia.

–Todo por culpa mía. Soy una tonta, y me daría yo misma un puntapié si pudiese – trató de levantarse, pero se lo impedí.

–Mejor será que se quede donde está durante unos minutos – me volví a Tahali –: Trae esa silla, para que se apoye en ella miss Duffy.

Tahali obedeció y envié abajo a las dos mujeres a buscar el café. Mientras tanto, la enfermera respiraba aún trabajosamente, reclinada sobre la silla; pero en otros aspectos parecía normal.

–Déme una cucharada de esa azúcar morena – dijo – y estaré más sana que una manzana en menos que canta un gallo – cuando se la hube dado, se volvió hacia mí, haciendo un chasquido con la lengua–: Le pido disculpas – dijo– ¿qué más puedo hacer? Esta mañana me quedé dormida y salí de casa a la carrera, sin desayunarme como es debido; luego, a la hora del almuerzo, comí muy poco, porque los gases me hicieron sentirme descompuesta. Estoy avergonzadísima de mí misma por mi maldita negligencia y falta de sentido de responsabilidad.

–¿Se siente bien ahora?

–Perfectamente, si no es por un ligero aturdimiento – se puso de pie –. Limpiaré todo esto con mis propias manos – dijo muy animosa –. Es lo

menos que puedo hacer, después del desgraciado espectáculo que acabo de darles.

Media hora más tarde, cuando la enfermera hubo tomado su café, la habitación hubo sido ordenada y la pobre Eloísa acomodada de nuevo, exhausta, entre sus almohadas, me fui a la galería posterior, en compañía de Robin, y tuve un leve ataque de histeria.

CAPÍTULO XX

Las semanas que siguieron a aquel primer día de la enfermedad de Eloísa –día ajetreado en verdad– tienen, vistas a la distancia, un no sé qué de montaje cinematográfico. Todo parecía acontecer simultáneamente, en planos diversos. Los preparativos para la visita real, que hasta entonces se habían reducido a reuniones y discusiones, se aceleraron de pronto y dominaron todos los aspectos de nuestra vida. Hasta Sandra, cuya energía era inextinguible, pareció marchitarse un poco en medio de tan continua tensión. La Casa Gubernamental propiamente dicha se volvió inhabitable, pues fue necesario pintar todo el primer piso, empapelarlo y hasta reconstruir algunos sectores, mientras en los jardines se erigía un tablado para la banda de música y se colocaban dos enormes carpas, para el caso de que un hado maligno organizara un aguacero en mitad del *garden party.*

Decidióse, ante todo, que las muy discutidas presentaciones tuvieran lugar en la terraza baja, dentro de un espacio separado por cuerdas rojas. Sin embargo, la idea fue abandonada cuando Sandra señaló que los presentados no podrían hacer su reverencia y retroceder sin caer de espaldas por las tres gradas de acceso. Entonces se sugirió que las presentaciones se efectuasen en varios lugares estratégicos, durante el recorrido que la Reina y el príncipe Felipe harían por los jardines. Esto implicó la creación de la subcomisión – encabezada por Cucú – cuya tarea sería la de formar a los ciudadanos privilegiados en pequeños grupos y velar a fin de que estuviesen listos en lugares determinados del jardín en el momento propicio, de modo que fuera posible desglosarlos de la turba, presentarlos y soltarlos otra vez sin indebida pérdida de tiempo. No hace falta decir que Cucú, con su habitual y casi mágica habilidad para ello, consiguió en la primera reunión ofender a

Librodot

todos los miembros de la subcomisión y todo el proyecto naufragó en medio del caos. Por lo tanto, se decretó finalmente que la organización de las presentaciones quedaría en manos de cuatro oficiales del regimiento de "Royal Shropshires" y de Chris Mortlock, ayudado por dos funcionarios más.

Mientras tanto, proseguían convulsivamente, de crisis en crisis, los ensayos para el desfile acuático. Una de las hadas más importantes de Ivy Poland pisó una raya venenosa cuando brincaba pícaramente por el borde de la playa, donde el agua es poco profunda, y hubo que llevarla al hospital. Keela Aloia estuvo a punto de ahogarse porque su pulmón portátil se descompuso, y fue menester cambiar toda la coreografía de su primera entrada. Hubo una disputa mayúscula y cuádruple entre Alma, Ivy, Kerry Stirling e Inky Blumenthal, en el transcurso de la cual cada uno acusó a los otros de sabotear adrede toda la presentación del espectáculo, por razones de envidia profesional. Las repercusiones de la pelea paralizaron todo, y yo me encargué de apelar secretamente a Sandra, quien se presentó de pronto en el ensayo como una diosa vengadora, reunió en torno suyo a Alma, Ivy, Kerry e Inky en malhumorado grupo y les espetó un discurso candente y admirablemente expresado, delante de toda la compañía. El "zumo del limón" era que, si seguían perdiendo el tiempo en rencillas internas, en lugar de continuar con su tarea, y si preferían dar rienda suelta a sus mezquindades, a despecho de su deber como patriotas, quedaría cancelado todo el espectáculo y ella se ocuparía personalmente de que les fueran retiradas oficial y públicamente las invitaciones para asistir al *garden party* real. Terminada la homilía, Alma se echó a llorar con fuertes sollozos, y fue acompañada por Ivy hasta un bosquecillo de cocoteros; algunos de los elementos jóvenes de la compañía dieron un "Viva" tímido y callaron, mientras Sandra, sin mirarme siquiera, dio media vuelta, caminó por la playa rumbo a su automóvil y se alejó. Media hora más tarde, mientras el ensayo continuaba en una atmósfera de oprimente melancolía, me escurrí hasta mi coche, sin ser vista, y la seguí.

Entre tanto, la espectacular convalecencia de Eloísa había vuelto inhabitable mi casa. Pasada la primera semana, durante la cual se quedó en cama, disminuyó la fiebre y el doctor Bowman le dio permiso para bajar unas horas por día e instalarse resueltamente en la galería posterior.

Librodot

Afortunadamente, la erupción fue benigna y sólo se manifestó en la espalda y el pecho; muy pocas manchas aparecieron en su cuello y la parte inferior de su rostro. Ella las disimuló ingeniosamente, envolviéndose la cabeza en una gasa color azul jacinto que dispuso en forma de *yashmak,* por encima del cual sus hermosísimos ojos miraban misteriosos y tristes. Se tendió en una *chaise longue* que Tahali había bajado desde su dormitorio, bajo una liviana colcha estampada, de seda china, que Robin me trajo, hace años, de Honolulu. El resultado – no es necesario que lo diga – fue estupendo.

Logramos mantener con éxito la ficción de que sufría de una leve, pero misteriosa enfermedad tropical. Puse sobre aviso al doctor Bowman, quien me miró con cierta picardía, según me pareció; pero se prestó al juego. Todas las tardes, de cuatro a siete, recibía una caravana de visitantes. Entre los principales se hallaban Chris Mortlock –que la contemplaba enajenado–; Hali Alani – que venía con menos regularidad pero la miraba con el mismo ardor– ; Lucy y Bimbo, Dusty y Buda, el coronel Shelton y varios oficiales de los "Royal Shropshires", que venían con guirnaldas de flores, enormes ramilletes y cestos de fruta, y ambos hermanos Fumbasi, portadores de presentes de jade y alabastro. Todo esto, como es natural, trastrocó la marcha de la casa. Los sirvientes hicieron frente a la contingencia con excelente voluntad y Tahali, aunque trabajaba hasta matarse, conservó la calma, la eficacia y un milagroso buen humor. No sucedió lo mismo con Robin, que contemplaba la situación con creciente fastidio. Reconozco que no podía menos de convenir con él. Que el dueño de casa, el que trabaja para mantenerla, vuelva a las tardes cansado y acalorado después de un largo día de trabajo en la plantación para encontrarse con una especie de maratón de cócteles en su propia galería, es cosa irritante, para decir lo menos. Pasados los primeros días, cuando comprendió que la situación no llevaba miras de cambiar y que los visitantes tendían a aumentar en vez de disminuir, dispuse una mesilla con bebidas en la galería de nuestro dormitorio, para que pudiéramos tomar una copa vespertina en relativa paz. Esta paz era, no obstante, muy relativa, pues como la galería da al camino delantero, a cada rato teníamos que escondernos para no ser vistos por los visitantes de Eloísa, en sus continuas entradas y partidas.

Cada mañana, desde el primer día de la enfermedad de Eloísa, llegaba puntualmente a las nueve y media un muchachito samolano en bicicleta, entregaba una sola gardenia en papel transparente y se alejaba. Estos cotidianos tributos no traían tarjeta ni mensaje alguno, y por fin, devorada por la curiosidad, le pregunté a Eloísa su procedencia. Se ruborizó un poco y tosió, ligeramente incómoda.

–Las mandan Dafne y Lidia – dijo –. Son unos ángeles ¿no es cierto?

–Muy atentas – repliqué, reprimiendo el deseo de soltar la carcajada–. Nadie podrá negar que tu impacto personal en esta isla ha sido, en todo sentido, considerable.

–Debo reconocer que todos han sido buenísimos para conmigo – sonrió débilmente, luego su expresión se volvió dura –. Todos, menos Bunny. De él, no he recibido la menor atención.

–Se ha ido en viaje de pesca.

–Aún así, podría haber mandado un telegrama o algo.

–No es cosa fácil despachar telegramas desde un remoto atolón coralino.

–Todo este desastre es culpa de él, de cualquier manera – dijo con aire petulante.

–¿Te importa mucho ... de Bunny, quiero decir?

–No sé –volvió la cabeza–. Hay momentos en que sufro por él, y desearía que todo fuese hermoso, alegre y romántico, como el año pasado en Capri. Luego, cuando me acuerdo de esa horrible casa, y de lo odioso que estuvo conmigo, tengo la impresión de quedar insensible por adentro, y ya no me importaría no verlo nunca más. De cualquier modo, he decidido volver a casa tan pronto como esté sana. Bastante he pesado ya sobre Robin y tú.

–¡Tonterías! –dije–. Ha sido muy agradable tenerte aquí; has alegrado toda la casa.

–¡Ángel! –murmuró débilmente, soplándome un beso y cerrando los ojos. Salí de la habitación sin hacer ruido.

Una mañana, pasada ya una semana de la conversación anterior, me preparaba para ir a la "Hostería de Kelly" y almorzar al aire libre con los niños, cuando Dafne llegó a la puerta delantera en un convertible M. G., que conducía a toda velocidad. Llevaba pantalones carmesíes, camisa blanca y un pañuelo a cuadros atado a la cabeza con mucha gracia. No necesitaba

Librodot

sino argollas de oro en las orejas y un papagayo verde en el hombro para parecer un auténtico pirata, curtido por la intemperie, y con caderas extraordinariamente anchas, para completar.

Me estrujó la mano en un apretón cordial y la acompañé por la casa hasta la galería del fondo, pensando que debería gritar: "¡Yo, ho, ho!" y ofrecerle un gran vaso de ron. No obstante, se conformó – cosa sorprendente – con un jugo de tomates, y se sentó sobre la balaustrada de la galería, hamacando las piernas.

–Se me ocurrió darme una vueltita, a ver cómo seguía la enferma –dijo–. ¿Han descubierto ya qué es lo que tiene?

–Sí, por cierto – sonreí confiadamente –. Es una infección a virus, no muy frecuente, que tiene un nombre rarísimo. El doctor Bowman me lo dijo ayer, pero se me ha olvidado por completo. Por suerte, el caso de Eloísa es sumamente benigno y se está reponiendo a ojos vistas. ¿Te gustaría subir a verla?

–No sin antes hablar contigo –bajó de la balaustrada y se quedó mirando el jardín y silbando entre dientes, abstraída –. Debes de haber pasado una temporada bastante difícil, entre una y otra cosa. No es muy agradable, eso de tener una enferma en la casa ¿no es así?

–Desagradabilísimo.

–¿Cómo sigue la enfermera epiléptica?

–Se ha ido; y no era epiléptica, sino diabética.

–Muy inadecuado para una enfermera, tanto lo uno como lo otro.

–Tienes razón. ¡Pero lo tomó con tanto valor! Sólo tuvo un ataque, pobrecita.

–Ya sé. Eloísa me lo contó todo por teléfono – se detuvo –. Lo que vine a decirte era esto... – volvió a detenerse, carraspeando–. ¿Te facilitaría un poco las cosas el que Eloísa viniese a pasar una temporadita al Rincón del Pescador? No quiero invitarla sin consultarte antes; pero me parece que estar a la orilla misma del mar sería para ella un cambio de aire y contribuiría a mejorarla. ¿Qué te parece?

–¡Es una idea magnífica! –repuse, tratando de no mostrar demasiado entusiasmo en mi acento –. Y amabilísimo de tu parte. ¿Has hablado con ella del asunto?

–Bien, lo sugerí con delicadeza – Dafne bajó los ojos, casi púdicamente –. Y no le pareció del todo mal. Pero, naturalmente, no deseo meterme donde nadie me llama. Al fin, es tu huésped; sólo pensé que... –volvió a carraspear– con todo lo que tienes que hacer en estos momentos, sería un alivio para ti tener la casa libre durante unos días.

–¿Qué opina Lidia del asunto? –pregunté, y al punto deseé no haberlo hecho, porque parecía impertinente y atrevido. Sin embargo, no valía la pena de preocuparse, porque Dafne lanzó una risotada.

–¡Oh, Lidia está de acuerdo! Cómo tenemos a Úrsula, que se quedará aquí dos semanas más, y entre nosotras, está empezando a hartarnos... Suele ser excesivamente intensa ¿sabes?

–Sí –repuse con toda sinceridad–, ya advertí esa tendencia en ella.

–Si Eloísa está en casa – prosiguió Dafne – contribuirá a aligerar la atmósfera ¿comprendes lo que quiero decir?

–Ya lo creo. Eloísa es única para aligerar la atmósfera. Sin embargo, conviene que os preparéis a recibir a sus admiradores. Las horas de mayor afluencia son entre cuatro y siete, por lo general.

–Ya nos arreglaremos – Dafne volvió a reír –. No necesita tratamiento médico especial ¿no?

–Oh, no –dije irreflexivamente–. Las costras ya han caído, y todo empieza a desaparecer rápidamente.

–¿Las costras?

–De las inyecciones que le hizo el doctor Bowman – seguí de prisa –. Le inyectó un suero especial que le formó dos cicatrices en el brazo, como las de la vacuna cuando prende ¿sabes? Pero ya se han curado casi, y dentro de un par de días habrán desaparecido del todo.

–¡Magnífico! –dijo Dafne–. Subamos a hacerle la invitación.

Dos días después, Dafne reapareció en el M. G. y se llevó a Eloísa, que agitó graciosamente la mano en señal de despedida, en medio de una nube de polvo. Cuando se hubieron ido, fui de una pieza a otra, como Madame Ranevsky en "El huerto de los cerezos", sólo que en vez de despedirme de la casa, como ella, yo parecía reencontrar la mía después de una larga ausencia.

Librodot

Robin y yo almorzamos solos y dichosos en la galería posterior y a la tarde, cuando se hubo ido de vuelta a la plantación, Tahalí y yo abordamos resueltamente la mecedora, le quitamos el toldo y los almohadones y la aceitamos a fondo. Esto nos llevó bastante tiempo; pero cuando estuvo hecho, se limpiaron los goterones de aceite que habían quedado en el suelo, y el toldo y los almohadones retornaron a sus respectivos lugares, Tahalí se retiró a la cocina, con sonrisa triunfal, y yo me recosté, meciéndome en perfecto silencio con el pie y contemplando el follaje recortado contra el cielo.

A las cuatro y media volvió Nanny con los niños, que estaban tostadísimos por el sol y sumamente excitados. Tomamos un té de reunión familiar, en el césped, bajo el árbol de *pareando,,* durante el cual me regalaron los oídos con chillones relatos de sus aventuras marítimas. Un caballero americano que tenía una camisa con pinas dibujadas en ella los había llevado de paseo en una lancha de motor muy veloz; Kokoano, primer sirviente de Juanita, había enseñado a Simón a zambullirse de una manera especial; Juanita y Coqui, mientras construían un castillo de arena, habían encontrado una cigarrera de oro con la inscripción "A Baba, ahora y siempre" escrita con diamantitos. Ante la insistencia de Nanny, la entregaron al empleado de la gerencia, a raíz de lo cual su propietaria – que por lo visto sería Baba – una tal señora de Garsch, de Omaha, Nebraska, al identificar la cigarrera, lanzó un fuerte grito y se echó a llorar, apretando a Juanita y Coqui contra su corazón con mucha fuerza. Más tarde, dominada ya la emoción, apareció repentinamente en su *chalet* cuando estaban cenando, las cubrió de besos y regaló a cada una gran caja de bombones de chocolate rellenos de menta. A todos estos acontecimientos se sumó una cena a la luz de la luna, que Juanita organizó para ellos y otros niños del hotel. Tuvo lugar en una pequeña rada situada a pocas millas del lugar; encendieron una hoguera, hicieron maíz frito y Simón vomitó. Terminada la crónica, Tahali levantó la mesa del té y jugamos ruidosamente "al paso de la abuelita" hasta que llegó la hora de que subieran a tomar su baño.

Volví, derrengada, pero feliz, a la silenciosa mecedora y di una ojeada a la correspondencia vespertina, que Eulalie había dejado sobre la mesa. Había tres facturas, un recibo, una postal para Robin de su hermana, la que vive en Escocia, y una carta de mamá. Al abrir ésta última, cayó del sobre un

recorte de periódico. Lo recogí, y se me fue el alma a los pies al leer el encabezamiento: "Una duquesa cae enferma en un paraíso tropical". El artículo era breve e iba al grano. "La duquesa de Fowey, que está visitando actualmente a unos amigos en las islas samolanas, ha sido afectada por cierta dolencia tropical tan virulenta como misteriosa. Los especialistas locales no han logrado aún identificar su naturaleza exacta, y la mantienen bajo rigurosa observación. El duque de Fowey, cuando le telefoneamos a Kemberton – su mansión señorial de Cornwall – manifestó sorpresa al enterarse de la noticia. "Es lo primero que oigo al respecto" – dijo –. Cuando le preguntamos si eran ciertos los rumores que aseguran que él y la duquesa proyectan separarse, se negó a hacer comentario alguno."

Dejé el recorte con mano temblorosa y volví mi atención a la carta de mi madre.

"Mi querida Grizel:

¿Qué diablos está sucediendo? Juanita descubrió esta noticia en el diario de hoy, de modo que la recorté y te la envío inmediatamente. No "puedo" creer que hubieras dejado de telegrafiarme si las cosas fueran "realmente" graves; pero reconozco que estoy preocupadísima. ¿Estáis tú y los niños bien de salud? ¡Qué fastidio de parte de esa tonta atrapar una dolencia tropical, y qué "estúpido" por parte de los médicos de allá el no ser capaces de diagnosticarla! Me imagino que son todos perezosos, y tan anticuados, como ese espantoso hindú de voz aflautada que la atendió a la pobre Lavinia en Ceilán, y no le daba más que arroz y ajo, con lo cual estuvo a punto de matarla. El martes, vino Cinthia a almorzar y me contó mil cosas acerca de los Fowey. Por lo visto, los conoce muy bien y dice que "ella", tu Eloísa, ha sido una redomada coqueta toda su vida, y que hace un año que anda en amoríos con un tal Bunny no-sé-cuántos que vive ¡en Samolo! Todo esto me parece altamente sospechoso, y sólo cabe esperar, querida, que no hayas permitido que te compliquen en este asunto. Ya sabes que es muy fácil convencerte. Nunca olvidaré cómo estimulaste a esa tonta de Gladys Hokeby para que se mandara mudar a Kenya con Bluey Duckworth ¡y míralos ahora! Metidos allá, más pobres que las ratas y rodeados de Mau-Mau. Ya sé que probablemente piensas que soy

Librodot

una vieja estúpida y que pertenezco a otra generación; pero no puedo menos de decir que "me alegro" de ello cuando veo cómo se conduce la gente de hoy. Ellen Fennel ha venido a Londres a pasar una semana, y disfrutamos de momentos agradabilísimos. Está de un humor excelente, considerando todo lo que ha pasado. Fuimos dos veces al cine, y también a una matineé del Royal Ballet en Covent Garden ¡fue "emocionante"! En cuanto a Margot Fonteyn, ¡te aseguro que me la comería! Bien, no tengo más noticias. Por favor, escríbeme "en cuanto" recibas ésta. No tendré un segundo de tranquilidad mientras no sepa que todo marcha bien. Afectos a Robin y a los niños, y muchos abrazos de tu amante

Mamá

P.D. Juanita fue a pasar el día a casa de su sobrina casada, en Chislehurst, e imagínate querida que todos los chicos estaban en cama con viruela boba. Por suerte que los mayores no pueden contraerla, de lo contrario me habría alarmado "muchísimo".

CAPÍTULO XXI

Los días subsiguientes, en cuanto a mis ocupaciones domésticas se refiere, fueron dichosamente rutinarios; aunque, en cuanto concierne a la isla, fuesen de enorme trascendencia.

Llegaron dos grandes transatlánticos, anclaron en el puerto y derramaron sobre la ya palpitante ciudad de Pendarla centenares de entusiastas turistas norteamericanos, que colmaron los hoteles, restaurantes y playas, fotografiaron cuanto se encontraba a su alcance, hasta se fotografiaron entre sí; y –tal como lo había predicho Buda– los precios del comercio ascendieron a alturas astronómicas. La Empresa Hinchcliffe de Jiras Samolanas había importado de Honolulu semanas antes, demostrando gran astucia, buena cantidad de enormes Cadillacs y Chevrolets. Estos coches, abarrotados de sudorosos turistas, circulaban envueltos en nubes de polvo por las carreteras antes silenciosas, llenando el aire con el destemplado estrépito de

sus bocinas y aumentando el creciente frenesí y confusión que empezaban a invadir la isla entera. Aparecieron también, desde el aire –tal como lo anunciara Buda – periodistas de todo género y calaña, hombres venidos de los más dispares rincones del mundo. No sólo colmaron al máximo hoteles, restaurantes y playas; sino que se introdujeron en varias casas, forzando entrevistas con los asustados moradores y obteniendo de ellos historias autobiográficas que luego hicieron llegar a sus editores de Londres, París, Nueva York y Hollywood, perturbando así todas las comunicaciones locales, tanto postales como telegráficas y telefónicas, y sumiendo en el caos y la frustración más completa toda la vida comercial de la colonia.

Sandra y S. E. – con el corazón lleno de detestación, pero el rostro iluminado por acogedoras sonrisas– ofrecieron una recepción oficial a la Prensa en el salón de baile de la Casa Gubernamental. Robin y yo, Dusty y Buda, Lucy y Bimbo, Hali Alani y unas treinta personas más fuimos convocados para ayudarlos, de modo que allí nos reunimos para recibir a las hordas invasoras. Todo estuvo admirablemente organizado, con una serie de mesas para la cena fría instaladas en el patio y la banda del regimiento de *Royal Shropshires* no cesó de tocar melodías de Gilbert y Sullivan desde la plataforma recién erigida. Los invitados eran una colección estrafalaria, pero todos parecían divertirse mucho.

En un momento dado, habiendo conseguido deshacerme de una exuberante señora norteamericana con lentes de doble grosor que me había sometido a un interrogatorio exhaustivo acerca de las obras sociales de protección a la infancia en Samolo, me abrí camino por entre la multitud y salí al patio a tomar un poco de aire. Encontré una silla vacía junto a una columna, me dejé caer en ella con alivio y encendí un cigarrillo. Mi tranquilidad duró poco, sin embargo, porque me abordó de inmediato un joven de ojos de lince, que vestía arrugado traje de seda cruda y corbata que revelaba que había prestado servicio en el regimiento de Guardias. Lo acompañaba una muchacha de verde, que parecía polvorienta.

–¿Es usted la señora de Craigie? –hablaba con mal disimulado acento de los bajos fondos londinenses. –Sí – asentí amablemente.

–Yo represento al "Daily Express" –dijo – ; me llamo Hodge. Mi colega es la señorita Beeker, del "Evening Standard".

Librodot

Me puse de pie y estreché las manos de ambos. Hodge sacó del bolsillo una libreta.

–¿Tiene usted inconveniente en responder a algunas preguntas?

–Ninguno –volví a sentarme–. ¿Qué desea usted saber?

–Tengo entendido que usted vive en Samolo. –Sí. Mi marido es dueño de una plantación de bananos.

–¿Cuánto produce anualmente ese negocio? –me miró inquisitivamente.

–No puedo creer que a los lectores del "Daily Express" les interese la posición financiera de mi esposo – sonreí lo más convincentemente que me fue posible –. De cualquier manera, sería difícil hacer un cálculo exacto. Los ingresos anuales dependen de la cosecha, ésta a su vez depende de las condiciones climáticas, y el tiempo depende del Todopoderoso.

–Eso está muy bien –dijo, escribiendo muy de prisa en su libreta –, eso está realmente bien.

–Tengo entendido que es usted una de las figuras sociales más destacadas de la isla –terció la señorita Beeker.

–Entonces le han informado mal – repliqué –. Recibimos muy contadas veces, y en grupos reducidos.

–¿Es verdad que la duquesa de Fowey se hospeda en su casa?

–Sí, efectivamente.

–¿Ha estado gravemente enferma ¿no?

–No –meneé la cabeza–. Ha tenido unas décimas de fiebre durante algunos días, pero ahora está completamente repuesta.

–¿Hay algo de cierto en el rumor de que ella y el duque proyectan divorciarse?

–Que yo sepa, nada en absoluto.

–Si eso fuera verdad, su posición se volvería un tanto delicada en la isla ¿no le parece?

–¿Por qué razón?

–Quiero decir que ahora, con la llegada de la Reina y Felipe .. .

–¿Qué Felipe? –inquirí, inocentemente.

–¡El duque de Edimburgo, por supuesto! – el señor Hodge pareció sorprendido.

Librodot

–¡Ah! –guardé silencio y, adoptando una expresión distraída, miré hacia el jardín. La luz crepuscular había desaparecido casi, y los músicos estaban guardando sus instrumentos.

Advirtiendo cierta frigidez en la atmósfera, Hodge sonrió, como para congraciarse conmigo, y cambió de tema.

–¿Sería exacto decir que en esta colonia no hay prácticamente problemas raciales?

–Exacto.

–¿No hay entre los aborígenes ningún resentimiento subyacente?

–No. No veo por qué podrían resentirse.

–Pensaba, a decir verdad, en la visita real.

–Todos pensamos en ella –dije con entusiasmo–. No vemos la hora de que llegue.

–Por ejemplo ¿ha habido alguna vez, que usted recuerde, disturbios raciales?

–De cuando en cuando – dije.

–¡Oh! –los ojos del señor Hodge relucieron.

–Pero sólo entre los turistas norteamericanos, y únicamente en las noches de fiesta y en los hoteles más importantes.

–Me toma usted el pelo – dijo, con una risita.

–Creo– dijo la señorita Beeker – que el señor Bunny Colville vive muy cerca de la casa de ustedes.

–Así es. Tiene una preciosa casita sobre la playa. Es, como usted sabrá, un experto aficionado a la pesca submarina.

–Se rumorea en Fleet Street que él y la duquesa de Fowey son íntimos amigos – antes de la palabra "íntimos", lanzó una tosecilla afectada.

–¿De veras? –la miré fríamente a los ojos.

–¿Hay algo de cierto en ello?

–Ahora, él ha salido en un crucero de pesca – dije, poniéndome de pie–. Cuando regrese, le sugiero que se lo pregunte; su número de teléfono está en la guía – les di la mano –. Hagan el favor de disculparme si me veo obligada a dejarlos, pero tengo que ir en busca de mi marido. Adiós. Espero que su estada en Samolo sea grata – con un saludo, me dirigí de nuevo hacia el salón de baile.

Eran ya cerca de las siete y media, y las damas y caballeros del periodismo habían perdido su timidez inicial – si es que alguna vez la tuvieron – y comenzaban a ponerse bullangueros. A las ocho, Sandra y S.E.

– con la sonrisa siempre pintada en el rostro – se retiraron a sus habitaciones del piso alto, viendo que era imposible poner coto al escándalo. Poco después, busqué a Robin y escapamos disimuladamente, nos metimos en el coche – que habíamos dejado junto a las caballerizas – y regresamos a casa.

A la mañana siguiente, llegó mi vestido para el *garden-party,* enviado por Madame Alice, y con la ayuda de Eulalie y Clementine, que estaban transportadas de alborozo, me lo probé al instante, junto con los guantes y el sombrero que completaban el conjunto. En general, el efecto resultó agradablemente inesperado. El sombrero era bastante más grande de lo que recordaba, cuando me lo probé en la tienda; era también un tanto amplio de entrada y mostraba cierta tendencia a zarandearse, pero pronto arreglamos ese inconveniente rellenando la copa con un poco de algodón. Bajé lentamente las escaleras, dispuesta a ensayar unas pocas reverencias en la galería posterior, y encontré a Tahalí que emergía de la puerta del departamento de servicio. Palmoteo encantado, exclamando: "¡Hermosísimo! ¡Precioso! ¡La señora está estupenda!". Eulalie y Clementine, que venían detrás de mí, se unieron a los aplausos y Jock, que podaba el seto de *hibiscus* junto a la balaustrada de la galería, lanzó un ronco grito de aprobación. Estimulada por todo esto, hice un gracioso saludo de corte a una soberana imaginaria y su consorte, y me acerqué a la mecedora para echar un vistazo a la correspondencia.

Eulalie y Clementine desaparecieron rumbo a la cocina, Jock siguió en su tarea en el seto y Tahali salió a atender el timbre de la puerta de calle. Me encontraba abriendo un envoltorio que contenía dos ejemplares de "El Espectador" y uno de "Tiempo y Marea", cuando reapareció. Advertí por su porte y por el fulgor de excitación reprimida que lucía en sus ojos, que traía noticias sorprendentes.

–Señora, allí está un caballero que desea verla.

–¿Un caballero? ¿Quién?

–Me encargó que dijese que era el duque de Fowey.

Me levanté muy de prisa, golpeándome la cabeza contra el toldillo de la mecedora y ladeando mi sombrero.

–Dile que entre – ordené con voz ahogada, enderezando mi sombrero y tratando de sacarme los guantes en el mismo instante. Tahali se fue y volvió al punto, anunciando con voz un poco más sonora de lo que hubiese sido estrictamente indispensable: "El duque de Fowey". Se hizo a un lado, con profunda reverencia, y Droopy salió de la casa; vestía un traje Palm Beach color arena y llevaba en la mano un sombrero de Panamá. Parecía algo nervioso.

–Lamento muchísimo presentarme así, de sopetón, sin aviso previo – dijo –. Tenía toda la intención de cablegrafiar, pero no hubo tiempo. Así y todo, alcancé el avión a último momento.

Logré arrancarme el guante de la mano derecha a tiempo para dársela.

–¡Qué agradable sorpresa! –dije, sin aliento–. Encantada de verlo. Siéntese usted. ¿Quiere un poco de café, o una copa, o algo? ¡Debe de estar cansadísimo!

–Es un poco temprano para beber –dijo–; pero con todo, no rehusaré un whisky con soda.

Hice seña a Tahali, quien volvió a saludar y se retiró. El duque tomó asiento y dejó el sombrero de Panamá sobre la mesa.

–El aterrizaje fue un tanto difícil –dijo–; supongo que es a causa de las montañas que el avión salta de ese modo.

–Sí – dije, riendo alegremente sin el menor motivo – supongo que sí.

Me miró con aire ligeramente desconcertado, y proseguí en seguida:

–Debo explicarle que no suelo vestir así por la mañana. Estaba en mitad de una especie de ensayo general para el *garden-party* que se ofrecerá a la Reina. Como usted sabrá, sin duda, estamos esperando a Su Majestad y al duque de Edimburgo, que llegarán pasado mañana, y todos están en vilo – me saqué el sombrero, lo arrojé sobre una silla y me arreglé un poco el cabello.

–Estaba preocupado por Eloísa –dijo–. ¿Cómo está la muchacha?

–Completamente restablecida. No hay motivo alguno de ansiedad.

–¿Se encuentra aquí?

Librodot

–No, la verdad es que actualmente no está aquí – traté, sin mayor éxito, de no dejar traslucir el menor embarazo en mi tono de voz –. Está pasando unos días en un paraje costanero llamado "el Rincón del Pescador".

–¿Es allí dónde vive Bunny Colville? –no advertí en su voz la más mínima emoción, y me miró fijamente a los ojos.

–No. Es la casa de Dafne Gilpin. Ella y Eloísa pertenecían al mismo cuerpo de ejército al comenzar la guerra. Yo también formaba parte de él. Fue allí donde nos conocimos.

En aquel instante reapareció Tahali con el whisky y la soda, sirvió al duque y me miró inquisitivamente.

–Sí, Tahali – dije, con la misma sensación de quien está a punto de ahogarse –, yo también tomaré uno.

Me senté en la mecedora, y Droopy y yo nos miramos en silencio por espacio de unos segundos. Nunca nos habíamos visto antes, aunque yo había visto fotografías de él en el *Tatler,* donde aparecía de tarde en tarde. Su pelo rubio y ralo comenzaba a encanecer; tenía ojos azules muy hundidos, de expresión vulnerable, y una figura elegantísima. Su rasgo más débil era el mentón; aunque no retrocedía, parecía a punto de hacerlo. Sentada allí frente a él, me sentí dominada por una intensa sensación de culpabilidad. Pensé que, a sus ojos, yo debía aparecer como un ser totalmente despreciable. En el fondo del corazón maldije a Bunny amargamente por haberme colocado en esta situación espantosa; pero más me maldije a mí misma por haber sido, desde un principio, una idiota sin pizca de voluntad. Siempre tuve vagos presentimientos de que habría escándalo y divorcio; pero lo había contemplado en forma imprecisa, como cosa alejada de mí. Jamás, ni siquiera en mis peores momentos de inquietud respecto de todo aquel enredo, había imaginado que llegaría el día en que me vería frente a la víctima, el hombre agraviado: un caballero perfectamente cortés y agradable. ¡Y yo me había hecho cómplice de la traición urdida contra él! Era intolerable, y me sorprendí ruborizada hasta la raíz del pelo. Tal vez el duque adivinó algo de esa tormenta interior, porque me miró por encima del borde de su vaso y dijo, con una luz comprensiva en la mirada:

–¡Vamos, arriba ese ánimo!

–No comprendo qué quiere usted decir – sonreí, pero sabiendo que mi sonrisa sonaba a falso –. Estoy perfectamente, sólo siento un poco de calor – puse la mano sobre mi rostro encendido, deseando que la tierra se abriera y me tragase cuanto antes.

–Yo también estoy acalorado –dijo–. ¿Tendría usted inconveniente en que me sacara la americana?

–Claro que no. Hágalo, por favor – se puso de pie, se quitó la chaqueta y la colgó cuidadosamente del respaldo de la silla; luego volvió a sentarse.

–Una prima mía, Jennifer Trout, era gran amigota de Dafne Gilpin –dijo–. ¿Ha tenido usted oportunidad de tratarla?

–No, me temo que no – le ofrecí un cigarrillo de una caja horrorosa que los obreros de la plantación habían regalado a Robin para su último cumpleaños, y noté que me temblaba la mano –. ¡Qué nombre más raro!

–Era una muchacha rara – repuso el duque, tomando un cigarrillo –. Iba a todos lados con pantalones de montar y paseaba en motocicleta. Los de la familia la llamábamos Gunga Din.

–¡Oh! –dije con voz débil, y empecé a reír.

–No tengo idea de qué habrá sido de ella – el duque encendió un cigarrillo y se repantigó en el asiento –. Lo último que supimos es que estaba haciendo alpinismo no sé dónde, en compañía de una novelista mejicana. ¿Qué clase de persona es esta Dafne Gilpin? No la conozco personalmente.

–En cierto modo, muy entretenida. Tiene una lancha de motor sumamente veloz – añadí, como una tonta. El duque me miró, levantando una ceja. – Imagino que será uno de los muchachos ¿no?

–Bien... – vacilé –. Tiene fama de ser bastante excéntrica. Ella y Lidia French han vivido allí durante varios años. Tienen una casa preciosa, construida sobre las rocas que dominan el mar. Hace poco, Robin y yo llevamos a Eloísa a cenar allí, y se enamoró perdidamente del paraje. Por eso, cuando Dafne sugirió tan gentilmente que fuera unos días a convalecer junto al mar, ella como es natural, aceptó gustosa la invitación – terminé precipitadamente y lo miré a los ojos con audacia. –¿Fue realmente grave la enfermedad? –No muy seria. La atacó un extraño virus tropical que le produjo bastante fiebre, pero el médico logró dominarlo en seguida.

Librodot

–¡Bien! – el duque sonrió afablemente y sorbió su bebida –. Ha sido excepcionalmente amable, por parte de usted y de su esposo, el cuidarla todo este tiempo.

–Nos ha dado verdadero gusto tenerla en casa – dije–. Ha sido un ángel.

–¡Oh, Dios mío! – exclamó el duque, y soltó la risa. En aquel instante se presentó Tahali con mi whisky con soda, lo tomé y pregunté al duque:

–¿Quisiera usted comer un bocado? ¿Un emparedado, por ejemplo? No llevará un minuto.

–No, gracias. En el avión tomé una especie de desayuno de cartón.

Tahali se retiró con una reverencia. El duque levantó su vaso:

–A la salud de usted –dijo.

Murmuré ahogadamente un "muchas gracias", levanté mi propio vaso y bebí un largo trago. Mil ideas se agolpaban en mi mente. ¿Cuánto sabía sobre Eloísa y Bunny y cuánto trataba de adivinar? Cuando le dije que Eloísa estaba en el Rincón del Pescador había dicho con tal naturalidad: "¿Es ésa la casa de Bunny Colville?" que cualquiera diría que esperaba sorprender allí a su mujer. ¿Por qué había venido tan aprisa? ¿Porque le preocupaba realmente la enfermedad de Eloísa? O había caído del cielo para descubrir *in fraganti* a los dos amantes? Sentado allí, frente a mí, parecía perfectamente tranquilo, y no asomaba a sus ojos la menor expresión de sospecha; parecían más bien levemente burlones. ¿Pero cómo podía saber yo si esa tranquilidad exterior era o no una mera fachada, que ocultaba el íntimo fermento del orgullo herido, los celos y el deseo implacable de vengar su honor a cualquier costa? Mirándolo, tuve que reconocer que en tal caso, era un actor consumado, porque parecía estar muy sereno y exento de toda clase de preocupaciones. Contemplaba, por detrás del jardín, el panorama y parecía apreciar su belleza. A la luz del sol mañanero, las hojas de los bananos plantados más allá de la quebrada relucían vividamente, y las montañas lejanas mostraban su azul brumoso sobre un claro cielo celeste pálido.

–Este es un lugar realmente bellísimo – dijo –. Jamás había estado antes en el trópico auténtico; porque Madeira no cuenta ¿no?

–No – contesté, abstraída aún y luchando por resolver qué camino elegir – me parece que no cuenta.

–¿Qué árbol es aquél tan enorme, cubierto de flores rojas?

–Lo llaman "flamígero" o "ponciana", como usted quiera. Aquí casi todas las cosas tienen varios nombres. Los samolanos le dan el nombre de *raki-tali,* árbol rojo. Cuando no está en flor, se llena de grandes vainas pardas que tienen el aspecto de zapatillas.

–Supongo que usted estará preguntándose por qué he aparecido de este modo, tan abruptamente y sin aviso previo –dijo, dejándome desconcertada.

–Pues bien –repuse, tragando saliva– la verdad es que sí.

–¿Podría darme usted un breve resumen de la situación, tal como la ve en el momento actual? –preguntó con dulzura.

–¿La situación? –lo miré a los ojos y me volví a ruborizar.

–Claro está, sin traicionar demasiadas confidencias – sonrió distraídamente, y prosiguió sorbiendo su whisky.

–En este momento, casi todo lo que pueda preguntárseme implica traicionar alguna confidencia –respondí–. El asunto ya me está fatigando.

–Supongo que usted sabe que corren rumores –inclusive en los periódicos– acerca de un posible divorcio entre Eloísa y yo.

–Lo sé. Acabo de recibir carta de mi madre. Habla de haberlo leído en el "Daily Express" –eludí su mirada insistente y encendí un cigarrillo con la mayor calma que me fue posible fingir–. Espero que esos rumores sean inexactos.

–En cierto modo lo son, y en cierto modo, no. Quiero decir que la cosa depende de Eloísa. Personalmente, no me atrae la idea de divorciarme porque tengo cariño por la muchacha. Pero no es posible que la deje ir de acá para allá indefinidamente, suponiendo que yo no tengo la menor idea de sus andanzas ¿no le parece? Estoy haciendo el papel del más perfecto estúpido –suspiró sin rencor, y prosiguió–: Usted comprenderá. Hace tiempo que sé lo de Bunny Colville; lo sé desde que empezó la cuestión. Cuando ella me dijo que venía a pasar una temporada con usted, yo sabía que todo eso era una patraña y que en realidad venía para reunirse con él. Estuve a punto de dilucidar el asunto antes de que partiera, y luego decidí que sería mejor esperar y ver cómo se presentaban las cosas. Es inútil discutir con alguien cuando se ha ido exaltando hasta concebir "pasiones" por otra persona

¿no le parece? Lo único que se consigue es provocar escenas violentas, y yo detesto las escenas.

–Casi todo el mundo las detesta – sintiéndome repentinamente irritada, bajé mi copa sobre la mesa con más energía de lo que me había propuesto, y lo miré a los ojos–. Pero, si me permite decirlo, creo que unas cuantas escenas bien ubicadas a lo largo de los primeros años de su vida matrimonial podrían haber evitado esta situación.

–Tuve bastantes escenas con mi primera mujer. A ella le encantaban; cierta vez, en *Claridge's,* me tiró un plato de sopa a la cabeza – el duque calló, como quien evoca recuerdos–. Si no hubiera sido por los dos chicos, me hubiera deshecho de ella mucho antes. Pero acabó por mandarse a mudar a El Cairo, con un trombonista, y así todo terminó felizmente.

–¿Y para qué diablos iría a El Cairo un trombonista?

–A tocar su maldito trombón, me imagino – replicó él–. De cualquier manera, el individuo era árabe.

–Supongo que a usted le correspondió la custodia de los niños.

–Sí, por cierto. David, el menor, todavía está en Eton, y si todo cuanto me dicen es cierto, el chiquillo es un pilluelo insoportable. El mayor, Nigel, está en Oxford. El mes próximo cumplirá veintiún años; voy a dar una fiesta en su honor en Kemberton. Ya se imaginará usted: mesas en el jardín, los arrendatarios, todo ese tipo de celebración. Espero que Eloísa llegará a tiempo para participar en ella. Nigel quedará muy decepcionado si no va. Siente adoración por Eloísa.

–¿Y usted?

–¿Yo... qué? –dijo, levantando una ceja interrogante.

–¿Siente adoración por Eloísa?

El duque frunció los labios, exhaló un anillo de humo y contempló cómo subía por los aires, describiendo una espiral.

–Me parece que eso sería exagerar un tanto las cosas – dijo–. En 1946, cuando nos casamos, estaba loco por ella, como era natural. Pero eso fue atenuándose con el paso del tiempo, como suele acontecer. Lo malo de Eloísa es que es tan endiabladamente decorativa. Quiero decir, que los árboles no dejan ver el bosque.

–A estas horas, ya debe usted saber cómo es el bosque.

–Sí, dice usted verdad –rió entre dientes–. Ni siquiera es un bosque; no es sino un bonito bosquecillo. Y a veces, un bosquecillo turbio y sombrío –añadió, riendo otra vez.

–¿Le importa realmente el que ella vuelva a usted o no?

–Sí, me importa. Como dije hace un rato, tengo cariño por ella. Sé que es más vanidosa que un pavo real, y en muchos respectos, una perfecta tonta; pero en sus mejores momentos, cuando no la vuelve melancólica algún nuevo amorío, vale la pena y es una compañera alegre.

–Teniendo en cuenta su belleza y atractivo ¿le parece que podrá satisfacerla el mero hecho de "valer la pena y ser una compañera alegre"?

–Quizás no. Pero llegará el día en que tendrá que bastarle. No es ninguna jovenzuela.

–Ninguno de nosotros lo es – reí de pronto.

–¿Por qué se ríe usted?

–No sé. Creo que porque siento alivio al pensarlo.

–¿Dónde se encuentra Bunny actualmente?

–Ha partido en un crucero de pesca. Hace dos semanas que no hemos tenido noticias de él.

–¡Ah! –el duque pareció pensativo.

–¿Lo conoce usted, me imagino?

–Sí, por cierto. Hace años que lo conozco. A menudo jugamos los dos al chaquete en *White's.*

–¿Le gusta a usted?

–Naturalmente – el duque pareció sorprendido –. Es un hombre sumamente agradable.

– ¿Y ahora? ¿Qué siente hacia él? Me refiero a sus sentimientos después de haber descubierto sus amoríos con Eloísa.

–La verdad, no sé. Supongo que lo mismo. Claro está que en algunos momentos me sentí muy amargado; pero todo eso ¿de qué sirve? Al fin y al cabo, no puedo reprocharle él haberse enamorado de Eloísa. A muchos les ocurre. Cuando me casé con ella, acepté esa realidad. Jamás imaginé seriamente que podría conservarla para mí durante mucho tiempo.

–¿No le parece que era una actitud bastante derrotista?

Librodot

–En aquel momento, me parecía sentido común liso y llano. Y sigue pareciéndomelo, para decir verdad.

–¡Santo Dios! –me faltaron las palabras.

–Supongo que a usted la parece una cobardía –continuó el duque–. Sucede que yo no soy un tipo celoso ¡he ahí todo! De cualquier modo, Bunny no es el único con quien ella se ha enredado, sólo que, a mi parecer, éste es un poco más serio que los otros enredos. Por esa razón volé hasta aquí. Quería descubrir si estaba ante la ruptura definitiva o no.

–Comprendo – lo miré fijamente, preguntándome hasta qué punto sería auténtica esa frialdad de clínico, y hasta qué punto sería una ficción destinada a engañar a los demás y quizás, a él mismo.

–Me casé con Eloísa hace catorce años – dijo tranquilamente –. Era una de las jóvenes más codiciadas y atrayentes de Inglaterra. Los primeros años fueron magníficos, nada hubo en ellos que turbara nuestra dicha. Luego, inevitablemente, las cosas empezaron a cambiar. Hubiera sido muy tonto de mi parte el suponer otra cosa. A partir de entonces, sólo he tratado de adaptarme a los hechos lo mejor posible. El proceso no ha sido indoloro, como es natural; pero tampoco ha sido tan terrible como podría haber ocurrido si me hubiese dejado llevar a frenesíes de celos, a escenas borrascosas y a rupturas totales. Ya no estoy enamorado de Eloísa, pero estoy orgulloso de ella, le tengo cariño y presiento que, a la larga, será más feliz conmigo que con hombre alguno. No es, ni con mucho, tan enamoradiza y promiscua como lo finge. Pero le encanta que la adoren y la soliciten. Y un solo hombre no es suficiente – se detuvo y se inclinó hacia adelante, mirándome con expresión de súplica –. Todavía no ha hecho usted lo que le pedí hace un rato.

–¿Se refiere al pequeño resumen de la situación, tal como la veo en el momento actual?

–Sí. Quisiera saberlo. Se lo digo sinceramente.

–La verdad –dije con dulzura– es que, desde su punto de vista, el horizonte se despeja. La situación no es tan grave como usted la cree. Debido a una serie de circunstancias completamente imprevistas, los enormes y nebulosos símbolos del empinado romance de Eloísa han disminuido en forma notable.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó, con una nueva luz en los ojos.

–Es una historia larga, y cuajada de incidentes, y le prometo referírsela detalladamente en otra oportunidad. Le aseguro que ardo en deseos de hacerlo, porque de ese modo lograré purgar mi conciencia, y créame si le digo que mi pobre conciencia lo ha estado pasando muy mal durante las últimas semanas. Pero es demasiado complicado para explicarlo así, de pronto. Tengo mil cosas que hacer, ante todo sacarme este vestido absurdo, y luego asistir a una reunión de comisión a las once. ¿Dónde se aloja usted?

–No me alojo en ninguna parte –replicó afligido–. De camino, pregunté en cuatro hoteles, pero están todos de bote en bote.

–¿Dónde está su equipaje?

–Sólo tengo una maleta. Está afuera, en el taxímetro.

–¡Santo Dios! ¿Ha tenido usted el taxi a la puerta todo este tiempo?

–Le dije que no tuviera el motor en marcha – dijo el duque, como quien se disculpa–. No estaba seguro de encontrarla en casa, ni de cuánto tiempo permanecería acá, ni de nada …

–Tendrá usted que quedarse, al menos durante un par de noches. Imposible conseguir alojamiento hasta después de la visita real.

–Muy amable de su parte, pero no puedo imponerle de este modo mi presencia.

–¡Tonterías! No hay otra alternativa, y usted no puede dormir en la playa. Puede utilizar la habitación de Eloísa. Y cuando ella vuelva, la compartirán los dos.

–Tal vez ella no quiera.

–Eloísa debe aprender a tomar las cosas como vienen – repliqué con firmeza –. De cualquier manera, la cama es inmensa, de modo que no se molestarán entre sí. Hablando de todo un poco ¿ha tenido usted viruela boba?

–¿Viruela boba? –el duque pareció sobresaltarse–. Sí, creo que sí, cuando era niño. ¿Por qué?

–Se lo explicaré luego –dije–. Es parte de la historia. Mientras tanto, pague el taxímetro y yo ordenaré a Tahali que suba su maleta. Le ruego que descanse y se ponga cómodo; si tiene ganas, puede darse un chapuzón en la piscina. Tahali le mostrará dónde se encuentra. No tiene muy buen aspecto, a causa de las ranas, pero está limpísima, clara y fresca. Yo no estaré ausen-

Librodot

te más de una hora y media. Si Robin, mi marido, regresa antes que yo para almorzar, dígale simplemente quién es usted y observe su reacción. Podría resultar divertido. Ahora debo ir a cambiarme.

Me tomó la mano y la estrechó calurosamente.

–Jamás podré agradecerle lo bastante – dijo – su hospitalidad y comprensión.

–Mi querido duque... – comencé, sintiéndome otra vez un tanto atolondrada, pero él me interrumpió:

–Mis amigos me llaman Droopy – dijo –. Fue un sobrenombre que tuve de jovencito, cuando era sumamente flaco, y me ha quedado.

–Querido Droopy – dije, advirtiendo con alivio que un enorme peso desaparecía de mi espíritu, y reprimiendo el impulso de echarle los brazos al cuello y estrujarlo con fuerza– ¡bienvenido a Samolo!

Lo dejé allí, y subí a toda prisa las escaleras.

CAPÍTULO XXII

La reunión de comisión fue, en sus comienzos, tranquila, y trató principalmente sobre la venta de localidades para el ensayo general. La demanda había sido escasa porque, como era lógico, la mayor parte del público quería asistir a la función de gala, en la que haría acto de presencia la comitiva real. Después de discutir un rato, se decidió invitar a cincuenta socias activas de la Federación Femenina, cada cual con su marido, a fin de llenar las últimas filas de la gradería. Alma e Ivy – en cuya memoria aún vibraba el discurso de Sandra – se arrullaron como tórtolas. No obstante, Cucú, hirviente de indignación moral, decidió por razones de su exclusiva incumbencia, proponer un asunto que todos habíamos resuelto soslayar – en tácito acuerdo –y al que había sido dado el nombre de "el problema". El problema consistía en que, después de un reciente ensayo vespertino, se había descubierto a un tal sargento Hancock, del regimiento de "Royal Shropshires", en paños bastante reducidos, detrás del palco principal, en compañía de una de las hadas de Ivy Poland. El hada en cuestión era una robusta moza samolana, que había pasado hacía rato la primera adolescencia y cuya reputación como coqueta insigne, mezclada en amoríos

Librodot

con los petimetres de Pendarla, estaba firmemente cimentada. La insistencia chillona de Cucú a fin de "que se hiciese algo", que la chica fuera "deshadada" en juicio sumario, y que el infeliz sargento compareciese ante su oficial superior y permaneciera arrestado en el cuartel, fue recibida con frialdad. En primer término, la muchacha era una de las primeras bailarinas y objeto de gran admiración en la región, despedirla involucraría muchísimos ensayos más, que ya no había tiempo de hacer. En segundo término, el sargento Hancock había llegado a ser indispensable como arrojado capitán pirata, y sustituirlo así, a último momento, causaría grave confusión y dejaría en el aire una de las principales escenas de la primera mitad del espectáculo. No obstante, ninguna de estas consideraciones prácticas logró apartar a Cucú de su sendero de intransigencia ética. Sentados en torno de la mesa, exasperados y sombríos, la oímos exponer sus argumentos entre un diluvio de lugares comunes; al hacerlo se ruborizaba ligeramente. Por fin Esmond Templar no pudo soportarlo más y poniéndose en pie de un brinco, le espetó:

–¡Cállate, querida, por amor de Dios! Estás perdiendo tu tiempo y el de los demás. Todos sabemos que eres la esposa del Secretario de la Colonia; pero eso no es razón para que nos sermonees ni tengas derecho a hablarnos como Aimée Semple Macpherson. ¡Todos sabemos que Tauhua Tali y ese amable Alberto Hancock no "deberían" haberse metido detrás del palco oficial, y que todo el asunto es "vil e inmoral" y "antisocial" en grado sumo! Pero también sabemos que los muchachos seguirán siendo muchachos, y las chicas seguirán siendo chicas, y que los problemas sexuales no van a desaparecer del mundo jamás, y que todos los altisonantes discursos que se pronuncien no lograrán nada en absoluto. Además, este incidente en especial no es cosa que te ataña a ti, ni a nosotros tampoco. Si a Alberto Hancock y Tauhua Tali se les antoja retozar en la arena hasta que llegue la madrugada, es asunto de ellos y de ellos solos, a menos que lo hagan durante la función, cosa poco probable porque Inky no ha escrito ninguna partitura adecuada. De modo que, dejemos de una buena vez tanta tontera y trabajemos – se sentó de golpe y Pedro, sentado junto a él, dijo en alta voz: "¡Bravo! ¡Bravo!" Cucú se puso de pie, blanca de indignación. –¿Cómo se atreve usted a hablarme en ese tono?

– exclamó, temblorosa–. ¿Cómo se "atreve"?

–¡Orden, por favor! ¡Guarden compostura! –Alma golpeó la mesa con su martillo.

–¿Conque orden, eh? ¡Eso sí que está bueno! –la voz de Cucú se había elevado hasta convertirse en un chillido agudo, y clavó en Alma una mirada colérica –. Usted, Alma, la presidenta, tiene el desparpajo de decir: "Orden, por favor", ¡cuando se ha quedado allí sentada sin abrir la boca, dejando que se me insultase en presencia de la comisión en pleno! ¡No tengo otra alternativa que renunciar en este mismo momento, como lo hago!

– retiró su silla con tal fuerza que cayó al suelo con estrépito, levantó su bolso y salió a trancos de la sala, cerrando la puerta tras de sí con un portazo.

Su salida fue seguida por un silencio sepulcral, hasta que Alma, con los labios fuertemente apretados y el rostro inexpresivo, golpeó la mesa con su martillo otra vez y dio por terminada la reunión. Su voz nada delataba.

Como esta escena prolongó el debate mucho más allá de sus límites corrientes, llegué a casa bastante más tarde de lo que había calculado. En lugar de meter el automóvil en la cochera, como de costumbre, lo dejé frente a la puerta de calle y atravesé la casa en dirección a la galería del fondo donde encontré a Robin y Droopy que, confortablemente reclinados en sendos sillones, bebían unos cócteles llamados "María la Sanguinaria". Droopy tenía puestos unos pantalones de Robin, una camisa de polo de color amarillo vivo y un par de alpargatas rosa bastante desteñidas. Cuando aparecí, ambos se pusieron en pie cortésmente, y me dejé caer en la mecedora mientras Robin me preparaba un cóctel.

–Has llegado muy tarde –me dijo–. Ya empezábamos a pensar que habías sido víctima de un terrible accidente.

–Parece que la idea no te perturbó mayormente – observé sin enojo–. ¿Está listo el almuerzo?

–Hace tres cuartos de hora que está listo – dijo Robin –. Ahora, está estropeado sin remedio.

–No puede ser, porque solo consiste en asado frío con ensalada –me volví a Droopy–. ¿Se han hecho amigos ya? –pregunté–. ¿Se sobresaltó adecuadamente Robin al descubrir su presencia en la casa?

–Todavía no sabe quién soy – repuso Droopy –. No quería echarle a perder la diversión, de modo que le he dicho que me llamo Mullion y que vine con una carta de presentación de su mamá de usted.

–¿Cómo diablos se le ocurrió eso de Mullion?

–Es una caleta de Cornwall, donde solía ir a hacer almuerzos campestres, cuando era chico.

–¿De qué están hablando los dos? –Robin me presentó la bebida y nos echó una ojeada penetrante.

–Querido, éste es el duque de Fowey – dije –. Se dio una vueltecita hasta aquí a ver cómo se encontraba Eloísa.

–¡Santo Dios! – la mandíbula inferior de Robin descendió, y se quedó mirando a Droopy con incredulidad.

–Tu reacción es completamente satisfactoria –dije–. Pero ahora, tranquilízate y aleja de ti todo ruin temor y disimulo, porque El Lo Sabe Todo...

Robin se dejó caer sentado, pesadamente.

–¿Qué me dices?

–Bueno, quizás no lo sepa *absolutamente* todo. Es decir, ignora los detalles, porque no tuve tiempo de contárselos antes de salir. Pero tiene una clara visión de los rasgos fundamentales.

–Disculpe usted lo de Mullion – interrumpió Droopy con aire conciliador–. No era sino una broma. Su esposa y yo charlamos largo y tendido esta mañana, y creo que nos hemos entendido a la perfección.

–¡Caramba, caramba! – Robin parecía aún un tanto desconcertado–. ¿Y qué hay de Eloísa? ¿Sabe que usted está aquí?

–Todavía no – respondió Droopy –. Había pensado telefonearle un poco más tarde – se volvió a mi –: Supongo que ese... no sé qué del Pescador tendrá teléfono.

–Rincón –dije–. Tiene. El número es 5032.

En aquel instante, Tahali apareció para anunciar el almuerzo, de modo que los tres pasamos al comedor, llevando nuestras bebidas en la mano. Durante la comida, obedecimos la regla de *pas-devant-les-domestiques* y hablamos de la visita real, de amigos mutuos y de otros temas de interés general. Sólo después, cuando nos hubimos instalado cómodamente bajo el

Librodot

árbol de *pareando,* en el césped, y Tahali nos hubo servido el café antes de retirarse, expliqué a Droopy todo cuanto había sucedido desde aquella primera mañana en que llegó Bunny y me convenció de que invitase a Eloísa a pasar una temporada conmigo. Robin intercalaba algunos comentarios aquí y allá, a medida que yo continuaba mi relato, y Droopy escuchaba atentamente toda aquella sapa, sin alterar la expresión de su rostro ni revelar emoción do ninguna especie. Con mucho tino, eludí la tentación de hacer hincapié en los aspectos más cómicos de la situación, porque aunque mi instinto me decía que el duque no carecía de sentido del humor, sus sentimientos más respetables estaban en juego, y más de lo que él mismo quería hacernos creer. Cuando terminé, hubo una larga pausa silenciosa. Droopy encendió un cigarrillo, se recostó en su sillón y contempló pensativo a "Westinghouse" que entraba a saltos en el seto de *hibiseus* y salía de él, corriendo tras alguna lagartija.

Personalmente, yo sentía un alivio enorme. Todavía me acosaba un íntimo remordimiento y deseaba ardientemente no haberme metido para nada en aquel asunto; pero al menos, estaba ya libre de toda responsabilidad en cuanto a Bunny y Eloísa se refería. Ya no era menester torturarse con visiones de un posible descubrimiento, de escándalo público y temores de alguna espantosa complicación que pudiera surgir el día de mañana. Ahora, Droopy estaba aquí, y a él – a ellos – les tocaba solucionar la situación como mejor les pareciese. También estaba bastante segura de que – por diversos motivos – ya no quedaba situación alguna que solucionar. Miré a Droopy con el rabillo del ojo. Seguía fumando, con la mirada perdida en el vacío. Robin se movió nervioso en la silla y tosió.

–Quisiera añadir – dijo, comprendiendo por lo visto que el silencio iba tornándose oprimente – que ni Grizel ni yo nos sentimos muy satisfechos de nuestro comportamiento en todo este asunto – volvió a carraspear –. Todo empezó porque Bunny es un antiguo amigo nuestro y no queríamos dejarlo en la estacada. Luego, como es natural, cuando llegó Eloísa y las cosas comenzaron a complicarse, nos dimos cuenta de que nos habíamos comprometido mucho más de lo que hubiéramos deseado. No deja de ser natural que no hayamos tenido muy en cuenta el punto de vista de usted, considerando que se encontraba a miles de millas de distancia, y que

ninguno de nosotros lo conocía. Bien sé que es un poco tarde para pedir disculpas; pero a decir verdad, lo sentimos muchísimo. Y sólo puedo agregar que espero que todo se arregle entre Eloísa y usted, quiero decir que suceda lo que sucediere, no piense demasiado mal de nosotros – Robin calló y se puso un poco colorado.

–No hay ninguna necesidad de pedir disculpas, lo digo de veras – Droopy nos miró con una sonrisa ácida –. Tampoco les echo la culpa. Supongo que, de estar en el lugar de ustedes, yo habría hecho exactamente lo mismo. La verdad es que no acuso a nadie, excepto a mí mismo, quizás, pero ese es asunto mío ¿no? – se encogió de hombros y arrojó el cigarrillo –. Ahora, sólo resta decidir qué debo hacer. Me gustaría oír cualquier sugerencia.

–¿Quiere usted que telefonee a Eloísa? –dije–. O podríamos ir a buscarla, si prefiere...

–No sé –lanzó un suspiro–. En este instante, me siento débil. La pólvora se escapa por los talones de mis botas.

–Pues yo pienso que lo mejor es que le telefonee y le avise que usted está aquí – dije, levantándome con decisión –. La prepararé cuidadosamente antes de darle la noticia.

–Perfectamente. Como usted diga –volvió a sonreír, pero su mirada parecía inquieta y repentinamente sentí honda lástima por él. Dejándolos a él y a Robin bajo el árbol, crucé el césped y entré en la casa. En el momento en que me acercaba a la biblioteca, sonó el teléfono y descolgué el receptor malhumorada, pensando que probablemente se trataría de Lucy o Dusty – dispuestas a una linda sesión de chismorreo– o de Esmond o Pedro, deseosos de comentar la reunión de aquella mañana y la renuncia de Cucú. Sin embargo, no era ni Lucy, ni Dusty, ni Esmond, ni Pedro. Era Lidia French, que a todas luces estaba en pleno ataque de histerismo.

–¡Grizel! –exclamó–. ¡Oh, Grizel! ¿eres tú?

–Sí – repliqué, sintiendo que se me caía el alma a los pies–. ¿Quién sino yo?

–¿Estás sola?

–Completamente sola. ¿Qué sucede?

–¿Está allá Eloísa?

–No, no está. Tenía entendido que estaba con vosotras.

–¡Oh, Dios mío! – Lidia estalló en sollozos desgarradores.

–Vamos, domínate – dije, con acento severo –. Y dime qué ha ocurrido.

Hubo una breve pausa, y luego me dijo con voz ahogada :

–Hubo una escena terrible, y golpeé a Dafne.

–Me alegro – dije sin ambages –. Bastante te ha pegado ella. ¿Con qué le pegaste?

–Con una botella de licor de menta – Lidia rompió a sollozar de nuevo –. Y ahora tiene conmoción, y Úrsula ha llamado al doctor Bowman.

–¿Y qué fue de Eloísa?

–También le pegué – gimió Lidia –. Y se escapó de la casa.

–Me alegra saber que estaba en condiciones de hacerlo – dije, furiosa –. Y creo que ya es hora de que tú y Dafne aprendáis a dominaros un poco. ¡Proceder como un par de pilletes vejancones, a vuestra edad, es absolutamente estúpido, y deberías avergonzaros de vosotras mismas!

–¡Lo estoy! –clamó Lidia–. Horriblemente avergonzada. Por eso llamé... para decirle a Eloísa que lo lamento y pedirle que me perdone. Pero ahora que me dices que no está contigo, no es posible suponer qué le habrá sucedido. ¡Quizás ella también tenga conmoción y se haya desplomado en alguna parte, y todo por culpa mía!

–No seas tonta – dije –. Si estaba lo bastante bien como para salir huyendo de la casa, no es muy probable que haya caído después. De cualquier modo, si se ha caído, no nos queda otra cosa que aguardar a que se levante. Mientras tanto, te aconsejo que tomes tres aspirinas, le escribas una carta para pedirle disculpas y te dejes de arranques histéricos. Adiós.

Colgué el receptor y salí al vestíbulo. En aquel instante se oyó un chirrido de frenos y el M.G. de Dafne se detuvo a treinta centímetros de la puerta de entrada. Eloísa detuvo el motor, me saludó alegremente con la mano y salió del asiento delantero, escurriéndose bajo el volante. Llevaba pantalones rosados y blusa amarillo oro, y tenía un aspecto radioso.

–Hubiera llegado antes – dijo, besándome distraídamente la mejilla–. Pero el tránsito es espantoso por el camino costanero. Parece el día de las carreras, el *Derby.*

–¿Estás bien? –pregunté intranquila.

–Perfectamente –repuso–. Pero he aprendido una buena lección. Esa clase de gente no es de mi agrado, y resulta inútil fingir que me gusta. Perdóname si me presento así, de sopetón, sin anunciar mi regreso, pero la verdad es que ya no podía soportarlas una hora más. Esa Lidia me pegó con una botella – agregó–. ¿Te imaginas?

–Ya lo sabía – dije, conduciéndola hacia la biblioteca –, acaba de telefonear, desesperada.

–Por suerte, me esquivé y sólo me rozó el hombro.

– Eloísa tomó un cigarrillo de la caja, lo encendió y se dejó caer en el sofá – . Pero me pareció que había llegado el momento de despedirme, de modo que saqué del garaje el automóvil de Dafne y aquí me tienes. Supongo que tendremos que devolvérselo de alguna manera.

–Que lo mande a buscar – dije fríamente –. Bien merecido lo tendrá.

–¡Pobre Dafne! –Eloísa no pudo contener una risita–. La verdad es que no puedo menos de tenerle lástima. Ahora, está inconsciente. Lidia le propinó un botellazo terrible y cayó rendonda, como una bolsa de papas. Por suerte la botella no se rompió.

–¿Cómo comenzó la trifulca?

–Por culpa mía, en realidad – Eloísa suspiró, pensativa –. Pero se estaba preparando desde hacía tiempo, desde que llegué a la casa. Dafne, ¿sabes? estaba embelesada conmigo, y se empeñaba en llevarme a pasear en su Chris-Craft, y como es natural, Lidia se encolerizaba más y más, hasta que hoy, a la hora del almuerzo, la crisis se produjo y empezaron a chillar la una contra la otra. Habían bebido tres ginebras cada una, y una enormidad de vino tinto. Luego, fuimos todas al salón a tomar café porque en la galería hacía un calor terrible, y en cuanto el criado lo hubo servido y se fue, estalló otra vez la trifulca y Dafne le saltó encima a Lidia, diciéndole que se metiera en sus malditos asuntos. Hubo luego un instante de calma, y pensé escaparme a mi habitación y recostarme un rato; pero Lidia me vio con el rabillo del ojo, perdió los estribos súbitamente y comenzó a gritarme. Allí comenzó el caos. Dafne saltó en mi defensa y abofeteó a Lidia. Lidia se apoderó de la botella de licor de menta y le sacudió con ella. El torero lanzó un agudo alarido y trató de quitarle la botella; pero Lidia la esquivó, me golpeó... y huí – Eloísa me miró, y en sus bellísimos ojos había una

Librodot

expresión suplicante –No quisiera que pensaras que di pie a Dafne, pues la verdad pura es que no hice nada de eso; pero no es posible ser tan completamente dura cuando alguien está completamente embelesado con una ¿no es cierto?

–No – dije secamente –. Supongo que tienes razón.

–Anoche, después de comer, salimos a dar un paseo en la Chris-Craft y la situación fue un tanto violenta.

– Eloísa suspiró otra vez, y su frente pura se frunció en graciosos pliegues –. De modo que tuve que decirle lisa y llanamente que esas cosas no eran de mi agrado, ni lo habían sido jamás. Lo tomó muy amablemente.

–Eso la honra – dije –. Me alegro de que hayas vuelto, pues tengo una sorpresa para ti.

–¿Una sorpresa? –me miró con aire de sospecha–. ¿No es nada que se refiera a Bunny ¿no?

–No – repliqué –, nada tiene que ver con Bunny.

–¿Ha vuelto?

–Que yo sepa, no. Eloísa pareció aliviada.

–Me alegro – dijo –. La verdad es que no me sentiría capaz de afrontar más escenas de éstas. Últimamente he estado pensando mucho en todo el asunto, y he resuelto no verlo por algún tiempo. Pensé tomar el avión de regreso dentro de un par de días. No debe de ser difícil conseguir pasaje, mientras no haya terminado aún la visita real. ¿Qué opinas tú?

–Facilísimo, si es realmente lo que quieres hacer.

–Podría cablegrafiarle a Droopy que fuese a recibirme a Londres. Con toda seguridad, estará en Kemberton.

–Yo no contaría con eso.

–¿Qué quieres decir? –me miró atónita.

–Quiero significar – respondí con suavidad – que es un error contar demasiado con otros, pensar que siempre han de estar allí, a nuestra disposición cuando necesitemos de ellos, y olvidarlos después.

–¡Oh! – se mordió los labios, pensativa, y pareció deprimirse–. Tienes razón. ¿Qué es esa sorpresa de que me hablabas?

–Iré a prepararla – dije, poniéndome de pie.

–¿Prepararla? No es nada para comer ¿no?

–No. No es nada para comer – sonreí, tranquilizándola –. Si te quedas aquí tranquila, sin moverte, durante dos o tres minutos, te la enviaré.

–¿No habrás ido a comprarme algún regalo?

–No te he comprado nada. Pero, en cierto modo, es un regalo. Una especie de regalo de despedida, de retorno al hogar.

–Eres un ángel, Grizel – dijo Eloísa –, un verdadero ángel.

Salí de la habitación sin hacer ruido, y cerré la puerta tras de mí.

CAPÍTULO XXIII

El ensayo general del desfile acuático estaba anunciado para las ocho, de manera que Droopy, Eloísa, Robin y yo salimos del "Royal Samolano" a las siete y media en punto. Droopy se había empeñado en ofrecernos a último momento una cena de despedida, y se tomó muchísimo trabajo para disponerla. El y Robin mantuvieron una larga conversación con Siggy Rubia por la mañana, y los resultados fueron – para lo que puede esperarse del "Royal Samolano" – exquisitos. Comenzamos con vodka y caviar, y de ahí pasamos al Cocomaneya, una de las pocas especialidades samolanas realmente sabrosas. Se trata de cocos verdes, vaciados y rellenos luego de pollo saltado, maíz tierno, tocino finamente picado, cebollas, ajo y la pulpa del coco, el todo cerrado con una tapa de masa, asado al horno y servido, en medio de nubes dramáticas de vapor, con arroz blanco seco y *chutney.* A esto siguió el habitual surtido de exóticas frutas samolanas, y crema helada de *papaya,* acompañado todo de un abundante y delicioso champagne rosado. La cena nos había puesto de buen humor, para decirlo sin exageración, y subimos a la camioneta rural riendo de buena gana y dispuestos a todo.

Aquella tarde, Sandra había mandado, muy gentilmente, cuatro grandes tarjetas color de rosa que nos daban el derecho de sentarnos junto a ella y S. E. en el palco oficial, y además, el privilegio adicional de estacionar nuestro automóvil en la misma playa, en lugar de tener que dejarlo en el terreno destinado a tal fin y recorrer luego a pie la distancia que nos separara del palco.

Librodot

La rada o caleta de Cobb es, en su estado natural, uno de los puntos más pintorescos de la isla. Es una media luna perfectamente simétrica de blanca arena coralina; su diámetro no pasa de pocos centenares de metros y está cerrada entre dos promontorios pétreos cuyos flancos caen a pico en aguas profundas, más allá de la línea de las rompientes. La verdadera rompiente se halla una milla más lejos, mar afuera, y truena perpetuamente contra los arrecifes con estruendo lejano y apagado. Es éste un sonido tan familiar en cuantos aquí vivimos, que cuando nos alejamos de la isla lo echamos de menos, y repentinamente asustados, tememos estar mal de los oídos.

Detrás de la playa, un bosquecillo de cocoteros trepa en suave pendiente hasta el camino, y hacia la izquierda un riacho profundo y claro, de aguas frescas, se desliza hacia el cálido mar.

Finch y Faber, con la ayuda de los hermanos Fumbasi y la Compañía Eléctrica de Pendarla, habían trabajado por espacio de semanas enteras –con notable éxito– en la erección de graderías y sistema de iluminación; pero el hechizo íntimo del paraje se había evaporado considerablemente durante estas actividades, como era de esperarse. Todavía no habían llegado Sandra y S.E. y nos instalamos en la parte delantera del palco, donde el grupo real –pobrecitos – tendría que sentarse dentro de pocos días. Había un constante ir y venir. Las hileras de asientos situados a derecha e izquierda del palco principal se llenaban con rapidez, y de una amplia tienda cubierta de tejido de bambú y banano llegaban risitas, entrecortadas aquí y allá por agudos chillidos. Como es habitual en las festividades públicas samolanas, había chicos por todas partes; a cada instante se escabullían rumbo a la arena y media docena de policías elegantemente uniformados y colocados en puntos estratégicos a lo largo de la playa, para conservar el orden, los devolvían a sus padres. En la gradería inmediatamente inferior a nuestro palco se congregaba la flor y nata de la sociedad de Pendarla, vestida de punta en blanco. La aparición de Eloísa, deslumbrante con su sencillo vestido blanco de la casa Dior, y su chal de *chiffon* negro, causó una ligera sensación. Encabezados por Hali Alani, que besó apasionadamente su mano por encima de la barandilla, sus admiradores isleños se agruparon en torno de ella preguntando con ardiente interés por su salud. Droopy – que por lo visto estaba

Librodot

muy habituado a este tipo de homenaje– contemplaba el cuadro muy complacido, con cierta luz de orgullo de propietario en los ojos.

Por fin, cuando la nerviosidad se hubo calmado un poco, la banda del regimiento de "Royal Shropshires", que se agolpaba (a mi modo de ver, no muy segura) sobre una plataforma de madera, bajo una fronda de almendros silvestres que los cobijaba a manera de quitasol, principió a afinar sus instrumentos con inesperados trinos y arrastres de trompetas y oboes, e intermitentes redobles de tambor. Desde que, a la edad de nueve años, me llevaron a presenciar la primera pantomima que vi en mi vida, este sonido me ha cautivado. Evoca nostálgicas reminiscencias de tibieza, felpa y oro; de monedas introducidas en ranuras para sacar diminutos anteojos de teatro; de obscuridad súbita y emocionante, seguida de la luz de las candilejas que ilumina telones de terciopelo rojo; de febril expectativa, nervioso revolverse en la butaca y bombones envueltos en papel plateado. Los años jamás lograron atenuar esta particular alegría, aunque los teatros actuales de nuestro Estado –promotor del bienestar social– ya no tienen música, o bien sólo presentan un tocadiscos solitario que gira en mitad de la vacía orquesta, velado por plantas polvorientas; todo esto amenaza, sí, con disminuirla considerablemente y es un pobre prólogo para el deslumbramiento. No obstante, logré recapturar un leve soplo de aquello mientras, sentada allí frente al mar sombrío, escuchaba el rumor de la orquesta al afinar sus instrumentos y veía titilar las luces entre la arboleda.

Eloísa fue agasajada junto a la barandilla por espacio de unos diez minutos, luego de lo cual se sentó, ajustándose el chal.

–Querido, debes reconocer – dijo a Droopy con sonrisa casi temblorosa – que la gente de aquí no podría haber sido más amable. Para mí han sido sencillamente maravillosos, te lo digo de veras.

–Y con razón – repuso Droopy –. Estás deslumbrante.

En aquel instante se acercó un vendedor de programas, y le ofreció una gardenia solitaria, envuelta en papel transparente al cual venía prendida una tarjeta. Eloísa leyó el mensaje.

–¡Ay, por Dios! –dijo, como pidiendo disculpas, y me la pasó. Reconocí la letra al punto: era nítida, firme y de rasgos viriles. La frase era breve e iba al

grano. "¡Adiós! Eres demasiado preciosa para mí." No traía firma. Se la devolví.

–¿"Por qué prometiste un día tan hermoso –dije – y la hiciste salir sin su manto?"

–¡Querida! – Eloísa me miró, abriendo mucho los ojos–. ¿De qué estás hablando?

De pronto, la banda prorrumpió en largo redoble de tambores y seis trompas se pusieron de pie de un brinco y tocaron una desordenada fanfarria.

–Te lo explicaré más tarde – dije, levantándome –. Acá llega Su Excelencia el Gobernador.

Todos nos pusimos de pie, y después de una pausa de uno o dos minutos entró en el palco S.E. con Sandra; los seguían Chris Mortlock y un gallardo joven que había sido adscripto, del regimiento de "Royal Shropshires", para actuar como ayudante extraordinario.

–Atropellamos a una gallina estúpida – cuchicheó Sandra – y hubo que pararse a pedir disculpas y abonar el precio. Por eso nos retrasamos. Todo este asunto me ha acobardado – saludó apresuradamente a Robin, Eloísa y Droopy y avanzó, junto a S.E., hasta el frente del palco. El público se puso de pie y aplaudió, y todos permanecimos en actitud respetuosa mientras la banda tocaba el Himno Nacional. Terminado éste, Sandra invitó a Droopy a sentarse a su derecha y colocó a Eloísa a la izquierda de Jorge. Robin, yo, y los ayudantes nos sentamos inmediatamente detrás de ellos. La gente volvió a tomar asiento en sus butacas y graderías en medio de un agitado rumor de charlas, que ahogó la banda al iniciar una movida selección de "Los piratas de Penzance".

–Estos queridos "Royal Shropshires" –dijo Sandra – siempre al último grito de la moda, ¿no?

–La obertura de Inky Blumenthal todavía no ha sido orquestada – dije, inclinándome hacia adelante –. Las únicas alternativas a esto eran: "Canciones de amor indias", "Los gondoleros" o "Guillermo Tell".

–Ya lo oiremos todo antes de que termine la velada – Sandra sacó sus anteojos del bolso y estudió el programa–. La cosa parece larga.

Terminada la introducción, apagáronse las luces que ardían entre el follaje, menos una que permaneció tercamente encendida, iluminando con nitidez a la señora de Innes Glendower, sentada en primera fila, con un policromo blusón chino y una resplandeciente peineta española hundida en su cabellera negro-azulada. Bajo aquel resplandor, se revolvió molesta y se protegió los ojos con la mano. Resonaron gritos ahogados y la voz de Alma oyóse entre las tinieblas; dijo con imperio:

–Si no se apaga por sí misma, ¡alguien tendrá que trepar allí y apagarla!

Tras una breve pausa y rumor de nuevas discusiones, un chicuelo se precipitó a la carrera en la playa, trepó por el tronco como un mono y se puso a luchar valientemente contra la lámpara. Logró hacerla girar en redondo, de manera tal que iluminara uno tras otro a todos los ocupantes de la primera fila, incluso al viejo Sir Alberto, quien se hundió en su butaca y se cubrió la cabeza con un pañuelo. Por fin el pobre muchacho, dominado a todas luces por un terror creciente, sacudió tan violentamente la lámpara que la arrancó de su lugar y cayó con golpe mate sobre la arena: allí se lanzaron sobre ella dos policías que la arrastraron hacia las sombras. En medio de aplausos estruendosos, el chicuelo bajó del árbol y la banda atacó los primeros compases de la melodía acuática de Inky Blumenthal.

Mientras esto ocurría, el capitán Gedge y el teniente Proctor, del regimiento de "Royal Shropshires", que tenían experiencia de los desfiles militares de Aldershot, encendieron dos focos –uno a cada extremo de la ensenada – y se vio a Keela Alioa de pie, frente al mar, de espaldas a nosotros y con los brazos extendidos hacia las estrellas. Rompían las olitas en tomo a sus pies; y se volvió lentamente, con donaire exquisito; luego, saliendo del mar, caminó hacia nosotros. Vestía una breve túnica plateada y bajo la intensa luz, le brillaba la piel morena como caoba pulida. Empezó a hablar, pero sus primeras palabras se perdieron en una espontánea salva de aplausos. Todos estábamos habituados a la gallarda estampa de Keela, pero el espectáculo del joven y apolíneo samolano de pie, allí, bajo la noche, sobrecogió al público.

–¡Bien! –dijo Sandra, aplaudiendo enérgicamente–, la cosa comenzó con una oportuna nota de picardía, al menos ¿no es verdad?

Librodot

Keela recitó el prólogo bien, y con voz sonora; pero ¡ay! los versos en sí mismos no estuvieron a la altura de su interpretación. Kerry Stirling, el literato más cotizado de Samolo, a pesar de haber escrito varias novelas impregnadas de color local, no estaba por lo visto en muy buenas relaciones con la musa lírica. Sus versos, que oscilaban nerviosos entre el estilo de Scott, el de Macaulay y el de Ella Wheeler Wilcox, no pasaban –en el mejor de los casos – de útiles, y en el peor, eran espantosamente triviales. Abundaban las pesadas alegorías, salpicadas de floridos pareados tales como éstos:

En la aurora del Tiempo, en épocas lejanas,
nació este edén isleño, mecido por las llamas.
Agua y fuego lucharon, en singular combate,
y en estos desolados islotes de corales
sonó su extraña música cuando aún no se oía el canto
de las aves, y el universo arcaico
era todavía joven, y hacia el mar de cobalto
miraba, viendo atónito florecer el milagro.
Muy lejos, donde truenan las sonoras rompientes,
otras islas produjo el dios Neptuno el vientre.
Se alzaron como joyas de aquel profundo piélago
y así nació de lo hondo nuestro rico archipiélago.

–¡Imagínate, Neptuno tenía vientre! – susurró Sandra –. Yo siempre me lo había figurado como un individuo muy hombruno.

Terminado el prólogo, Keela, sin bajar los brazos que mantenía elevados en un gesto de invocación, volvióse lentamente, caminó hacia el mar y, con una graciosa zambullida, desapareció de nuestra vista. Las luces se apagaron y en medio del silencio que reinó al terminar los aplausos, se oyó la voz de Alma que decía en penetrante murmullo: "¡Ahora!" Hubo cuchicheos y ruidos de pasos en la obscuridad; las luces brillaron de nuevo y por los corredores que se elevaban a ambos lados del paleo oficial, las ninfas de Ivy Poland corrieron hacia la playa donde se dispusieron, un tanto agitadas y sin aliento, formando un estilizado cuadro vivo. Estaban vestidas de translúcido

Librodot

"chiffón" verdemar, tenían largas cabelleras verdes que fingían algas marinas, y collares de caracolitos rosados. Mantuvieron valientemente el cuadro vivo durante largo rato; de vez en cuando, lanzaban miradas acongojadas hacia la banda, que permanecía tercamente muda. Por fin, después de algunas observaciones sibilantes dirigidas hacia el palco de la orquesta, comenzó la música y empezaron a bailar. La danza fue bastante buena, aunque no de originalidad sorprendente, y la ejecutaron con gracia; pero no cobró verdadera vida mientras no apareció Tauhua Tali. La muchacha se presentó bruscamente, salida de las tinieblas; resplandecía como una libélula con su vestido azul tornasolado, y danzó un encantador *pas de deux* con el primer bañero de Juanita: Kokoano, que no llevaba otra cosa que unos pantaloncitos dorados, y parecía un dios griego moreno y retocado por Gauguin. Se oyeron nuevas salvas de aplausos y tuvieron que salir una y otra vez a saludar.

–Si yo fuese el sargento Hancock – dijo Sandra – me casaría con los dos y los llevaría directamente a Ninette de Valois.

–¿Cómo supiste lo del sargento Hancock?

–Mis espías están por doquier – replicó y volvió a consagrar su atención al espectáculo.

Una de las principales dificultades que surgieron, al planear el desfile, residía en la tranquilidad casi ininterrumpida de la historia samolana. En tanto que otras islas del Pacífico han tenido multitud de guerras, invasiones, derramamientos de sangre y sacrificios humanos, el archipiélago de Samolo ha gozado durante siglos enteros de completa paz y alegría, bajo su eterno sol. Cierto es que, hacia 1791, hubo rumores de revolución incipiente, cuando se consideró aconsejable pedir la abdicación del rey Kopalalua II; pero la cosa terminó rápidamente con la espontánea colaboración del propio monarca quien, después de festividades que duraron tres días y tres noches, anunció públicamente a sus súbditos – con toda franqueza y dignidad – que como no sentía la menor satisfacción personal en mantener relaciones con el sexo opuesto y por lo tanto no podía hacer nada en pro del porvenir de su dinastía, había juzgado más prudente retirarse a la isla de Tunaike con su séquito y ceder el cetro de Samolo a su sobrino, el joven príncipe Kefumalani, que aunque todavía no llegaba a los veinte años, había de-

mostrado ya que su capacidad como padre de familia estaba fuera de toda duda.

Esmond Templar y Pedro Glades habían votado con entusiasmo la idea de incluir este incidente histórico en el desfile; pero los demás miembros de la comisión lo rechazaron por unanimidad.

Lo cierto es que el espectáculo se habla dividido en dos partes: la primera, de carácter predominantemente fantástico, estaba consagrada a las viejas leyendas, incluso la célebre erupción del FumFumBolo. Aunque compleja desde el punto de vista técnico, resultó muy bien y causó honda impresión. Tauhua Tali y Kokoano hicieron los papeles de FumFum, la diosa del fuego y Bolo, el dios de las aguas, respectivamente. Bajo el manto protector de las tinieblas, se trajo a remolque desde el promontorio de la izquierda una enorme balsa sobre la cual habíase erigido el volcán; cuando los focos lo iluminaron de súbito, entró en erupción muy satisfactoriamente. Al cesar los aplausos que saludaron esta escena, las luces volvieron a enfocar la playa y los soldados del regimiento, pintorescamente trajeados de piratas, vinieron aullando y vociferando por las planchadas laterales y se agredieron en tremenda batalla, armados de picas y cuchillas. Cuando las luces palidecieron, muchos quedaron en tierra como muertos. Esta escena no sólo fue disfrutada por el público, sino – y muchísimo más – por los hombres del "Royal Shropshires".

La escena final de la primera parte era el histórico desembarco del capitán Evangelus Cobb con sus misioneros, y la recepción tributada en ¡a playa por el rey Kefumalani y su séquito. Primitivamente, se pensó reproducir el naufragio, y mostrar a "El Buen Samaritano" en el momento en que se hacía pedazos entre las rocas. Pero hubo que abandonar la idea cuando Pedro Glades señaló que hacer naufragar un barco entre las rocas, en aguas perfectamente mansas, no sólo sería costoso y difícil de lograr, sino que desprestigiaría en forma inevitable la capacidad del heroico capitán Cobb como piloto de mar. Decidióse, por lo tanto, que sería menester "presumir" un naufragio ocurrido fuera de nuestra vista, detrás del promontorio, y que los sobrevivientes, derrengados y exhaustos tras la "presunta" tempestad, aparecerían de entre las tinieblas en uno de los botes del navío.

Librodot

Todo salió como se había proyectado, salvo que la pobre Letty Togstone –que había tenido un éxito extraordinario el año anterior haciendo el papel de la señora de Alving en "Los Espectros"– fue castigada por el hado impío en el momento que debería haber visto su triunfo. En su papel de la señora de Brunstock, jefa de los misioneros evangelistas, tenía que saltar a la proa del bote cuando estuviese a pocos metros de la costa, vestida de largo ropón blanco y con la cabeza envuelta en una venda ensangrentada, y declamar con acento triunfante y, los brazos extendidos:

¡Tierra! ¡Tierra! ¡Al fin la tierra bendecida,
la tormenta ha pasado, la tempestad es ida!
¡Gracias a Ti, Señor, nuestra fe ha bastado
para traer a estas islas el mensaje deseado!
¡Gracias a Ti, mil veces te bendigo, Dios mío!

Este dramático instante había sido cuidadosamente ensayado por Alma Peacock, y en los últimos ensayos, cuando la orquesta tocaba "Más cerca, oh Dios, de ti" en tono menor, y Letty Togstone daba a su voz toda la sonoridad posible, muchos oyentes, sin excluir a Madame Alice y a los hermanos Fumbasi, habían dado rienda suelta a las lágrimas. Esta noche, sin embargo, movida quizás por la nerviosidad, calculó mal el salto a proa y se tambaleó peligrosamente en el borde. Miguel Tremlett, que guiaba la embarcación lentamente desde la popa, dirigiendo el motorcito exterior envuelto en lonas para ahogar todo ruido, vio la situación en que se encontraba Letty y, deseoso de salvarla, dio marcha atrás. Entonces, ella cayó de cabeza al agua. La situación podría haberse salvado si ella, en aquel preciso instante, no hubiera repetido por desgracia la exclamación "¡Dios mío!" en el momento de sumergirse.

El público lanzó un grito ahogado y en seguida, al verla reaparecer en la superficie, prorrumpió en una irreprimible carcajada. Con magnífica presencia de ánimo, hizo caso omiso de esto y vadeó hasta la playa para inclinarse graciosamente a los pies del rey Kefumalani quien, al agacharse para hacerla levantar, le dio un involuntario y fuerte golpe en la cabeza. Con un grito de dolor, Letty se dejó caer otra vez en la arena, y desde aquel mo-

Librodot

mento, la escena ya no tuvo remedio. Miguel Tremlett, apabullado por el reciente error, dio marcha al motor y el bote avanzó y encalló en la arena con tal fuerza que el capitán Cobby y los misioneros cayeron en montón. La risa del público se volvió histérica, la orquesta tocó una nota discordante y todas las luces se apagaron. Por desgracia, volvieron a encenderse unos segundos después, y se vio a los actores en el acto de salir del bote, a Letty Togstone bañada en llanto y a Alma Peackock, con su vestido de lame de oro, metida en el agua hasta las rodillas y haciendo gestos furibundos a Miguel Tremlett.

Después de esta *débacle* hubo un intervalo de veinte minutos, durante el cual nos retiramos al antepalco que había tras los asientos reales.

El lugar estaba rodeado por cortinados rojos, azules y blancos pero carecía de techo; lo amueblaban algunas sillas y sofás, y una mesita sobre la cual había bebidas y emparedados. Sandra, que había perdido todo dominio de sí a raíz de la zambullida de Letty Togstone, se dejó caer en una silla riendo convulsivamente.

–Vamos, hija, domínate –dijo S.E. con severidad–. No debes permitir que te vean en ese estado.

–No puedo remediarlo... Pobre Letty... ¡oh, qué horror! – y estalló en nuevas risas.

–Toma algo, pronto, dentro de unos minutos estarán todos aquí – la obligó a tomar una copa llena de champagne.

Robin, Droopy, Eloísa y yo formamos en torno de ella una leal cortina protectora mientras se empolvaba la cara y trataba de recuperar su compostura. Entró Hali Alani, seguido de la señora de Innes Glendower y del viejo Sir Alberto, Bimbo y Lucy, los hermanos Fumbasi, Dusty y Buda, y varios otros. Por último aparecieron el almirante Turling y la Princesa; parecían muy serios.

–Enrique está preocupado –la Princesa me tomó la muñeca con su mano cálida y huesosa –. Enrique está sumamente intranquilo.

–¿Por qué ¿Qué ocurre?

El Almirante, cuyo rostro parecía color ladrillo por encima del "smoking" blanco, señaló el cielo con aire significativo.

–No me gusta nada su aspecto – dijo.

Levanté los ojos y advertí que ya no se veían estrellas. Di un codazo a Robin.

–El Almirante está preocupado.

Robin también miró hacia arriba y murmuró:

–¡Santo Dios!

–Yo les advertí – el Almirante clavó en mí su penetrante mirada azul–. Se lo advertí hace semanas. Esta época del año es muy insegura, y las lluvias llevan ya unos diez días de retraso.

Las predicciones meteorológicas del Almirante son, por regla general, de una exactitud asombrosa, y se me fue el alma a los pies.

–¿No cree usted que seguirán demorándose? ¿Tal vez un poco más, hasta que haya pasado la visita real?

El Almirante gruñó y ladeó levemente la cabeza, como si se comunicara en íntima unión con los elementos.

–El barómetro está bajando – dijo –. Lo noté antes de salir de casa. Y se está levantando viento. ¡Escuchen!

Presté oído y, por cierto, el follaje se estremecía. En ese instante, se acercaron Dusty y Buda.

–¿Cuánto dura la segunda parte? –inquirió Buda–. Advertí en su voz un acento de ansiedad.

–Bastante. Otra hora y media, por lo menos. –¿Qué te parece? –se volvió a su mujer– ¿Nos arriesgamos y nos quedamos?

–Han sucedido cosas tan estupendas hasta ahora – dijo Dusty– que por nada del mundo quisiera perderme un número. Además, si nos vamos ahora, Ivy no volverá a dirigirnos la palabra. Ha estado todo el tiempo sentada en ese banco, debajo del tablado de la orquesta, vigilándonos como un lince.

–Si no nos vamos ahora, tal vez no pueda dirigirnos la palabra jamás, porque probablemente nos calaremos hasta los huesos y atraparemos una pulmonía doble. –Como miembro de la comisión – dijo Dusty, pasando su brazo bajo el de Buda –, debo obedecer la voz de la obligación, y mantenerme firme en mi puesto. –Como miembro de la comisión – replicó Buda – deberían en primer término fusilarte por haber estimulado la presentación de esta pesadilla acuática.

–Tú también eres miembro de la comisión, querido, y la promoviste tanto como yo. Vamos, ahora no seas rezongón. No querrás perderte el coro de la iglesia ¿no?

–Sí – repuso Buda, mientras se alejaban – lo deseo de todo corazón.

Por fin las luces parpadearon, oyóse un redoble de tambores producido por la banda de música y todos volvimos a nuestras butacas. Al salir, miré por encima de mi hombro y vi que el Almirante y la Princesa desaparecían furtivamente en dirección a la playa de estacionamiento.

Antes de que se apagaran las luces, observé una inquietud general en el público; muchos levantaban los ojos al cielo nublado y murmuraban entre sí. El aire estaba mucho más fresco y el rumor del viento entre los árboles hacíase más intenso de un momento a otro. –Por regla general – dijo Sandra – opino que hablar del tiempo es lo más aburrido que existe, pero en este instante no puedo menos de confesar que el tema me absorbe. ¿Piensan ustedes lo mismo que estoy pensando? –Sí – respondí –. Acabo de tener una conversación inquietante con el Almirante. El y la Princesa acaban de huir rumbo a la playa de estacionamiento. Los vi con el rabillo del ojo.

–Sigo sosteniendo –dijo Sandra –que en tu calidad de miembro de la comisión, deberías haber combatido desde un principio todo proyecto relacionado con esta horrible exhibición.

–Eres la mujer del Gobernador –susurré– y yo, tu invitada. Estas dos circunstancias me impiden contestarte con toda la franqueza que quisiera.

–Vamos, prepárense – dijo Sandra –. Empieza la segunda parte.

Las luces palidecieron, se apagaron, y de pronto la bahía quedó brillantemente iluminada por focos ubicados en ambos promontorios. En el centro, a unos pocos metros de la costa, se hallaba anclada la balsa que poco antes sostuviera el volcán en erupción. Ahora contenía al coro femenino en pleno. Las cantantes, distribuidas en triple hilera, permanecían de pie, inmóviles y con los ojos clavados en su directora, la señora Lamont, obesa dama vestida de raso negro que se hallaba de pie, con su varita levantada, en un botecito de poco calado que la situaba a la altura del cuello de las coristas. Dos chicuelos samolanos, uno a proa y otro a popa, mantenían el bote en su lugar a fuerza de remos.

Debido a un ligero error de cálculo, los "Royal Shropshires" no habían concluido de tocar la obertura de "Guillermo Tell" cuando se encendieron los focos. Comprendiéndolo, el director de la banda, el sargento primero Brocklehurst, apresuró violentamente el ritmo de la ejecución; pero aun así transcurrió un lapso apreciable antes de que la música acabase en sonoros y desordenados acordes, lapso durante el cual la señora de Lamont lanzó ojeadas furibundas a los músicos, por encima de su hombro.

El coro femenino de la iglesia era, para esta dama, la razón y el todo de su existencia, la suma de sus sueños y la niña de sus ojos. Lo ensayaba interminablemente, año tras año; luchaba como una tigre en defensa de sus derechos e insistía en forma monótona a fin de que apareciese en cuanta función oficial hubiese en la que resultara más o menos apropiada su presencia. En esta oportunidad, Alma Peacock había insinuado que se sustituyeran por trajes nativos las habituales ropas del coro; túnicas blancas con franjas rojas, azules y violetas para diferenciar a las sopranos, *mezzos* y contraltos. Pero la señora de Lamont, sorda a todo ruego, se mantuvo inflexible. En vano suplicaron Alma e Ivy, aduciendo que, como la escena representaba el primer florecimiento del cristianismo en la isla, a comienzos del siglo xix, los *sarongs* multicolores y los alegres corpiños de la época no sólo serían apropiados, sino mucho menos anacrónicos desde el punto de vista del ambiente; la señora de Lamont no cejaba. Afirmó que el coro femenino de la iglesia era ante todo un conjunto de carácter religioso, y que por ello mismo le era imposible abandonar el atuendo que había ganado tan merecido renombre, y rebajar su dignidad mostrándose con las ropas lascivas de una era pagana. Por fin, después de discusiones acaloradas y largo intercambio de cartas iracundas, Alma e Ivy tuvieron que ceder y la señora de Lamont salió triunfante. Ahí estaban, pues, las apretadas filas de pechos revestidos de blanco y rostros morenos, llenos de fervor, con su habitual aspecto y distribución; salvo que ahora una balsa levemente ambulante había sustituido a la tierra más firme y familiar de la Intendencia Municipal.

Al llegar – al cabo – el fin de la obertura, sobrevino una breve pausa. La señora de Lamont levantó aún más su varita, Sandra lanzó un gemido sordo y el coro femenino rompió a cantar.

El oratorio "Bienaventurados los corazones que ven de pronto" era, al menos en opinión de Inky Blumenthal, la cumbre de su partitura. Había trabajado en él por espacio de varias semanas y el pobre Kerry Stirling había estado al borde de un colapso nervioso después de escribir no menos de once letras diferentes. La verdad es que no valía la pena molestarse tanto, porque en todos sus años de triunfo, jamás se ha oído en labios del coro una sola palabra remotamente inteligible. No obstante, los sonidos que producía eran considerados de la mejor calidad, y cuando todas abrían la boca a un tiempo y soltaban la voz – como sucedía en los primeros compases de la obra de Inky, el impacto era considerable.

Imposible negar el hecho de que "Bienaventurados los corazones que ven de pronto" era, desde el punto de vista musical, una pretenciosa mezcla de Handel, Elgar y Verdi; pero ¡ay! carente de las cualidades melódicas de cualquiera de los tres. Era también muy, muy largo. Allí permanecimos, reducidos a un estado de resignación hipnótica mirando sombríamente cómo subían y bajaban las hileras de pechos, cómo se abrían y cerraban las innúmeras bocas, y cómo agitaba los brazos en el aire la señora de Lamont, meciendo peligrosamente el barquichuelo con los pies. Al cabo de un rato, cerré los ojos y traté de cerrar también los oídos y la mente a cuanto estaba ocurriendo, y de fijar mi atención en algo totalmente diferente. De pronto, percibí un sonido más, que se sumaba al incesante cantar de vozarrones y vocecillas: un ruido extraño, metálico, quejumbroso, que parecía aumentar de volumen. Abrí otra vez los ojos y noté que la balsa se columpiaba en forma alarmante. En ese momento, la tempestad se desató con un aullido y un trueno rugiente. El público lanzó algunos chillidos y hubo una corrida aterrada hacia las puertas de salida. Los cielos se abrieron y una cortina de lluvia, cuyas varillas vítreas relucían bajo la luz de los focos eléctricos, se desplomó sobre el mar, borrando completamente balsa, coro, directora y hasta las palmeras que estaban a pocos metros de nosotros. Todos nos levantamos instintivamente de nuestros asientos y nos agolpamos en el fondo del palco, buscando refugio; pero de poco nos valió porque el viento soplaba de frente hacia la ensenada y pocos segundos después estábamos caladas hasta los huesos.

Librodot

–Esto –dijo Sandra, castañeteando los dientes – es lo que suele clasificarse como "hecho de ordenamiento divino", y debo decir que estoy completamente de parte de Dios.

–Lo mejor será correr en busca del automóvil, Excelencia – dijo Chris Mortlock –. Está muy cerca.

–Por ahora nos quedaremos aquí –la voz de S. E. denotaba resignación–. No es posible que estemos cómodamente sentados en el coche mientras todos los demás se empapan. Toma, querida – se quitó la chaqueta y la puso en torno de los hombros de Sandra. Droopy y Robin hicieron lo mismo con Eloísa y conmigo, y allí nos quedamos, formando un grupito empapado, mientras se atenuaba la violencia inicial del aguacero. Después de una eternidad, sobrevino – efectivamente – un intervalo de calma. La fuerza del viento se atenuó y la densidad de la lluvia disminuyó también.

–¡Santo Cielo! – gritó Sandra –. ¡Miren el coro de la iglesia!

Todos miramos, y el espectáculo que se ofreció a nuestros ojos permanecerá grabado en mi memoria hasta el fin de los siglos. Bajo el primer impacto de la tormenta, la balsa había soltado amarras y empezó a alejarse, rumbo a mar abierto. Simultáneamente, al parecer, había zozobrado el esquife de la señora de Lamont, que ahora flotaba quilla arriba; la respetable dama, como una gran foca negra, yacía tendida sobre la embarcación, sostenida a cada lado por uno de los chiquillos pescadores. En cuanto al coro mismo, samolano de pura cepa desde la más voluminosa contralto a la soprano más diminuta, y por ende tan habituado a moverse en el agua como en tierra firme, pareció tomar en el mismo instante la misma unánime decisión. Todas a un tiempo se arrancaron las cintas de colores, pasaron por encima de sus cabezas las túnicas blancas y, en diversos grados y matices de desnudez, se zambulleron en las turbulentas aguas y nadaron resueltamente hacia la playa. En aquel instante, el viento volvió a lanzar su largo alarido y un nuevo diluvio borró la escena que se desarrollaba ante nuestros ojos.

–Si lo hubieran hecho desde el primer momento – dijo Sandra– el teatro se habría venido abajo de aplausos.

CAPÍTULO XXIV

Toda aquella noche y todo el día siguiente, el cielo se tendió sobre la isla como una cobija de plomo, y cayó la lluvia sin tregua ni misericordia, a manera de sólida cortina. Los arroyos de la montaña se transformaron en torrentes y descendieron impetuosos desde las alturas, asolando a su paso plantaciones enteras, anegando cosechas e inundando caminos. En el Paso Lailanu hubo un importante deslizamiento de tierra y el puente del río Grua-Bolo fue barrido por la correntada, lo que obligó a suspender todo tránsito hacia la costa septentrional de la isla.

El servicio telefónico siguió funcionando por milagro, y cuando –terminado el desayuno– llamé al aeropuerto para averiguar si el avión en el que Droopy y Eloísa tenían reservado pasaje partiría o no, me respondieron, con gran sorpresa mía, que saldría a horario, de modo que a eso de las doce nos pusimos en marcha en la camioneta rural, y avanzamos con grandes precauciones bajo el desatado aguacero, envueltos en sendos impermeables. En el aeropuerto –felizmente menos atestado que de costumbre– reinaba un calor asfixiante, y había un húmedo vaho de vapor que me recordaba la Casa de los Reptiles en el Jardín Zoológico. Cuando Droopy y Eloísa hubieron registrado su equipaje, nos instalamos en fila sobre las torturantes sillas del salón de espera, oyendo el sonoro tamborileo de la lluvia sobre los techos de chapa acanalada. Era tal el estrépito, que toda conversación se hacía imposible, de modo que permanecimos silenciosos y resignados, entregado cada cual a sus propios pensamientos. Los míos –lo reconozco– eran bastante caleidoscópicos. Los dramas y crisis de las semanas últimas iban y venían en mi memoria como lanzaderas, formando series de escenas inconexas, semejantes a una película hecha por un aficionado y mal montada por un técnico sin experiencia. Vi a la enfermera tendida, como una oveja atada, sobre la alfombra del cuarto de huéspedes; a Robin y a mí, yendo y viniendo interminablemente a altas horas de la noche por el camino costanero; a Bunny tendido en la cama, lleno de manchas, y lanzando imprecaciones en su delirio; a Eloísa, envuelta en su *yashmak* color jacinto, recibiendo cordial a sus visitantes en la galería posterior, y el indecible malestar de Droopy cuando me sorprendió vestida de punta en blanco para el *garden-party* a las nueve y media de la mañana.

Librodot

Miré de soslayo a Eloísa, tranquilamente sentada a mi lado, y me pregunté qué estaría pensando: si era feliz o desdichada; si el descalabro de su aventura romántica le había dejado alguna nostalgia perdurable; y si habría alguna esperanza fundada de que la reanudación de su vida matrimonial con Droopy fuera lo suficientemente satisfactoria para su *ego* y mantuviera dentro de límites razonables su caprichosa vanidad. ¡Qué lástima sería, en caso contrario! Porque Droopy, aunque carente de toda atracción sexual llamativa, era evidentemente un hombre afectuoso y bueno. Cuanto mejor llegué a conocer a Eloísa, después de su llegada a Samolo, más convencida quedé de que lo sexual, en cuanto tal, no era de ninguna manera la fuerza básica determinante de sus frívolas infidelidades. Mi sospecha – y creo que fundada – era que los aspectos físicos del amor-pasión le importaban mucho menos de lo que pensaba la mayoría de la gente. Era, por naturaleza, plácida, y por temperamento, más inclinada "a los lirios y desmayos de la virtud que a las rosas y arrebatos del vicio", como dijo el poeta. Su innegable hermosura, aunque superficialmente fuese una cualidad deslumbrante, era su principal obstáculo y lo había sido toda la vida. Sin ella – o al menos, sin una dosis tan excesiva de ella – toda la existencia de Eloísa hubiese sido mucho menos complicada, y probablemente, muchísimo más feliz. Con repentino impulso, pasé mí brazo bajo el suyo y le di un afectuoso apretón.

–Querida Eloísa – dije – siento que te vayas, y te extrañaré muchísimo, te lo juro.

Ella retribuyó el apretón y me sonrió en forma encantadora.

–Jamás olvidaré todo lo que habéis hecho por mí. Tú y Robin habéis sido unos verdaderos... – se interrumpió repentinamente y bajó los ojos– no diré "ángeles" porque Droopy afirma que lo repito demasiado y que ya es hora de que cambie el disco –se detuvo–. Quizás sea mejor que diga... muy pacientes, muy comprensivos, y sumamente, sumamente buenos ... – levantó la mirada y vi con sorpresa que le brillaban los ojos. En aquel momento, los altavoces anunciaron la partida del avión y todos nos levantamos y nos dirigimos hacia la puerta de salida. Robin y yo aguardamos, algo ansiosos, a que el avión levantara vuelo. Lo vimos alejarse bajo la lluvia torrencial y desaparecer de nuestra vista. Transcurridos unos minutos, oímos el rugido cada vez más atronador de sus motores y repentinamente reapareció, resoplando por la

Librodot

pista, entre surtidores de espuma. Se elevó por los aires con la gracia de una garza, permaneció unos segundos al alcance de los ojos y acabó por hundirse definitivamente entre los nubarrones grises.

Volvimos silenciosos, atravesamos el salón y nos lanzamos en una carrera precipitada, violenta, a través del chubasco hasta llegar a la camioneta rural. Robin puso el motor en marcha.

–Y permanecieron casados –dijo– y vivieron felices todo el resto de sus vidas.

CAPÍTULO XXV

La noche anterior al día de la llegada de la Reina, Robin y yo nos fuimos a acostar sumidos en la más honda depresión. Conversamos a intervalos durante un rato; luego apagamos la luz y permanecimos insomnes, en la obscuridad, oyendo el incesante rumor del aguacero.

El día había sido horroroso: la siembra nueva, en el extremo inferior de la plantación, estaba totalmente inundada y podíamos darla ya por perdida; bajo el árbol de *pareando,* una charca cada vez más grande, de agua color té con leche, se había extendido hasta cubrir todo el césped; el jardín estaba convertido en una ciénaga donde las sillas, despojadas de sus almohadones, aparecían aquí y allá como restos abandonados. Tres goteras habían aparecido simultáneamente en el techo de la galería posterior, y la tarde había sido una pesadilla de cubos y cepillos y creciente exasperación. Sandra telefoneó, y adiviné por su voz que estaba desesperada. Los jardines de la Casa Gubernamental estaban a la miseria, y los palcos erigidos en torno de la glorieta y a lo largo del recorrido real no sólo estaban aislados en medio de charcas, sino que uno, situado frente a la Intendencia Municipal y destinado a los miembros de la Cámara de Representantes y a su parentela, se había derrumbado y yacía – convertido en informe masa de madera y lonas empapadas – en medio de la Plaza del Parlamento. Había que cancelar, por supuesto, el desfile acuático. Todos los itinerarios tan cuidadosamente trazados debían ser reformados, en forma condicional. En síntesis: todo el programa de la visita real, que durante meses había sido el tema central de las actividades de la isla entera, habíase convertido en un caos.

Librodot

Aquella tarde, asistí lealmente a una urgente reunión de comisión, aunque ello me costara abrirme paso con dificultad en medio del diluvio. Fue una asamblea lúgubre, dirigida con resignada eficiencia por la pobre Alma Peacock. Tenía la cara hinchada, y el enrojecimiento de sus párpados revelaba muchas y muy recientes lágrimas. Ivy Poland encendía un cigarrillo con la colilla de otro, le temblaban las manos y mostraba síntomas inequívocos de estar al borde de un colapso nervioso. Esmond Templar y Pedro Glades, sin rastros de su acostumbrada vivacidad, permanecieron sentados, con el mentón apoyado sobre las manos, contemplando en silencio cómo caía la lluvia a lo largo de los vidrios de la ventana. Los demás: Keela Aloia, Dusty y Miguel Tremlett se entretenían haciendo dibujos en los anotadores blancos que tenían delante, y escuchaban cuanto se decía con aire abstraído y sin hacer comentarios.

Después de una hora, aproximadamente, de vana discusión, se decidió requisar la sala del Cinematógrafo Kebololali – el único de la ciudad que poseía un escenario lo suficientemente grande– y reunir allí todos los números del desfile que fuera posible hilvanar, a los que se sumarían dos o tres danzas bien probadas, "caballos de batalla" del repertorio de las bailarinas de Ivy Poland; todo el espectáculo culminaría con un fin de fiesta: el coro femenino de la iglesia y los "Royal Shropshires" en masa cantarían "Quédate conmigo" y "Tierra de gloria y esperanza." Felizmente, el desfile acuático había sido proyectado, desde un principio, para la última noche de la visita real de modo que aún teníamos tres días para ensayar y reorganizar la función. Por fin, Alma dio por terminada la reunión con un débil martillazo y un ahogado sollozo, y nos separamos con forzadas sonrisas adheridas al rostro. Cada cual se encaminó a su casa.

Desperté temprano, poco después del amanecer, y fui de puntillas hasta la ventana para no despertar a Robín, que – acostado de espaldas – roncaba rítmicamente. Noté al pasar que le faltaba otro botón a la chaqueta de su piyama. Eché una ojeada y luego, con una exclamación de alegría, corrí las cortinas de golpe y la habitación se inundó de sol. Robin se despertó gruñendo y dijo:

–¿Qué demonios sucede?

–¡Ven y mira! – grité alborozada –. ¡Pronto, ven pronto!

Librodot

Saltó de la cama y vino a mi lado; juntos permanecimos frente a la ventana, mirando incrédulos el prodigio. Las cumbres de la montaña relucían con matices rosados en la luz naciente, y el cielo pálido y bellísimo no tenía una sola nube. En aquel instante, llamó el teléfono.

–¿Quién diablos puede telefonearnos a semejante hora de la mañana? –dijo Robin de mal talante.

Fui y levanté el auricular. Era Lidia, y en su voz había un acento de pánico.

–Lamento mucho, muchísimo despertarte a estas horas; pero no encuentro la guía telefónica y necesito urgentemente el número del doctor Bowman.

–¿Sucede algo?

–Se trata de Dafne. Tiene más de cuarenta grados de temperatura. Al principio, pensé que sería a consecuencia de la conmoción del otro día; pero le ha salido una erupción terrible en toda la espalda y el pecho, y no puedo imaginarme qué será.

–Yo sí puedo – repuse –. Es viruela boba. El número del doctor Bowman es 5064.

Me agradeció efusivamente, colgué el tubo y volví a meterme en la cama.

Pocas horas más tarde, Robin, Nanny, los niños y yo, vestidos todos de punta en blanco y rebosantes de expectativa, recorrimos en automóvil las calles embanderadas y flanqueadas de gente para ir a ocupar nuestros lugares en el palco oficial. La mañana seguía siendo magnífica. El mar estaba calmo, con reflejos de azul lavanda, y el abrupto perfil de Cabo Paiana se destacaba como pintado en violeta contra el cielo. De tanto en tanto, una ligera brisa se levantaba y moría, dibujando repentinas sombras ondulantes en la plácida superficie de las aguas. Se había construido junto al muelle un embarcadero nuevo, pintado con esmalte blanco y cubierto con una alfombra roja. Hileras de gallardos policías samolanos, de casco colonial y pantalones azul marino con anchas franjas encarnadas, estaban de pie, muy tiesos, ante una fila de postes unidos entre sí por cordones carmesíes. Tras esta barrera, el pueblo samolano, ansioso y expectante, parlanchín como una bandada de cotorras y vestido de los más vividos colores que pueda imaginarse, aguardaba con creciente nerviosidad el instante en que dos personajes jóvenes y bien parecidos, coronados con la majestad

Librodot

simbólica de muchas centurias, pusieran por primera vez pie en la alegre, dulce y deliciosa isla.

Librodot